

Lejos del nido

Juan José Botero



Botero, Juan José, 1840-1926

Lejos del nido / Juan José Botero. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2009.

256 p. ; 24 cm. -- (Bicentenario de Antioquia)

ISBN 978-958-720-041-6

1. Novela colombiana I. Tít. II. Serie.

Co863.5 cd 21 ed.

A1226331

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Lejos del nido

Primera edición en la Colección Bicentenario de Antioquia: septiembre de 2009

Primera publicación: Tipografía Helios, Medellín, 1924

© Juan José Botero Ruiz

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23. Medellín

ISBN: 978-958-720-041-6

Diseño de carátula: Miguel Suárez

Editado en Medellín, Colombia



Juan José Botero y su Novela

Entre los autores de la época más temprana de la literatura antioqueña,¹ el rionegrero Juan José Botero es sin duda uno de los más simpáticos, versátiles y significativos. La mayor parte de su obra está diseminada en revistas culturales de la época, en espera de ser recogida por un investigador concienzudo y de una edición completa, no obstante lo ya publicado da una idea abarcadora de las que fueron sus gracias escriturales.² Poeta jocoso y lírico, varias de sus poesías hicieron reír con risa muy franca a sus muchos lectores (“La nigua”, “Historia de un bagaje contada por él mismo”, “Quiero ser gato”, “Percances de un conejo”, etc.), mientras que otras producían una risa pícaro y maliciosa (“La morena del tablón”, “En el lavadero de Agua Clara”, “Carmen la leñadora”, etc.) y otras comunican en forma admirable sentimientos de tristeza y melancolía (“El último beso”, “A la memoria de mi hija Berenice”, etc.), de alegría expansiva y nostalgias íntimas, de plenitud bucólica. Cantó a las costumbres y oficios, a las cosas hogareñas y a los campos, a los sembradíos y a los paisajes lejanos. Igual supo lamentar las muertes ajenas como tomar a la ligera la suya propia.

Escribió unos poemas de verso mayor (“A Agripina Montes”,³ “Mi silla” —este último un soneto perfecto—) pero sobre todo frecuentó el verso menor, principalmente el octosilábico, en cantares, coplas, tercetos, décimas y en estrofas de catorce versos. Poemas nunca alambicados ni sintaxis alrevesada: siempre canto llano, accesible a todo lector. Y como el fondo de toda su inspiración era

¹ Dora Elena Tamayo Ortiz y Hernán Botero Restrepo (comps.), *Inicios de una literatura regional*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2005.

² Juan José Botero, *Poesías y comedias*, Carlos A. Molina (ed.), Medellín, Minerva, 1928.

³ *Revista El Oasis*, Medellín, 1868.

costumbrista, fue un poeta muy conocido y estimado, algunas de cuyas composiciones se recitaban de memoria. Fue también director de algunas revistas culturales dirigidas al sexo femenino en las que colaboraron gustosas nuestras escritoras principales.

Autor dramático y actor, recorría, con su compañía teatral, como auténtico “cómico de la legua”, los diversos pueblos para engalanar sus fiestas, fuesen patrias o religiosas. Entre sus dramas épicos se recuerdan principalmente: *El Mártir del Santuario* y *Margarita*, y entre sus deliciosos sainetes *Las yerbateras*, *Juana la contrabandista*, *Nosce te ipsum*, *Un duelo a taburete*, *En el juzgado*⁴ —irónica sátira de las mañas y corruptelas que se estilan en ciertos ámbitos—. Pero están inéditas por lo menos veinte obras más, que conservan los descendientes Botero y Obregón a la espera de un editor avisado.

También escribió Juancho Botero una *Autobiografía*⁵ encantadora por su ligereza, por el arte de no tomarse en serio y por el aire burlesco que campea en todas esas páginas referidas a sí mismo; en un género en que es fácil deslizarse por las pendientes de un narcisismo disimulado o explícito. Y pudo hacerlo, referirse a sus hazañas como militar liberal, por ejemplo, pero de ello no dice palabra, mientras que minimiza las gracias de sus obras literarias y sólo resalta su amor por las cosas viejas, por las costumbres campesinas, por la rusticidad de la vida que ama y que lleva.

La novela *Lejos del nido*

Por último escribió Juan José Botero una novela admirable, *Lejos del nido*,⁶ de fondo histórico casi seguro —aunque eso está por verificarlo un investigador paciente—, que discurre en el valle de Rionegro y sus pueblos, y en el cañón del río Arma y su desembocadura en el Cauca. Aquí no reconstruiremos el argumento, grata labor que pertenece por derecho propio a cada lector, sino que resaltaremos algunas de las gracias compositivas de la obra, sin lugar a dudas una de las mejores escritas en Antioquia.⁷

⁴ *Revista El Condor*, Medellín, 1872.

⁵ Juan José Botero, *Autobiografía*, Rionegro, Imprenta de Rionegro, 1899.

⁶ La novela se anunciaba en *La Miscelánea* desde fines del siglo XIX, e incluso se publicó el prólogo “Cómo supe la historia”, pero sólo apareció en 1924 editada por Carlos A. Molina, Medellín, tip. Helios.

⁷ Y se escribieron varias muy notables...

El habla popular

Por una parte está el manejo del lenguaje. Como Carrasquilla, Velásquez, Rendón, el autor sabe combinar hábilmente la lengua castiza con el habla popular. Cuando narra usa un castellano impecable; cuando pone a hablar a sus personajes los deja expresarse con toda espontaneidad en esa lengua regional, esmaltada y colorística, que aún se escucha en los campos apartados de la ciudad. Un solo ejemplo:

—Y peliaos, interrumpió Basilio.

—¡Peleados!, ¿cómo? —preguntó Luisa.

—¡Eh!, volvió Basilio, pes jué chiquita la que se amarraron ese día,... yo no las vide, pues?

—Usted estuvo con ellos, Basilio?

—Hasta in despuesito que se vino mana Romana pa Sanantonio, y se quedaron mano Mateo y Andrea en la plaza.

—Y, por qué fue la pelea?, mi hijo, le preguntó Luisa.

Basilio miró a su madre, como interrogándola, y al ver que un signo de cabeza le autorizaba comenzó así:

—Yo taba en la plaza, no, y me arrimé por ai onde venden las palmas, güeno, y me puse a conversar con Andrea, y en eso oyí que ellos alegaban, poro no les puse atención, porque mi madre me ha dicho que no soperee...

[...]

—¡Eh!, Andrea ya tá lejos, a sigún yo carculo.

—Pero, qué les oyó, o qué vió, mi hijo? dijo Luisa con impaciencia .

—A yo no me gusta ser bocón, siguió Basilio, poro si digo que taban cuasi cayidos, güelerosos a aguardiente, y mana Romana le decía a mano Mateo, que tuavía quisque era tiempo, que se devuelvieran atrás y que no le vendieran la muchacha a esos... baroneros gu maromeros ... yo que sé qué, unos hombres que bailan pun lazo...

[...]

—A yo, como no minteresaba, no les puse harto oyido, mas luego sí oyí, sin yo querer, que mano Mateo le decía a mana Romana: a vos qué timporta, viejeldiablo, contrismás que yo no pierdo mi viaje y lo que he gastao en la muchacha pa triésela a ese Deleitior... Y se la doy, se la doy, puencima de vos y puencima del diablo... Entonces ella se

vino hecha un furia a onde ña Sunción Quinchía, y él se quedó con Andrea en la plaza, en demás de borrachito... ¡jente perra!” (capítulo XVIII, pp. 83-84).

Como se observará, hay tres clases de lengua entreverada, la de Luisa, pulida y castiza; la de Basilio, bastante tosca y regionalista; y la de Mateo, áspera, llena de contracciones (fuera de la voz del narrador, que suprimimos en el extracto citado). Como si nos comunicase la conversación entre tres grupos sociales diferentes, y de una manera inconsciente se nos hiciera palpar, sentir por el habla, esa diferencia.

Espacios interiores y exteriores

La descripción del interior de las viviendas es otro deleite para el lector concentrado en lo que lee. Las casas parecen reflejar el alma de sus dueños. He aquí, por ejemplo, la descripción de la vivienda de Mateo y Romana:

Cuando por allá en el año de 1833 se hizo el repartimiento de los terrenos de indígenas, de “Santa Bárbara”, “Zabaletas”, y “El Chuscal”, les cupo en suerte a estos malvados, un lote de tierra situado en “El Chuscal” y en un paraje llamado “El Arenal”, donde construyeron su vivienda o mejor, la miserable choza que acababan de dar a... Andrea, (será llamarla así), por morada, en cambio de la hermosa y cómoda casa de “San Pablo”.

De aquella corta heredad, sólo tenían en cultivo la huerta que rodeaba la desdichada habitación, sembrada de maíz, viéndose crecer a inmediaciones de la casa, en profusión y sin orden alguno, el apio, la achicoria, verdolaga, manzanilla y demás plantas que emplea la medicina casera.

Daban sombra a la cocina unas matas de higuera, a cuyos troncos mantenían atado un cerdo, que vivía en paz y quietud con las gallinas que allí se llegaban a dormir la siesta, en los días de calor, al abrigo de las cuevas que en un barranco formaba con el hocico aquel animal.

La casa pajiza, cercada con palos redondos, por cuyas juntas irregulares entraban libremente la luz, el aire y la lluvia.

Toscas bancas de madera y camas sin otros tendidos que miserables harapos, bajo las cuales se oía el cló cló de las gallinas crianderas que por allí anidaban, soltando unos insectos...

En zarzos, vigas y soleras, costales viejos, mochilas de cabuya idem, gastados instrumentos de labranza, un agujereado cuero de res, sin poderse distinguir la especie de cuadrúpedo que abrigó; un viejo vihuelón de cedro sin cuerdas ni clavijas, arropado con manto espeso de telarañas, instrumento en el cual acompañaba Mateo, en sus mocedades, las jácaras que le endilgaba a Romana, declarándole su pasión amorosa.

Colgaban por todas partes manojos de plantas medicinales, que ponía el bruto galeno a disecar, para preparar los brebajes, cuando recetaba, como asimismo colgaban del dintel de la puerta, especie de canastillos de hoja de palmera, (ramo bendito), dizque para que no entrara el diablo; pero, ¿a cuál diablo pensaban atajar, cuando no sólo éste en persona vivía adentro, sino también la diabla?

Se ocupaban estos indios en la hechura de sombreros de hoja de palmera y esta reducida industria, unida a los pocos frutos de la huerta y a las exiguas remuneraciones de los pacientes que atrapaba Blandón para recetarles, era lo que les daba el miserable sustento; pues si algunas veces hacían sus excursiones a las orillas del río Cauca a beneficiar el tabaco, lo poco que les dejaba esta ocupación se iba en la fiesta de “Los Negritos” en El Retiro, o en la de “San Antonio”, en Rionegro (capítulo iv, pp. 19-20).

Lo miserable no es la pobreza sino el deseo de permanecer en ella por pura desidia, mientras el alma se carcome de la envidia por los que poseen más. Luisa, el ángel guardián de la niña durante los años de su secuestro, vive también en una casita humilde, sin lujo alguno, pero ordenada y limpia, rodeada de bellezas naturales, ella misma convertida en manantial de amor para su madre y sus hijitos; y en su viudez recuerda a su esposo indígena, mano Jurado, como a un hombre íntegro y responsable. Se diría que esto solo basta para disipar la idea de que la novela de Botero está sesgada ideológicamente en contra de los indios, cuestión fácil de inferir con una lectura a la ligera de la obra. En rigor, lo que aquí parece avalarse es el viejo adagio según el cual “las cosas se parecen a su dueño”.

El arte de Botero para describir ambientes interiores nos parece sobresaliente. Casas ricas y casas pobres, cada una es el espejo de los seres que las habitan. Nada tiene que ver pobreza con miseria, a menos que... nada tiene que ver riqueza con nobleza, a menos que... En fin, el lector podrá constatarlo con su propia lectura atenta.

Por lo que se refiere a los ambientes exteriores, uno siente que respira los puros aires de Llanogrande, que recorre los poblados del oriente antioqueño, que observa las montañas lejanas que circundan ese valle fértil, que se pierde en esa atmósfera azulada de los días cálidos, que divisa las brumas de los amaneceres fríos. Siente las bellezas del cañón del Arma, las ventiscas deliciosas que refrescan los alticos.

Magnífico fue para ellos el espectáculo que se les presentó ante los ojos, cuando al llegar al “Alto de Pore” avistaron la hoya de “Arma”.

La concavidad que este río forma por donde lo corta el camino nacional, que del centro de Antioquia parte para el Departamento del Cauca, es de lo más imponente.

Del alto mencionado, al de “Purima”, de este lado del “Cañón”, se compone el camino de dos largas cuestas: bajando sin descanso medio día y subiendo poco menos el otro medio.

Las grandes faldas que forman la hondonada, son muy pendientes, pero en toda la extensión de ellas se ve el trabajo del hombre en la lucha por la vida:

Aquí una gran roza de maíz con sus hojas esmeraldinas en su primer tiempo, y el color del crisoberilo en su madurez, con movimientos de culebra, estas hojas, o como aiosos gallardetes agitados por el viento; allá limpias lomas de grama natural, acullá potreros de pasto artificial, cuya verdura les hace resaltar más, lo blanco de los ganados de que están vestidos; por allí, como jugando al escondite, pequeños ingenios humeantes, despidiendo aquel olor característico que viene de los peroles en donde se elabora el azúcar y la panela en las estancias de tierra caliente y rodeando los ingenios, cañamelares y plataneras, haciendo con el aire los mismos hermosos culebros y eses de las hojas de maíz. Después un vistoso tabacal, con el alto caney de vara en tierra, plantado en todo lo más pendiente de la falda, e inmediato al río, pareciendo que ya... ya se rueda. Luego unas rosáceas grietas

en la tierra, trabajaderos de minas, que bien figuran las descarnadas úlceras de un leproso, y más abajo, en las estrechas vegas del río, los rizados guaduales, semejando penachos de plumas que le adornan el casco a algún guerrero, y bosques de ceibas, cámbulos, suribios y guayacanes; y sitios poblados de arbustos graciosos, en los cuales se enredan lianas o bejucos con vistosos ramilletes de flores; y yedras caprichosas: y por en medio de estos bosques y setos, corriendo majestuoso al atronador “Arma”, en cuyas riberas se alza la algarabía más infernalmente cadenciosa de los guacamayos, loros, pericos, yátaros, gulungos, gurrías, paujiles... el grito del guacó, que pregona su nombre, el de los monos en tono tan bajo y profundo, que así se nos figura el hervor de las calderas del diablo. Y esto, los huracanes y ventiscas de las sierras altas, el ruido de miles de cascadas y vertiginosas raudas, formadas: unas por el mismo “Arma”, otras por el “Aures” [...] y otras y muchas otras, por tanto riachuelo, tanto arroyo, tanta fuente, que no corren sino que se descuelgan en saltos de la cordillera al río... todo esto, decimos, forma el más grandioso panorama, el más bello paisaje que pueda abarcar de un golpe la mirada humana, y eso sin contar el encanto que le da al cuadro el ser visto, particularmente al medio día, como al través de un azul cristalino y en continua titilación, debido a las capas de aire, heridas por el sol, que se interponen entre aquella espléndida, cuanto escabrosa naturaleza, y nuestra mirada (capítulo LI, pp. 226-227).

Como se capta, esta descripción concierne a los cinco sentidos de nuestras potencias perceptivas. Uno debe remitirse a la descripción admirable del cañón del río Porce que nos dejó Tomás Carrasquilla en la primera parte de *Hace tiempos*. En nada desmerece la descripción de Botero. Lo de Carrasquilla es más abigarrado, como corresponde a un paisaje de selva virgen, lo de Botero es más despejado, pero la riqueza de la disposición, la abundancia vegetal, animal, la arisca topografía —y la riqueza lexical necesaria para la pintura literaria— son las representaciones que se precisan para describir ese cañón ya domeñado por el trabajo humano. Y Carrasquilla describe desde el fondo del cañón, mientras Botero lo hace yendo desde los altos hasta lo profundo. Estos dos puntos de vista obligan a dos énfasis en lo observado. A mi juicio, no obstante, las dos descripciones son cumbres de la literatura antioqueña.

La novela de Juan José Botero es uno de los más importantes documentos que nos quedan de la geografía, las mentalidades y las costumbres del oriente y el sur decimonónicos de Antioquia. Las fiestas populares, las viviendas, las vestimentas, la alimentación, las diferencias entre grupos sociales, los avatares de la guerra, fueron todos aspectos bien fusionados por el artista en esa obra encantadora y poco tomada en serio por los investigadores.

Un efecto musical

Uno de los más bellos efectos literarios de *Lejos del nido* es la conversación en ritornello de la propia expresión. Veámoslo:

Allá:

A donde va toda cosa:

Do van las hojas de rosa,
y las hojas de laurel...

A morir quizás marchita, seca y sin perfume, en suelo extranjero, lejos, sí, muy lejos del nido... (capítulo xx, p. 93).

[...]con un poco de malicia se salva Filomena, no se va el avecita tan lejos del nido (capítulo II, p. 22).

Ella, la cándida avecilla careciendo de las amorosas alas de una madre, para que le abrigaran, para que le escudaran de la lluvia, para que la defendieran de la horrible tormenta que bramaba ya, y ¡tan lejos del nido! (capítulo xxiv, p. 112).

¿Quién lo impedía?

¿Quién podría salvar a la huérfana avecilla tan lejos de su nido?... (capítulo xxx, p. 178).

¡Pobre paloma candorosa, adivinando, presintiendo tantas cosas, y sin saber de donde había llegado ella por aquellos parajes, y de qué árbol pendía su nido (capítulo xxxv, p. 204).

[...] porque la extraviada viajera, que por una oscura senda caminaba, no ha tropezado; porque la infortunada avecita que tan lejos del nido andaba, aún conserva puros sus amorosos arrullos, ni estas mejillas han sido encendidas siquiera, una sola vez, por el bochorno de una mala acción [...] (capítulo xxxvii, p. 211).

¡Que diferencia!

Cómo volvía ahora hechicera, a todo lujo, el ave perdida, a buscar sus bosques nativos.

¡Cómo había salido de ellos, implume y desvalida, a vivir por largo tiempo, vida de miseria!

¡Tan lejos de su nido!” (capítulo LIII, p. 247).

¡Ay!, el ave que implume y tan pequeña, había dejado aquellos sitios en donde se le oyó piar por primera vez, volvía a ellos, y no hallando dispersas las pajas que en otro tiempo le dieron calor y abrigo, abrió las alas y con ellas cobijó cariñosamente el nido (capítulo LIV, p. 253).

El ritornello intensifica la emoción del relato, lo profundiza. No parece aportar nada desde el punto de vista narrativo, pero es un efecto musical de enorme valor por lo que aporta como síntesis y resumen emotivo. Uno puede ver cómo, a través de él, la trama va adquiriendo diversos matices y avanza, avanza siempre. Botero lo manejó admirablemente, en una forma que ninguno de sus contemporáneos escritores supo utilizar. Este efecto estético –musical por origen–⁸ aporta además un tinte lírico muy ingenuo, hasta anodino para el lector no avisado, pero lleno de colorido, como una letanía poética, una sutil cadencia que va pautando la narración.

El personaje principal

En apariencia el personaje principal debería ser la niña secuestrada, Filomena (o Andrea, según la renombran Mateo Blandón y su mujer), pero en rigor la niña es durante largo tiempo un personaje anonadado, confuso y pasivo. Una inocencia caída en desgracia. El personaje activo, con iniciativa, el ángel guardián de la niña y señorita es Luisa, quien por demás narra la historia al escritor. Ella es, a nuestro juicio, el personaje principal, en una obra en la que hay muchos y muy bien caracterizados. Para todos tiene tiempo el autor, para descubrírnoslos en sus matices de interés: Mateo y su mujer; los padres de la niña; Luciano y sus padres; los indios Quirama; Basilio y su madre; Albertini y la niña Olivia; etc. Pero ninguno como Luisa está presente en todas las fases del relato, mujer fuerte, cariñosa, llena de valor para enfrentar a los aviesos, llena de tacto para

⁸ Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Mil mesetas*, Valencia, Ed. Pretextos, 1994.

salvar a la chica de las variadas acechanzas que le tienden. La chica adquiere fisonomía, personalidad y entereza propia gracias a la vigilancia discreta de Luisa. Botero nos la presenta desde el prólogo como un ser admirable, que irradia calor humano. Y si la importancia principal de este personaje no resalta a primera vista es gracias al arte del autor, que busca con ello mostrar mejor el carácter discreto, la obra silenciosa de esa mujer admirable que atiende solícita a la chicuela en cada paso que va dando hacia la adultez.

Conclusión

Muchos otros aspectos notables de la obra merecen resaltarse. El lector atento podrá descubrirlos por su cuenta. Lo que aquí interesaba era mostrar que la novela de Juancho Botero no puede reducirse a un novelón romántico e insípido para nosotros tan conocedores. ¡Hay que ver, por ejemplo, los pasajes jocosos, las décimas de Blandón, su manera de leer, la recluta en Sanantonio, el valiente garrotazo y la recuperación lánguida y –esa sí– la parodia romántica que vienen a continuación! ¡Hay qué ver la historia, conmovedora hasta las lágrimas, de la niña Olivia! O la descripción de la fiesta de San Antonio. O la preparación de las hojas de tabaco para su posterior venta en los pueblos. Etcétera. En resumen, *Lejos del nido* es una hermosa novela a la que no se ha prestado la atención que merece. En buena hora la Colección Bicentenario de Antioquia la reedita. Es la mejor manera de suscitar la atención de historiadores, geógrafos y literatos por igual.

Jorge Alberto Naranjo Mesa
Medellín, junio de 2009



*Como supe la historia**

Había andado ya largo camino, el sol declinaba, y viendo que llevaba buena jornada, resolví buscarme una posada cómoda para pasar la noche que se llegaba a las zancadas. Tenía necesidad de descanso. La mula que montaba casi no daba paso, y a pesar de arrimarle la espuela, sin mucho miramiento, ella no se daba por notificada y continuaba oreji-caída y en su cachazudo paso.

A estas, y a un lado del camino, divisé una casa pajiza con corredores de tejas, muy blanqueada, arbolada, y acequia que cruzaba una llanurita tan empastada, que hizo alzar la cabeza a la mula y dar un fingido rebuzno, como quien dice: ¡quién te comiera!

No vacilé, zas! empujé la puerta de golpe, (cancilla) que daba entrada a aquella provocativa posada, y dirigiéndome a la casa seguí por el llanito: plan! plan! plan! plan!... Aquí si trotó la mula, ¡ ah perra!...

¡Adiós mi señora!, grité al llegar al patio de la casa.

Latió un perro adentro y enseguida asomó a la puerta una muchacha simpática, de color moreno; un tanto aindiada, caricontenta y aseada, la cual, antes de que yo le dirigiera el saludo, me dijo:

—Prosiga, señor.

—Gracias, niña, le contesté, ¿el dueño de la casa?

—Es mi madre, me replicó, y mirando atrás gritó:

—Madre!, aquí esta un señor...

Salió la mamá y después del saludo que nos cruzamos, le pregunté si le sería fácil darme posada por aquella noche, a lo cual contestó:

* La versión del presente libro *Lejos del nido* está basada en la edición de Carlos A. Molina, Medellín, tipografía Helios, 1924 (N. de E.).

—Eh! como nó, señor, si Ud. se resuelve a pasarlo mal.

—A juzgar por lo que veo, será de perlas.

—Ello no, señor, porque no hay comodidades, pero voluntad...

—Y para qué más, mi señora? ...

Esto diciendo eché pie a tierra, desensillé la mula, conseguí para ésta maíz con la patrona, la cual, al volver del interior de la casa, a donde había ido a dar no sé qué órdenes, sacóme al corredor un taburete para que descansara, diciéndome:

—Ud. no habrá comido?

—Estoy trozado de hambre. Ojalá me hiciera preparar alguna cosa.

—Entonces, siéntese aquí para que descanse, yo voy en una carrerita a hacerle de comer, mientras vienen los muchachos para que lo entretengan, y me dispensa.

—Ud. es la que debe dispensar la molestia que vengo a proporcionarle.

—Es ninguna, me contestó dejándome solo.

Recosté el taburete a la pared, en el corredor, rastrillé un fósforo, encendí un cigarro, y... como en mi casa.

Entretenido estaba, viendo revolcarse la mula a todas sus anchas; oyendo el trinar de los azulejos y de las mirlas en los naranjos, mezclado esto con el ruido del agua de la acequia, y aspirando: unas veces el humo del tabaco y otras el aire fresco y perfumado del campo a aquella hora, cuando alcancé a oír la trova de dos hombres que venían bajando por una loma frontera a la casa:

Cuando a lavarte la cara
Bajas a la quebradita,
Los que cogen agua abajo
Toman el agua, bendita.

Cantaba el uno, y el otro contestaba:

Las flores de la montaña,
Con ser tan bellas las flores,
Al verte pasar se inclinan
Y entre las ramas se esconden.

—Entonces el primero volvió:

Esta mañana se fue
Muy triste la vida mía,
Solamente me dejó
La... ..

Al llegar aquí del verso habían caído a una cañada y no pude saber cómo concluía éste.

Y, ¡qué voz la de aquellos hombres! Ya se ve; aquí en Antioquia, en las montañas y al aire libre, se desarrollan pulmones que harían la envidia de los crapulosos cantores de la ciudad.

Los rústicos trovadores llegaron. Eran los hijos de la patrona. Me saludaron respetuosamente, pero con cariño, y pronto entramos en plática.

Hablamos de varias cosas y cuando ya se estableció entre nosotros alguna confianza, yo, que tenía presente el reciente canto, les dije:

—Hombres! ¿a ver cómo acaba uno de los versos que venían cantando cuando cayeron a aquella cañada?

—Nosotros!, nó, Señor... ni sabemos cantar, contestaron, poniéndose como una curuba.

—Pero, ¿cómo me lo niegan si los oí?

—No, Señor, serían otros...

Y sea por ese temor respetuoso del campesino, o porque lo tomaran a burla mía, es lo cierto que no me acabaron aquel cojo cantar y me dejaron chasqueado.

Entre tanto las sombras de la noche comenzaron a extenderse por aquellos campos y en el cielo iban apareciendo claras como chispas de fragua, las estrellas, a tiempo que en la sala de mi posada se extendía también, sobre una aseada mesa, un mucho más aseado mantel, apareciendo sobre él tan confortable cena, que...para chuparse uno los dedos y quedar como un pito, timbeño, (harto).

Así me ví aquella noche y, como pude, impedido de vientre con tal manduqueo, me separé de la mesa y calla que callandito, recosté una silla a la pared, la ocupé y llevando la vista al techo de la casa, me quedé aletargado en una especie de somnolencia digestiva, como boa después de engullirse un ciervo.

A poco llegó la patrona, se me sentó al lado y yo, por hablar algo, para evitar un ataque apoplético, le dije:

—Esta casa o finca...

—Es mía, Señor, y la tiene a su disposición, me interrumpió.

—Gracias, le contesté, está en buenas manos.

—Y... argulló ella, a su vez, de dónde viene el Señor y para dónde va?, si no es imprudente la pregunta...

—Vengo de los pueblos de Occidente y voy para Rionegro.

—Buena tierra, me dijo, yo también soy rionegrera. Mis padres eran de San Antonio, el cacero cercano a Rionegro.

—Conque paisanos?, me alegro.

—Y yo más, quiero tanto a esa gente.

—Hace tiempo vive por aquí?

—Desde que tuvo lugar la guerra del General Borrero, por allá en el 51.

Y esta finca... la heredaría de su esposo, pues por lo que me han dicho, es Ud. viuda.

—Parte y poca, me dejó *el pobre*, lo demás tiene su *quisque* y bien *quisque*, que si yo le contara...

—Ah!... y, por qué nó?

—Es, Señor, que para llegar a esto, hay una historia tan larga que sería el cuento de nunca acabar.

—Si es cosa que merezca la pena, soy todo oídos.

—Válgame! que la merece, la merece. Supóngase Ud...

—Aguárdese, mi señora, le interrumpí, viendo que la cosa llevaba trazas de cuento largo.

Entonces fui a la montura, desaté una manta, volví con ella, me tendí de largo en una banca, sirviéndome de cabecera un tercio de maíz, encendí otro cigarro, me froté las manos, porque hacía frío, y vuelto a la patrona le dije:

—Ahora, si, cuente.

Entonces y al compás del ruido que hacían afuera la acequia y una de esas interminables lloviznas de tierra fría, comenzó Luisa, que así se llamaba aquella mujer, una historia con la cual me entretuvo hasta cerca del amanecer, y que, sin aquella sencillez y natural gracia de mi huésped, y sobre todo, el aplomo de quien refiere lo que vio, voy a narrar en los capítulos siguientes:

I

Corría el año de 1854, uno de tantos fatales para nuestra Patria, puesto que atravesaba entonces Colombia por una de esas épocas revolucionarias, que sacan de quicio el orden social en todo sentido, alterando de tal manera la tranquilidad

pública, que con gran dificultad vuelve a su normal estado la sociedad, quedando por mucho tiempo, en todo ánimo el desaliento y en todo corazón el rencor y la desconfianza.

Era un día nebuloso y frío de aquel año y, en uno de los pueblos del Sur de Antioquia, se celebraba con júbilo la llegada de uno de sus moradores, ausente hacía algún tiempo por allá en la Capital de la República, adonde había sido enviado por su acaudalado padre a hacer sus estudios, el cual, debido a la revolución apuntada, tuvo que salir a trompa y talega de nuestra metrópoli, sin concluirlos.

Antonio, que así se llamaba el recién llegado, pertenecía a una de las principales familias del pueblo, le adornaban muy buenas prendas personales y era, por esto, estimado de todo el vecindario.

En los primeros días de su llegada se fastidiaba, como es natural, con la vida quieta y uniforme de su tierra; mas al fin como en este mundo todo tormento acaba, aunque sea para trocarse por otro mayor, Antonio, fue olvidando pasadas épocas, concluyendo por amoldarse a las viejas costumbres lugareñas; tornado a ser el de otros días, a tal punto, que, una hermosa niña que él pretendía antes de seguir para Bogotá, volvió a trastornarle de nuevo los sentidos, con su belleza y gracia. La requirió de amores nuevamente, ella no se hizo sorda, la solicitó en matrimonio y... cataplún! Toño casado. Siguiéndose a aquel enlace, como consecuencia precisa:

Tres rubios niños de azulados ojos,
Lindos como los ángeles de Dios.

En el tiempo que comienza la historia, Matilde, (así se llamaba la esposa), con Antonio y sus tres hijos, Filomena, Rosa y Jaime, se encontraban de paseo, o sea veraneando, en una finca que poseían no lejos del pueblo. Allí acababa de tener lugar una bulliciosa y muy parrandeada Noche-Buena, en unión de amigos y parientes.

“San Pablo” era el nombre de la hacienda aludida y como ésta tiene dares y tomares con el relato, haremos una ligera descripción de ella.

Era una extensa zona de tierra que comprendí tres grandes lotes: “El Playón” o la parte baja, de clima ardiente, en las riberas del río Cauca; “Loma Hermosa”, la parte media, de clima templado, y “Las Peñas”, lo alto o tierra fría.

Heredad era ésta que, con mano hábil, trabajaba Antonio, para sacar de ella: hermosura por sus labores; amaño por sus comodidades, y riqueza por sus productos, pues que en lo bajo abundan los potreros de pasto artificial, para cebar novillos por centenares; en lo medio, cañamerales, plataneras y grandes rozas de maíz y frijol, y en lo alto, papales, trigales y sabanas de pasto natural, con las hermosas vacas que daban aquella leche de espesa nata, con la cual se preparaban los suculentos quesos de proverbial celebridad.

Tal era en verdad la finca que enseñamos con el nombre del santo que tan famosas epístolas escribió a los corintios y de la cual como ya dijimos, nos ocuparemos repetidas veces en este libro, por ser ella teatro de algunos de los más notables sucesos que a continuación narraremos, el punto de partida de la leyenda.

II

Hermosa tarde de diciembre!

El viento, barriendo poco a poco el cielo, amontonaba en caprichosos grupos las nubes allá tras las altas cimas de los Farallones, dando aquellas, el sol que declinaba, tintes de rosa y de naranja y haciéndoles dibujar sobre el azul pálido del horizonte, caprichosas y variadas figuras.

Una brisa muy fresca y juguetona pasaba triscando, cargada de las vírgenes esencias de los montes.

El canto del gurrí se dejaba oír en las hondas cañadas, acompañando el ruido atamborado de las aguas del “San Pablo”, que corre por entre peñascos y pedrejones, formando desvanecedoras raudas y cascadas.

Allá en el centro de tantas maravillas, como blanca perla caída en esmeraldino alfombrado, se destacaba alegre, limpia y vistosa la casa principal de la hacienda, muy lejos de parecerse esta vivienda a los incómodos cortijos de nuestras montañas.

Casa de tejas con anchos corredores, espaciosa piezas, patios amplios, corrales hartos de aves domésticas, huertos y jardines, arbolados y acequias, perfumes y flores.

Un verde y limpio llanito junto a la casa, sombreado por copudos naranjos, altos pomos y desparramados guamos. Y tres chirriquitines, blancos y sonrosados

que juguetean en el corredor de la casa y a quien la madre les sonríe distraída pensando quizá en la felicidad que la circunda.

Inútil es decir que la mujer es Matilde y los preciosos chismes de gente que la rodean sus hijos Filomena, Rosa y Jaime.

El 24 echaron holgorio all , hasta que Dios mandó su santa luz el 25; pero viaje para el pueblo, quién dijo?, cuando en este día se siguió la fiesta, y baile por aquí, y canto por all , y juegos de prendas más allá, y algunos durmiendo la traspasada más acá, y los dormidos trasudando y mostrando caras pintorreadas con corcho quemado, y... parranda por todas partes.

El 26 sí era justo que desfilara la comitiva y así sucedió, quedando en "San Pablo" sólo la reina de la fiesta, Matilde, con sus tres niños, y nada más, pues hasta Antonio, que no aguardaba otra cosas sino que pasara Noche-buena tuvo que ausentarse de all , porque se le ocurría y muy preciso, un viaje al alto Cauca en arreglo de negocios comerciales.

Ah!, pero con Matilde había para llenarlo y embellecerlo todo.

Miradla all , en el corredor, recostada al barandal,  podr  hallarse otra mujer más hermosa? Su moreno pálido; sus negros ojos; sus tiernas miradas; su tersa y ancha frente; su boca tan primorosa, donde se muestra en juego a todas horas la más simpática de las sonrisas; aquella morbidez, blancura y suavidad en toda ella que parece que si se tocara, se hundirá el dedo; vestida con ligera bata, que deja dibujar las gratas ondulaciones de sus contornos seme ndola todo esto a la Concepción de Murillo, viniendo a ser mayor el parecido por andar rodeada de sus niños, tal así como concibió y puso en el lienzo, cercada de  ngeles, a aquella Madona, el gran pintor.

Matilde gozaba desde el corredor de la casa viendo corretear en el llanito a sus hijos, con un gran perro de lanas, y un taimado gato, travesando bulliciosos y alegres.

Y como el llano venía a terminar en el camino real que cerca a la casa pasaba, donde había una gran portada que servía de entrada a la finca, hasta allí se aventuraban a llenar algunas veces los niños.

—Jaime! Filomena!, gritaba desde el corredor la mamá: ya se los tengo dicho que no lleguen al camino, no saben que por all  pasa tanta gente, sobre todo dejan sola a Rosa y ella se desespera.

Esta amonestación era de cada momento pero no porque se atendía, pues con mayores risotadas emprendían de nuevo sus carreras aquellos diablínes.

El sol que se hundía detrás de las montañas andinas, sólo daba una luz mortecina, dibujando en la inmediata y ancha vía los árboles de la orilla, como tendidos, largos fantasmas que se balancearan sobre sus anchas espaldas.

A estas llegaron a descansar cerca a la portada, dos indios que parecían marido y mujer; ambos de edad avanzada, de caras patibularias, socarrones como los de su raza. Venían del Sur y en dirección al interior de Antioquia, con acopio de hoja de palmera real, abundante por aquellas regiones, para tejer trenza y hacer con ella sombreros, porque esa era su industria.

Largo rato estuvieron en determinaciones, fluctuando entre si llegaban o no a aquella casa en solicitud de posada, para pasar la noche que ya se les venía encima; pero viendo el aspecto imponente de tal habitación, no se atrevieron a hacerlo, y, ya se preparaban para seguir camino, cuando notaron que una niña de corta edad, balbuciente apenas, (Filomena), blanca como una garza, rubia como la cabellera de una mazorca en choclo y hermosa como un cielo, se acercaba a ellos risueña y confiada.

Qué cruzó en este momento por el alma de aquellos despiadados indios? sólo Dios lo sabe; pero algo tenebroso y diabólico pasaría, porque ellos perplejos, se miraron mudos y luego con un movimiento simultáneo se llegaron a la niña, la que cogida con las callosas y mugrientas manos del viejo, fue arrebatada bruscamente, desapareciendo con ella en las sinuosidades y vueltas del camino, sin que su lloro y gritos de espanto fueran oídos.

Y no lo fueron, porque a tiempo que los indios llegaron a la portada, llamaron a Matilde del interior de la casa, demorándose por allá algún tiempo.

Qué pasó, ¡Dios mío! en el alma de la desolada Matilde, al volver y no hallar completo el collar de perlas, que ella llevaba siempre consigo y que mostraba tan satisfecha con el santo orgullo de madre?

¿Qué hizo la angustiada madre?; llorar y gritar como una loca y poner en movimiento a todos los de la hacienda, pero nada, ella no discurría medio alguno ni en “San Pablo” hubo a tiempo persona avisada que uniendo cabos, pudiera inferir, deducir algo, que con un poco de malicia se salva Filomena, no se va el avecita tan lejos del nido.

Y la noche llegaba.
¡Faltaba del collar una perla!

III

Dijimos que Matilde puso en movimiento a todos los de la hacienda y vecinos, en solicitud de la niña; pero como en aquellos primeros momentos todo mundo dudaba, perplejos y asombrados sin que nadie figurara que Filomena fuera hurtada, se dio en buscarla por los interiores de la casa, por el huerto y sus inmediaciones registrando cuanto rincón, matorral o zanja se viera allí, pero nada.

Tal misterio había en esto, tan incomprensible era el secreto que encerraba la desaparición de la niña, que ya entre los peones y sirvientes comenzaba a susurrarse que allí había algo de magia o encantamiento, que cada cual explicaba a su manera.

La única persona que vino a discurrir algo en forma, fue el mayordomo principal de la finca, Juan, pero ya tarde, entrada la noche, cuando éste llegó y encontró la casa en tal confusión.

Lo primero que arbitró fue el enviar al pueblo aviso la autoridad y a los de la familia de los patrones.

Luégo a hacer un examen en el camino real, a ver si se encontraba alguna huella o señal de lo sucedido, como también el de las gentes que allí había, sobre lo ocurrido y visto por ellas.

Y esto sacó en limpio:

Que, aunque ya un poco oscuro, se distinguían las huellas de dos personas que seguían el camino en sentido opuesto al pueblo.

Y que un sirviente de la casa, muchacho atontado, que llegaba esa tarde del lugar, dizque habla visto... “Dos indios, un hombre y una mujer, tan qui ni asustaos que parecían mesmitamente el diablo, de puro feos, junto a la dentrada del camino rial, antesiticos de que se jormara la bulla en la casa...”

Mucho saber era esto, pero ya tarde; no tanto por el tiempo transcurrido, sino por haber entrado la noche tan lluviosa y oscura, que, sólo un guapetón como Juan, pudo aventurarse a emprender camino en la dirección que seguían

las huellas descubiertas, en persecución de los que se creía fueran los raptos de la niña.

En el pueblo se supo “la desgracia de San Pablo”, como se siguió llamando la desaparición de Filomena, bien entrada la noche y fue entonces cuando vino a verse más de relieve, toda la estimación que allí se tenía por la familia de Antonio; porque, puede decirse, no hubo una persona que mirara con indiferencia aquel suceso, y que todos los vecinos, cual más, cual menos, pusieron su contingente de trabajo en solicitud de la niña.

El Alcalde, su Secretario y muchos acompañantes, se pusieron en marcha a pesar de la noche oscura, lluviosa y fría.

El funcionario al llegar, inició el sumario, tomando por base la declaración del atontado sirviente, y los demás entraron en campaña y en diferentes direcciones, buscando, inquiriendo, escudriñando en solicitud tan cuidadosa, que no dejaron rincón que no examinaran ni vecino con quien no tocaran...

Dijimos que Juan siguió el primero en dirección de las huellas que partían de la portada y agregamos ahora, que a éste acompañaba su hijo mayor, llevando un pequeño farol en la mano.

Estos dos servidores de la hacienda, sin arredrarse por la tempestad, calados de agua hasta los huesos y con el lodo a la rodilla, anduvieron a paso largo toda la noche, en persecución de los raptos, porque para ellos no había duda de que Filomena habla sido robada por aquellos dos indios, que “parecían mesmitamente el diablo”, como dijo el sirviente, pero toda esta caminata fue en balde, dejando atrás a los que perseguían, aunque llevando el mismo camino.

Otra vez los pequeños incidentes, los hechos o cosas al parecer insignificantes, decidiendo de la suerte futura de un ángel.

Poco avisados los perseguidores.

Un farolillo, un pequeño farol, que si bien con su luz mortecina señalaba el sendero a ellos, a los perseguidos les sirvió de aviso, y tuvieron tiempo de acurrucarse a la vera del camino, quedar allí sin ser vistos, dejando pasar a la nocturna ronda.

Un soplo, un ligero soplo de aire que apague la luz y Filomena se salva.

Como hemos dicho, la noche en que nos ocupamos fue feroz. Parecía que en ella se hubieran desencadenado todos los elementos. Los relámpagos

y los rayos menudeaban. El huracán bramaba. Los truenos retumbaban por aquellas hondas cañadas y cuajados montes, semejando los fieros rugidos de un monstruo.

Los indios con su aspecto diabólico, eran iluminados por la luz de los relámpagos, formando un notable contraste, sus caras de réprobos, con la dulce y angelical de la niña que en brazos llevaban.

¡Pobre Filomena, tan tierna y delicada!

¿Qué iba a ser de ella sin las tiernas caricias de sus padres y la compañía de sus hermanos?...

Ella, al fin, sin darse cuenta de lo que le pasaba, por su corta edad, con el maltrato del camino y desvanecida con el sereno de la noche, cayó en una especie de sopor, parecido al sueño, mientras los indios tomaban mas aliento y huían con la presa a todo andar.

Así, que, cuando las primeras claridades del día vinieron a alumbrar la vía que seguían aquellos malvados, se avvicinaban a la gran hoya que forma el río “Arma”, y allí, conocedores de algunas sendas de poco uso, dejaron el camino real y esquivando el ser vistos, anduvieron hasta llegar a “El Arenal”, paraje donde tenían su habitación...

Pero volvamos a la hacienda de “San Pablo”.

¡Qué de pesquisas para averiguar el paradero de Filomena; la realidad de tan misterioso suceso!

Y, ¡qué de lágrimas!, qué de desaliento!, ¡qué de postración de la madre que iba perdiendo la esperanza de recuperar a la hija!

¡Pobre Matilde!

Con las sombras que vinieron a oscurecer el cielo de aquella tarde sin nubes, quedó también oscuro y nublado, para siempre, el cielo de su felicidad!

¡Pobre esposa!

Difícil, muy difícil sería describir los padecimientos que tuvo aquella noche, cuando lamentando la ausencia de su esposo, cansada de llorar y de llamar a la hija, se dejó caer moribunda, casi desmayada sobre una silla: mustio y desencajado el semblante, pálida, llorosa y extraviada la mirada, denotando algo así como el principio de la locura. A nadie contestaba si le interrogaban; sus dientes de marfil se chocaban; en sus labios se notaba un ligero temblor, dando ésto paso, de vez en cuando, a una sonrisa de mortal amargura, más desgarradora aún que el mismo llanto.

*

Lejos del nido

Lo que pasó por ella en tan terrible trance, sólo puede ser comparado a los sufrimientos de la que es la salud y el consuelo; de aquella bendita mujer que derramó lágrimas de sangre al pie de la cruz, viendo las lentas agonías de su Hijo para salvar la humanidad...!

Al fin amaneció.

El sol alzándose risueño, alumbraba lentamente aquella escena de luto y desolación, en “San Pablo”.

La luz del día y el frescor de la mañana vinieron a sacar a Matilde de la amargura de la noche, de aquél desvío de la razón que le había como embotado los sentidos a ponerle bien de manifiesto toda la magnitud de su desgracia.

Entonces volvió a oír las mirlas que alzaban su dulce plegaria como antes, y a los traviosos azulejos que jugueteaban en los naranjos, y el sonar de las aguas del río “San Pablo”, y el llamado que hacían las vacas a sus hijos, y la contestación de los becerritos correteando y saltando para desentumecer los ateridos miembros...

Pero si en otro tiempo le alegraba este concierto de la naturaleza, en aquella mañana le servía de martirio.

Para un corazón de luto, como el de Matilde, todo es triste y sombrío.

En el canto de las aves parecía que le llegaban las súplicas de su hija.

En el viento de la montaña creía oír sus gemidos.

En el ruido de las aguas, sus quejas.

Y en la luz de la mañana pretendía mirar la luz de aquellos ojos de cielo que había perdido... ¡acaso para siempre!

Las más asiduas pesquisas, las más minuciosas averiguaciones, todo era en balde.

Conjeturas, suposiciones, y nada más.

Todos corrían, iban, venían, buscaban, llamaban a toda voz... mas sólo el eco imponente de la montaña contestaba a tanto grito de dolor...

Del informativo del Alcalde, resultó, además del reconocimiento de las huellas que partían de la portada, vía del Norte, y el dicho del sirviente, la declaración de una mujer de la vecindad que a la letra decía:

“...a l’ oración me encontré con dos personas indiadadas, un viejo y una vieja muy feos, y así que ni asustaos, que iban camino rial abajo, muy atoíto escape; la vieja con un corotico de palmicho a la espalda, y el viejo con otro, a lo mesmi-

*

*

Juan José Botero

tamente, contrimás que éste llevaba un bultico bajuela jerga, que no vide qué y cuasi ni an me saludaron asigún iban de toriaos...”

Declaración que vino a corroborar la creencia de que la niña habla sido robada por gente tan ruin y desmedrada, lo que aumentó más el tormento de Matilde, y siguió aumentándolo día por día, pensando siempre en los trabajos de su hija, mientras ellos gozaban de tantas comodidades...

¡El nido de la paloma estaba vacío!

¡La mariposa de alas de oro, ya no se vería más revoloteando en su jardín!

¡El blanco botón de rosa, tronchado de su tallo, tan sólo había dejado el perfume, y el recuerdo...!

Al fin, Juan y el hijo regresaron a dar cuenta de que nada habían conseguido, la misma que se daba a cada momento, por tantos que de diferentes puntos llegaban, aumentando la zozobra de todos, explicando, aquella repentina desaparición, cada cual a su modo:

Para los supersticiosos criados y peones, un hechizo, magia.

Para las personas de sano criterio, un crimen.

Para la apenada madre, un dolor...

Y no hubo remedio para aquella desgracia.

La niña quedó perdida.

Y pasaban y pasaban días y en “San Pablo” todo era luto y lágrimas, hasta que al fin, Antonio, de vuelta de su correría al Cauca, resolvió viaje para el pueblo con la familia, dejando sola aquella casa, teatro de sus mayores dichas y de su más grande dolor.

Sí, porque fueron inútiles todos los esfuerzos hechos para recuperar aquel tesoro perdido.

IV

“El Arenal” es el nombre del paraje donde tenían su vivienda los indios, Mateo Blandón y Romana Grisales, (esposos), que así se llamaban los hurtadores de Filomena, y allá fueron a dar éstos con tan lindo despojo, sin contratiempo alguno en el viaje.

*

Una vez de vuelta ya instalados de nuevo en la miserable choza que les servía de habitación, el primer cuidado fue, el de ponerle nombre a la niña, en cuyos oídos, a partir de aquella época, no volvió a sonar el dulce y simpático de Filomena, pronunciado con cariño por labios de padres y hermanos, sino el de Andrea proferido bestialmente por los de aquellos infernales indios.

La ligera túnica que traía puesta le fue quitada, yendo a confundirse con los harapos de la india en el fondo de un baúl, poniéndole en cambio el vestido que usaban las mujeres de Antioquia.

Y, ¡qué curioso era por cierto, el contraste que hacía aquel rostro de ángel, con tan tosca vestidura!

Los indios para acallar habladurías y disculpar la presencia de la niña en la casa, decían a los vecinos:

“Pues sí, que dende tiempos de agora días, se jué a vivir por los minerales de Marmato Candelaria, la hija de nosotros, que por allá se casó con un inglés gu francés de Bogotá y el hombre la abandonó, dejándola en la irnopia y con una muchachita que ni qué, la mesmita del taita; que le sacó el zarco y el monito puro. Y Candeladrita entonces murió y antes de morir, la dijuntica nos escribió que juéramos por la muchachita, por la ahijaita; que nosotros por la recomienda allá a una gente, la sacamos de pila, mandando pal caso un papel. Y ya por esta punta y por la otra punta de Candeladrita, debíamos recogerla y juimos y la trujimos...”

Aunque no era del toda satisfactoria aquella explicación, a falta de otra mejor y de que nada se decía en contrario, hubo conformidad, y Andrea, o mejor dicho, Filomena, pasó de allí en adelante por nieta de Romana Grisales y de Mateo Blandón, de quienes es tiempo ya de que nos ocupemos.

Contaba Mateo Blandón largos años, si bien es cierto que no lo demostraba; de baja estatura, rechoncho, sin pelo de barba como indio de pura sangre, sus ojos pequeños y torcidos, con vetas coloradas como los de algún venenoso reptil; color cobrizo, estevado y de andar incierto; vestía regularmente camisa de lienzo, pantalón de burda manta, capisayo corto y sombrero de hoja de palmera.

Tapadísimo era Mateo hasta decir, ¡upa!, especialmente para expresarse; pero marrullero como él solo... Entre los de su clase era tenido por médico (yerbatero). Leía a medias en un libraco manuscrito que tenía, titulado “Artí-

colos de secretos de naturaleza y del conocimiento de achaques...”.¹ Aprendió a deletrear de chiripa, habiendo entrado de niño a servir en la casa de un sacerdote, quien a fuerza de coscorrones y de rejo le hizo conocer la lectura, aunque bien titubeada.

Romana Grisales, un poco menor que su cónyuge, delgada, asmática, de frente achatada, brazos y cara descarnados, ojos en viaje, cráneo adentro, para la nuca, voz chillona, india de la cepa como Mateo, el pelo apelmazado y en mechones, lo que le daba el aspecto de bruja.

Ambos, Mateo y Romana, sin pizca de educación, de trato grosero y más negras intenciones que un gato.

Cuando por allá en el año de 1833 se lizo el repartimiento de los terrenos de indígenas, de “Santa Bárbara”, “Zabaletas” y el “Chuscal”, les cupo en suerte a estos malvados, un lote de tierra situado en el “Chuscal” y en un paraje llamado “El Arenal”, donde construyeron su vivienda o mejor, la miserable choza que acababan de dar a... Andrea, (será llamarla así), por morada, en cambio de la hermosa y cómoda casa de “San Pablo”.

De aquella corta heredad, sólo tenían en cultivo la huerta que rodeaba la desdichada habitación, sembrada de maíz, viéndose crecer a inmediaciones de la casa, en profusión y sin orden alguno, el apio, la achicoria, verdolaga, manzanilla y demás plantas que emplea la medicina casera.

Daban sombra a la cocina unas matas de higuera, a cuyos troncos mantenían atado un cerdo, que vivía en paz y quietud con las gallinas que allí se llegaban a dormir la siesta, en los días de calor, al abrigo de las cuevas que en un barranco formaba con el hocico aquel animal.

La casa pajiza, cercada con palos redondos, por cuyas juntas irregulares entraban libremente la luz, el aire y la lluvia.

Toscas bancas de madera camas sin otros tendidos que miserables harapos, bajo las cuales se oía el cló cló cló de las gallinas crianderas que por allí anidaban, soltando unos insectos...

En zarzos, vigas y soleras, costales viejos, mochilas de cabuya idem, gastados instrumentos de labranza, un agujereado cuero de res, sin poderse distinguir la especie de cuadrúpedo que abrigó; un viejo vihuelón de cedro sin cuerdas

¹ Conservo el libro en mi poder.

ni clavijas, arropado con manto espeso de talarañas, instrumento en el cual acompañaba Mateo, en sus mocedades, las jácaras que le endilgaba a Romana, declarándole su pasión amorosa.

Colgaban por todas partes manojos de plantas medicinales, que ponía el bruto galeno a disecar, para preparar los brebajes, cuando recetaba, como así mismo colgaban del dintel de la puerta, especie de canastillos de hoja de palmera, (ramo bendito) dizque para que no entrara el diablo; pero, ¿a cuál diablo pensaban atajar, cuando no sólo éste en persona vivía adentro, sino también la diabla?

Se ocupaban estos indios en la hechura de sombreros de hoja de palmera y esta reducida industria, unida a los pocos frutos de la huerta y a las exiguas remuneraciones de los pacientes que atrapaba Blandón para recetarles, era lo que les daba el miserable sustento; pues si algunas veces hacían sus excursiones a las orillas del río Cauca a beneficiar el tabaco, lo poco que les dejaba esta ocupación se iba en la fiesta de “Los Negritos”, en el Retiro, o en la de “San Antonio”, en Rionegro.

Hasta el día en que Andrea fue traída a “El Arenal”, sus robadores habían vivido solos, pues si bien es cierto que tuvieron dos hijos, Candelaria y Cosme, éstos los abandonaron, huyendo del trato cruel que recibían de tan desalmados padres, y de fuera, o personas extrañas, pocas iban a una casa en donde sólo se oía maldiciones, blasfemias, reniegos, improprios...

V

Esta naturaleza humana, esta existencia que tanto cuidamos y tanto luchamos por conservar, es un misterio incompresible; misterio que, al reflexionar un poco sobre él, nos hace discurrir de diversos modos, acabando por lanzar opiniones contradictorias respecto de nuestro ser.

Hay veces que la menor oposición a los intentos de una persona, o sea un accidente al parecer insignificante, obra de tal manera sobre su organismo que esto puede ser causa, ya de un cambio completo de genio, de índole o de carácter; ya de algún trastorno mental y a veces hasta de la muerte.

En tanto que otros sucesos desgraciados, que parecen superiores a nuestras fuerzas físicas y morales, pasan por nosotros dejando es cierto, hondas huellas del daño sufrido, pero sin dar en tierra con la vida.

Tal así pasó a Filomena y a sus padres.

Porque, conociendo el dolor de éstos, al pensar que ya no verían más a la hija y que la vida que ésta llevaría sería de miserias y de perdición, ¿podría creerse que tan afectuosos padres resistieran esta terrible prueba, sin perder la vida o acaso la razón?

Y, viendo la delicadeza de la niña; cómo fue mecida su cuna; la suavidad, dulzura de tratos y miramientos que antes la rodeaban, y luégo aquel cambió tan brusco por una vida de privaciones, de maltratos, de carencia de afectos, de ausencia de todo bien... ¿podría figurarse alguna que aquella tierna criatura, así, soportara la vida?

Y sin embargo: pasando días y días, después de tanto dolor, ellos vivían.

La niña en la abyección y la miseria.

Los padres soportando una inmensa tristeza.

Dijimos que a la vuelta del Cauca Antonio tornó con la familia al pueblo, abandonando “San Pablo”, en donde tantos recuerdos dolorosos dejaban. Allá por lo menos, Matilde, que como madre era la más atribulada, tenía el consuelo de vivir rodeada de los demás miembros de familia y de amigas que con tanta solicitud y atenciones, trataban de mitigarle aquella honda de pena; de estar cerca al templo del Dios de las misericordias, en donde se le veía de continuo implorando del Cielo la vuelta de su hija, ejerciendo con los niños huérfanos la santa caridad cristiana pensando siempre en el desamparo en que la suya pudiera hallarse.

Qué dulces son los consuelos que da nuestra Santa Religión a quien, como Matilde, es fervoroso creyente y sabe ejercer la sagrada virtud de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, dando con mano generosa al necesitado: después de su desgracia, no hubo llanto que no enjugara ni dolor que no quisiera aliviar...

Y Antonio, ¿qué había sido de él?...

Siempre la misma tortura, siempre la memoria de Filomena amargándole la vida. Sin ahorrar pesquisas, indagaciones ni diligencia alguna que pudiera conducirle a descubrir el paradero de la hija.

¡Pobres padres!

Aquellos felices esposos de mejores días, apenas si se daban cuenta de que la niña había desaparecido, y... nada más.

Conjeturas, juicios, suposiciones... y era todo.

—Qué cruel es esta incertidumbre!, decía Matilde a sus amigas, ¡qué martirio, Dios mío!; perdido aquel mi ángel tan bello y tan inocente!

—Pero, Matilde, le repetían, resígnese, trate de reponerse al dolor; Ud. se acaba, Ud. se consume.

—¡Ay!, sí, mucho he puesto de mi parte, pero veo que es imposible consolarme y cada día aumenta mi dolor...Pensar en que Filomena vive lejos de nosotros, sometida de seguro a una vida de indigencia y de esclavitud... ¡Eso es horrible! Ver al Jaime y a Rosa que van creciendo al par de su hermanita... Pero cuánta distancia media entre ellos: aquí comodidades, el abrigo, los cuidados, y allá... allá...quién sabe dónde!... allá donde está la hijita de mi corazón, quizá la miseria, el abandono, el trato duro y cruel. ¡Ay!, sólo la que es madre puede medir esta congoja, este dolor que siento clavado en lo más hondo de mi alma...!

Y Matilde daba rienda suelta al llanto.

Ahora, cómo sería aquello cuando se le acercaba Jaime con su eterna pregunta:

—Mamá, ¿cuando vuelve Filomena?

—Esto si que avivaba más y más los pensares en su hija, considerándola cada día más lejos, sin una caricia, harapos y con hambre.

El corazón de una madre no se engaña, hay una relación secreta entre ella y sus hijos, un como fluido magnético, misterioso y delicado, que le hace entrever lo que materialmente se oculta a la mirada.

Y Andrea, entre tanto, crecía y crecía y pasaban para ella años y años sin que en nada variara su miserable situación.

El trabajo se lo duplicaban a medida que se desarrollaba; el vestido siempre de igual manera y los alimentos ordinarios, escasos y a deshoras.

En los primeros días de la llegada a “El Arenal”, los guardadores de la niña tuvieron el mayor cuidado de que nadie la viera, temerosos de un denuncia y este tiempo la acostumbraron a callar por todo y a darles el nombre de padrino a Mateo, y de madrina a Romana.

De ahí que aquélla creciera ignorada del mundo, al lado de tales erizos, como crece la delicada violeta entre la basura de un inmundo muladar.

Cuando ya la edad le iba mostrando, aunque informes y con pálidos colores, el presente y donde vivía, y algo así confuso del pasado, de lo que dejaba atrás; cómo se le confundía en su cerebro de niña, la limpieza de una habitación muy cómoda, las caricias de una mujer muy buena, y la risa de unos niños muy hermosos, con la sucia y miserable choza que habitaba, con aquellas caras patibularias de los indios y el trato de éstos para con ella tan duro y cruel!

VI

A inmediaciones de “El Arenal”, y en un punto llamado “Los Alticos”, había una casa pajiza con corredores de tejas, construída en el centro de un lote de tierra dado a José Jurado, cuando tuvo lugar el repartimiento de que hemos hecho mención.

Había levantado esta casa sobre pequeña planicie, llanurita frente a ella que llamaba la atención por lo limpia de malezas y por estar sombreada por copados arbustos, teniendo cerca a la habitación un huerto bien cultivado.

Tan ordenada, limpia y llena de flores acostumbraban tener la casa, que al entrar a ella se sentía el olor más delicioso; los muebles en armonía con el aseo, camas bien abrigadas, bancas tendidas con esterillas de henea, perchas de donde pendía ropa muy limpia y remendada...

En fin, diremos, que la casa, en “Los Alticos”, era el reverso de la de Mateo y Romana en “El Arenal”.

El dueño de esta pequeña heredad o a quien correspondió, cuando el repartimiento de marras, fue al indio José Jurado, y más tarde su hijo del mismo nombre la heredó de aquél, habiendo muerto ambos cuando tuvieron lugar los sucesos que venimos narrando.

Pues bien, a la sazón habitaba en ella la viuda esposa del último y la madre de Luisa que así se llamaba la mencionada viuda, mi narradora.

Y como esta mujer, Luisa, juega en nuestra historia un papel interesante, es bueno que la saquemos al escenario, presentándola tal como era, hasta donde nuestro cerrado chirumen nos lo permita.

María Luisa Villada era hija de ña Tomasa del mismo apellido y si algunos decían que su propio renombre era el de Echeverri y no el de su madre, esto no lo sabemos a punto fijo.

Luisa casó muy joven con José Jurado, hijo, en compañía del cual vivió feliz cerca de dos lustros, hasta quedar viuda, con cuatro hijos: dos niñas y dos niños. En el tiempo que hacemos encuentro con ella, contaba veintiséis años, punto más, punto menos.

Era esta mujer de alta estatura, derecha y regocijada como una resurrección; el cabello de azabache, ondeado y sedoso, ojos negros como la mora cuando a punto de comer se desgrana sola, bellos ojos eso sí, y sobre todo de una expresión tan dulce, que a ellos, como a su linda boca, podía verse asomada la bondad a toda hora; lo mismo que se mostraba en su cuerpo ese trino envidiado por las hijas de Eva: el aire, el garbo y la gentileza, que forman lo que se llama un buen garabato.

Luisa era de porte aseñorado, una virtuosa matrona amiga de hacer el bien por el bien, sin exigir remuneración o recompensa; de buen expediente, oportuna para prestar sus servicios. En fin, era mujer de mucha gramática parda. Faltó para ella su José y en la casa siguió el mismo arreglo, y a pesar de no verse esas superfluidades que para algunos constituyen la buena vida, sí se encontraba lo necesario para llevar ésta con gusto, por gente de tan buenas prendas como ella, que sólo pensaba en honrar la memoria de su esposo; cuidar a su achacosa madre; y criar a sus hijos abastecidos y en el santo temor de Dios. Por eso era querida y respetada en todas partes, teniendo entrada franca en casa de ricos y pobres.

Y por si se pretende extrañar el lenguaje y maneras de esta mujer, diremos que ella se crió en la casa de una familia notable y allí “con niñas de los blancos”, como ella decía, levantó en íntimo trato, aprendió a leer y escribir, se educó, pues, sacando de dicha casa ese aire de señora que tanto le distinguía, entre las de su clase, y un trato y conversación muy ajenos a los de las gentes del campo y de cierta condición en Antioquia.

Sobre todo, es bien sabido que muchas personas por adivinación, se educan solas.

Oigamos lo que dice el célebre escritor D. Juan Valera, que es autoridad:

“...la madre naturaleza no ha menester de Salamanca o dígame de hondos estudios y largo trato de mundo, para hacer muy sutiles y entendidos a aquellos a quienes gusta de favorecer, aun cuando sean mujeres; y mujeres de lugar...” Como quien dice en Antioquia, campesinas y como diremos nosotros, Luisa.

VII

A la casa de Mateo Blandón entraban pocas personas y una de ellas era Luisa Villada, que aunque de tarde en tarde, no dejaba de visitar a sus vecinos y compadres, porque es de saberse, que en unas confirmaciones en Rionegro, Mateo y Romana “le arrimaron al Obispo”, cómo dicen las gentes del campo, dos niños de Luisa y de aquí el compadrazgo.

Un día pensando que hacía mucho que no visitaba a los padrinos de sus hijos, se enderezó la Villada a “El Arenal”, en son de saludarlos.

—Buenos días, compadres, gritó ésta, saltando la talanquera que cercaba la casa de aquéllos.

—Buenos se los dé mi Dios, comadre, contestó el indio desde el alar de la casa, prosiga.

—¡Ave María, compadre! siguió diciendo Luisa al llegar, con ese aire de desparpajo y simpatía que le era peculiar, ya no se les ve la cara por ninguna parte, parece que tuvieran guaquita.

—Es que vive uno en tantas ajuncias, comadre, tan por debajiao de la fortuna, y la vida sin dase lao.

—Y, ¿mi comadre?

—Puai dentro la probe quejando achaques.

—Qué hubo, ¿mejoró?

—Ella no comadre, que mentris más días más le umenta esa gervesón.

—Qué le parece que D. Nicolás, el de “Guacimal”, que entiende de medicina, me dijo lo mismo que yo les había dicho a Uds.: que eso de mi comadre es asma.

—Qué asma ni qué pan caliente!, maleficio de alguna magamunda que no falta. Y lo pior que mi cencia y mis leturgias no le han alcanzaio. Estoy resuelto a echar el último tajo, a ver si al fin le sale la ira mala.

—¡Ave María! compadre, no crea esas cosas...

A estas salió Romana de la cocina y siguieron tratando el mismo asunto.

—Vea comadre decía la vieja: este achaque mío es una atarugadera y una gervesón que comienza: burrún, burrún, burrún, abajo, y va ganando hasta el mesmito gaznate y ai se hace ñudos y ñudos, comadre, una ñudería que no diga, cosa que no puede pasar ni un aindre, cómo que juera que se atravesara el rabo del mismo Patas...

—No le digo, volvió Mateo a Luisa, que la vieja está pa morir más que potra cosa.

—Y ña Tomasa, comadre, ¿por qué no se la trujo? argulló Romana.

—Eh!, no pude figurarse lo mal que está mi madrecita del reumatismo.

—Aunque juera arrastrando... Es que ya nó... gu verdá, siempre será que está muy rematisienta.

—Si no sólo el reumatismo, que ahora ha dado en arrojar sangre por la nariz.

—Tabardillo enconao comadre, ¿no ha desaminao la sangre?, dijo el indio con énfasis, poniendo un cadejo a la trenza que tejía.

—¡Yooo!, replicó Luisa, ¿qué voy a saber de eso?

—Pues mire que por esa himorragia salen los achaques, y no dejante de aquello, que si no salen se puede conocer la enfermedá que ni viéndola y hasta saber cuándo se muere el enjerme.

—Sólo que Ud. pasara a casa.

—Y, busté no puede desaminarla que es tan facultosa?

—¡Mi compadre si está loco!

—Entonces cójale la enjermedá con lo que le endique. Romana, trete el libro de las estruciones y un tabaco pa mi comadre.

Esto dicho, entró la india a la casa, trajo un viejo y grasiento libraco manuscrito y forrado en badana, pero legible, y además un cigarro que le dio a Luisa.

El viejo tomó el libro en sus callosas manos y dándose la mayor importancia comenzó a hojearle y entre tanto le decía a la comadre que, por un oído le entraba y por el otro le salía:

—Mire comadre, este es el libro de artículos de secretos de la naturaleza, que da cencia pa uno aperseverse de los males que se ocultan en los cristianos, u como quien dice, en la caja del cuerpo... Y aquí lo encontré y oiga lo que dice el capítulo.

Mateo titubeando y con gran trabajo leyó:

“Articulo del cono... no... cimient de ache... cheques... chaques... por condu...duso... duto de sangre. Si la sanguer... gre está en... cenda... dida y al derramala gier... ve; es frío y po... poco calor en esto... mogo... gomo... estómago. Si aparé... apariencias...de estrellas u... gu... unos garní... granitos... es complicación dígado, o acheques... chaques en riñones, gu dicipela... Echele

agua... agua caliente pa conocer el güelor; si no guale... guele a riñón y sólo... güele a tierra, es de murte... muerte y morirá el paciente. Si el en jermo es de mur...te... muerte, sobarle las plantas con unto... to...caliente sin sal y dáselo a comer y si lo gomita morirá y si no lo gomita vivirá”.

Mateo siguió su titubeada e insulsa lectura por largo rato, haciendo, Luisa, que le oía con atención, pero ésta poco se fijaba en las necedades del compadre.

Cuando el indio dejó de leer, dio por su cuenta receta para ña Tomasa, y en estas y las otras a tiempo que la comadre se despedía, para ella que no tenía noticia de que en la casa de ‘El Arenal’ hubiera otra persona fuera de los dos esposos, cuál fue el asombro cuando vio llegar de la quebrada a una pequeña niña desaseada y haraposa, pero linda como un sol.

—Hiiiiiii! ¡Compadres!, por el amor de Dios!, ¿de quién es esta bendición del Cielo? ¿de quién es esta criaturita tan preciosa? dijo Luisa juntando las palmas de las manos, abriendo los ojos y estirando hocicos.

—Esta muchacha, comadre,... esta muchachita... contestó el indio atragantado, esta...pues, no recuerda de Candeladria?

—¿La hija de Uds?, si, compadre.

—Pues, Candeladria se fue por allá a otra tierra (aquí echó el cuento del francés o inglés de Bogotá).

—Y hace días está con Uds.?

—Siempre hace sus diítas.

—Y ¿porqué no me lo habían dicho?

—Cosas que se le pasan a uno por alto.

—¡Bendito sea Dios! ¡qué niña tan linda! Compadres: aunque me llamen entremetida, yo siempre se los digo que no es justo se manejen así con ella; una criaturita tan preciosa casi desnudita!, y volviéndose a la niña:

—¡Pobre mi vida! Venga acá mijita, ¿cómo es su nombre?

—Andrea, contestó ella muy paso y turbada.

—Andrea?, y cómo no te habla visto antes, belleza?... Vení acá mi amorcito.

Los indios a todas estas recelosos.

Luisa acercó a Andrea, le hizo algunos cariños, y ésta viéndose, agasajada, dejó asomar dos lágrimas a sus azules ojos, lágrimas que corrieron por sus sonrosadas mejillas como lluvia de afectos dormidos y que Luisa enjugó con un canto de su delantal.

La niña de “San Pablo”, hacia mucho tiempo que no recibía una caricia, sucediendo que al sentir aquellas, un recuerdo confuso de afectos muy lejanos, vino a golpear en el pequeño asilo de su enervada memoria.

Qué grato fue para ella aquél encuentro, pues no se daba cuenta de que en el mundo hubiera más gente que sus dos verdugos, o al menos personas que no fueran como ellos, tan crueles.

En el momento de ser acariciada, sentía algo como emanaciones de otra vida que conociera antes, y entre confusión y brumas veía allá, muy lejos, una casa de campo, unos niños que jugaban bajo copados árboles y una bella mujer que desde el corredor de aquella casa le llamaba con voz dulce y cariñosa.

Mas, los recuerdos eran tan vagos que pronto se borraron, cayendo de nuevo en esa especie de indiferencia a que nos conduce el aislamiento de todo delicado afecto.

Sin embargo, aquella entrevista hizo nacer en Andrea la simpatía y el reconocimiento, que fueron eternos, y en Luisa el amor por Andrea, que tan duradero fue.

VIII

Luisa tornó a “Los Alticos”, preocupada con la idea de que en lo visto por ella en “El Arenal”, había un enigma que en vano trataba de descifrar.

Muy a las claras se notaba, al mirar la niña, que aquella florecita había sido desprendida de planta más delicada.

Porque, se decía, ¿de dónde proviene la sorpresa de mis compadres y el trabajo para explicar su procedencia?

Y, si hacía algún tiempo que estaba con ellos, ¿por qué nada se sabía de tal nieta?

Qué motivo les movía a ocultarla siempre que, como ellos decían, era la hija de Candelaria?

Luisa discurría, pensaba, cavilaba, pero nada sacaba en limpio.

¿Con quién se informaba?

Volvió pues, como dijimos, preocupada a la casa, porque su buen corazón le decía que muy cerca había un sufrimiento que quizás ella no podría aliviar.

Al llegar, encontró a su madre en la cocina cerca al fogón, arreglando con una mano los tizones y empuñando con la otra el huso con el cual hilaba unos copos de algodón tan blancos como nieve.

Ña Tomasa notó lo contrariada de Luisa y quitándose de la boca el cigarro, que lo tenía con el fuego por dentro, exclamó mirándola:

—Qué es hija, ¿porqué venís tan carimaluca?, como no sea que en casa del Blandón te haigan entongao con yerbas.

—No, madrecita, nada me ha sucedido.

—Nada, si, jujuy!, ¡quién sabe!, esas gentes son muy cizañosas...quién no las conoce!

—Yo no sé, madre; pero lo que acabo de ver donde mis compadres me tiene atribulada.

—No te digo que esos...

—Figúrese su mercé, que tienen en la casa una niñita preciosa, pero tan mal tratada que aquello parte el alma, con decirle que me ha hecho llorar el verla así.

—Y, ¿como no habíamos sabido de la muchacha?

—Esto es precisamente lo que me confunde.

—Bueno, y quién es ella, pues?

—Qué sé yo, señora, dicen que es su nieta, hija de Candelaria, la muchacha aquella que se les fue hace tiempo; pero la niña no es india, madre, de india no tiene pizca, es blanca y muy blanca.

—Hija, no te machaques los entendimientos, a una qué le va ni qué le viene; en después que te inredés en un güen merengenal, son los ayes... Mejor es callar, que no diga la boca lo que pague la coca.

—Pues verdad madre. Es que yo tomo tan a pechos las cosas ajenas, como si no tuviera penas propias qué llorar. Ya ve Ud., señora, va haciendo dos años que murió José y casi no he tenido tiempo para lamentarlo... se vuelve uno indolente con tantas carreras en que vive... ¡Ay! Dios mío!, tan bueno que era!

Y Luisa soltó a llorar.

—Sí, sí, dijo ña Tomasa, mucho tenés que llorarlo, porque otro marido como el dijunto mi compadre ni pintao se topa.

Madre e hija callaron y siguió un rato de silencio, interrumpido únicamente por los sollozos de Luisa, el hervor de la mazamorra y el golpe del mecedor

contra los bordes de la olla, cuando ña Tomasa lo agitaba para hacer bajar la rebelde espuma.

Luisa con aquel desahogo, alivió un poco el ánimo, pero pronto tornó con la idea de la niña.

A éstas y por el llano frontero a la casa, se oyó una voz infantil que cantaba:

Qué halá la niña helmosa.
 Tan güelfanita,
 Qué halá cuando tenga hambe
 Sin su mamita.

Esto era, como quien dice, darle en el clavo a Luisa; avivar la llaga, pues por una rara coincidencia, aquel canto no era otra cosa que el eco de sus pensamientos.

En este momento tenía lugar el fenómeno de que antes hablábamos, esa misteriosa relación magnética que existe entre la madre y el hijo, puesto que una de sus niñas era la del canto.

A poco llegaron los dos mayores de Luisa, Rita y Cipriano, cada uno con un haz de leña que descargaron en el corredor de la cocina y al entrar a ésta, Rita le dijo a su madre:

—Mamita, veníamos alegando yo yieste.

—No, hijitos, los niños no pelean.

—Si nues peliando, mamita, si no que éste me decía y alegaba una cosa.

—Y ella me alegaba otra.

—No veldá que gólfanos son los que no tienen papases?

—Si, mi hijita.

—Ya ve, y este me decía que nó.

—Yo no te dijí que nó, lo que te dijí fue que uno es... eso que dicíamos, ¿qué?

—Huérfanos?

—Sí, eso es, eso, aunque tuviela papases, porque esto le oyí decir a su melcé.

—Ud. también tiene razón, hijito, porque huérfanos no sólo son los que no tienen padres, sino también los que viven sin ellos y sin persona alguna de su familia que los vea, cuide y contemple, dijo Luisa lanzando un hondo suspiro.

—Antonces, mamita, unque no tenemos a mi papita no semos golfanos, porque busté nos quele mucho, mucho y nos da cositas.

—Cómo no los he de querer, vida mía, si son tan bellos, dijo la viuda con los ojos aguados por el llanto y besándolos...

Luego, dándoles alguna golosina, los chicos salieron contentos para el patio a jugar al torito, juego que era casi de todos los días, pero en el cual siempre salía mal librada Rita, a pesar de ser mayor y más acuerpadita que Cipriano, lo que prueba que la mujer no nació para torear y mucho menos para embestir.

Imbuída en sus pensares, Luisa se puso en pie en la puerta de la cocina, con José su hijo menor, al cuadril, a ver jugar a los otros y a cerrarle el paso a Tomasita, para evitar un golpe con las carreras que tenían los toreadores.

Entretenido el, chico con el juego quedóse dormido y su madre con suma delicadeza le llevó a la cama, se lo recomendó a ña Tomasa, y poniendo sobre la cabeza una batea lavandera, con ropa, se preparaba para salir a la quebrada y mientras encendía un cigarro le dijo a la vieja:

—¡Eh! se me olvidaba madre, decirle, que mi compadre me dio esta receta para sus dolores reumáticos y la novedad de la nariz.

—Dios me libre de hacerme medecinas de ese brujo; “viva la gallina y viva con su pipita”.

—Ud. verá, madrecita, yo tampoco le tengo confianza, pero aquí queda por sí, o por no.

Luisa arregló bien el rodete, colocó la batea con tal equilibrio que parecía clavada en la cabeza, tomando camino de la quebrada, remangada hasta el hombro, enseñando un brazo divino, alzado el traje ligeramente, dejando ver como una tentación el pie pequeño y limpio... Y así caminaba por la cañadita abajo, arrebatadora con su aire simpático y su belleza que conserva casi intacta, a pesar de ser madre de cuatro hijos, de los sufrimientos por su prematura viudez y del recio trabajo para el sostenimiento de su casa.

IX

Han pasado no pocos días después de aquel en que Luisa hizo encuentro con Andrea y nada hemos sabido de ésta, durante tan largo tiempo.

Pero, qué se hace si es tan triste asistir a sus duras faenas; ver que le obligan a dejar la cama cuando comienzan a cantar los pajaritos, para ocuparla en los

pesados oficios de la cocina; que le envían solita al rastrojo por leña y le riñen porque no trae bastante y de gruesos palos; ver cómo sopla el fogón, acercando tanto a él su carita de Niño Dios, que se tuesta con el fuego, y esos ojitos de cielo que sueltan a lagrimar, heridos por el humo; ver cómo le hacen ir a la fuente a que se eche a cuestras, desde allá muy lejos, un calabazo lleno de agua, tan liso y roto que no le deja guiñapo seco. Sí, y más que todo, ver cómo se ceban en ella con reprensiones injustas a cada paso, y como sobre ella, inocente y sin culpa, viene caer cuanta cólera desborda en aquellas almas ruines, sobre todo, la que les viene de las irritaciones que atrapan con sus borracheras semanales, porque primero faltara la luz del día, que la mona de Mateo, el sábado, yendo de Rionegro para la casa y la de Romana cuando le acompaña.

Pero ya que no le hemos seguido ni podremos seguirle en todas las peripecias del penoso viaje de su vida, vamos por esta vez a acompañarla en la correría que preparan los indios a las orillas del río Cauca, a beneficiar el tabaco que allí piensan cosechar, en compañía de su querido compadre, Celedonio Quirama, indio de lo puro, pues el trece de junio no está lejos y Mateo va *en colas*, en el alferazgo para la fiesta de San Antonio, caserío cerca a Rionegro, alferazgo que por aquel año tiene pedido el señor Miguel Arenas, cacique de “El Chuscal”.

Como Andrea va estando espigadita puede muy bien *acompañarlos en la correría*.

Es víspera de viaje.

Mateo arregla mochilas, costales viejos, herramientas gastadas, tuerce cabuyas, le da un filito a su viejo machete y algunas puntadas a la raída cubierta.

Romana prepara las provisiones para el camino. Estrangula una gallina y da vueltas a las arepas que se doran al fuego.

Por la primera vez, la india, por su atareo, ha confiado a Andrea la llave de su baúl, diciéndole:

—Anda sacá los trapos al sol pa que no se los coma la polilla y separá lo del viaje.

La niña obedeció, abrió aquella arca temblando, sacando cosa por cosa, sin dejar de pensar en lo duro del viaje según se lo había dicho Luisa, con la cual estaba en íntimas relaciones, después de aquel choque simpático que ya conocemos.

Al terminar la operación, halló en el fondo del baúl una pieza de ropa, tan especial y tan ajena de encontrarse en aquel lugar, que a pesar de no comprender

lo que le pasaba, dio un salto como si la hubiera mordido una víbora, y al volver de la sorpresa, cogió con nerviosas manos una camisa pequeña de fino linón, curtida y ajada y sin darse cuenta del porqué, la llevó a los labios y le dio besos, y a los ojos y con ella secó sus involuntarias lágrimas. Porque al contacto de aquella camisita, sintió llegar a ella, desde muy lejos, algo como el perfume del hogar perdido; los dulces cantos de una mujer hermosa arrullándola para darle calor y hacerla dormir, allá en las apartadas noches de sus primeros años, y la sonrisa de unos pequeños niños, también hermosos, sonrosados y rubios y que le llamaban con voz armoniosa y con un nombre ¡tan lindo!...

Mas, Andrea no se daba cuenta de si eran, la hermosa mujer y aquellos niños, la imagen de la virgen rodeada de ángeles, que había visto en un pequeño cuadro que tenía su amiga Luisa, o eran personas conocidas por ella, con las cuales había vivido en otros días que vislumbraba al través de las brumas que embotaban su débil memoria.

Quería desprenderse de la bata y volverla al fondo del baúl, pero una fuerza desconocida la detenía y cada vez la estrechaba con mayor efusión y la volvía a los labios para besarla y a los ojos para humedecerla con unas lágrimas tan del alma.

Andrea puso al sol la ropa, como se lo indicó la india y con cuidado preparó los lios de la que debían llevar para el viaje dejando arreglado el baúl, tal como lo tenía su madrina, no sin volver la vista al salir del aposento, al modo como la volvemos de la puerta del cementerio, sobre el túmulo que esconde los restos de la persona amada a quien acabamos de sepultar.

Y ahora, preguntarán los curiosos:

—Por qué guardaban los indios, al parecer con tanto cuidado, la túnica que le quitaron a Filomena el día de la llegada con ella a “El Arenal”?

Cuando volvió a la cocina a devolverle la llave á Romana, ésta, que le notó la turbación, le dijo:

—¿Por qué venís tan qui ni asustada?

—Yo no, Señora, contestó Andrea, temblando.

—Echá la llave zueca, como vos no me hubieras hecho una diastrura... poro mirá, te mato, hoy es el día...

—No, Señora, yo sólo hice lo que mandó...

—¡Ujujuy!, gruñó la vieja, ello irá... Caminá agora pelate esta gallina, pero eso sí, no me le dejás hebre pluma.

—Bueno, Señora, contestó la niña con la mansedumbre de siempre y se puso al oficio, sin que de su imaginación se borrara aquel singular hallazgo.

X

Andrea no había estado en las riberas del Cauca y menos conocía que cosa era cosechar tabaco, sólo sabía que el viaje era penoso.

Así, pues, a oscuras de lo que le iba a pasar y cuando, a las primeras claridades de la mañana, los pajaritos armaron la de Dios, Andrea dejó la cama, bostezó, estiró los bracitos, se santiguó, corrió a la cocina y solita y en un santiamén preparó desayuno para todos, y luego con un atado de ropa a la espalda seguía camino de “Los Limones”.

Aquella marcha la hacia callada como lo tenía por costumbre, sin preguntar nada sobre el viaje ni regatear la pesada carga que pusieron sobre sus débiles hombros.

Ya andando, y a poco de dejar “El Arenal”, se reunió a la familia Blandón, la de Quirama, vecinos e indios también, componiéndose este refuerzo de viajeros: de Celedonio Quirama, su esposa Petronila Usma, (compadres de Mateo y Romana), una hija casada a quien acompañaba el esposo y tres muchachos Quiramas, parecidos a Celedonio su padre; y al comprender Andrea que esas gentes serían compañeros de viaje, se alegró, pensando en que tendría a quien tratar que no fuera la misma eterna pareja, aquella de sus dos crueles verdugos y quizá porque así hallaría algún alivio en el trabajo.

Y no salió fallida, por aquella vez, la esperanza de la niña; que cuando sudorosa y tostada la cara por el sol, magullados los pies con los sueltos guijarros del camino, mal alimentada y rendida por la fatiga, casi no daba paso, uno de los muchachos Quiramas, de comedido, le recibió el lío de ropa y ya sin aquella carga, arrastrando los pies, que no caminando, se le vio bajar la larga cuesta que va a terminar en la orilla del Cauca, fin del viaje.

Andrea llegó a “Los Limones” hecha una brasa con la ardiente sed que se experimenta cuando por primera vez se llega a aquellas abrasadoras playas.

Hicieron la parada en un caney o bohío, solo y desmantelado, sin cerco alguno, con el pajizo techo tan agujereado que no sólo era ineficaz para atajar

la lluvia, pues que hasta el sol entraba por los horados y se paseaba libremente en el interior.

En aquel bohío vivían en buena paz de Dios: ratas, lagartijas y alacranes, amén de algunas culebritas, largas de talle y de buen calibre, colonia que fue desocupando a la llegada de los intrusos indios, cuando éstos en mitad del caney pusieron fuego al haz de leña, con el cual formaron el fogón, como cimiento de tan heterogéneo hogar; insignia y señal de haber tomado posesión de tan destartada habitación.

Al día siguiente, después que le hicieron algunas reparaciones al caney y montaron la piedra de moler en burros de madera, dieron principio al trabajo, y esto fue para ya que plantaron un tabacal y en regla, por que los compadres eran los experimentados para tales oficios.

La permanencia de estas gentes en “Los Limones”, fue larga y durante este tiempo, Andrea creía derretirse con el calor. Afortunadamente los oficios no le tocaban tan fuertes como en “El Arenal”, porque los indiecitos Quiramás, particularmente Isidoro, le habían tomado cariño y aún respeto, y a todo trance querían que “La Niña”, como le llamaban, no se maltratara tanto.

Más a pesar de estas preferencias y descargos, Andrea sufría horriblemente por la incomodidad para vivir, pues pasaba las noches sobre el duro suelo, con tal miedo a las culebras que no se atrevía a retirarse cuatro pasos del caney; extendiéndose este pavor a los tigres, osos, mohanes, patasolas y aparecidos de que hablaban los indios por la noche, en los cuentos con que animaban las veladas, rodeando el fogón, al amor de la lumbre.

Cuando las plantas de tabaco mostraron las hojas en sazón para ser cogidas, aquí si fue lo terrible para Andrea: febricitante, débil y nerviosa pasaba las noches en desvelo y luego en el día, con el ardor de la fiebre y la trasnochada, tenía que aguantar la entrada y salida de los cosecheros, conduciendo del tabacal al caney, los tercios de hojas que iban desgajando a manos, con los cuales hacían grandes montones, puestos muy cerca de los que sentados dentro del bohío, ensartaban dichas hojas por la vena, con una larga aguja de macana en forma de espátula, haciendo con ellas en largos hilo de cabuya, unas gargantillas inmensas que colgaban dentro y de un extremo al otro del caney comenzando a extenderlas por la parte superior, cerca al caballete, hasta llenarle, con el fin de secar la hoja, y luego desliarla en matules abultados, a efecto de prepararla así pare su aliño.

Ay! que cada vez que aumentaban estos sartaes y disminuía el campo en el espacioso salón, la vivienda se estrechaba más y más y mayores eran las incomodidades, hasta el punto de que la niña casi se asfixiaba.

Durante el día, para ella era una especie de infierno hasta la oración que venía una frescura tibia, si se me permite la frase, que medio ahuyentaba el sofoco.

De esta hora en adelante, siquiera, se entretenía con los cuentos de que hablamos, teniendo la precaución, eso sí, de taparse los oídos en aquellos pasajes más espeluznantes.

Sin embargo, no todo era relatos miedosos, pues como se descubriera que el yerno, de Celedonio era el *cinco chorros* para jácaras y décimas glosadas, ahí está!, le cogieron por su cuenta y tuvo que hacer el gasto de trovas.

Y, cómo que el jacarero no era cualquier pintado en la pared ni mucho menos; y sí un mozo de rompe y rasga, tañedor de tiple y dulzaina; de ruana canteada y sombrero al desgaire; muy solicitado entre los de su gremio para escribir cartas amorosas con verso y corazón, oficio para el cual se pintaba solo.

Para dar idea del chirumen de este silvestre trovador, enseñaremos una de sus glosas, tal corno él la recitaba:

*Si te fueres a bañar
Avisarme tres días antes
Para empiedrarte el camino
de rubiles y deamantes.*

Para el sol en sus ardores
No ofender a tu persona,
Haré formar una sombra
De las más hermosas flores.

Como también los cantores
Afamados del lugar,
Todos vayan a tocar
Con clarines y trompetas,
Las canciones más completas,
Si te fueres a bañar.

Por el piso regaré
De aquellas flores más bellas

*

Juan José Botero

Y de coparcios y perlas
El camino aljombraré.
Mil oficiales pondré
A trabajar el deamante
Y en obra tan importante
Se colocará un rubil
Y para cumplirse así,
Avisarme tres días antes.

Con un gusto singular
Y con profunda alegría,
También te tendré ese día
El agua como un cristal
Para onde quieras pisar
Pisares sobre oro fino
Y no es falso lo que digo,
Si gustás lo cumpliré
Y hasta yo trabajaré
Para empiedrarte el camino.

Una silla encharolada
Vendrá para que te sientes,
También pa que te refresques
A las orillas del agua,
Y además de ir fabricada
Par hábiles fabricantes,
Del oro y plumas brillantes
En la grande China habidos,
Que tus pies irán vestidos
De rubiles y deamantes.

Terminaremos esta correría acompañando a Andrea con su mala salud, pálida y macilenta, en viaje de regreso a “El Arenal” cuando ya los cosecheros volvían para sus casas.

El camino, por esta vez, lo anduvieron a paso corto, porque además de los utensilios que habían llevado los de la expedición para los trabajos, cada cual se recargó con alguna fruslería de la tierra caliente.

*

De vuelta, la reposición de Andrea vino pronto, debido al buen clima y a los cuidados que a hurtadillas tuvo con ella Luisa, o *mana* Luisa como le decía su pequeña amiga, siguiendo la costumbre que hay en algunos lugares de Antioquia y entre las gentes del pueblo, de llamarse mutuamente hermano; pero abreviándolo y diciendo solo: *mano* fulano, *mana* zutana.

En fin, después de lo referido, siguió para Andrea la misma vida de trabajos, aumentando esto con el continuo tormento del recuerdo de aquello del baúl de su madrina, a tal punto, que siempre que miraba al lugar que este ocupara, le acogía un temblor, que casi no le dejaba tener en pie.

Varias veces intentó referirle el hallazgo tan extraño a Luisa, cuando ya con ésta tuvo suficiente confianza, pero consideró la cosa de muy poca sustancia y no se atrevió...

Entre tanto los días venían y los días se iban... y pasaban, y pasaban...

XI

El pueblo de San Antonio es un caserío situado a poca distancia de Rionegro y a la vera del camino nacional que parte de esta ciudad para el Sur de Antioquia.

En un principio fue una ranchería de indios, pero andando el tiempo, como uno de estos, pescando allí cerca, en el riachuelo Pereira, viera venir un objeto, agua abajo y al sacarle resultar ser la imagen de San Antonio de Padua, le llevó a su casa; dio en venerarse allí el Santo y él en aliviar dolencias y en conceder mucho a los devotos y especialmente a las devotas casaderas, y por ende en llegar en romería infinidad de creyentes, tal que, en vista de la celebridad y milagros del paduano, hubo necesidad de hacerle templo, a cuyo rededor fueron levantándose, no ya pajizas casas, que de tejas y muy buenas las plantaron, viniendo a formar así el caserío de que venimos hablando.

Casi pura se conserva la raza india en este pueblo, en parte, pues la otra se ha ido mezclando con gente de color claro, que a la ligera va invadiendo los dominios de los cobrizos descendientes del cacique Quirama.

Lo que si se conserva, o conservaba en toda su fuerza y vigor, en el tiempo que coincide con esta relación, es la fiesta del Patrón, año por año, el

13 de Junio. A ella concurría todo Rionegro, pues para el rionegrero era su predilecta, entonces, que hoy va decayendo esta costumbre, como van yendo a menos tántas otras.

El espacio que media entre la ciudad y el caserío, se anda por una carretera muy pintoresca y animada. A cada lado del camino, casa-quintas con bellos jardines al frente, luciendo rica variedad de flores: yedras primorosas asomando por entre rústicos enrejados, a través de los cuales se divisan enanos árboles de café y guarda-rociós; llanuritas a lado y lado del camino, interrumpidas por pequeñas florestas, que le dan a aquellos parajes el aspecto de una eterna primavera. Ahora que el tomillo, la albahaca, mejorana y yerbabuena de los huertos vecinos, despiden un delicioso perfume, purificando el aire de tal modo, que al pulmón más enfermo le comunica la vitalidad, la fuerza.

Corta la carretera, a poco de salir de Rionegro, el río de este nombre, que se desliza sereno, así como en secreto, por entre verde-oscuros plantíos de maíz y limpias llanadas, cruzadas éstas por retozones arroyos, pobladas de hatos de ganado y blancas garzas que, con su largo pico de oro, recorren pescando en las pequeñas lagunas que se forman en las partes más bajas.

El suelo de la carretera muestra ligeros declives y está regado de piedrecitas blancas y ovaladas; dándole al piso tan bonito aspecto, que parece aquello un camino salpicado con huevos de paloma.

Imposible que por vía tan simpática no se tengan agradables paseos, particularmente el 13 de Junio en la fiesta de San Antonio y muy especialmente en la de aquel año que coincide con los sucesos que narramos.

Para asistir a ella no debía quedar alma nacida en Rionegro, por lo sonada, y así sucedió: que de la ciudad al caserío la víspera por la tarde, la mar de gente desfiló a la salve y a los juegos de pólvora, semejando esta marcha una procesión; pero no religiosa de gentes calladas y en veneración de algún Santo, sino expansivas de ánimo, alegre y bulliciosas en busca de diversión.

Qué de grupos simpáticos se encontraban a cada paso, de damas y caballeros, charlando, enredando y cantando en la mas respetuosa intimidad, haciendo germinar estas confianzas con el más exquisito gusto y natural cultura.

En la tarde de aquel 12 de Junio desfiló medio Rionegro para San Antonio, y la mayor parte entró al templo y allí apiñado asistió a la función de vísperas y salve; cantados estos oficios por el Cura y contestados por el sacristán a toda

banda de música, con tonada especial para aquella fiesta, agregando los cohetes en los pasacalles, circunstancia que le daba carácter suigéneris a aquella función. Más aun, el olor a incienso y a las empanadas que se freían en los toldos inmediatos y que en conjunto sabe todo esto a glorías pasadas, a madre perdida ya para siempre, y que con tantos cuidados nos llevaba a la fiesta, y a hermanos y amigos que asistían al lado nuestro a gozar, a vivir... a vivir sin afanes y sin penas, porque aquel de la niñez, al lado de esos seres queridos, es el mejor tiempo que se vive, lo demás... también es vida, pero ya sin la inocencia, sin el candor de la primera edad, que todo nos lo hace ver color de rosa.

¡Pobre Andrea!, que no conoció esto, que no supo que es vivir la primera parte de la vida al lado de sus padres y hermanos.

La salve terminó y después de los juegos de pólvora, ya con el aguacero encima y la noche como *toro arará*, la mayor parte de los fiesteros emprendió viaje para Rionegro, de candil en mano: los hombres remangados hasta la rodilla y las mujeres alzadas hasta la ídem. Y ya por aquí un tiple averiado; una guitarra más allá en astillas; un resbalón de algún fiestero y pataplún!, de hocicos contra el santo suelo; la metida en un hondo charco, muy de botines y señores de todo nuestro aprecio; una apagada de vela o de farol y el consiguiente topetón contra un barranco, con el acompañamiento de pellizcos y apretones de manos clandestinos... Todas estas peripecias o pequeñas contingencias, que sirven de diversión y sazonan la vuelta de los nocturnos paseantes, dando crónica para el día siguiente al tornar de nuevo a la romería.

Y Andrea, a todas estas, ¿ en dónde se hallaba?

Vamos otra vez con ella.

Con los indios estuvo en el templo y de allí salio magullada a visitar los toldos o ventas, en donde los indios se hartaron de comestibles y de aguardiente, dándole a ella poca parte de esto.

En uno de los ventorrillos se reunieron a la familia Quirama, que ya conocemos, y después de echar una copa en compañía los compadres, en parrandón salieron a las afueras del pueblo, a donde Juan Colorado y Asunción Quinchía a pasar allí la noche. Y como Andrea se iba mostrando crecida, el indio Isidoro, hijo de Celedonio Quirama, le dedicaba ciertas preferencias que daban a conocer su inclinación amorosa.

Por entonces, no tan mal, pues las preferencias del indio de algo le servían, pues como vimos en el viaje a las riberas del Cauca y la noche en San Antonio,

de que venimos hablando, que le regaló golosinas, porque Andrea casi se caía de hambre!

En el rancho del indio Juan Colorado ni siquiera encontró el duro suelo desocupado para que le sirviera de cama, que de pie, ella veía pasar aquellas fachas patibularias enlazadas en infernales *guabinas*, como vemos en sueños danzas de trasgos y endriagos, hasta que ya Mateo y Romana borrachos, caídos, pisados por los bailadores, la dejaron sola; dándose por bien servida el poder salir de aquella infernal barahúnda al alar de la casucha y sobre unos leños tirarse como un cuerpo muerto, para despertar antes de amanecer a los empellones dados por Romana, yerta de frío y sin pañolón, porque se lo habían quitado de encima y con más de un chichón sobre la frente, contusión ésta que le fue causada por recovecos; cuando pasada media noche se armó la pelotera de ordenanza en el tugurio de Juan Colorado; seguir con ella aporreada, tras de una destemplada banda de música y la mucho más destemplada chirimía, que el alférez Arenas había contratado para recorrer el pueblo desde antes de amanecer y alzar el entusiasmo a grande altura con una nunca oída alborada.

Llovía. Andrea caminaba medio dormida a oscuras y dando tropezones como un autómata, siguiendo la dirección que llevaban banda y chirimía, calada de agua hasta los huesos y sin darse cuenta de lo que le pasaba.

—Ah! perra descuidada!, le gritó Romana cuando amaneció y que a la luz del día notó que andaba sin pañolón.

—Onde dejates el pañuelón, grandísima esguachilindrada?... Poro mirá...

—No sé, señora, contestó con voz angelical la niña.

—Que no sabís ?.... so demonio, aguá mismo me las vas a pagar todas tus magamunderías... dejáte estar...

—Pero madrina, por Dios, yo no tengo la culpa, si anoche caí como muerta del sueño en el alar.

—Como muerta! y tenés cara de icirlo... como ya vos no servís si no pa dar guerra, langaruta... allá lo verémos so entelerida... ¿y qué tabas haciendo que estás toda escalabrada?

—Yo no supe, señora, cómo sería esto. Anoche entre dormida, oía mucha bulla de gente como en pelea y yo sentí un golpe en la cara muy fuerte y eso será lo que tengo.

—Vos que te rascarías y peliarías. Miren la alfiñicosa en los inguandos que anda... Todas juntas, ya sabés, todas juntas cuando volvamos a la casa, contá con tu pela almártaga.

Esto diciendo, la india tomó de la mano a Andrea y a los empellones la llevó otra vez a la casa de su comadre Asunción, quien le prestó algo que en otro tiempo fue pañolón y ya por entonces viejo guiñapo, que con trabajo pudo acomodarse la emparamada criatura, roto y sucio harapo que, además del mal olor que despedía, dio a Andrea mucho con qué llenar su delicado cutis de ronchas que le produjeron un terrible escozor por largo tiempo.

XII

Entre tanto la fiesta a medida que el sol avanzaba, avanzaba ella y crecía y se extendía por todas partes, con las engalanadas gentes que allí acudían, desde la más encopetada señora de la crema, hasta la más sencilla labradora de nuestros campos; desde el más levantado cachaco y prensado artesano, hasta el más rústico labriego, travieso estudiante y desharrapado mendigo, con gritos de entusiasmo, con cantos bravos y menos bravos, con carreras a caballo, con finezas, regalos y cortejos...

Y qué muchachas tan hermosas las que así con tan afilado garabato van en grupos, con sus limpios trajes alzaditos para dejar ver la bordada enagua, armadijo para cazar hombres, unas calzando botas, otras, finos alpargatitos, y las más a piesecitos desnudos, como carnada de la trampa aquella, con la picaresca pedrada en el sombrero que, válganos Dios! y en la mano canastillos y cofres atestados de confites y cigarritos y frutas y espejos y peinillas... en fin, toda esa porción de fruslerías que acompañan a las mujeres en un caso de estos para atildar sus personas y poner en jaque a los rendidos amantes que piensan atrapar en la fiesta.

A la diez del día viene la misa y el sermón alusivo a los méritos del Santo Patrón, por el orador forastero, pues este es necesario traerlo de lejos, como los vinos y los novios, para que tengan el gusto y sabor de la novedad.

Terminada la misa, a la procesión del santo, tan grande en méritos y tan pequeño en figura, llevado a hombro de indios, presidiendo aquel acto de guión

en mano, el alférez Arenas, con estreno de toda ropa y ufano por ser el protagonista de tan pomposa fiesta.

Son las doce del día.

El cielo se ve azul sin una nube; el sol arde como brasa; el viento libre retoza, la plaza de San Antonio apiñada de gente; las altas cordilleras que rodean el valle de Rionegro, vistas de allí, de la plaza, a lo lejos azulosas y a través de la bruma y de los rayos solares, como que se mueven o tiemblan; los cohetes que suben atropellándose unos a otros, la música con su aire místico, el humo que sale de los incensarios... en fin, ese todo sublime que... ya ven Uds. cómo hacen cambiar de pronto a un enloquecido pueblo, en plena parranda unos minutos antes y ahora sumiso y dócil, con la cabeza descubierta y en el silencio respetuoso del que cree.

Qué linda es la fiesta de San Antonio y cuánto aliciente tiene para todos y en especial para el rionegrero.

Cuando estas líneas trazamos sobre el papel, cuántos gratos recuerdos vienen a la memoria de aquellos tiempos ya idos para no tornar jamás.

Se nos figura que anduvieramos en ella.

Si la vemos.

Si pensamos que estamos presenciando lo que allí pasa:

Las citas de los enamorados.

El descorche de gentes recogidas que en su vida han probado licor y que ese día suben a inmensa altura su primogénita mona.

La reconciliación de viejas enemistades.

El brote o principio de una pasión amorosa, que durará lo que la vida dure...

En resumen, todo lo que sea olvido de trabajos pasados y goce de alegrías presentes.

Porque después de la procesión, con la música, las copas, el canto, el ruido de tantas voces nacidas del contento, se fermenta de tal modo la parranda que bota la tapa, y de esa hora en adelante, hasta desfilar para Rionegro, no se ve más que la mar de gente que se divierte y goza, y oleadas de este mar que en forma de grupos, de colonias, juegan, charlan, bailan y cantan en plena plaza y calles a toda luz y viento. Se arremolinan, se apiñan y vuelven a desbandarse para formar más adelante nuevas agrupaciones, pero todo en orden, salvo alguno que otro desborde entre hombres, que dá lugar a andar a puñadas caseras,

siendo las más de las veces amigos los púgiles, originado aquel moquetear del mismo entusiasmo, la plétora de buen humor, y del espirituoso... que se sube, en medio de tal barahúnda.

Y esta fiesta se sigue así hasta la tarde que comienza el desfile para Rionegro.
Y Andrea?

Aciago fue por cierto para ella aquel paseo, rodando todo el día de pelotón en pelotón, estrujada, magullada, hambreada, amén de los pellizcos y regaños que le menudeaba la vieja Romana, y siempre siguiendo a ésta y a su esposo, que por aquella vez no sabían de donde eran vecinos, según la perra cogieron desde que llegaron a San Antonio.

Por la noche del día de la fiesta, vuelta a dormir a la choza de Juan Colorado; pero como no se repitió el baile, sobre una cama de gruesos palos pudo Andrea siquiera recostarse, durmiendo así el inocente sueño de aquella edad, para seguir el día siguiente tan mal ferida y con sus verdugos a "El Arenal", donde a éstos les duro por muchos días la cantaleta de la pérdida del pañolón y la niña tornó a seguir la miserable vida que ya conocemos.

XIII

El indio Mateo Blandón, por echarla de rumboso y porque se sonara que había sido alferez en la fiesta de San Antonio, en compañía de su compadre Miguel Arenas, cuando menos lo percató, se vio metido en un gasto superior a su haber y pasó por él, por no salir deslucido, después de las ínfulas que se había dado con el alferazgo a medias. Así que, no sólo volaron los reales que le produjo la venta del tabaco de "Los Limones", sino que también tuvo que irse sobre la marrana que amarrada en los higuerillos cuidaba y otras alhajas de la vieja, como unas cuentas de oro que ella con veneración guardaba.

Con el motivo apuntado, el Blandón cogió una corajina de todos los diablos y a partir de aquella fiesta, montado en cólera a toda hora, redobló para con Andrea los malos tratamientos, los mismos que se hicieron extensivos a la vieja Romana, la cual, viéndose acosada por aquel zaíno tuvo que plantarle de fino!

Un día que Mateo se encontraba en la huerta desyerbando el maíz, como el sol se hallara un poco avanzado en su carrera y no fuera llamado a

almorzar, dejó el trabajo, y echando sapos y culebras por su boca, se dirigió a la cocina y entró.

Romana, que le viera venir de aquel talante, se preparó, comprendiendo que iba a estallar la tormenta, exclamando con las manos sobre la cabeza:

—Allí viene “el hombre” echando candela puesos ojos.

El indio se sentó en un banco y como viera que no se daba por entendida la señora, en tono agrio le dijo:

—Cómo es, ¿aquí no se cóme?

—Cuando hay qué, le contestó lacónicamente aquella.

—Ah mugrosa, ¿así te enseñaron tus taitas a dale contesta a los cristianos?

—Cristiano, si, quien loye, indio injame, tenés vos tanto deso que ni qué... y sobretodamente que el que quiere jinchar trae de qué hacele.

—Hoy toy gueno pa aguantate, vieja ríspingona.

—Gu no aguantés... después de malbariatar lo que hay, en tus jullerías de hacer fiestas.

—Tas caliente porque vendí la cuchina y las cuentas dioro? sí!, sí!, sí!, las vendí porque me dio la mucha de mi gana, oyís? y qué hay con eso? y si más hubiera más vendía, porque yo soy Mateo me mando; y al decir esto se golpeaba el pecho el indio.

—Eso comerás, maldito, gritóle su cara mitad.

Mateo, en el colmo de la ira, se paró del banco, echó mano a una astilla de leña y ya la estaba blandiendo para descargarla sobre la vieja, cuando ésta gritóle:

—No te encaracolicés, demonio! ajualá so indio me toqués, pa tener el gusto de ir agora mesmo donde la utoridá y denurciate por jurador de muchachas.

Si Romana le hubiera vaciado un balde con agua fría en la cabeza, quizás no le hubiera hecho tanto beneficio, para contenerse tan de pronto, como lo hiciera aquella amenaza, a la cual, dejando caer el garrote al suelo, contestó el indio:

—Hacélo vieja metida entrigante, que vos también sos complis en el jurto y vos también caés con yo.

—Que caiga gu que no caiga, a yo me importa un diantre indio mal agradecido, en después que te he sirvido cuasi de rodillas y salime con amenazas y alzar garrote pa tirame... poro siguí, siguí con tu calentura, prosiguió la vieja cogiendo ventaja y metiéndole el índice en los ojos, siguí y verás como hay el

renuncio y voy, y voy, le gritaba dando con el reverso de la mano derecha sobre la palma de la izquierda.

—Hacéme el favor de no articular más palabra, vieja oliscada, antes que nos lleven ahora mesmo todos los de...

—Cuando nos llevaron, indio maluco, porque yo no disisto, y ya te dije que voy y le digo al Señor Alcalde que esa mu...

—Buenos días compadres, gritó en aquel momento Luisa, que seguida de Andrea venía llegándose a la casa, risueña y siempre bondadosa, sin que comprendiera que los señores de “El Arenal” se andaban, en aquellos momentos, prendidos del ala.

—Buenos se los dé mi Dios, contestó el indio, que pálido y tembloroso de hambre, de ira y de miedo, tornó al banco donde antes estaba sentado.

—Yo venía, dijo Luisa, como si tal, no pasara en aquel hogar, a traerles este pequeño cariño y mis compadres lo reciben con toda confianza y gusto, que allá fue la niña dizque a que le vendiera o le prestara, pero tal cosa entre nosotros no se hace, qué tal!

Los indios trataron de disimular la escasez con disculpas, dando principio a la preparación del almuerzo, con el regalo de Luisa, comenzando por hacer fuego en el apagado y frío fogón; pero ambos, Mateo y Romana, atascados y medrosos temiendo les hubieran oído la disputa.

Ojalá, que otro gallo les hubiera cantado, cuando Luisa no aguardaba otra cosa que descubrir o vislumbrar siquiera algo sobre el origen de la niña, para abrir campaña; porque si en los indios aumentaba, día por día, la aversión a Andrea, en Luisa despertaba más y más la simpatía y el interés por ella...

Era pasado el mediodía y en aquella miserable zahurda no se había encendido el fogón, porque sus moradores no tenían ni un grano de maíz que llevar a las desportilladas ollas...

Cuando Luisa y Andrea llegaron a la casa de tan infernal reyerta matrimonial, ya la primera con la solicitud de madre, había aseado a su “angelito querido”, le había recogido los cabellos de oro, encanto en otro tiempo de Matilde y con propia mano la había preparado unas sopitas, para que la niña no estuviera con hambre.

Qué sublime es la caridad cristiana, cuando se practica de todo corazón, sin aguardar, por lo que se hace, recompensa terrenal y antes por el contrario,

exponiéndose, como se exponía Luisa a tantos riesgos con aquellos ogros, por los cuidados con Andrea.

Al fin la Villada se despidió de sus compadres, dejándolos en vía de desayunar, después de medio día, y ya sin tanta prevención contra ella que de aquella fecha en adelante, no sólo no le privaron a Andrea que visitara la casa de su amiga “Los Alticos”, sino que allá la enviaban a pasar sus ratos, particularmente en los días de apuros como aquel del famoso altercado, porque bien sabían que la comadre tenía algún presente que enviarles por conducto de la niña.

Así pues, la vida de Andrea si no había cambiado del todo, si era ya más llevadera con aquella libertad para visitar a su amiga, y también porque el malestar o corajina del viejo había bajado ya muchos grados, pues la vieja lo mantenía a raya con la amenaza que tan buen resultado le había dado.

Más, si el mal trato para con la niña había calmado un poco, en su interior, Mateo la odiaba cada día más, deseando salir de ella a todo trance, quizá por aquello que con tanto saboreo le recalaba la esposa, el denuncia de la autoridad. Así, ya para él la presencia de Andrea, si no era un remordimiento, sí un continuo peligro para tenérselas que haber el día menos pensado, con los tribunales de justicia.

Dijimos que ya con más libertad siguió yendo Andrea a “Los Alticos” y era de ver con cuanto gusto lo hacía y en qué dulces confianzas se les iba el tiempo a protectora y protegida, como sucedió pasados algunos días, una tarde que allá se dirigió la niña.

El saludo lo gritó de lejos y entrando a la casa regocijada, así se dirigió a Luisa:

—A ver cómo lo ha pasado, señora?

—Yo bien y Ud.?

—Lo mismo, mana Luisa, y qué le parece que anoche volví a soñar aquello que le he contado.

—Con la Virgen?

—Sí, señora, más linda que no! y mire, me daba deseo de pachurrarla bien duro, bien duro... y ella me abría los brazos como para apretarme así como Ud. hace con el muchachito suyo. Y me llamaba con un nombre tan lindo!... tan lindo!... no he podido acordarme... y esos angelitos tan preciosos que estaban junto a la Virgen... ¡ah bueno quien viviera con ellos!

Y Andrea dejó escapar dos lágrimas.

—Si, mi hija, le dijo Luisa, ocultando las suyas, eso es porque ella la quiere a Ud. por lo que la visita en sueños; porque Ud. es muy formalita. Y siga así bien comedida con sus padrinos que ellos al fin se cansan.

—Y si viera, continuó Andrea sentándose en un banco y cruzando los brazos, que ya no me acosan tanto desde aquél día que de aquí fuimos juntas, ¿se acuerda? que no había qué comer en casa y que les llevó Ud. aquellas cosas. Yo no sé qué habrá, pero mi padrino vive desde entonces calladito, calladito... él sí me hace muy mala cara, pero ya no me regaña tanto.

—Dele gracias a Dios, mi hijita.

—Y qué le parece mana Luisa, que el otro día estaba yo detrás de la cocina y comenzó a braviar mi padrino, y entonces fue y se le paró mi madrina por delante, con mucha furia, y le dijo: “Ya volvés viejo del día...” yo que sé, una palabra muy fea. “Ya volvés con tu molienda, por fin seme sube la ritranca y voy onde el alcalde y le renuncio lo que te dije, aunque nos lleve el patas a los juntos, viejo de quien sabe cuantos...” Así mismito le dijo, y entonces mi padrino calló la boca y se agachó a pensar. Lo tiene acosaito para que lo sepa.

—Quién sabe, mi hija, dijo Luisa suspirando, en esto hay algo que no sabemos y que al fin puede resultar en bien para Ud.

Y dejando la piedra donde molía, sirvió mazamorra de maíz en una totumita de fondo amarillo, alcanzó una postrera de leche, y le mezcló a la mazamorra, y con el cariño de siempre se la dio a Andrea que, sentada con José en las rodillas, tomó aquello con tanto gusto, como si fuera un postrecito preparado por Matilde, allá en aquella casa de “San Pablo”.

Al fin se despidieron, quedando Luisa más preocupada que antes, debido a la conversación anterior.

Y así siguió aquella vida por algún tiempo, el cual fue muy bien empleado por Andrea con las indicaciones que Luisa le hacía, sobre lo que era el mundo y la buena sociedad, y las lecciones de lectura, escritura y religión que le daba.

Sí cada día que pasaba se notaba más y más en la niña el adelanto, el despejo; que se animaba, que trataba como de volver a su centro, a su puesto perdido. Y como es bien sabido que “De tal palo tal astilla”, en Andrea se cumplía este aforismo al pie de la letra, pues no desmentía la raza, dejando ver en todo que era de muy limpia fuente.

Pero si mejoraba un poco de educación, de posición y situación seguía lo mismo, pues si bien es cierto que, en apariencia, el viejo Mateo se mostraba más

calmado, por dentro estaba que casi reventaba de coraje, aguardando una ocasión propicia para dar salida a todo aquel reconcentrado desasosiego.

Por aquél tiempo se encontraba en Rionegro una compañía de maromeros o volatineros, que dirigía un tal Albertini, italiano.

Las funciones de éstos se daban los sábados y domingos por las noches en el local de la escuela de niños, por tener un patio espacioso.

Ya se sabía que en tales días amanecía pegado a la pared y en una esquina de la plaza principal un cartelón en esta forma:

<p>COMPañIA ALBERTINI GRAN FUNCION DE MAROMAS para esta noche en el local de la escuela. ENTRADA GENERAL 4 reales " NIÑOS 2 a las 8 en punto se dara principio.</p>

Bajo este cartelón o a un lado, un lienzo de tosca pintura, representando hombres y niños en trajes de payaso y en las posturas más difíciles: unos, hechos un rollo como culebras; pasando por entre las patas de un taburete con un vaso de agua sobre la frente y en equilibrio; en el aire, de balanza en mano y a gran distancia de una gruesa cuerda; otros, parados sobre un taburete o mesa, que descansa en dos patas sobre la cuerda tensa haciendo el equilibrio del diablo.

A medio día, acompañado de la banda de música y precedido de un muchacho con una gran bandera, salía el payaso a caballo y pintorreado como un pielroja a convidar para la función.

Y era de ver, entonces, cómo todo mundo dejaba sus ventas y compras en la plaza, para ir tras el payaso a gozar, oyéndole las patochadas; viéndole hacer visajes con cara antiartísticamente pintada; el cuerpo ataviado grotescamente y con el vestido de arlequín a la italiana. El cual payaso al llegar a una esquina de la plaza o calle, paraba el caballo, y dirigiéndose a los músicos, gritaba:

—Só!... só!.. só!... soooo!... maestro.

Callaba la música, y en medio de las risotadas más campechanas, el bufón, haciendo que leía en un ajado papel, acompañado de los gestos más infernales, decía:

—Gran!... gran, gran! graaaaaan... fundición... frunció... función para esta noche, (risas de la gente y muecas del payaso).

Ha llegado a esta noble ciudad, la cele... abre... cele... obre... cele... ubre... célebre compañía de volatineros que dirige el maestro Albertini, con el célebre payasito de Don Yo. (palmada sobre el pecho, vistazos, gestos, monerías de éste y risotadas general), la cual se edsibirá... biró... biré... (Contoneos, movimientos con hombros y caderas del payaso, y grandes carcajadas del auditorio), en el local de la escuela... cuela que... cuela... que cuele... que coló...

—“Ah! boquifrió: cerrá esa atarraya, para que no se te entren las mos... cas... cas... carascas... cas,” decía el invitador, dejando la lectura y dirigiéndose a un muchacho que, hecho un bolonio, le miraba pasmado y boquiabierto, sin perderle una coma.

Aquí fueron tales y tan estrepitosas las risas de los oyentes, que con ellas no dejaron oír más y apenas se veía al payaso que aturrullado por la bulla y rodeado por un mar de gente, trataba de abrirse paso, después de terminar con un cuento de que: a las viejas dizque les cobraría cuatro reales por la entrada y a las muchachas bonitas, si querían al payasito, les cobraría sólo dos pesetas. Siendo la gracia apenas oída, pero muy celebrada.

En uno de estos sábados y a la hora de la payasada que describimos, conversaba en la plaza, por el lado donde vendían los sombreros de palmera, el indio Mateo con su compadre Celedonio Quirama, de lo que ocurría, cuales fueron los ojazos de aquel, cuando su compañero, después de explicarle lo que eran maromas, le dijo:

—Y qué dice, compadre, de estas gentes que dirigen esas maromerías, cristianos sin hilache conciencia; cristianos, sí!... pues ya sabe que esos angelitos que andan con ellos, no son hijos, son comprados a las gentes desalmadas.

—Que compran? exclamó Mateo.

—Como loye, compadre.

Aquí interrumpió el indio Celedonio para vender un sombrero. Pero como a Mateo, preocupado con la noticia, le hubiera entrado curiosidad, tan pronto como se desocupó Celedonio, tornó a tocar la cuestión volatineros y compra, por éstos, de niños, oyendo lo suficiente para quedar enterado de que, al Director de aquella Compañía se le podía vender un muchacho o muchacha, que pagaría muy bien, llevándose muy lejos... muy lejos...

Con menos consideraciones hizo Erostrato en Grecia aquel gran daño.

Así pues, que, Mateo con el ánimo prevenido por aquello que le dijera Celedonio, se despidió de éste, visitó repetidas veces el estanco de licores, siguiendo luego el camino de “El Arenal”, dando aquí un topetón, allá un trapié, y cáigome que me levanto, en un solo balanceo, como buque que anda de babor a estribor, llegando por la noche bien *alumbrado* a su casa.

Por supuesto que con los humos del anís y la idea fija que llevó de Rionegro, soñó aquella noche, que era dueño de muchos niño, pero muchos... grandes, medianos y pequeños, y que un hombre vestido de finas telas, le compraba todo aquel tren, dándole por cada uno de ellos bastante dinero, tanto, que ya no tenía donde acomodarlo y se ahogaba cuñado de patacones.

Al amanecer del siguiente día, sin mas acá ni más allá, se dirigió a su esposa, abordando el asunto ligero, ligero, haciéndole saber su resolución, de venderle la niña al volatinero, aunque Mateo trataba de dorar la píldora, con el cuento de que era solo a dársela como sirvienta para que la enseñara y al mismo tiempo les ayudara con el salario que ganaría.

A Romana, justo es decirlo, le cayó aquello muy en frío, lloriqueó y objetó el proyecto; pero bien fuera por no contradecirle, en esta vez, “al hombre” (como ella lo llamaba), o porque también le entrara ambición de reales, es lo cierto, que a poco estaban convenidos, tomando Mateo el camino de Rionegro, a desandar los inciertos pasos de la víspera; y a pesar de su refinada maldad, no dejaba de sentir interiormente un algo así como remordimiento. Pero, ¡qué fue aquello, llegó al estanco, se acomodó entre pecho y espalda una copa de anís y... adiós nervios!, a buscar los volatineros, y al local de la Escuela, donde se daban las funciones, fue a dar.

En el patio se paró cerca a un poste en actitud atontada, y cuando ya arlequín, músicos, abanderado y pueblo se retiraron, Mateo se dirigió a un zambo muy despabilado que en mangas de camisa y de raídas chancletas, paraba unas tijeras para templar la cuerda, interrogándole, así:

—Dígame, mi Señor, busté me da razón del señor Deleitör de las maromas?

—Y, para qué lo solicita, abuelo?, contestó el desparpajado mozo.

—Pues... pa una cosa que le conviene al Señor Deleitör.

—Aguárdese un tantico.

El engréido comparsa enderezó las tijeras, templó la cuerda, ayudado por el indio y en acabando llevó a éste a una pieza donde escribía un hombre de buen porte, regular edad y bien vestido.

—Señor Albertini, le dijo el zambo, aquí tiene a este abuelo que solicita por Ud., y salió.

El hombre que escribía alzó la cabeza un tanto malhumorado y fijando la vista en el indio, le dijo:

—Qué se le ofrece?

—Me ispensa su mercé... su mercé es el Señor Deleitör de la compañía?

—Lo soy. Qué quiere usted?

—Yo que venía, su mercé, onde su mercé, a proponele, que como yo tengo una muchachita... ya casi mocita, y como su mercé talvez es que necesita, mermi gracia, una muchachita pa sus... maromerías... y yo soy muy pobre, y... busté si la viera, su mercé, tan linda que es una clavellina... yo le decía a su mercé, que yo necesito unos rialitos... y que la... y que yo se la...

—Cómo, dijo furioso el italiano, viene Usted a ofrecerme en venta alguna niña?

—Eso es su mercé... eso es lo que yo venía a manifestarle a...

Albertini no le dejó acabar la frase, dando un zapatazo y un grito, y ya se iba a lanzar sobre el viejo, cuando este siguió hablando así:

—No su mercé, no me ha entendido el Señor Deleitör, que la cosa no es que me compre la muchachita, sino que yo tengo mucha voluntá en que su mercé la lleve en su compañía, que ella es tan entendida y tan facultosita, que mire... si busté la viera, es decir se quedaba que ni pesplejo...que no dejajante de ser una maravilla, lo comprensible en todo y... ya es mocita.

Esto último lo acentuó el indio, y como Albertini callaba, pensativo, aquel cogía alientos y seguía haciendo el panegírico de Andrea.

Por último, el Director cambiando de tono, bien porque así lo sintiera o por hacerse el probo, le dijo al viejo:

—Pues nó, yo no entro en estos asuntos, que son de suyo muy peligrosos, y puedo verme metido en algún embrollo. Puede Usted retirarse.

—Pero mire, mi amito, qué...

—Nada, es negocio concluído.

El indio salió un tanto contrariado por aquel desengaño, después de ver sobre la mesa, donde escribía el volatín, un cajón lleno de monedas de oro y plata, algo así parecido a aquella del sueño de la noche...

Cuando esto sucedía, Andrea se encontraba de paseo en "Los Alticos" feliz en sus inocentes juegos con los niños de Luisa, ignorando que en aquellos momentos se estaba decidiendo una grave cuestión para su porvenir.

Afortunadamente, por esta vez, se libró de ir a lucir habilidades en el arte de andar y voltear por el aire en una maroma.

XIV

Define el Diccionario la hora diciendo, que es una de las veinticuatro partes en que se divide el día.

Tenemos pues, que según la precisa regularidad con que el Divino Hacedor ha marcado los días en su duración, las horas son iguales unas a otras.

Y preguntamos: para nosotros los mortales hay tal regularidad en ellas?, abarcan todas un mismo tiempo?

De ninguna manera.

Porque la influencia que ejercen ciertos acontecimientos en nuestro ánimo, acontecimientos que son simultáneos con *ciertas* horas, hacen que estas aparezcan para nosotros largas o cortas, según lo favorable o adverso de dichos sucesos. Aquí la horometría no va con el cronómetro.

Hay días en que el tiempo tiene una duración abrumadora; los minutos son eternos, interminables.

El tiempo tiene la duración que le transmite nuestra inquietud.

Qué corta es toda alegría!

Qué largo es todo dolor!

Hay horas tristes y horas alegres; serenas y borrascosas; de esperanza y de duda; de amor y de odio; de deseos y de hastío; de satisfacción y de remordimiento;...en una palabra, de pena y de goces. Y cada una de estas horas la vemos, o muy larga, o muy corta, según el estado de nuestro-ánimo y lo que durante su curso nos suceda.

Para el reo de muerte, las horas son segundos. Para el náufrago que se ahoga a pocas brazas del buque salvador, los segundos son horas.

Algunos han maldecido la hora en que vinieron al mundo, y esto es un insulto a la Divinidad, porque los que maldicen esta hora, maldicen a Dios, por mandato de quien, han hecho este viaje de la vida, y a sus padres que han sido el instrumento del cual *EL* se ha servido para traerlos aquí.

Si alguna hora debe ser bendita es esta, porque, acabando de salir de las manos del Creador tan puros como los Ángeles, llegamos a este mundo con el

alma limpia, y porque con esta venida, les damos a nuestros padres, quizás, la única hora de verdadera felicidad...

Tal fue aquella de Matilde, cuando allá en un día tan lejano para ella, en medio de comodidades y alegrías, llegaron a sus oídos los primeros vagidos de Filomena, como música del Cielo.

Qué hora tan corta!

Y aquella, cuando por primera vez oyó de los labios hermosos de su ángel querido, desprenderse con voz balbuciente el nombre de madre.

Más corta todavía.

Y la otra, cuando su perdida hija, como un lindo botón de rosa a medio abrir, blanca y sonrosada, sobre rico alfombrado de un lujoso salón, dio los inciertos primeros pasos con que emprendemos este largo y penoso viaje de la vida.

Hora relámpago!

Sí!

Qué ligeras, qué rápidas fueron estas horas de felicidad para la madre, horas ligeras en su duración, pero eternas para el recuerdo!

Quién dijera entonces, a tan feliz mujer, que después de aquellas de ventura, que con tanta velocidad pasaron, le vendrían más tarde unas horas tan tristes, tan amargas, tan largas...

Entretanto que Rosa y Jaime, se desarrollaban y crecían al lado de sus padres, llenos de salud, formales y estudiosos, Matilde solo atendía a mirarlos y a velar por ellos, porque, desde el día que perdió a su Filomena, redobló la vigilancia, tornándose tan aprehensiva, que a cada momento soñaba con indios bravos, monstruos fabulosos, que llegaban a arrebatarse los dos hijos que le quedaban.

A la hacienda de "San Pablo", aunque José Antonio iba con alguna frecuencia, Matilde no lo acompañaba, pues comprendía que no tendría fuerzas para resistir la vista de aquellos lugares, teatro de su inmerecida desgracia; aunque bueno es decirlo, que ella se opuso siempre a la venta de esa finca, cuando su esposo trató hacerlo, y antes por el contrario, suplicó que en nada se variara, especialmente la casa, que ella quería se conservara en el mismo estado y con el mismo aspecto que tenía en la tarde fatal, cuando quedó privada para siempre de su idolatrada hija.

La esperanza es lo último que se pierde, y para una madre, tratándose de los hijos, con mayor razón...

Acaso, Matilde, en aquellas horas de terrible angustia, al pasar del tiempo, y cuando todos quizás iban olvidando a Filomena; ella, en el interior de su alma, soñaba con la vuelta de su hija.

Pero lo curioso, según lo contaba Matilde, era, que en tales horas, cuando aquella idea le asaltaba, le daba por creer que llegaban con su niña, como la perdió: así pequeñita y tan inocente... ¡tan inocente Filomena como la arrancaron de su lado!, siendo esto lo que más le martirizaba, el pensar que su muchachita por estar tan bobita, como ella decía, no le pudiera referir la vida de trabajos y miserias que había llevado durante tan larga ausencia...

¡Pobre madre!, todo lo pensaba, todo lo adivinaba, y todo lo aguardaba en aquellas horas de su dolor.

Pero ¡ay! que si para ella en su pueblo y en medio de su familia y amigas, le era tan angustiada la vida, las horas se sucedían lentas y pesadas, más crítica, mucho más, iba a ponérsele la situación, porque cansados de aguardar la vuelta de Filomena, se encontraban en vísperas de viaje para Bogotá; a pasar un tiempo en la capital o a vivir en ella si se acomodaban, dándole educación a Rosa y Jaime, y probando a ver si con un largo viaje, con el bullicio de la metrópoli, ausentándose de algunos lugares que tenían para aquella familia tantos y tan tristísimos recuerdos, si no se acababa la pena de Matilde y aquellas horas de ansiedad, de desaliento y postración por lo menos se les suavizaba un poco la vida; pudiendo, así, disfrutar de la riqueza que por entonces poseía José Antonio, y de la cual hacían tan buen uso.

Y como las cosas pensadas se deben ejecutar, sin entrar en muchas reflexiones, todo fue proponerlo Antonio y que su esposa condescendiera y el viaje fue al punto resuelto sin más dilaciones.

La familia de José Antonio, al fin era corta, reducida en el día del viaje, circunstancia que, unidas comodidades de que gozaban, les hacía la marcha menos embarazosa.

La salida del pueblo fue muy dolorosa, oyéndose tan solo el llanto de los que se iban; los comprimidos sollozos de los que se quedaban y el golpear de las herraduras de las caballerías en los empedrados de las calles que muy bien semejabán el choque fatídico del martillo, sobre los clavos que aseguran la tapa

del ataúd, cuando va a partir el cortejo fúnebre, que ha de conducir los fríos restos de una persona querida a su última morada.

Qué coincidencia, el mismo día que la madre, acompañada de su esposo y de sus hijos, en viaje para la capital de la República, a disfrutar de inmensas comodidades, le enviaba un triste adiós a la hija perdida, ésta, acompañada de gentes extrañas, aventureros sin hogar y sin patria, dejaba a Rionegro en viaje para fuera de la República: ¿a dónde?, no se sabe... tal vez a la deshonra, a la degradación... porque quién podía adivinar lo que a la inocente niña le aguardaba?

Entre tanto, Filomena, seguía el peligroso camino que le iba trazando con mano inexorable su hado fatal, esa fuerza superior que ordena y determina las cosas a sus fines...

La huérfana avecita iba separándose más y más de sus floridos bosques!
Se alejaba... se alejaba del nido!

XV

Era día sábado.

La mañana, que al principio se había mostrado fría y brumosa, fue despejándose, templada con los rayos de un sol de verano que, alegre luciente, iba inundando la campiña de la tierra labrantía que forma la linda planicie de Rionegro.

Hermoso, por cierto, se vela el campo por aquel lado de "Pontezuela" y de "Llanogrande", por donde concurren el mercado las gentes de "El Arenal", "Los Alticos" y "El Chuscal".

Los pájaros revoloteando en los guayabos y *mortiños* que crecen a la vera del camino, armaban tal tremolina, que por muy versados que estuviesen en su lenguaje, puede asegurarse que no se entendían unos a otros.

Por la vía real y atajos se andaban las gentes en tropel y a paso largo, como las hormigas que del monte tienen a su habitación; y si a éstas se les ve llevando la carga de hojas y flores con que forman sus estancias y despensas, a aquellas se les miraba conduciendo a espaldas o brazos, el producto de sus labranzas, consistente en granos, leña, carbón, huevos, hojaldres, buñuelos, etc., etc., amén de la sarta de pollos con grillete de cabuya a pescuezo colgante.

Alguno que otro labrador caminaba libre del carguío, arreando su mataloncito.

En medio de este desfile marchaban preocupados y esquivos Mateo y Romana y al lado de ellos, indiferente con su cándida belleza, Andrea, como Isaac siguiendo a Abraham a la cumbre del Moria.

Y si aquellos primeros, los de las cargas de leña y comestibles, se andaban risueños y comunicativos, haciendo las cuentas alegres del campesino, cuando camina a la venta del producto de su trabajo, estos sí venían huraños, haciendo las cuentas diabólicas de otra clase de venta que iban disponiendo interiormente, con astucia...

Porque, es de saberse, que si Mateo salió descorazonado de la pieza del maromero, a poco, y alentado por un acuerpado chisguete que se escurrió en el estanco, y acosado por el recuerdo del cajón que viera, hasta el gollete, de monedas, emprendió con mayor empeño la campaña, con la idea fija de desprenderse de Andrea a todo trance.

Y es por esto, por lo que los vemos aquel sábado por la mañana, caminando con la niña para Rionegro, aseada y trajeada al gusto de Romana, para “pasársela por delante al taimado Deleitior” cómo decía el viejo.

Al fin llegaron al pueblo, instalándose en una esquina de la plaza en espera de la ocasión.

Al medio día cuando el payaso con sus desabridas gracias, abanderado, banda de música y séquito de boquiabiertos admiradores de sus sandeces, salió a invitar para la función, los indios se movieron, y llevados por la corriente de aquel gentío, fueron a dar al patio de la Escuela.

Andrea entró recelosa, estrujada por oleadas de curiosos que se disputaban los puestos inmediatos al payaso, para verle y oírle mejor; pero esto duró poco, pues en seguida desfiló aquel acompañamiento, quedando sola con los indios en tan extraño sitio.

Mateo y Romana, con ese aire socarrón de los de su raza, dieron en curiosear cuerdas, tijeras, farolas, &.&., para entretener el tiempo y disimular su permanencia en aquellos lugares.

En una de estas, acertó a pasar cerca de ellos el maestro Albertini, y como reparara en tan singular trío, de los dos repelentes indios y la tan simpática niña, fijó la atención en ellos, y cuál fue la sacudida que dio al reconocer allí al proponente del domingo anterior y ver con él a aquella hermosura, que de seguro era la que le había ofrecido en venta.

Qué pasó por el alma del italiano en aquel momento?, sólo Dios lo sabe, pero debió ser algo parecido a aquello que por el de Mateo y Romana pasara, cerca a la portada de “San Pablo”, la tarde dolorosa de Matilde.

Albertin disimuló, se hizo el desentendido y siguió de largo.

Los indios continuaron en su fingida curiosidad, como si no fuera con ellos.

El maestro volatinero entró a la pieza, comido por dentro de deseos de hablar a su hombre.

Los indios, más que comidos, recomidos, le pasaban por el corredor con el mismo pensar.

Pero ¿cómo se entendían?

A estas vino un incidente a servir de mediador y fue el siguiente:

En la Compañía andaba una niña, más o menos de la edad y tamaño de Andrea, que se decía ser hija del Director, y como era despabilada, comunicativa, y además curiosa, y por casualidad saliera en aquel momento del interior de la escuela y se fijara en Andrea, al ver, aquella ridícula vestidura, sobre un cuerpo que se adivinaba elegante, sirviéndole de pedestal a rostro dulce y bello, se acercó a ella y sin rodeos le pregunto:

—¿Tú, cómo te llamas?

—Andrea, contestó la niña ruborizándose.

—Mira: ¿por qué te acomodan esos mamarrachos?... y con una carita tan hermosa.

Andrea, más ruborizada, callaba.

—¡Qué lástima, dijo la maromerita.

—Papá Albertini, gritó ésta, ven... ven mira esta chica que preciosa... si ella se quisiera ir con nosotros, ¡por Dios! que le daríamos muy buenos vestido... ¡hu!, qué linda quedaría! ¿quieres?, dijo dirigiéndose a Andrea.

Esta nada contestó, arrebujándose en el pañolón.

Albertini que aguardaba una ocasión propicia salió de la pieza y dijo a la niña:

—¿Qué me quieres, Olivia?

—Que mires a esta niña papá... ¿cómo?... a ver... nombre más feo... ¿Tadea?...no... no ¡ah! sí, se llama Andrea. Mira, papacito, célebre no?... Quisiera que se fuera con nosotros, la cuidaríamos mucho pero le daríamos otro nombre... Papá: es cierto que Andrea es feo?... pero mira que la llevemos... ¡ah dicha!...

—Cómo quieres hija, que venga en nuestra compañía, si ella tiene sus padres y de seguro no le permitirán?...

—No, no, mira, papacito, si los abuelos convienen, ¿es cierto? dijo Olivia, dirigiéndose a los indios.

—¡Eh! sumercé, mi niña, ¡ajualá!, que por vela en su compañía ya quijiéramos nosotros. ...

—Viva!, que viva!, que viva!, gritó Olivia dando palmaditas de contento, mira que sí quieren.

—Pues a nosotros no nos hace falta la muchachita, siguió Mateo, pero sí podía el señor Deleitör llevársela... que no sumercé pa toda la vida sino por poco tiempo, mientras el señor Deleitör le hecha unos trapitos encima, que ella los vaya ganando con su trabajo...

—No, buen hombre, la niña está célebre, es cierto, y yo le daría educación y buenos vestidos, devoliéndola a Ud. hecha una gran señora; pero... no quiero que mañana se diga de la Compañía que dirijo, tanto así...

—Es decir, Señor Deleitör... dijo el indio.

—Que puede retirarse con su niña.

—Y la despides así papá, dijo Olivia, lloriqueando, y yo que le había prestado tanta atención, y quisiera que no se fuera de nuestro lado... ¿sabes porqué papacito?... mira, allá por donde veníamos del Cauca, en... este pueblo... este... de nombre feo como el de la chica, en fin, no recuerdo... allá donde estuve en un hotelito tantos días enferma, iba a visitarme una señora hermosa, ¡mamá más encantadora! y llevaba una niña; así, más pequeñita que ésta, pero parecidísima, papá, tanto que la creo ver aquí copiadita, y ¡cómo me abrazaba la señora y!, la niñita que jugaba tanto conmigo me regalaba confites, y yo le dí mi cariño, y cuánto deseo ver de nuevo a aquella chica tan generosa, me hace falta una compañerita, una amiguita, y ¡qué tal si esta pobrecita se viniera, conmigo, la querría mucho...

Papá, prosiguió la niña, variando de tono, y manifestándose preocupada, ¿por qué sería por lo que aquella señora vestía de negro, siendo casada, y la niña, encantadora con su traje bonito... ¡Pobre señora!... que lloraba tanto y así tan rica... y me besaba y me hacía llorar a mí también, y me decía, ah!, no, sino que decía suspirando, y como conversando para ella: que si ella hallara a su hijita; que su hijita estaría con hambre; que su muchachita sin quién la viera; que

ahora estaría su niña de mi tamaño... y tantas otras cosas tan tristes que decía, y me hacía llorar, aunque yo no le entendía sus tristezas... y cada vez y más me abrazaba y me besaba. Papá, si parecía loca la señora.

Andrea, a medida que hablaba la maromerita, se le acercaba anhelosa, mirándole con ojos de cariño, como adivinando algo, en aquella larga digresión, que se relacionara con ella.

Por último, Albertini, trató de irse, y Olivia, asiéndole por la falda de un largo gabán que llevaba puesto, le dijo con zalamería.

—Viejito mío, última propuesta: Me das billetes de entrada a la función de esta noche para la chica y los abuelos?

—Deja, Olivia, deja.

—No te suelto.

—Deja...

—Siquiera pasaré acompañada una noche.. ¡ ah! si me fastidio tanto solita... sí... sí ¿qué sí?

—Loquilla, suelta.

—Bien, dijo Olivia, con mayor melocidad, pago los billetes con besos... ¿quieres así?... ¿trato?

—Mosquita necia, que sea, haz lo que quieras, cuenta con los billetes; pero suelta.

—Anda! ¡anda; cómo cedió! exclamó Olivia, hecha unas fiestas, y volviéndose a los indios, les interrogó.

—Bien, abuelitos, convienen?

La vieja Romana no hablaba, sentada en el zaguán de la escuela, viendo, con cara de bruja estúpida, a los comparsas o ayudantes en esta clase de compañías, zambos jactanciosos, que entraban y salían con la desenvoltura que adquieren en una carrera que se presta tanto para perder el respeto a la sociedad.

En cambio, Mateo, contestaba a todo, y así que, a la pregunta de Olivia, repuso:

—Pes mi niña, ello si fuera bueno asomalos a la función, pero andamos en ayunas, y hay que volver a la casa a buscar el algo.

—Papacito, yo quiero que venga la niña esta noche... ¿cómo hacemos?

—Mira, buen hombre, dijo Albertini a Mateo, Olivia ha dado en la idea y quiero llevársela: ahí va para que tomen una copa, y si quieren volver a la función

tienen la puerta franca, pero es bueno que se retiren porque vamos a cerrarla, por ahora, para un ensayo.

—Con su licencia, sumercé señor Deleitör, y que mi Dios se lo pague, le replicó el indio, que salía cari-contento, acariciando la moneda que le regalara Albertini, prólogo de su dorado sueño.

La vieja salió, sin volver siquiera la vista atrás.

Andrea apesurada, porque había simpatizado con la maromerita, y un tanto corrida, comparando su charro vestido con el de ésta.

Olivia al separarse le dijo al oído:

—No seas niña. Guapa como yo. Conquista a los abuelos, y tráelos esta noche.

XVI

Con los ocho reales, ó sea el patacón que Albertini diera a los indios, hicieron éstos entrada con Andrea a una pulpería, especie de figón, donde se regalaron de lo lindo con un almuerzo que a Andrea le supo a gloria.

Después de algunos paseos por el mercado, mientras llegaba la noche, con las vueltas del patacón, Mateo se acomodó entre pecho y espalda varias copas de aguardiente, operación a la cual le acompañó su esposa, a quien también le gustaba empinar el vaso.

A estas y las otras, ya calamocanos, aquel par de apuntes sin reparar que se hallaba allí presente, con Andrea, un muchacho de la vecindad en “El Arenal”, los cónyuges discutían a medida voz, pero no tan paso que dejara de oírse, el asunto venta de Andrea: la india desanimando al indio, y éste furioso con ella porque se le oponía, insistiendo con más empeño en su intento.

En aquella hora comenzaron a desfilar las gentes del mercado, y Romana, sea porque le quedara un resto de pundonor, un algo de cariño, de afecto por Andrea; o porque no le llamara la atención la maroma, un poco rostrituerta con su esposo, le dejó, siguiendo sola para “El Arenal”.

Miel sobre hojuelas, para Mateo.

Así fué que, libre de quien le importunara, fué a instalarse con su víctima, en plena calle, frente al local de las funciones, donde se sentaron mientras llegaba la hora de consumir el sacrificio.

Durante el resto de aquella tarde, no se veía por allí otra cosa que entrada y salida de volatineros y comparsas al patio de la escuela, movimiento de asientos para los concurrentes a la función, bandejas con colación, y damajuanas, y botellas con lo del espirituoso hijo del Alambique, para regalar el paladar del respetable público que, dados los preparativos, sería numeroso por aquella vez.

Así las cosas, y cuando se iba llegando la noche, Olivia, la maromerita, desde el interior alcanzó a ver a Andrea, con la desenvoltura de las gentes del oficio, en dos saltitos estuvo con ella y la hizo entrar, como también al indio, que renegando a media voz, porque el portero y un agente de policía no le querían dejar pasar de la puerta, fué de traspies a dar contra una gran viga que había atravesada en el patio, para asegurar la maroma, en la cual se sentó y de donde vio, a media turca o a turca entera, pasar: primero los preparativos y luego la función, que fué para él una especie de fantamagoría, que a otro que no estuviera tan empedernido de conciencia le hubiera hecho poner los pelos de punta.

Olivia bailaba en un pié de contenta, porque ya tenía compañera, pues no dudaba que el abuelo dejaría ir con ella a Andrea y que ésta sería para ella una buena amigueta, y quedaría preciosa cuando le quitaran aquellos ridículos vestidos, y le pusieran ligeros y graciosos de volatinera...

Entretanto que se daba principio a la función, Olivia obsequiaba a Andrea con golosinas, fruslerías de niño, lo que ésta recibía con timidez, pero con un reconocimiento que no podía explicar, por ser aquello nuevo para ella.

Albertini, con disimulo, se fijaba en la nueva niña, y cada vez se encontraba más satisfecho con la adquisición, viendo aquella hermosura: cabellera rubia y ensortijada; blanca y rosada; de finas facciones, y sobre todo un cuerpo que se adivinaba, tras de su pobre vestido, de una elegancia y movimientos tan señoriles, que muy bien había con ella, al darle algunas lecciones, para elevar la compañía a la quinta potencia.

El maestro Albertini le hizo algunas preguntas, a Andrea, referentes a su vida y modo de ser, y de boca de ella supo:

Que su madre había sido casada con un extranjero en Marmato; que ambos habían muerto; que sus padrinos y sus abuelos, Mateo y Romana, la habían criado, y que no tenía más deudos ni dolientes que a éstos, siéndole indiferente volver con ellos a su casa, o seguir en la Compañía.

¿Para qué saber más?

Así fue que, antes de dar principio al espectáculo, el volatinero buscó al indio y lo llevó a un ángulo del patio, casi a oscuras, y allí entre estos dos tipos, quedó convenido:

Que Albertini se llevaría a Andrea como una sirvienta, devolviéndola mas tarde.

Que por vía de salarios adelantados, Mateo recibiría cincuenta pesos; sin que diera cuenta de esto a nadie, y

Que esa misma noche se iría el indio, dejándola como parte de la Compañía...

Resultado de aquella jornada:

Venta simulada de Andrea.

Frote de manos del italiano, por la adquisición.

Borrachera requintada por el Blandón en la cantina, y

Que debido a esto fue puesto en la calle por los agentes de policía, cuando se terminó la función, que ni la vió, ni supo qué cosa era.

Que el resto de la noche lo pasó éste durmiendo en la acera de la escuela, y cuando amaneció tomó camino de "El Arenal", contando y recontando el dinero que llevaba en su embetunado guarniel, y reemplazando el contenido de la botella en cada venta de licor que hallaba al paso.

Andrea pasó el domingo casi en encierro, porque a Albertini no le convenía que la vieran con ellos.

Olivia iniciándola en todo aquel juego de gentes cosmopolita, que en Rionegro estaba como en su propio suelo, y que arreglaba viaje para seguir al siguiente día a Venezuela, a Chile, a Italia, o a Turquía... como quien dice "permítame yo voy aquí a la cuadra y ya vuelvo".

Andrea, siempre indiferente a todo, sin que le preocupara otra cosa que el recuerdo de Luisa, había amanecido aquel día con el nombre de Carolina, porque a Olivia, como ya vimos, le parecía feo el que le daban.

Sin embargo, se le vió animarse y aun suspirar inconscientemente, cuando ésta, en todo lo que le refería de sus viajes, le habló otra vez de su enfermedad en el pueblo del Sur de Antioquia, de los cuidados que por ella y su motu-propio había tenido aquella señora linda, rica y vestida de telas finas, aunque de luto; y de los agasajos de su hija, una pequeña señorita preciosa, menos grande que Carolina pero parecidísima a ésta.

—Y mira, le decía Olivia a Carolina, (así seguiremos llamándola), qué memorias tengo de aquella señora, mostrándole un fino pañuelo: con este secaba sus lágrimas ella, y como yo me quejara de la cabeza, con su propia mano me lo puso allí; pero con suma delicadeza, dejándomelo como un recuerdo, pues aunque quise devolvérselo, ella no lo recibió, ¡cuándo, si era tan generosa!...

En fin, pasó aquel domingo y a los dos días, el martes, al punto que un lindo amanecer iba anunciándose por el Oriente con sonrosadas claridades, la celebrada Compañía Albertini tomaba la vía del Norte, para salir al Magdalena, echar río abajo y emigrar de Colombia, aumentando el personal con tan precioso tesoro: con aquel valioso rubí de las montañas antioqueñas, que iban a explotar... quién sabe donde!...

La mañana estaba transparente y serena.

El aire que corría suave y ligero, al arroparle la carita a la viajera, parecía decirle al oído:

¡Adiós Filomena! Cuando pase por tu casita, qué les digo a tus padres y a tus hermanos?

Los pájaros que revoloteaban en los cercos del camino, también como que le dijeran en sus gorjeos:

¿Por qué te ausentas avecita emigradora, hermana nuestra, y dejas tus bosques?

¿Por qué te vas tan lejos... sí... tan lejos?

Vuelve atrás, tu nido todavía cuelga de la misma rama en donde lo dejaste y sus tibias pajas no se han dispersado.

Si sigues este camino, ¿quién volverá a descansar en aquel colchoncito de yerbecitas y secas espigas allá en las frías y eternas noches de tu ausencia?...

Las quebraditas claras y retozonas, que desaguan en el riachuelo de “La Mosca”, quejándose por los tropezones que daban en las piedras, también como que metieran su cucharada al pasar la niña, gritándole:

¡Adiós Filomena!... y ya que no puedes retornar a los tuyos, al menos vuelve la mirada atrás, y despídete para siempre, sí, para siempre!, de los que tanto te amaron.

XVII

Dijimos antes, que aquel desgraciado sábado para Andrea, después de la reyerta aguardentosa de los esposos Mateo y Romana, ésta, bien porque no le llamara la atención aquello de volatines, o porque a su conciencia apareciera siquiera algún indicio de remordimiento, dejó a esposo y sola siguió a “San Antonio”, y allí pasó la noche donde su comadre Asunción Quinchía, y al día siguiente fué a “El Arenal”.

La llegada de Ramona a su casa, sin la niña fue punto un tanto azaroso, pues aunque es cierto que no quería a Andrea con el cariño de madre, alguna inclinación le impulsaba a ella, y esto sin contar la falta que en lo sucesivo les haría. Mas “el hombre” lo dispuso y ella, qué hacía, reflexión con que trataba de engañarse.

Pero así y todo, al entrar a la cocina y verse tan sola, le sobrevino un decaimiento de ánimo tal, que no fue capaz ni de alzar una olla al fogón, pasando hasta más del medio día, con unos pocos tragos de agua de panela que le diera por la mañana, como desayuno, su comadre “Sunción”.

Quien hubiera llegado por aquella vez a la casa de “El Arenal” y se asomara por las rendijas de la mal cerrada cocina, por más hecho que estuviera a cuentos de brujas, y a fantasmagorías, de seguro que de huída sale hasta parar quién sabe donde.

Figúrese Ud. aquella sucia pocilga, que ya conocemos, en el mayor desorden: las ahumadas totumas, rotos platos y cucharas de madera, sin el fregado correspondiente, esparcidos por el suelo, así como los tiestos de lo que antes fueron ollas y cazuelas; medio molinillo y ni medio siquiera mecedor mazamorrero, tan gastados por el uso, que apenas sí daban a conocer su especie; las piedras de moler secas y lamosas; el fogón tan frío, que muy bien se podía sembrar frailejón en él, el calabazo, que tantos suspiros y mojas costó a Andrea, tirado en el suelo y sin una gota de agua; un gato ceniciento y tísico, tratando de hallar en el frío rescoldo, el calor de otros días, y en un rincón de aquella tétrica cocina, y sobre tosco banco, la vieja Romana, taciturna, y con los enmarañados mechones de pelo caídos sobre el rostro.

Y ¡qué expresión, Dios mío!: ¿sería que ya había comenzado a labrar el remordimiento en aquella alma ruin?

Por la tarde llegó el viejo Mateo hecho una cuba, y soltando por la sucia boca, ajos y cebollas.

Terrible fué la contienda que se armó en seguida, entre la esposa que reconvenía al esposo por lo que había hecho y éste que apostrofaba a aquélla porque no le daba de comer.

Mateo en balanceo desigual, dio en un rincón de la cocina, y allí acurrucado, permaneció el resto de la tarde, metiendo con frecuencia la mano en su mugriento guarniel, para acariciar con sonrisa diabólica las monedas, fruto de su criminal venta y sacar la botella con aguardiente, a la cual le daba los más deliciosos sorbos.

Por último, al caer al suelo en plena perra, con los pies sobre las piedras del fogón, se quedó dormido, más que dormido, narcotizado, entorpecido por el licor, dando ronquidos de toro, hasta el día siguiente que los rayos del sol de una mañana serena, dieron sobre su grasiento rostro, despertándole de su pesado dormir, durante el cual soñaba con los lugares que Dios tiene preparados para los réprobos, en donde vió a muchos volatineros de rabo y largas uñas, cuernos, espolines, bocas encendidas y alas de murciélago, qué lo cogían, lo estrujaban, lo comprimían, lo amasaban y luego lo hundían en calderas de plomo derretido.

¡Qué sofoco!, ¡qué calor! ¡qué ahogos! ¡qué horrible cosa! Aquel cerebro tan enmarañado, aquel respirar tan impedido, que parecía como que un gigante le hubiera derribado al suelo y le tuviera puesta la rodilla sobre el pecho.

Pero si cruel fué la noche, y crueles los sueños que en ella tuvo, peor fué el despertar a la luz del día, viéndose tendido en el suelo de la cocina, con una conmoción violenta, muerto de sed y de hambre, después de la mala acción de dar la niña a un desconocido; el recuerdo del robo de ésta; con su esposa al lado, mal encarada y silenciosa, como una reconvencción, como un remordimiento...

No hay persona, por ignorante que sea, por desalmada, empedernida y obstinada, que esté en el crimen, a quien no le llegue la hora del remordimiento, que no es otra cosa que la hora de la expiación.

Y para Mateo y Romana había llegado aquélla, pues a partir de la vuelta de india sola a "El Arenal", y de la despertada del indio en la cocina en adelante, todo fue para ellos reniegos, reconvencciones, amenazas, sustos, insomnios y horribles pesadillas, en los pocos momentos de dormir, a tal punto, que se les veía desfallecer hora por hora...

A una de las cosas que más le temían, después del suceso, era al encuentro con Luisa, no solo por el respeto que le tenían, (¡infunde tanto respeto la virtud!) sino también por el interés que ellos sabían tenía por Andrea. Y por esto aguardaban, temblando su visita.

Dicho y hecho.

No se hizo aguardar.

Al pasar dos días sin que Andrea asomara por “Los Alticos”, Luisa entró en cuidados y haciéndose la desentendida y con el aire más natural del mundo, se dirigió a “El Arenal”.

¡Aquí fue Troya!

Todo fué que los indios alcanzaran a verla en el alto que queda al frente de la casa y comenzar para los descastados esposos el martirio más terrible, pues con lo encontrados que se hallaban, ningún plan tenían concertado, a última hora, para disculpar la desaparición de Andrea.

Luisa saludó al llegar al patio de la casa, pero el pérfido matrimonio ni aún contestó.

—Mis compadres, están sordos, o muy encopetados porque traerían mucha plata de Ríonegro el sábado?

Peor que peor, tiro derecho a quienes no las tenían todas consigo.

Al fin, con trabajo le contestaron el saludo, mandándole entrar de muy mala gana.

Luisa comprendió el cambio que se había efectuado en aquellas gentes, pero disimuló y con rodeos y tratando de no dejar trascender el objeto de su visita, después de algunas preguntas capciosas, como por incidencia, preguntó por Andrea.

El indio atragantado no sabía que decir, pero la india (al fin mujer), viendo lo atascado que estaba él, vino en su auxilio, de reticencia en reticencia le forjó un cuento a Luisa, diciéndole: que su hijo Cosme había venido de Remedios ese sábado que condujeron a Andrea a Ríonegro y que allí mismo se empeñó en llevársela y se la llevó sin llegar a la casa porque andaba de prisa. Que les había dejado unos reales para que gastaran mientras venía por ellos, para llevárselos a su lado a que descansaran, pues él ya estaba rico... Que muchas lágrimas les había costado la ida de Andreita, pero que qué iban a hacer con un hijo tan bueno como era Cosmito.

Luisa entre compasiva y desconfiada, los compadeció, despidiéndose en seguida y encargándoles que si sabían de la niña se lo comunicaran y si le escribían, la saludaran en su nombre...

Ahí está!. Este sí que fue un golpe terrible para aquella mujer que tanto cariño había tomado por Andrea y tanto interés por verla en mejor situación.

Pero ¿qué hacer? ¿a quién clamar? ¿cómo saber la verdad? ¿quién le daba razón de la niña?...

Y ella, la solícita madre de familia, con sus niños enfermos: con su madre imposibilitada para trabajar; con sus eternas faenas para conseguir el sustento para aquéllos ¿dejaba sus obligaciones por correr a pesquisar una cosa que, viéndolo bien, no era de su incumbencia?

Porque Andrea no le pertenecía, ella tenía sus deudas de quienes dependían, y allá ellos. Harto trabajo tenía en su casa y larga tarea con su familia, para solicitar otros quehaceres, más aún, sabiendo lo que sabía:

Que Mateo y Romana recogieron una niña, su nieta y la criaron.

Que por lo dicho a ellos les pertenecía y en ella mandaban.

Que los mismos tenían un hijo rico, en Remedios, Cosme, el cual vino por disposición de viejo y vieja, el tal hijo se llevó a Andrea para volver después por sus padres... Y se acabó la presente historia.

Ni cosa más natural...

Estas reflexiones las iba haciendo Luisa interiormente, camino de “El Arenal” para “Los Alticos”, y cada vez se daba mejores razones para desistir de aquello, es decir, de tomar cartas en un asunto, que, además de no ser de su competencia, podía ocasionarle serias molestias; pues bien había notado lo mal que sus compadres la recibieron, y lo peor que la despidieron, todo en vista del interés con que había solicitado por la niña.....

Ello fue qué, volvió a su casa, si nó conforme, al menos disimulado un poco, y un tanto alejada del asunto.

Ña Tomasa estaba como de costumbre en la cocina, y cerca del fogón hilaba que era un gusto aquellos nevados copos de algodón, dándole de vez en cuando un remezón a la olla de mazamorra, porque esta de caliente, echaba sus espu-marajos afuera tratando como de salir huyendo del calor del fogón.

Luisa entró y contó a su madre lo ocurrido en casa de los compadres, diciéndole por último:

—Yo no sé, madre, lo que será de Andrea; pero por esta vez he creído mejor callarme y dejar que ruede la bola.

—Bien hecho, hija mía, cuánto no te lo he dicho que dejés de coger a tu cargo cuanto enguando topás... A vos que te vá ni que te viene, así es que: “Olla que no has de comer, dejála gerver”.

—Pero, es madre, que...

—Y vuelta con la geringa. Si cuando yo digo... Allá verás con tus cosas... Qué dirá la gente, que más se afana el velón que el dueño de lolla.

—Mchi! es cierto exclamó Luisa, dejando escapar un hondo suspiro, y luego, volviéndose a su madre se informó con ella del estado de sus hijos a quienes tenía en cama, tornando de nuevo, y siempre con el mismo brío a sus tareas habituales...

XVIII

No lejos de “Los Alticos” y en un punto cuyo nombre no hemos podido recordar, vivía por aquel tiempo una pobre familia, también de raza de indios, cuyo jefe de apellido Castañeda, emprendió un día viaje a trabajar por los minerales del nordeste y... hasta el sol de hoy, que ni de vivo ni de muerto volvió a oírse hablar de aquel minero.

Así que, Jacinta Severino, su esposa, a quien dejó Castañeda dos hijos, no sabía punto fijo si a tales horas era casada o viuda.

Lo que sí sabía, la Severino, era que no contaba mas que con el pequeño lote de terreno donde la dejó su ido esposo, una miserable casucha y sus brazos para trabajar y ganar el sustento y el vestido de sus hijos y de ella misma.

Qué podría adelantar con tales elementos aquella mujer, un poco cerrada de intelecto, sin las facultades con que Dios ha dotado a otros seres, verbigracia a Luisa?

Pero en fin, era honrada, diligente, queredora de los hijos, recogida y buena cristiana, y con esto y las sanas intenciones, suplía en mucha parte su romo entendimiento.

Jacinta era una mujer servicial, si las hay, capaz de darse una caída por prestar un servicio a cualquiera que de ella necesitara.

Era, en una palabra, el tipo de la mandadera.

Casi nada hacía ella, por su cuenta, sino en comisión, recurso este y grande para los vecinos, quienes le confiaban toda clase de trabajos o encargos, por la honradez y diligencia en cumplirlos.

Resultaba, pues, que si había que llevar a Rionegro, Retiro o La Ceja, de sus vecindades, algún recién nacido a bautizar, Jacinta con el nene; niños a confirmar, Jacinta con ellos; una carta, Jacinta a llevarla; ya pollos, ya huevos, jabón, quesos, bordados, etc., etc., para los mercados, la señora de Castañeda a llevar tales cosas de los vecinos, tornando con un sinnúmero de encargos, entregando éstos y las cuentas de sus ventas con suma puntualidad, derivando de todo aquel trabajo, la pequeña pero bien ganada comisión.

Jacinta, sin ser joven, no representaba mucha edad, alta, fornida y de una salud de arriero.

Así pues, con tales prendas, era una providencia en la comarca, y muy querida y respetada por todos los vecinos; teniendo franca entrada a casa de ricos y pobres.

Luisa le tenía especial estimación.

Una tarde, después de aquel desaliento que le entró a la protectora de Andrea, por distraerse un poco, y a fin de que los niños, convalecientes de su pasada enfermedad, dieran una caminada, se dirigió de paseo a casa de su comadre, “la corredora”.

Cuando Luisa llegó, Jacinta se ocupaba en la cocina, tostando maíz en un tiesto de barro, y no queriendo recibirla allí, le instó a que siguieran al interior de la casucha, pero Luisa, negándose, se sentó en un banco y sacó la costura de una canasta, (trapitos de los hijos para remendar), y así, ésta, cose que cose, y aquélla revuelve que revuelve su maíz, entablaron un comadreo, a velas tendidas, cada cual con un cigarro en la boca, dándole tales chupadas y enviando tales copos de humo, que causaban envidia, hasta hacerle volver la boca agua al mejor fumador si allí se presenta en aquellos momentos.

Basilio, el hijo mayor de Jacinta, se andaba por rastrojo recogiendo leña, y con Trinidad, que le seguía, despacharon a los hijos de Luisa a jugar al llanito frente a la casa. Y aquí que no pecan las comadres, con aquel pico alegre de Luisa cuando entraba en plática y la sencillez y rusticidad de la mandadera, con su hablar atropellado y golpeado.

—Comadre, decía Luisa, usted que es tan andariega, cuénteme que hay de nuevo, pues yo, como vivo tan atareada y casi no salgo, estoy a oscuras de lo que pasa.

—Eh!, tanté comadrita, una burra como yo que va a icile. Puay dentro a tuitas partes, a toítos los oigo sus conversas, pero nian les pongo atención.

—Bien hecho, comadre, una no debe ser pregonera de lo de los demás.

—...e María, comadre! tánto como me topan los bocones... y asina mesmo se lo tengo icho a los muchachos: oyir y oyir y aquella boca que ni con candao.

—Si, es cierto, pero yo no decía que me contara lo que encierre secreto, o deba andar reservado, sino lo que pueda saberse sin perjudicar a nadie, como aquello del casamiento de Lázaro, ¿qué hubo de eso?

—¡Híííí! se llevó el Diablo ese casorio. Tanté que probe no tiene trece pesos ni topa quien se los imprieste.

—Y ño Dimas, el padre de este ¿no es rico?

—¡Púúúú!, él sí... poro... ¿y qué? Ese viejo nu afloja aunque le den en el codo, y diay, que como no es gustoso el taita de la mocita esa.....

—Pero, Lázaro, no es muy juicioso, comadre?

—¡Jum!... él siempre tiene puay su perrerita. Y en cas de ese hombre quesque son tan descrupilosos...

—Y ya se arreglaron ña Chepa y el Manco?

—Aguá si que tan, ¡Viiiirgen!

—...¡Ah!, ¿cómo?, no dizque estaban ya viviendo bien, dijo Luisa, dejando de coser, abriendo los ojos, y dando con la palma de la mano en la rodilla.

—Ese es un enriedo que nadie lo entiende, siguió Jacinta con el cuerpo en balanceo y el índice en la mejilla; la Chepa barajusta y echa del Manco: que maniquebrao pa lo que no te trae cuenta; y que empañetador, y que con aquélla y que con ésta, y que por aquí y que por allí... ¡nó!... ¡que nó!... Y él... poro, comadre, jente modo de icir de esa probe!... cosa que no le deja cuerito sano.

—Ese sí es trabajo, exclamó Luisa, de mal casada una, más vale así como Chinca, sola, sin perrito que le ladre.

—Eso mesmito digo yo comadre, que el guey solo bien se lambe!, ya vé, no les ha valido la justicia.... Aguá quince días los hicieron bajar, esque a arreglalos el Alcalde ¡jum!... pior: mentres mas se les briega es quini echale sebo a perro...

—Cipriano!, gritó Luisa, asomándose a la puerta y mirando al llano, no me dejen llorar el muchachito, jueguen con él...

Y después de sacar un tizón del fuego para encender el cigarro, que dejó apagar por oír a la comadre, volvió a su asiento preguntando a ésta:

—Y, Santos?

—¡Cúche Santos!, se friegó, friegaito, friegaito.... Quesque haciendo tortulias y muy de borceguices, con lo que le cogió a Don Puluceno Merejo, y en la casa esos angelitos en pelotica, en pelotica y con la barriga chillándoles di hambre. Me parece que hasta el terrenito se lo quitan, quesque se lo había apildorado a ese hombre, con la poteca, les oigo yo, hasta lo de la muertoria vuela, dicen.

—¡Pobre Santos!, tan buen marido que había sido!

—El, sí, y quiere mucho a Susa, poro paqué, tuito lo que coje lo espilfarra, y mas luego que ni trabaja ni la deja trabajar.

—Así está la cosa? dijo Luisa con aire de admiración.

—¡Anjá!, pis se ha güelto un cristiano... asina que ni raja ni empriesta la hacha.

Esto lo dijo Jacinta, acercándose al fogón a sacar de ahí la hirviente chocolatera con el cuido para la comadre, vuelta la cara atrás, esquivando el humo.

Y hubo chocolatada.

Y con este puntal, más fuerza cogieron: Luisa para preguntar y Jacinta para contestarle.

—Bueno, comadre, yo estaba por preguntarle una cosa, ¿cómo le fué el ótro día con el niño de Encarnación cuando lo llevó a Rionegro a bautizar?

—María madre de Dios!, comadre, que cuasi se me muere... ¡jecito angelito!, que le dió una abalanzadera que por nainas se me queden los brazos,... y a todas estas que el sacristán no se topaba, y el curita tira que tira de esas campanas, y el muchacho llora que llora, y yo en aquella confundición, se puede icir que engrima, engrima, ño Nicolás, el padrino, ya cuasi borracho, porque sí que le gusta... ¡ah! maldito aguardiente!...

—Cipriano!, volvió a gritar Luisa, no sea cabeciduro, mi hijo, vea el niño, y si no me voy... camine, Rita...

El Juradito, por esta vez hizo caso y alzando a José a la espalda se puso a hacerle caballito.

Luisa, aunque veía que era hora de levantar la sesión, volvió a la comadre, para echarle un último cateíto, viendo que el filón daba buena pinta.

—¡Válgame!, le dijo, perdone comadre que se me olvidaba una cosa, a ver, ¿qué ha sabido últimamente de mi compadre?

—Naíta, naíta, se lo llevaría el Judas.

—Pero, ¿qué habrá sido la cosa?

—¡Unjú! pes tonga... entongao! qué le digo: allá todos los que van toman un amaño... y diay pa venisen, ay tá el toque!... Pes ellos si salen de Remedios pa acá, y cogen el camino y a poco, sin sintilo los degüelven... ¡entes negras!, es que son caratejas tuitas... Y asina toy risuelta a dicile si güelvé; ni yo pa Castañeda, ni Castañeda pa yo, ai voy pasando con la misericordia de Dios, y de los güenos cristianos.

—No le falte a una salud, y la pobreza no es trabajo, comadre. Ya vé: para lástimas aquello de la muchachita de mi compadres, en “El Arenal”.

—Verdá, qué hubo de eso?

—Yo no sé, pero en esto hay algo misterioso.

—Tanté, con esos viejos tan astucieros.

En estas llegó Basilio con la leña, la descargó en un rincón de la cocina, saludó a Luisa y se sentó en el extremo del banco a limpiarse el sudor con un canto de la ruana.

Las comadres siguieron en su palique.

—Yo no sé, comadre, dijo Luisa, la cosa de Andrea me tiene muy ida de sentido: haber salido de ella así, así, sin saberse cómo, porque lo de que se la llevara el hijo que tienen en Remedios, es cuento inventado.

—Poro entonces qué la hicieron... ¡é María!

—Hasta que salieron el sábado con ella a Rionegro, se sabe, y que mi comadre Romana se vino adelante para San Antonio, y al otro día, mi compadre Mateo, solo para “El Arenal”.

—Y peliaos interrumpió Basilio.

—¡Peleados!, ¿cómo? —preguntó Luisa.

—Eh!, volvió Basilio, pes jué chiquita la que se amarraron ese día,... yo no las vide, pues?

—Usted estuvo con ellos, Basilio?

—Hasta indespuesito que se vino mana Romana pa Sanantonio, y se quedaron mano Mateo y Andrea en la plaza.

—Y, por qué fue la pelea?, mi hijo, le preguntó Luisa.

Basilio miró a su madre, como interrogándola, y al ver que con un signo de cabeza le autorizaba, comenzó así:

—Yo taba en la plaza, no, y me arrimé por ai onde venden los palmas, güeno, y me puse a conversar con Andrea, y en eso oyí que ellos alegaban, poro no les puse atención, porque mi madre me ha dicho que no soperee...

—Pero qué decían Basilio o qué les oyó usted?, mi comadre no le dice nada, y es que se necesita saber esto para ver si descubrimos el paradero de Andrea.

—¡Eh!, Andrea ya tá lejos, a sigún yo carculo.

—Pero, qué les oyó, o qué vió, mi hijo?, dijo Luisa con impaciencia.

—A yo no me gusta ser bocón, siguió Basilio, poro sí digo que taban cuasi cayidos, güelerosos a aguardiente y mana Romana le decía a mano Mateo, que tuavía quisque era tiempo, que se devuelvieron atrás y que no le vendieran la muchacha a esos... baroneros gu maromeros... yo que sé qué, unos hombres que bailan pun lazo...

Un rayo que hubiera caído a los pies de Luisa, quizás no la hubiera emocionado tanto, como aquel enredado cuento del bobalicón de Basilio; aquella sencilla relación de un ignorante niño, que iba a ser quizá la llave, para desenredar el paradero de Andrea.

—Y, qué más les oyó?, le dijo Luisa al muchacho, después que ella se repuso un poco, pero todavía pálida y temblorosa del susto y de la indignación al mismo tiempo.

—A yo, como no minteresaba no les puse harto oyido, mas luego si oyí, sin yo querer, que mano Mateo le decía a mana Romana: a vos qué timporta, viejeldiablo, contrismás que yo no pierdo mi viaje y lo que he gastao en la muchacha pa triésela a ese Deleitor... y se la doy, se la doy, puencima de vos y puencima del diablo... Entonces ella se vino hecha una furia pa onde ña Sunción Quinchía, y él se quedó con Andrea en la plaza, en demás de borra-chito... ¡ente perra!

—Y usted no vió los maromeros, Basilio?

—A esos nó, mi purita verdá, que al payaso, sí, más célebre que nó; y nos hacía reyr, que ¡hijue! con sus cuentos, y tan pintao la cara y las manos; y con una chupeta larga tan bonita, con rayas, y con una asina quini gorra muy alta; y hacía tales morisquetas, que pecía mesmamente un mico... ¡hijue lo güeno!

Luisa acababa de inquirir lo que con tanto ahinco solicitaba, o quería saber, y llena de impaciencia y un tanto acongojada, volvió donde la atropellada Jacinta y le dijo:

—Mire comadre, uste es muy buenita. Andrea esta a punto de perderse, ayúdeme a buscarla que Dios le recompensará.

—Demás, comadre, por busté, y por platicar una güena obra, no digo... meto la mano en la candela hasta que no quede sinó el soco.

—La Virgen le pague.

—Eso sí, yo no sé lo que debo hacer, busté me irà.

—Pues, por ahora... (Luisa recapacitando), a ver... hoy es viernes... mañana voy a Rionegro, suceda lo que suceda, y me quejo al Alcalde... Usted me da a Basilio para que me acompañe, y dé la declaración si es necesario...

—¡Eh!, cuche!, con lo alimalejo que es, camina delante porque ve los güeyes...

—Para eso no se necesita saber mucho, sino decir la verdad.

—Peso, cuente. No porque sea mijo, poro a hombría de bien y icir la verdá, naide le pone la pata.

—Bueno pues, me lo manda, pero rompiendo el día... eso si... ya saben... ya sabe Basilio, esto no pasa de los tres, porque si los viejos saben que andamos en estas quién los aguanta...

—Por yó, ya conoce mi comadre, la moda de mis manejos, cuando eso de cuentiar las cosas no es de cristianos y por el muchachito, le digo esto: por él ni se comienza ni se acaba. Ya ve qué tal será cuando esto del Blandón y de la Grisales, aguá vengo a esayunámelo...

—Bien hecho mi hijo, que sea reservado, y parándose del banco y guardando la remendada costura, volvió a Jacinta:

—Ahora, sí, comadrita, adiós!

—¡Eh! por qué se va tan breve mi comadre,... ente visitica!

—Me voy a arreglar todo, para que nos madrugemos.

—¡Cipriano!, ¡Rita!, caminen, gritó Luisa de la puerta de la cocina y volviéndose a Jacinta le dijo:

—Y otra vez, adiosito.

Será adiós, comadre, qué se va hacer con busté tan afanosa, contestó Jacinta venteando un tizón para encender su colilla, la cual puso en la boca con el fuego por dentro, acompañando un trecho a Luisa, llevando las manos cruzadas por delante, sobre su apilonado talle.

—Madruguen mucho, volvió Luisa al entrar al rastrojo, en casa los aguardo, y... otra vez... ¡cuenta!, mucha reserva.

—Como le dije, comadre, puese lao, dispénsese...

Al fin, dejando aquellos tipos, después de tan largo comadrear, Luisa siguió camino de “Los Alticos”, en la más dura alternativa: contenta por estar ya en la pista para seguir en solicitud de Andrea, y desalentada porque habían pasado algunos días, y ¿dónde irían con ella?

—En manos de unos vagamundos, se decía, de gentes perdidas, aquel ángel de inocencia y de bondad... ¡Ah! viejos infames!... Bien claro se veía que *esos*, no eran tales abuelos de la niña...

¡Dizque abuelos! ¡unos miserables indios, de un angelito de mi Dios!... ¡Cuánto habrá sufrido, la niña!... pero, nó, menos, de seguro de lo que al lado de *esos... esos...*, yo, qué sé... ¡ay!, si me da tanta injuria!... y haberles dado mis hijos de ahijados... ¡qué estaría yo viendo!... (esto último lo dijo Luisa apretando los dientes y halando de una trenza), y con el descaró que me aseguraron que a la niña dizque se la había llevado el tal Cosme... ¡Ah! malditos...!

Con tales reflexiones y pensares la viuda llegó a la casa, dió de cenar a su madre e hijos, rezó con ellos, les llevó a la cama, y luégo ella se fué a la suya.

Pero, dormir, ¿quién dijo?, ni por pienso. Aquel si fué un desvelo tenaz, el que la acompañó hasta cerca del amanecer; y si durmió un poco en aquella hora, fué un pesado y molesto sueño, preocupada como estaba, con el asunto de Andrea.

XIX

Al fin amaneció para Luisa aquel día de esperanzas y de dudas. Preparó desayuno para su madre e hijos y para ella; se dió un baño de cara, brazos y pies, se hizo un descuidado, pero elegante peinado; se vistió con el traje de luto que alzó casi a la rodilla para no humedecerlo con el rocío de la mañana, se arrebujo con pañolón negro de merino y ancho fleco de seda, poniendo sobre la erguida cabeza un blanco sombrero jipijapa, con cinta negra, caído de ala por un lado, que le asentaba a maravilla, y toda ella oliendo a esas yerbecitas de la huerta, como quien dice, a mejorana.

¡Qué tipo!

Muy bella a la verdad, estaba Luisa aquella mañana, cuando ataviada así, tomó el camino de Rionegro, dejando atrás el nido que abrigaba sus caros seres, para marchar con frente serena y corazón noble, al bien, a la caridad, a la virtud...

Sí, muy bella y elegante era aquella campesina con esa belleza física que hacía la admiración de quien la miraba, y más, mucho más, con la belleza moral que tanto adorno prestaba a su simpático ser.

Ya en Rionegro, acompañada de Basilio, se dirigió al despacho de la Alcaldía, situado en la parte alta de la Casa Consistorial, no sin emocionarse bastante al trepar la escalera.

Terminada la ascensión, se detuvo en una especie de zaguán frente al despacho, y como el Alcalde reparara en ella le hizo entrar, conociendo que deseaba hablarle.

Al ser interrogada, Luisa le contestó con sumo desparpajo:

—Vengo, señor Alcalde, a tratar con usted un asunto delicado.

—¿Su nombre? preguntó el empleado.

—María Luisa Villada de Jurado, una servidora de usted.

El Alcalde comprendió por el ademán, la cadencia de voz y la respuesta, que no se las hallaba con una mujer de así poco más o menos, por lo cual se paró a oírle, prestándole mejor atención.

—Señora, dijo el Alcalde, estoy a sus órdenes.

Entonces, Luisa, con aquella sencillez del campesino, pero con una facilidad de dicción no aprendida ni estudiada, habló todo lo que ya sabemos respecto a la desaparición de Andrea, y al terminar se expresó de esta manera:

—Señor, yo no tengo más interés en este asunto, que el de hacer el bien por lo que me dice mi conciencia. Ahora, en lo que toca con mis compadres Mateo y Romana, ojalá no les sobrevenga alguna cosa grave, que si han obrado mal, Dios les arreglará la cuenta cuando le llame a su santo Tribunal. Sí le suplico, señor Alcalde, que, si la niña es hallada, me los amoneste bien y si es posible me los amarre de algún modo, para que cese el mal manejo que tienen con ella. También espero de usted, señor, que me guarde la reserva en este asunto, pues no quiero indisponerme con nadie, especialmente con vecinos y relacionados; pero, en último caso, si ello fuere necesario, entraré

de lleno y a cara descubierta en la lucha, pues no le temo a nada ni a nadie, cuando creo ejecutar una buena obra.

—Pierda usted cuidado, dijo el empleado, cada vez más admirado de las prendas de aquella privilegiada hija de los campos, esto lo trataremos reservadamente, procurando que su nombre, que tan simpático me es ya, no figure o figure lo menos posible en el procedimiento que se adopte para la consecución de la niña, y castigo de los culpables...

—¡Perico! llamó el Alcalde, asomándose al balcón.

Pronto se oyeron pasos atropellados en la escalera, entrando luego al despacho un agente de policía.

—Hombre, le dijo el Alcalde, usted sabe de esa Compañía de maromeros que hace pocos días estuvo aquí?

—Sí, señor, que se fueron.

—Bien se comprende, lo que se necesita saber es para donde siguieron y donde pueden hallarse.

—Tomaron la vía del Norte, y hasta que los vieron pasar por Santodomingo, doy razón.

—¿Con esos maromeros no estuvo algún sirviente o peón vecino y conocido?

—Con ellos vivió aquí de cocinera una tal Maria Antonia García, de “Las Cuchillas”.

—Pues volando a traerla.

El comisario salió a cumplir la orden, y el Alcalde volviéndose a Luisa, le dijo:

—Puede retirarse, y estar de vuelta cuando note que haya venido la García.

Luisa se despidió con una ligera inclinación de cabeza.

La vuelta de la García no se hizo esperar, entrando el comisario con ella a poco rato, y luego Luisa, en su seguimiento.

El Alcalde, viendo que el asunto era grave, le dió carácter reservado y volviéndose a la citada, sin más preámbulo, le interrogó:

Su nombre?

—Me llamo María Antonia García.

—Jura usted por Dios nuestro Señor y esta señal de la cruz, decir la verdad en lo que supiere y le fuere preguntado?

—Sí, señor, sí juro.

—¿Conoció aquí la Compañía de maromeros que dirigía un tal Albertini, y que hace poco estuvo en este lugar?

—Sí, Señor, fui cocinera de esa gente.

—¿Sabe Usted, y esto bajo la gravedad del juramento que tiene prestado, si con esa Compañía se fué de aquí alguna niña?

—Pues, señor Alcalde, eso si no lo puedo asegurar, pero que ví con esa gente dos muchachitas cuasi mocitas, sí lo juro.

—A ver, refiera lo que sepa sobre esto.

—Pues, señor Alcalde, a mí me llamaron a cocinarles a esos maromeros y me pagaron mi plata y yo no les vide cosa mala, zafo ser muy descarados en la conversa, único que cuando vinieron trajeron una muchachita que se llamaba Ulivia, (cuando esto declaraba la García, el Alcalde llamó a Luisa para que presenciara la exposición).

En la Compañía no había de mujercita más que ésta, pero valía por cuatro ¡que muchachita tan pizpa!, y de ai la trasantevíspera de irsen, ese sábado por la noche entré a llevarles la merienda, y entonces si vide allá, junto con la niña Ulivia, una campesinita, otra muchachita cuasi dial igual de grande de ella, muy bonita, sí, tal vez más bonita que Ulivia: zarca, monita y coloradita encendida por todo, con una ropita muy fuche, de montañerita. Al otro día cuando volví a dentrar a los aposentos, ya le habían puesto ropa buena. Y la niña Ulivia que no sabía qué hacer con la otra: ella la abrazaba, ella la besaba, ella le hacía un peinado, ella le hacía otro, le ponía una gorra... ¡no!, ¡María Santísima!, que aquello era que no cabía en el pellejo. Ya se vé, ¡pobre niña! cómo no había de estar contenta, viviendo en medio de esos zambos tan malhablaos!

—Y ¿supo el nombre de esa niña?

—Sí Señor, Carolina la nombraban pero ella u era muy desentendida, u no le gustaba...u yo no se qué, pues cuando la llamaban nian voltiaba a ver, que ni sorda.

¡Ah!, como le iba diciendo, continuó la declarante, ese domingo pasaron las niñas hechas unas pascuas, porque la campesinita iba soltando arrugas y ya se reían, ya jugaban, ya se cariciaban.... pero sí noté, y ahora caigo en cuenta, que Don Albertín no las dejaba salir de la alcoba, y allí pasaron cuasi todo el día encerradas, y Don Albertín envolviendo y arreglando todo, y, al martes, escurito, escurito, se fué la Compañía y se llevaron las dos muchachitas, y yo

me quedé arreglando mi cocina y entregando las trastes prestaos y ni más saber de ellos.

Luisa mortificada, interrogaba con los ojos al Alcalde, como solicitando permiso para hablar y él comprendiéndolo, le dijo:

—Señora, si Ud. quiere puede hacerle alguna pregunta a la testigo....

—Poco tendré que hablar, dijo Luisa, sólo sí que, expuso dirigiéndose a la García, quisiera saber si la niña iba muy apesurada.

—Cuál, la campesinita?, ella delante de los maromeros no decía nada, pero una vez que le dejaron sola en la pieza, y dentré por unos trastes, la encontré emperraíta, pero no me quiso decir por qué lloraba.

—¡Michi!, pobre Andrea, exclamó Luisa.

—¡Andrea!, dijo la testigo moviendo la cabeza,... sí... Andrea de seguro que se llamaba la muchachita, porque la Ulivia le decía: ¿te gusta el nombre de Carolina?,... Carolina es bello, ¿no es cierto?... ¡Ay! niña, ese nombre de Andrea es feo...

—Basta, señor, dijo Luisa atragantada y llorosa: no queda duda. Ahora en usted confió, después de Dios, para que vuelva mi pobre ángel... Mío, nó, siguió diciendo la viuda, y, dejando asomar una lágrima, ojalá lo fuera; ojalá Andrea fuera mía o estuviera a mi lado para que no pasara los trabajos que pasa; es tan bella, señor es tan inocente, tan digna de consideraciones... si usted la viera, si usted la conociera...

—Bien, dijo el Alcalde a la García, puede retirarse, encareciéndole, eso sí, guarde la reserva de lo que aquí ha pasado.

—¡Ah!, otra cosa: ¿sabe usted dónde se hallan actualmente los maromeros?

—En Amalfi los dejó un tío mió que viene de “Los Montes”...

—Y Ahora usted, señora, a Luisa, pierda cuidado, que como a la niña no la hayan sacado de Antioquia, la hago venir de donde esté.

—Puedo retirarme, señor?

—Todavía no, es bueno que usted y el joven que la acompaña pasen a la mesa del señor Secretario a rendir la declaración, y a dejar las señales que distinguen a su protegida. Lo demás corre de mi cuenta.

—Y usted, al agente de policía, sin perder minuto, sigue a Amalfi conduciendo un pliego para el Jefe Municipal de allí, al fin de rescatar la niña. Aquí vuele usted con ella, a todo trance. Entre tanto que se escribe la nota, vuele a equiparse para el viaje.

A paso largo salió el comisario, y retomando a poco, recibió el exhorto, siguiendo a desempeñar su encargo.

XX

La Compañía Albertini, cuando dejó a Rionegro, tomó la vía del Norte, viniendo a hacer parada en Amalfi, por dos razones, por enfermedad de uno de los volatineros y por creer que allí podrían trabajar con buen éxito.

El día que salieron de Rionegro, dieron a Andrea un caballejo mataloncito que apenas si se movía, razón por la cual, la mayor parte del camino lo anduvo a pié.

Cuando llegaron a Amalfi, ésta era ya muy otra, es decir que se andaba despejada, contagiada de la mucha viveza y desembarazo de Oliva, adquiridos por ésta en su larga carrera de volatinera; pero sin que aquélla en nada desmintiera su dulce carácter, su sencillo y al mismo tiempo aristocrático modo de ser, con ese no a aprendido ni estudiado aire señorial que le era innato.

La permanencia de la Compañía en Amalfi debía ser de pocos días; pero como el volatinero enfermo era de lo bueno; el maestro Albertini, a su pesar, tuvo que hacer más larga de lo pensado la estación allí.

Al fin, pasados unos días, el Director, con la impaciencia de quien carga con un gran pecado, contrató peones y caballerías para alzar el real de aquel pueblo.

Estaban en víspera de partir, y ya los maromeros se preparaban para tomar camino antes de amanecer del día, cuando un hombre desconocido en el lugar, con facha de peón expreso, llegó a la oración solicitando por el Alcalde, a quien encontró en su casa, y al cual entregó el pliego que en calidad de urgente remitiera el igual de Rionegro.

Grande fué la sorpresa del empleado, pero en el acto puso en su puesto, y sabiendo la marcha de los maromeros al siguiente día, llamó dos agentes de su confianza y en persona se le presentó al volatinero y sin más preámbulos y frío como un código le dijo:

—Vengo, como primera autoridad política del pueblo, a tratar un delicado asunto con usted.

—Estoy... a sus órdenes, contestó Albertini inmutándose, y con temblador acento.

—Sé que hay en su Compañía una niña a quien llaman con el nombre de Carolina...

—Sí, señor, que la hay.

—Sírvese usted presentarla, ahora mismo.

—Señor, contestó Albertini, algo más alarmado, siento no acceder a su exigencia, pero con todo acato digo a usted que no puedo presentarla.

—Y yo, con la misma atención, se la exijo, en nombre de la ley, y de la autoridad que me dá ésta.

—Repito a usted, señor, que no la presentaré, sin que me dé la razón de tal exigencia, dándole a la voz un tono airado y fingiendo aplomo por esta vez.

—La razón puede deducirla de la lectura que le haré a usted de esta nota.

El Alcalde le enseñó en seguida el exhorto, y a medida que le oía leer, cambiaba el volatinero de expresión, dejando el aire vanidoso que quiso darse al principio.

—Ahora, ¿qué dice usted de esto?, le interrogó el empleado.

—Pues yo creo, señor Alcalde, que no siendo esta la hora propicia para tratar el asunto, bien podíamos dejarlo para mañana, y en su despacho a la hora que usted fije, nos entendemos.

El empleado vaciló un poco, pero sabiendo que el viaje de aquellas gentes era el día siguiente, plantó de firme, y de nuevo intimó a Albertini la presentación de la niña.

Esta vez fue el volatinero el de la vacilación, mas, conociendo, como hombre de mundo, el embrollo en que pudiera meterse, por negarse a la exigencia, cambiando de tono y con la galantería del hombre corrido, dijo:

—Veo que el Sr. Alcalde está cumpliendo con su deber y nada más, y que pensando bien el asunto, no es por su gusto como desempeña tan enojosa comisión; que todo viene de intriga o demanda de algún malqueriente de mi acreditada Compañía. Así, pues, creo, que zanjamos esta cuestión, dando a usted la niña por esta noche y mañana a la hora de despacho, estaré en su oficina para hacer valer mis derechos...

—¡Carolina!, gritó Albertini, mirando al interior de la casa, ven hija; pero, que quede allí Olivia.

Carolina, o diremos mejor Andrea, se presentó con alguna elegancia y un poco despejada.

—¿Qué quiere usted, señor?, dijo la niña saliendo.

—Mira, hija, le dijo Albertini, debes seguir con el señor Alcalde a pasar la noche en su casa, ciertos arreglos que así lo exigen dan lugar a esto. Mañana iré por ti para que sigamos nuestra marcha.

—Y Olivia, ¿no viene conmigo?

—Irá, hija, irá dentro de poco, o por la mañana, dijo el volatinero por contestar algo.

Cuánto había congeniado Andrea con la maromerita en aquel su corto viaje, y por eso no quería ya separarse de ella; mas, no hubo remedio, siguió al Alcalde, quien con la acuciosidad del buen empleado, desempeñó bien su encargo, arrebatando por esta vez a la niña, y tan a tiempo, de aquel torbellino que le había envuelto y la llevaba de tumbo en tumbo.... ¿adónde?

Allá:

A donde va toda cosa:
Do van las hojas de rosa
Y las hojas de laurel...

A morir quizás marchita, seca y sin perfume, en suelo extranjero, lejos, si, muy lejos del nido...

El Alcalde de Amalfi, atendía la hora, y por ser la niña de aquella edad y de tan agraciado porte, llevóla a su casa, a que allí pasara el tiempo de la permanencia en esa ciudad, mientras llegaba la ocasión de remitirla a su destino.

¡Ay! pero cuál fue el seño que puso la señora Alcaldesa, al ver en su hogar, a una maromera.

¡Sí, puso los gritos en el cielo!

Mas a poco de tratarla, toda mala impresión se borró de la señora, y al sentimiento de repulsión de la primera vista, siguióse otro enteramente contrario, de simpatía y aún de amor, una vez que fué examinada la inocente criatura y que ella con la candidez del niño, les refirió la manera de hallarse entre aquellas gentes.

Así que, a contar de la hora del interrogatorio en adelante, todo fué obsequios para Andrea, colmándola de atenciones hasta el punto de no permitir el envío de ella para Rionegro, bajo la custodia de un hombre solo, aguardando que una respetable familia, que debía seguir en dirección al Sur, se moviera en viaje, para confiarle la conducción de la milagrosamente rescatada niña...

Y a todas estas, ¿qué fué de la Compañía Albertini?

Que el maestro, como ya vimos, entregó la presa sin resistencia, porque él bien sabía la poca razón que le asistía, para reclamar de la providencia alcaldesca.

Que algo se dijo del sumario que se instruía contra él y los indios, y al trascenderlo, en toda la noche se ocupó de su marcha, y antes de amanecer, ya iba con la Compañía, a pasitrote, camino del Magdalena.

Que la simpática maromerita, Olivia, comprendió lo sucedido y lloró mucho por su amiga Carolina: le recogió, a hurtadillas, algunas prendas de vestido y otros dijes, y con la sirvienta que le acompañaba, en tan horrible noche, envió a Andrea un lío de todo aquello y na a manera de carta, que a escondidas también, escribió, lío y carta que, que al día siguiente, entregó religiosamente la criada.

Damos en seguida a conocer este billete, para que se vea que no siempre debemos juzgar de frívolas a algunas personas, por el bajo puesto que ocupan, y el modo, al parecer, casquivano como se presentan a los hallamos en la sociedad.

Decía así la carta:

Carolina:

no e podido dormir i ya es muí tarde i esta noche supe que se la llevan otra ves a su tierra i papá está callado y triste yo e llorado mucho solita en este cuarto donde dormiamos junticas i eso se acabó i con la sirvienta que nos acompañaba nada más i que ella te entrega este papelito i tu ropita i tus cositas i el pañuelo que Ud. le gustaba tanto que me regaló la Señora allá donde estube enferma i este pañuelo cuando lo recibas todavía estará mojado con todo lo que e llorado por Ud. guárdalo para toda tu vida como un recuerdo de la que te quiso tanto nos bamos antes de amanecer i ya no nos volveremos a ver nunca, jamás! i yo sola solita me pongo a pensar a donde iré a acabar mi vida... i mirá niña cuando te encuentres una amiga que la quiera como yo cuéntale muchas cosas de mi y aunque sea pensando mándame un abraso todos los días yo te mando un abraso todos los días en este papel toda la tristesa que tengo en el corasón adiós Carolina no olvides a tu amiga y ermana.

Olivia.

¡Pobre la maromerita!, ¡pobre Olivia!

Flor cogida en lejano huerto, que el viento del destino iba llevando de vuelco en vuelco... ¿adónde?

XXI

No se anduvo con chiquitas el Alcalde de Rionegro, después de la conferencia con Luisa, porque en seguida de esto hizo capturar a Mateo y Romana, iniciando el sumario del caso, tomando por base el denuncia incógnito de Luisa y la declaración del zampatortas de Basilio.

Los indios comparecieron en la Alcaldía con el aire socarrón que siempre mostraron, aunque un tanto desconcertados y flojos de ánimo, como todo el que lleva cargada de lodo la conciencia y aguarda a cada paso que le tornen cuenta de sus acciones.

De buena fé se creían descubiertos en el asunto del robo de “San Pablo”, habiéndoles vuelto el alma cuerpo, al ver que de esto no se trataba, en el interrogatorio que se les hacía y sólo se hablaba en él de la ida de Andrea con los maromeros, cosa que para ellos era muy natural, (y así lo declararon), el dar a una persona de respeto un niño como sirviente, y a cuenta del salario recibir algún dinero adelantado, como no habían hecho con Andrea, admirados o haciéndose los tales, al ver que por tan poca cosa se les sumariara.

Mateo y Romana fueron puestos a disposición del Alcaide de la cárcel, y encerrados en ella en seguida, comenzando desde aquella hora a purgar en algo sus maldades. Y en estas y las otras, los cincuenta pesos que Albertini diera al viejo se iban como humo, en papel sellado, solicitudes, memoriales... y un tintorrillo por este lado sangrándole el mugriento guarniel al “hombre” y otro por el opuesto, gastos en la cárcel, y escamoteo de reales por los pillos compañeros de prisión, y... hasta que “los salarios adelantados de la niña”, volaverunt, viniendo a quedar aquellos bribones con el pecado y sin el género...

A estas, Andrea, de vuelta en Rionegro, fué llevada a la Alcaldía para oírle la relación de lo ocurrido, resultando por la cuenta y razón que ella daba, que poco más se adelantó, declarando lo mismo que dijeron los indios.

¡Oh inocencia!, cuántas desgracias tienes a tu cargo!

Es decir que, corroborando el dicho de Mateo y Romana, con lo expuesto por Andrea, si no quedaban del todo disculpados, por lo menos, se atenuaba en mucha parte la culpabilidad de aquellos miserables, máxime cuando Basilio, único conocedor de la trama, por lo tímido y cerrado de intelecto, hizo de la declaración tál embrollo, que al fin por esta parte nada en limpio se sacó.

Sin embargo, el Alcalde no quiso que por lo pronto volviera Andrea a “El Arenal”, y mucho menos poner en libertad a los indios sin una fianza que les sirviera de freno; conviniendo, de acuerdo con éstos, en que Luisa, como más vecina, mujer honrada y muy de la casa de sus compadres, se hiciera cargo de Andrea, en depósito, mientras se despejaba la incógnita en aquel intrincado asunto.

Así, que, cuál fue el susto y el gusto a la vez, de Luisa, cuando vió llegar a “Los Alticos”, al comisario Perico, con un lío de ropa al hombro y en su seguimiento a la redimida niña.

Y no menos el placer de ésta al tornar a la casa de su ángel custodio, de su bienhechora y desinteresada amiga.

—Buenas tardes, mamá Luisa, gritó desde lejos Andrea, y corriendo llegó donde ella, echándose en sus brazos como lo hiciera con su propia madre.

—Buenas tardes, mi vida, contestóle Luisa, abrazándola y con los ojos aguados por el llanto, ya creía no verla más.

—Por qué, mamá Luisa, ahí no está la Virgen que vé por nosotras.

Y dejando los brazos de su amiga, corrió a la sala de la casa, donde cayendo de rodillas al pié de aquel pequeño oratorio que ya conocemos, trataba de asirse al cuadrito, o de abrazar la pequeña imagen de la Inmaculada Concepción que tanto veneraba y quería.

—¡Por qué no te llevé yo, mi Virgencita!, qué falta tan grande me has hecho!...Ahora sí, Madre mía, ya no volveré a dejarte...

—No es cierto, mamá Luisa? dijo, dirigiéndose a ésta, que desde el umbral de la puerta presenciaba, sollozando, aquella tierna salutación.

—Sí, mi hija, contestóle, y en prueba de ello, desde hoy será suya la santica.

Esto diciendo, tomó Luisa del altar el cuadrito dándoselo, con esta relación:

—La virgencita es suya, la llevará a su lado para que la libre de todo mal y peligro.

Andrea, emocionada, ni dar las gracias pudo, y temblorosa, y pálida tomó el regalo en sus manos y le besó con el inocente júbilo de un ángel.

A esto llegaron los hijos de Luisa a saludar a la recién venida, y aquello fue una sola fiesta ese día en “Los Alticos”...

En fin, después de los naturales desahogos, Andrea contó a Luisa todo lo que le había acontecido en el viaje, hablándole con tanto entusiasmo de Olivia, que lloraba al nombrarla mostrándole, además, los dijes y barajitas traídos de la correría, con la pueril satisfacción de un niño sin mácula de pecado.

Luisa, a su vez, le refirió lo que había pasado por aquellos mundos durante su ausencia, haciéndole saber, que por su causa le había sido arrebatada a los maromeros, y los peligros que corría con aquellas gentes, en el oficio de volatinera, cosa en que Andrea, poco o quizás nada había pensado...

Está, pues, de vuelta la perla de “San Pablo”, y la tenemos asegurada por ahora, en la casa de la persona a quien ella más quiere y que por ella más se interesa; mejorada así un poco su miserable condición, sintiendo sí, aquel terrible malestar de quien sabe que tarde o temprano ha de volver al potro de martirio, a la casa de sus despiadados verdugos.

Bien felices pasaron para ella aquellos días: mimada por Luisa, bien querida de los niños de ésta, descansando de su largo viaje, y recibiendo de nuevo las lecciones que tanto aprovechaba, por su empeño en estudiar y el afán de la maestra en enseñarle.

Pero llegó el día temido, y como el compadre y alférez de marras cacique de “El Chuscal”, Don Miguel de Arenas, asistiera al mercado de Rionegro, fué llamado por los indios para el objeto de la fianza.

Arenas entró al despacho de la Alcaldía, con su porte repolludo, sombrero en mano y calva al aire, larga ruana pastusa a listas azules, zurriago en mano, y muchos tragos en la cabeza... item más, cierta gravedad cómica y actitud de superior, como señor de vasallos, y con voz un tanto arrogante, dijo:

—A su llamado mi Alcalde; ¿a yo para qué se me necesita?

—Hay detenidas en la cárcel dos personas, Mateo Blandón y Romana Grisales, y de parte de ellos ha sido llamado.

—¡Ah!, y para qué? mi Alcalde.

—A ver si usted los fía para ser excarcelados.

—Y qué se les aquimula?

—Esto gira sobre el asunto de haber vendido o dado una niña, que pasa por nieta de ellos, a un maromero, motivo por el cual se les ha sumariado.

—Pues que vengan y lo veremos.

Los indios comparecieron en el despacho cabizbajos, y con respeto saludaron a Arenas.

—A ver qué es la bulla, les dijo éste, es buen primor quizque unos viejos en estas, dando que hacer a las justicias.

—Calumias, compadrito, calumias, dijo el viejo Mateo, tanté quizque fuéramos quizque a vender gu qué sé yo qué a Andreita, a la muchachita...

—¡El Señor nos valga!...

—¡... ría Santísima, mi madre, con la gente tan alevanta falsos!, exclamó Romana, llevándose las manos a la cabeza.

—Y, a yo, por qué se me llama? preguntó Arenas.

—Pues, compadre, busté ispensa la imprudencia, contestó Mateo, y diay que como sumercé nos conoce que somos de manejo pa cumplir la palabra y se nos desije un fiador pa salir de la cárcel, a ver si busté se digna...

—Y a qué moda es la fianza?, dijo el cacique, interrumpiendo al indio y dirigiéndose al Alcalde.

—Son dos, dijo el empleado, una carcelera para quedar en libertad, y otra de policía, para que en lo que sucesivo dén buen trato a la niña, y no vuelvan siquiera a intentar el dársela al primer vagamundo que se presenta.

—Y con qué me galantizan?, dijo Don Miguel volviéndose a los indios.

—Compadre, no tenemos más amparo de alhajita que el ranchito, y en él, si sumercé es gustoso, le hacemos la seguridá apildorándoselo...

Es lo cierto, que después de pujas y repujas de aquellos compadres: encargos del uno para que cumplieran lo prometido, y promesas de los otros de que no comprometerían al fiador, se asentaron las dos diligencias de fianza, quedando los indios en libertad.

Al despedirse, el Alcalde los amonestó en estos términos:

—Ya saben, voy a dar orden para que la niña vuelva a la casa de ustedes, pero si sé que le dan algún mal trato, hago efectiva la fianza y la separo de ustedes, para entregarla a una buena persona.

Además que aquí les queda abierto este sumario y de seguro que no se me escapan, lo oyen?, pagándolas todas, juntas, pues quién sabe si se les descubre alguna otra pillería y entonces...

Los indios lloraron por su “muchachita”, haciéndole mil promesas al Alcalde de buen manejo en lo sucesivo, saliéndose del despacho alicaídos y muy preocupados, porque las últimas palabras del empleado les sonaban en los oídos como un grito de alerta, cuyo eco repercutía en lo más hondo de aquellas enmarañadas conciencias.

Y sucedió que a partir de aquella fecha en adelante, Mateo y Romana no volvieron a alzas el ánimo y se les vió desfallecer día a día, silenciosos, malencarados y asustadizos por todo. Y sea porque en el grasiento guarniel de “el hombre”, no hubieran dejado medio real los enredadores rábulas de aquel tiempo, o por el mal estado de conciencia y flojedad de espíritu que sacaron de la cárcel, es lo cierto que, la tarde de aquel sábado, fué la primera en que se vió aquel indiano matrimonio seguir de Rionegro, camino de “El Arenal, sin tomar su habitual mona.

XXII

Después de los sucesos que dejamos narrados, algunos cambios se vieron en lo relativo a la vida de los personajes que figuran en esta historia.

Respecto a Mateo y Romana, por el abatimiento que les entró con la prisión, el rescate de Andrea, fianzas y amenazas del Alcalde.

Relativo a Andrea, por el cambio efectuado en sus padrinos, que ya parecía que la consideraban un algo, dejándole cierta libertad que ella aprovechaba para estar con Luisa, recibiendo sus caricias y sus lecciones.

En lo que toca a Luisa, por ver a “la niña” a salvo de los malos tratamientos de que antes era víctima y con toda licencia para visitarla.

Así, pues, con este respiro vamos a olfatear la familia de José Antonio, en su vida bogotana, como quien dice, un vistazo en dos plumadas y a tornar pronto a nuestra historia.

Comenzando por él, diremos, que en los negocios comerciales prosperaba cada día más y más, ensanchando el radio de las operaciones mercantiles con sumo acierto, y cuando no, viajando a Antioquia, a dar un saludo a sus ancianos padres y a inspeccionar sus propiedades que bien valiosas eran.

Rosa y Jaime, levantando en el centro de una culta sociedad, entregados por entero al estudio y a la contemplación y mimos de sus bondadosos padres.

Y Matilde?

Con el recuerdo cada vez más vivo de su hija perdida; más atormentada el alma, día por día, y con el pensamiento, siempre fijo, en aquella lejana y horrible tarde de “San Pablo”; con aquel profundo vacío que no había sido a llenarlo, ni el amor de su esposo, ni las caricias de Rosa y Jaime, ni mucho menos las comodidades que da la riqueza, y el ruido ostentoso de una sociedad tan halagadora como la bogotana, para gentes de la posición y ventajosa fortuna de ellos.

Lo único que en Matilde mitigaba un poco aquel su eterno dolor, era lo de siempre: el ejercicio de la santa caridad y las fervorosas plegarias, por la perdida hija...

Los indios, Mateo y Romana, si bien es cierto que pocas o ningunas caricias tenían para Andrea, con la fianza, que tanto respetaban, no volvieron a intentar siquiera en darle aquel malo y grosero trato de otros días; pero sucedía, eso sí, que en lugar de atraerla y tenerla a su lado, como que trataban de apartarla, de desprenderse de ella, como de una incómoda pesadilla, de tal suerte que la niña casi vivía de continuo en “Los Alticos” y al lado de Luisa, a quien consideraba como madre; aprovechándose de esto para recibir las lecciones de ella, es decir, lo que en lectura, escritura, costura y religión había aprendido la viuda, al lado de la noble familia donde sirvió ña Tomasa en sus mocedades y donde levantó y se formó la oficiosa maestra...

El tiempo así corría.

Y para Andrea apuntaban ya las primeras claridades de una castísima adolescencia.

Y con su instinto de mujer de tan fina calidad, de tan limpio linaje, columbraba su valer, conjeturaba su situación con rara facultad intelectual, con maravilloso instinto, y hacía esfuerzos por educarse, adivinando la mayor parte de los toques sociales, que sólo consiguen otras personas a fuerza de codearse mucho, con lo que se llama el gran mundo.

Pero siempre, la niña humilde, resignada: la modesta criatura que miraba correr los días, sin el petulante orgullo de quien se oye a todas horas ensalzar por su hermosura; pero también, sin degradar o rebajar su persona, por muy en inferior escala que se mirase.

Así que, aquellas preferencias por parte del indio Isidoro, el hijo de Celedonio Quirama, obsequios que de día en día aumentaba como las visitas a “El

Arenal”, en persecución del amor de Andrea, los recibía ésta sin desagrado y más bien con algún reconocimiento, por haber vivido tanto tiempo privada de atenciones; pero de ahí no pasaba aquello, porque en el interior, en la conciencia de la niña, había una superioridad, que instintivamente rechazaba la solicitud de tan ruin galanteador, por el delicado asunto del amor.

Para Luisa, era un goce, una satisfacción tener en su casa a Andrea, casi continuamente, enseñarle lo poco que sabía, y darle un puesto en aquel bendito hogar, a tiempo de repartir a su madre e hijos el pan que tan honradamente ganaba; pero, ¡era tan sola! y... tál se veía algunas veces para hacer el milagro de San Antonio, duplicando, decuplicando... su escasa ración, para dar de comer a muchos necesitados...

Entre tanto, las relaciones de Celedonio Quirama y su familia iban siendo más estrechas con los moradores de “El Arenal”, a medida que conocían la afición del indio Isidoro por Andrea.

Y el interés nacía, por parte de Mateo y Romana, para ver si salían pronto de su titulada nieta, a quien, ya no tenían con qué alimentar ni vestir, pesándoles como un continuo remordimiento, como la imagen de su crimen presente a toda hora; y por parte de los Quiramas, por ver casado un miembro de aquella indiana familia, con tan hermosa niña, como a voz en cuello lo pregonaban todos en la casa de Celedonio.

Y Andrea crecía, y cada día más bella, llenando con su perfume de inocencia, todos aquellos contornos de mundo donde se agitaba.

Y el indio Isidoro más decidido por aquella hermosura; por aquel “Ángel de castos embelesos”, como dijera algún poeta.

Quién era Isidoro Quirama, aquel que así, poco más o menos, ponía los ojos en tan valiosa joya?

Quién era el arrastrado lagarto que quería chapotear y enturbiar el agua de aquella quebradita, desprendida de tan clara y limpia fuente?

Veámoslo:

Isidoro Quirama era el primogénito de Celedonio, indio *pur sang*, como su padre y como todos sus ascendientes.

Isidoro Quirama era ahijado de Mateo y Romana, y de ahí el compadrazgo de éstos con Celedonio.

Isidoro contaba a la sazón unos veintidós años; bajo de cuerpo, rollizo, mal encarado, sin pelo de barba, ojos rasgados de mirada artera, color cobrizo

oscuro; el andar muy echado hacia adelante y como devanando con los pies; tenía una enorme cicatriz en la cara que le daba aspecto feroz, de matón, como en realidad lo era...

Era haragán para el trabajo, pendenciero, trampista y tan viciado al licor por lo que, sábado por sábado lo dejaban en Rionegro a todo cepo por embriaguez.

Servíale de complemento un naípe, grasoso y recortado, con el cual, a cada paso, desafiaba a jugar a quien encontraba, poniendo el monte a ruana tendida, hasta en medio de los caminos públicos: el cachi-blanco (cuchillo pequeño de bolsillo); un laboreado yesquero, espejo, una boquilla de cuerno para acomodar el cigarro... guardado todo esto en un gran guarniel de piel de nutria, con más fuelles que un acordeón... y en fin, para colmo de lo característico, un tiple en la mano, instrumento que era su inseparable y que no dejaba de rasguear a ninguna hora.

Y este perdonavidas, así como se nos ha entrado al escenario; este *tal*, era el pretendiente, y no sólo el pretendiente, sino el pretendido de Andrea, una vez que entre los Quiramas y Blandones, quedó convenido, haciendo el viejo Mateo solemne promesa a su compadre Celedonio, de que por sobre todos los imposibles, le daría a Andreita, su muchachita, para Sidorito, su ahijado.

!Ah!, viejo bribón!

Pero ya poco le había de durar el gusto, porque, después del suceso de la Alcaldía; aquello de los cincuenta pesos idos en abogados; lo alarmante que iba siendo la belleza de Andrea, que tanto llamaba la atención; el recuerdo de las últimas palabras del Alcalde, al despedirlo del despacho... y sobre todo, el estado de tan depravada conciencia, Mateo fué enfermado a paso ligero, hasta que ya, de gravedad, vió llegar la muerte a las zancadas.

Y, como andando el viejo en los últimos trotes, la familia de Quirama lo acompañara, estando de presente Andrea e Isidoro, hizo una nueva promesa, ante todos, de que Andrea sería la esposa de Isidoro, que esta era su última voluntad y que así tenía que cumplirse...

Y Mateo Blandón, entre revuelcos y gruñidos, sofocos, miradas feroces, reconvenciones y lucha con algo horroroso, invisible para los acompañantes y visibles para él; entre los desmuelados lloriqueos de ña Romana; los gritos de ¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡Jesús! de Celedonio y dos viejas, y la santa oración de Andrea, entregó el alma...!

*

Juan José Botero

Ya no debemos decir nada del difunto Mateo ni entrar a calificar sus actos, que nunca desmintieron su modo de ser, porque acabando de morir no le pertenece a los hombres: la Justicia divina lo ha recibido en su seno y allá, en ese Santo Tribunal, le ajustarán la cuenta...

SIT, TIBI TERRA LEVIS.

XXIII

En algunos puntos de Antioquia se conservaban, en el tiempo a que se refiere esta historia, aquellas sencillas y patriarcales costumbres de nuestros lejanos antepasados.

Es este, de Colombia, quizás el pueblo donde se han visto tipos más coloniales; solariegos de sanas habitudes, (*Anticuus, nobilis*); hacendados, del pié al aire libre; pantalón de burda manta; camisa de crudo lienzo con botonadura de oro y de oro el mondadientes, atado al rosario, que, en buena compañía de limpios escapularios, a toda vista, y golpeando pecho y espalda, circunda el toruno cuello de nuestro tipo; capizallo o ruana pastusa; jipijapa de anchas alas; grandes patillas; secos, mal encarados y rígidos en la casa con hijos y sirvientes; sentenciosos y engreídos, con los de fuera, debido a la rusticidad y fanfarronería de tan linajudos caballeros, que creen que todo se les debe de justicia, por ser descendientes de algún extraviado español de la Conquista, de aquellos que en calidad de bienes mostrencos aparecieron por estos andurriales.

Tal así era nuestro hombre, el personaje que vamos a presentar en este párrafo llamado don Nicolás Ruiz de Restrepo; hacendado, dueño de varias y valiosas fincas, pero que habitaba con su familia en la que con el nombre de “Guacimal” se conocía a inmediaciones de “El Arenal”.

“Guacimal” era una gran heredad, situada en tierra fría, de clima agradable y sano, cruzada por cristalinas y pedregosas quebradas, con pocos bosques vírgenes, pero en cambio, extensos rastrojos para cosechar maíz, frísol y papa, artículos con los cuales lucían llenas las trojes de la mencionado finca.

Tenía, además, “Guacimal”, mucha parte en sabanas de pasto natural, con grandes boyadas que don Nicolás en persona arreaba para “Islitas”, a “sacar

*

comercio”, como él decía, o para Manizales a traer cacao, amén de la yeguada, vacada y ovejería que daban a su dueño muy buenos rendimientos en dinero, y tal abastecimiento en la casa, que allí no se tenía ni siquiera noticias de aquel traicionero y cobarde enemigo del pobre que se llamaba el hambre.

Debiendo advertir, eso sí, que la despensa de don Nicolás, siempre estaba a disposición del necesitado, pues todo el que, venciendo el miedo a dos grandes mastines que cuidaban la casa de “Guacimal”, se acercaba a ella en busca de una limosna, podía contar con que volvía a su hogar bien alimentado y cargado de granos...

La casa de la hacienda era de tapias y tejas, de piezas espaciosas; los muebles en parte, se reducían a sillas de brazos forrados en vaqueta, con bajos relieves en el respaldo y asiento representando grotescamente: una corrida de toros; el desembarco de Colón en Guanahaní; algún desafío a espada entre dos fidalgos, y algo más por ese estilo, alusivo a la vieja España; grandes y pesados escaños, a la rústica, con el barniz del uso en largos tiempos; mesas, camas, canceles y escaparates de la misma fábrica de los escaños, muchos cuadros místicos al óleo, ya de un color achocolatado, prendidos a la pared, lo más antiartísticamente posible, notándose, en medio de ellos, el retrato de un sacerdote, hermano del abuelo de don Nicolás, que fué algo así como obispo de Santafé de Bogotá, o de Quito, y que murió, dizque en olor de santidad o “güeliendo a santo” como decía su sobrino, enseñando el cuadro con suma satisfacción.

Se advierte que si algunas habitaciones se conservaban así, por capricho, tradición o veneración al pasado, en la casa había departamentos reformados y al orden del día, arreglados por los hijos de don Nicolás, que iban levantando en usos modernos.

Además tenía la casa en sus inmediaciones corrales atestados de aves domésticas, y otros para el encierro de terneros y para ordeñar las más hermosas y lecheras vacas conocidas a muchas leguas a la redonda, como las mejores.

La familia de don Nicolás se componía de esposa, doña María Ignacia Echeverri y Marulanda, y varios hijos, entre ellos Camila, la mayor, hermosa y gallarda campesina; alta de cuerpo; ondeado y azabachado el cabello; color moreno pálido; ojos negros, con relampagueos y tempestades, aun en pleno verano, y unos labios... de besar a toda hora, y luégo, Señor tal cuerpo, con tan suave cimbreo que a su lado se verían rígidas una culebra en sus andares y una bandera desplegada al viento... en fin, era Camila un conjunto enloquecedor.

Esta niña, después de estudiar con aplicación en Rionegro, al cuidado de la virtuosa señora, de quien fueron discípulas por mucho tiempo las más encantadoras niñas, lo más granado de la sociedad rionegrera, tornó al lado de sus padres, con una buena instrucción para todo lo que es necesario a nuestras matronas antioqueñas.

Seguía a Camila, Luciano; joven bien musculado, buen mozo, simpático, corredor a caballo y picador de buenas bestias; generoso con toda la extensión de la palabra. Tan para todo era Luciano, que tan pronto lo veía uno en oficios de labranza, a pie descalzo, dirigiendo trabajos y peones, como adiestrando un buen potro, con los atavíos de montar de un *sabanero*, o bien, con fino vestido de paño, hecho un delicado y cortés cachaco.

Cuando iban desarrollándose los sucesos que venimos narrando, hacía algún tiempo que Luciano se encontraba en Medellín, interno en un colegio, consagrado de tal suerte al estudio, que sus compañeros se hacían leguas, hablando de él, por su aplicación y adelantos.

Seguían a Luciano dos niñas, Carmen y Rosario, que aunque pequeñas, dejaban adivinar una hermosura como la de Camila.

Si había otros pequeños, no hay necesidad de tocar con ellos, por ahora, como la hay de presentar, siquiera sea a grandes brochazos, la matrona de la casa, doña María Ignacia Echeverri y Marulanda de Ruiz:

...“Sobra nombre, o falta lápida”

Era esta señora, entrada en años, pero todavía hermosa; blanca; llena de carnes; facciones aristocráticas; cuerpo alto; mirar despreciativo y lenguaje idem; todos para ella, “unos zambos”; amiga de hacer su voluntad; más sentenciosa que la Corte Suprema; entremetida y averiguadora de vidas ajenas, más por hábito y como pasatiempo, que con dañadas intenciones, pues el fondo de misiá María Ignacia era de orito puro. Tan fanfarrona señora se hacía obedecer en la casa con la mirada, y como a ella nadie le chistaba o contradecía, pocas veces tenía que hacer uso de un ramal de rejo, que enlazaba al chumbe, y que a la verdad no lo cargaba por lujo; caritativa y servicial, como ninguna...

Por lo demás, la casa de “Guacimal”, era “de cadena”, como se decía en los pasados tiempos: en ella se madrugaba mucho, de tal manera, que ninguno de sus moradores, en vida de don Nicolás, llegó a oír, por la mañana desde la cama, el canto de la mirla, y mucho menos el del cucarachero. Donde al romper el día

ya se había rezado el rosario, hecho las camas, barrido piezas, lavado y peinado niños, y donde a todo miembro de tan patriarcal familia, se le veía ocupado en los cotidianos oficios que a cada cual correspondía.

¡Qué regularidad aquella vida!

¡Qué familia tan respetable!...

Y Camila?

Volvamos a ella.

Vamos a ver a esta gentil granadera, de caballería, como quien dice, en su elemento.

¡Qué mujer!

Daba gusto verla llegar, acompañada de Luciano, por las calles de Rionegro y en aquellos hermosos y podencos jaguos de don Nicolás, desemperando cañerías, con las herraduras. Ella por su porte de amazona, derramando por ojos y boca simpatía, y de todo su ser la hermosura.

—¡Hijue pucha!, ¡qué loncho!, exclamaba algún sastre, asomándose a la puerta del taller, para verla pasar.

— Hasta ahí cutusas!, gritaba un callejero.

— Barajo la parada!, decía algún trasnochado tahir, que cabeceando de sueño, servía de guardacantón en una esquina.

— Si no es la más bonita, le pasó raspando, expresaba un escolar, desarrapado, tirando en media calle el trompo al aire por debajo del pié.

— ¡Aaaaaaayy!, suspiraba más adelante un muy arrancado cachaco, ¡Mchi!... con cascarita y todo... pero... no hay lance, ¿quién se le arrima al viejo con lo vinagre y seco que es?...

Y Camila seguía enviando a todos lados, con sus negros y lindos ojos, chispas de fuego, como rodachina de pólvora, prendida en noche oscura...

Para hacer conocer algo del modo de ser de los moradores de "Guacimal", o sea, siquiera, el de conducirse en su cacicazgo y con los vasallos el señor Ruiz Restrepo, vamos a amanecer allá un día en el cual se anda en los preparativos de viaje con los bueyes, para "El Puerto"; y por este rasgo o especie que describirémos, pueden, quizás formarse alguna idea más clara de lo que venimos mostrando. Manifestando, eso sí, para mejor inteligencia del cuento, que como "Guacimal" fué propiedad del padre de don Nicolás, de mucho tiempo atrás, allí se alcanzó el de los esclavos, y hubo en la casa de aquéllos, muchos negros,

hasta bozales, y de éstos descendían, los que, ya libertos, seguían viviendo como sirvientes en ella...

Han cantado los gallos por dos veces; la mañana va llegando brumosa, toldada con esa pesada niebla de la tierra fría, al través de la cual véense las personas, los ganados y aun los árboles, en figura de fantasmas o quiméricas visiones, y oímos el seguido canto del cirirí que saluda, todavía sin llegar el nuevo día.

Los mulatos, Simón y Salvador, entran sombrero en mano, a la pieza contigua al dormitorio de Don Nicolás.

—Sacramento del altar, mi amo, dicen los negros.

—Dios los haga buenos, contesta desde la cama el campanilludo señor.

—¿Qué bueyes tremos, ¿sumercé?

—Los más que topen que aquí descogeremos.

Los negros van a recoger las boyada, mientras Don Nicolás y familia entonan el Rosario; él y Doña Ignacia desde el lecho, y los demás en pie, acomodándose luégo el viejo, entre pecho y espalda, a recios sorbetones, una taza de chocolate con arepa caliente y tajada de queso, operación que remata esta clase de gente, como toda comida, con el ruido desapasible de un gran aire, lanzado por la boca con la mayor prosopopeya, afectando así más gravedad en su modo de ser...

Ya en pie, toda la familia, terminado el rezo, cada cual a sus quehaceres; y en aquella hora, mientras llegan los bueyes, Don Nicolás se da a la tarea de arreglar aparejos de carga, con algunos *zungos* pequeños, hijos de Salvador y Simón, que harán parte de la arriería, como *sangreros*.

Está aclarando a todo andar y vemos entrar al corral aquellos enormes y esforzados bueyes, con su tardío paso, rumiando y arrojando por su ancha nariz, dos chorros de vapor tibio y de un olor especial, avivador de recuerdos campesinos, para los que vivimos y crecimos en la montaña; los cuales bueyes van siendo cogidos uno a uno, amarrados a las estacas de la talanquera que rodea el corral, y enjalmados.

Don Nicolás, desde el corredor de la casa, va determinando por sus nombres cuales bueyes serán los del viaje, así:

—Cogéte Salvador “el Palomo”, y vos Simón el “Pando”, y los muchachos arréñse pacá el “Frisolo”, el “Golondrino”, el “Galán”, el “Chancletas”, el “Clavel”, el “Mocho”, el... y sigue la nomenclatura de aquellos mansos cuadrúpedos,

hasta completar el número que se necesita, abriendo la puerta del corral a los restantes para que vuelvan a los potreros.

El macho manzanillo está ensillado para el Patrón o autocrático caporal de aquella arriería, y ya sobre él, y cuando ha desfilado el último buey, el señor Ruiz se vuelve a su esposa, que está de pie, recostada a la baranda del corredor, y sin más cumplimientos ni ceremonias, se despide de ella, así:

—Adiós, Doña María Ignacia. No se olvide de bajar el sábado a Rionegro con las muchachas y de ir al almacén de Don Rubisindo de Lincer, para que saquen la ropa que necesitan, entendiendo que ha de ser cosa fina. Conque mi doña...

Se vé pues que aquel fidalgo montañés tan seco, y sobrio, que trabajaba materialmente, al igual de los peones, era en la casa y con la familia generoso y de rumbo, hasta el punto de no permitir que sus hijos estuvieran menos en todo, que los lugareños, como él decía.

XXIV

Muerto Mateo Blandón, en “El Arenal”, acabó de asentar sus reales, por completo, la miseria.

La vieja Romana hambreada y macilenta, amenazada por el techo de una desvencijada casa, pasaba las horas sentada a la orilla de un fogón frío, casi apagado, donde hervían, a fuego lento, y en una olla desportillada, unos pocos granos de maíz en agua, como único alimento.

Desde la muerte de “el hombre”, se había tornado aquella mujer huraña, viéndosele la repugnancia, para contestar a quien le interrogaba. Así que, con la única persona que se entendía, era con su comadre Luisa.

De esto se aprovechó la señora de Jurado y al ver los riesgos que corría Andrea al lado de aquella vieja, y para atajarle el golpe a los Quiramas, se propuso colocar la niña en parte segura y pensó en “Guacimal”.

Un día, Luisa, encontrándose de visita en “El Arenal”, después de aquella conversación, referente a la pérdida de una persona querida, y que esa persona sea el hombre de la casa, y de la falta que hace etc., etc., abordando la cuestión con algunos rodeos, fué llevando a su comadre Romana, disimuladamente, al asunto y esto le decía:

—Pues piense muy bien en lo de la niña.

—Asina mesmo es mi mesmito pensamiento, expuso la vieja, que como estoy tan empelida ya no puedo ver por Andreita.

—Sí, señora, muy corriente, volvió Luisa.

—Y mi comadre unque tan dadivosa, no puede umentar la carga llevándosela...

—¡Ojalá!, y las fuerzas me ayudaran, pero... ya vé... no podría tenerla como quisiera. ..

—¡Eh! comadre!... ente gracia!, eso que me tiene que icir sumercé, con lo bizarra que ha sido con todos en esta casa; por eso, de no quedar con mi comadre, la muchachita que dentre a servir en güena parte, ayudándome un algo con lo que gane, y que tan siquiera le tiren unas hilachitas encima...

—La eduquen, comadre, exclamó Luisa, y le enseñen muchos oficios que nosotros los pobres, (suspirando lo decía), no podemos.

Y como ésta encontrara aquí la coyuntura, le habló de la casa de Don Nicolás Ruiz en “Guacimal”, como propia para colocar allí a Andrea, idea que recibió muy bien la Grisales, contestándole a Luisa:

—¡...anté!, comadre!, en cas de esos blancos tan respetibles... ¡Mchi! que más se quijiera mi muchachita! ... Eso si, comadre, yo le hablo con la verdá, que a yo me ocupa la vergüenza y que ajuálá pasara por la molestia de ir sumercé...

—Ningún trabajo es para mí, y esta misma tarde paso donde misía Ignacia y con la ayuda de Dios todo quedará arreglado.

—¡...dito siá mi Dios!, pa Dios habele dado a mi comadre tan guenas entrañas...

—Ojalá pudiera hacer más por ustedes.

—Hujú-juy!, que más comadre de mi vida, cuando busté ha sido la providencia en esta casa, que es el crédito que yo le quito a mi comadre.

—De suerte, dijo Luisa, levantándose, que en lo dicho quedamos?

—Dende agora mesmo...

—Entonces, despensiónese y deje la cosa a mi cuidado...

La Villada se despidió y por esta vez caminaba para “Los Alticos”, hecha unas alegrías, pues todo su anhelo era ver cómo aseguraba la permanencia de Andrea en parte inviolable para Isidoro, y esto ya lo creía conseguido.

Así, que, cuando iba llegando a la casa, desde lejos le dio el grito comunicándole lo acordado con su madrina, noticia que la niña recibió complacida por el

miedo de Isidoro y además por retirarse de “El Arenal”, que tanta contrariedad le infundía; pero sin dejar de contristarse por la separación de Luisa, y el temor de entrar a servir a gentes tan desconocidas para ella, que de seguro serían trabajosas y exigentes, cuanto bisoña y poco hábil la sirvienta.

Luisa dió de comer temprano y dándose unos pases con la mano, por esos hermosos cabellos, arrebujándose en su negro palañón y calándose el blanco sombrero que tan bien le sentaba, tomó gallardamente el camino de “Guacimal”.

A poco, con su apresurado paso, salvó la distancia de su casa a la de Don Nicolás, y como en ésta le conocían hasta los bravos mastines de la hacienda, sin tener que gritar de lejos el “véame los perros”, de todo campesino, llegó dirigiéndose a la señora de aquel cacicazgo, le dijo:

—Buenas tardes, misiá María Ignacia.

—Buenas tardes, Luisa, le contestó secamente la cacica, entrá alita.

—Gracias, mi señora, ya estoy adentro.

—Qué hay por tu casa, Luisa?, Tomasita y los muchachitos?...

—A mi madre no le faltan dolencias, los muchachos, así... así... Y, ¿por aquí? mi señora?

—Todos bien, Luisa; Nicolás en “El Puerto”, Luciano en Medellín en su estudio, y la menudencia, por allá adentro recibiendo las lecciones de Camila.

—Así por gusto, misiá María Ignacia, con el maestro en la casa.

—Sí, hijita, muy cierto, y con Camila que es tan facultativa para esto.

—¡Ave María!, es mucha complacencia para Ud.

—Mucha, Luisa, mucha; pero siempre hay que dar tantas vueltas en el arreglo de la casa, y esas me tocan a mí: por una parte, no me gusta distraer a los muchachos del estudio, y por otra que estas zungas son tan brutas...

—Pues... sí, señora... vea... a usted lo que le hace falta es una sirvienta, de desempeño como....

Aquí Luisa le habló de Andrea, del servicio que le podía prestar viniendo a su casa, pintándose la con los colores del arco iris; refiriéndole, eso sí, su historia, hasta donde alcanzaba a conocerla, porque ella no andaba con tapujos; sin ocultarle lo del indio Isidoro, manifestándole, por último y francamente, el objeto de la visita.

Doña María Ignacia Echeverri y Marulanda de Ruiz, la esposa de Don Nicolás Ruiz Restrepo, con aquellas campanillas de rancias aberraciones solariegas y con el celo por el buen orden de la casa, dobló el ceño cuando

Luisa le hizo saber su misión, y como que no recibiera bien la embajada; pero conociendo a ésta, como mujer de buena vida y de mucha caridad, y oyéndole repetir las recomendaciones que hacía de su protegida, aquella mala impresión fué borrándose, y entrándole desde luego un interés por la niña, le dijo a Luisa, bajando la voz:

—Bueno, alita: decíme una cosa, esa muchacha si es verdá la nieta de Mateo y Romana?... yo he oído por ahí sus runrunes.

—Pues, mi señora, hasta hoy pasa por tál, pero... yo no me la he podido tragar. La muchachita es blanca, y sobre todo tan inocente, tan señora, tan de buenos sentimientos, que... usted la conocerá...

—Sí, Luisa, aquí ha venido por leche algunas veces, y aunque poco me fijo, si he notado que es algo rubia, zarquita y blanca.

—Pues, de ahí seguramente viene el invento de lo del inglés, como marido de Candelaria y padre de Andrea.

—¡Jum!, quién sabe Luisa, qué habrá en esto, algún enredo bien grande... miedito me da recibirla en la casa, y más sin estar aquí Nicolás, pero... a la mano de Dios, hijita, traé la muchacha y vamos probando su trabajo y en vista de él, arreglamos a ver qué se le puede pagar que lo demás corre de mi cuenta...

—¡Pobrecita!, ¡cuántos trabajos habrá pasado con esos indios!... ¡Ah! Otra cosa: decíle a la vieja Romana, que no tenga cuidado, que se le mandarán de aquí algunos auxilios, mientras vemos qué se le puede pagar a... a... ¿cómo es que se llama?

—Andrea, mi señora.

—Sí, a Andrea ... y traéla mañana mismo, pueda ser que salga de servir de algo, porque estas negras...

—Bueno misiá María Ignacia, adiosito.

—No, hija, sin tomar un chocolatico no te vas.

—Imposible, señora, es muy tarde y me coge la noche.

—No se te demora.

—¡Rufina!, gritó la señora, a las volandas, batíle una tablita a Luisa.

Y, ¡qué remedio con la señora!. Luisa tuvo que aguardar el obsequio, pues a la casa de “Guacimal” nadie llegaba sin ser atendido con esmero, porque si sus dueños eran un poco fanfarrones, rígidos y apegados a rancieras de nobleza, también se mostraban generosos y condolidos del ajeno mal.

El chocolate no se hizo aguardar, y después de dar los últimos sorbos y de recibir de la señora, un “tabaquito de Ambalema”, de los especiales de su bolsillo, se despidió:

—Ahora, sí, misiá María Ignacia, hasta mañana que vuelva con la muchachita. Gracias por sus atenciones, y Dios le pague la buena obra de recibirla en su casa, a ver si la salvamos. Otra vez se la recomiendo.

—No hay cuidado, Luisa, por mí, en ella está.

—A las niñas, que adiós.

—Les daré la razón.

Luisa que no cabía en el cuerpo de contenta, lanzando unas soberbias bocanadas de humo, que a aquella hora de la tarde se espesa, caminaba a paso largo, y llegando a la casa abrazó a su madre, a sus hijos y a Andrea, feliz, felicísima porque iba a poner a “su niña”, al abrigo de la miseria, del hambre, del baladrón y canalla de Isidoro, y quién sabe de cuántos otros riesgos que amenazaban a la que tan linda, tan graciosa y tan huérfana, entraba ya en la peligrosa edad de las vírgenes; en aquella castísima adolescencia que se le venía encima, sin hallarse bien preparada para luchar con un mundo, o ambiente mejor dicho, de inmundicia pestilencia que le rodeaba.

Y la niña tan sola!

Si, casi sola! porque no tenía más amparo que a Dios en el cielo, y en la tierra a Luisa.

Ella, la cándida avechilla careciendo de las amorosas alas de una madre, para que le abrigaran, para que le escudaran de la lluvia, para que le defendieran de la horrible tormenta que sobre ella se cernía y bramaba ya, y, ¡tan lejos del nido!

XXV

Cuando Luisa llegó a “Los Alticos”, aquella tarde, ya las gallinas se andaban rodeando el gallinero y aun algunas iban horquetas arriba, picoteándose y con aquel especial cacareo entredientes, o mejor dicho, entre picos propios de la hora y del lugar.

Andrea, incitada por Luisa, corrió a “El Arenal”, a hacer el arreglo de su equipaje, que a la verdad era de poca monta.

En esa noche, la niña estuvo complaciente con la vieja, y la vieja condescendiente con la niña...

Y vino el día, y comenzaron los aprestos de viaje.

Andrea, un tanto turbada, al pensar que iba a entrar en una nueva vida, afanaba la salida, sintiendo sólo, al alejarse de aquella desapacible habitación, el dejar una pequeña gallina, regalo de Luisa, un rosal, que ella había sembrado y cuidaba con esmero, y aquella túnica que quedaba en el fondo del misterioso baúl, y que tantas lágrimas le hiciera derramar, sin saber por qué, la tarde víspera del viaje para “El Caney de Los Limones”.

Por lo demás, para ella, le era indiferente, como lo tenía por costumbre, quedarse allí, o irse más allá, y si no fuera por el miedo que le inspiraba Isidoro, maldita la gracia que le hacía el viaje para “Guacimal”.

Pero en fin, dándole una expresiva mirada al baúl; un triste adiós al rosalito, y un cútu, cútu, cútu... a su gallina, para regalarle la última ración, se despidió de su madrina y poniéndose debajo del brazo el atado de ropa, tomó el rumbo de “Los Alticos”, esta vez con miedo, y temiendo algo que ella no sabía qué.

El corazón le avisaba, porque andando y en una hondonada del camino, de pronto y manos a boca, se encontró con el indio Isidoro que bajaba por un atajo, machete al cinto, de guarniel terciado, hecho un parque, ruana doblada sobre el hombro, tiple en mano con su eterno rasguear, y, en fin, con esa estampa de matón de que tanto alardeaba sin soltar de la lengua, el vosotros güestros, busted, tud y veí, por hacerse el fino en el hablar.

Andrea, al verlo, se paró y quedó de una pieza, por lo cual el indio con risa de macanero o guapetón, le dijo:

—¡Eh! y por qué os asustais Andreíta?, buenos días!

—Buenos días... ño... mano... Isidoro, contestó ella temblando.

—Hastonde os vais vos, pues?

Andrea, que no sabía mentir, le refirió lo del viaje para “Guacimal” y a medida que lo enteraba de él, Isidoro, dejando de rasguear el tiple y arrugando la frente, se iba tornando sañado, y cuando la niña, sudando, concluyó, el indio le dijo, en tono agrio, y de superioridad:

—A mid no me gusta ese viaje.

—¡Ah!, y por qué?

—Yo no sé... busté qué obligación tiéneis de servile a naides?

—Yo no sé tampoco, le contestó Andrea, sacando fuerzas de flaqueza, esas son cosas de mi madrina, dizque para ver si le ayudo en algo, con mi trabajo.

—¡De su madrida, sí, mi cariazul; no dejarán de ser intrigas de aquella maldita mestiza la Villada... poro... eso, sí, me las paga la confiscada... Dirle a ella que pise muy blandito...

—Como le digo, volvió Andrea, esto lo arregló mi madrina Romana, y mana Luisa apenas me va a llevar donde los Ruices.

—Y, ¿allá cuánto os vais a estar busted, pues?

—Yo no sé el arreglo de ella cual sería.

—Y es que debemos dir pensando en aquel asunto de vosotros dos.

—¿Cuál asunto?, preguntó Andrea, con el aire de inocencia más grande.

—¡Unjú!, gruñó Isidoro, pues cómo es pues, güestro parecer, ya se piensan disimular con la cosa, y quieren empanurrar güestras palabras y edcemirse a lo convenido con mi padre y el dejunto de mi padrino Mateo?

—¿Cómo?, dijo Andrea, conturbada y mirando a los lados como buscando una salida.

—Sí, te os haceis que no entendeis de güestras cosas ... esto es algún capricho nuevo suyo y ahora busted se viene haciendo de las nuevas..., pero ¡ajualá! algún zambo me quiera ventajiar, pa volvelo colador...

—Pero por qué?, dijo Andrea cada vez más asustada.

—Sí, Por qué?... ya lo veí, porque parece que busted ya no quiereis cumplime la palabra de casamiento entre vosotros dos.

—¡Qué palabra!, ni qué casamiento, si yo tan chiquita no estoy para eso.

—Yo tampoco disijo que sea en el untual; pero es güeno dir preparando el asunto, y sobre todo no disisto del, y no la he de perder de vista a busted... y ¡cuenta con jugame alguna! porque ese día, si, nos acabamos vosotros dos, porque soy capaz de bebele la sangre al más caliente... y dirle a la Villada, que cuénta con los brinquitos, que no sea entrelucida...

—Si ella... como le dije...

—Sí, ojalá se oponga algún demonio, y por ésta, haciendo con los dedos una cruz y besándola, que me lo ginvio... Es que tuavía no han visto a un zambo regase feo... ¡Húrria cusiacos del desierto!...

—¡Ave María!, volvió ella, usted si que me hace dar miedo...

—¡Qué, que queeeé! Y busted también pise muy blandito... Ya sabéis qué agüita le encharca. Que por más blanquita y jilática de guestra persona

también le cabe güestro rasguño!... y a coger la cuesta jarretona!... Eeeepria!... ¡Ah! pocos que saben del pan que se amasa en casa!...

Y el indio se quedó hablando solo, pues Andrea se le escurrió dándole un lacónico adiós, siguiendo camino, a paso ligero y menudito, atisbando atrás como venado asustado por el cercano ladrar de un perro.

Isidoro, después que perdió de vista a Andrea, todavía gruñendo, hizo candela en su laboreado yesquero, encendió un grueso cigarro, llevó el canto de la ruana al hombro y volviendo al rasgueo de la vihuela siguió su marcha...

Más muerta que viva llegó Andrea a “Los Alticos”, y en vista de su turbación, Luisa le dijo:

—Qué fué, mi hija, que viene temblando?

—¡Por Dios! que casi me muero de susto!

—¡El indio Isidoro, apuesto!

—Como nó, en la cañada de “Los Piscuices” me lo encontré.

—Y, qué le dijo, ese malvado, a mi muchachita?

—¡Válgame la Virgen!... más amenazas...

—Se me propuso desde que oí allá en el alto esa guitarra que me mantiene en pecado...

—Y lo bravo que está con usted, dizque por que usted anda en el cuento, que es la de la culpa de mi viaje para “Guacimal”, dizque trata de estorbarle... qué sé yo qué, conmigo.

—¡Ah!, sí, el casamiento... se quisiera ese vagamundo... ni en un palito lo que ha de oler...

—Y amenaza más con barbera.

—Déjeló, mi hija, que diga lo que quiera. Gracias a Dios que no he sabido tener miedo más que al de arriba y a José, cuando vivía, después a nadie.

—¡Ay!, mana Luisa, a bueno si yo fuera así de guapa. Qué le parece que cuando me encontré con Isidoro, me dió el temblor de la muerte; se me secó la boca, y casi no podía contestarle... Me parece que me conoció el miedo. Y para eso que no sabía cómo decirle, casi que le digo Isidorito.

—¡Hijuel susto!

—Y qué le hace?, ahora se va para “Guacimal”, y él allá sí no se atreve a arrimar ¡por bobo!

—Vea, señora, lo que más me chocó de todo, fue esas palabras tan feas, ni aun en casa las he oído a mis padrinos, con ser que... ¡mi Dios me ampare!... Y

esas cosas de andar mostrando navaja y cuchillo... Y a una mujer sola... ¡valiente gracia, y con el miedo que yo tenía!

—Esas paraditas se le acaban, allá verá.... Déje que se amañen con usted en “Guacimal” y no hay cuidado.....

Las dos mujeres permanecieron calladas por un rato, hasta que de pronto, Andrea, como saliendo de alguna reflexión, que le preocupara, dijo:

—¡Ave María! ya yo me embobé aquí pensando, y quitándose el pañolón, volvió donde Luisa y le dijo:

—A ver en que le ayudo mientras nos vamos.

—Mire, mi hija, acábeme de pilar este maíz, yo arreglo el almuerzo en una carrerita.

Era de cajón, que con el refuerzo de la nueva y oficiosa cocinera, en un santiamén quedara hecho todo oficio en “Los Alticos”, y que por esto, a las nueve de la mañana, protectora y protegida partieran para “Guacimal”...

Pero no las seguiremos en la marcha sin hablar un poco de la que iba a estrenarse aquel día de fámula.

Era una cosa así entre niña y adolescente; algo como una fruta pendiente todavía del árbol, que sin haber llegado a su madurez, sin provocar a cogerla, sí pedía a gritos que se cuidara; que todas las mañanas se revisara como se revisa la fruta, a ver si en la noche ha amarillado, no sea que por alguna omisión, en el día, le vaya a picotear algún pájaro.

Era un sol que apenas asomaba, allá a lo lejos, pálido y tibio, por entre nebulosos celajes, y más acá por en medio de las frondas y de los árboles, y altas yerbas que coronan la colina inmediata que a la vista tenemos.

Era el sol de la mañana.

Pero el sol que pronto, muy pronto, se erguiría, se levantaría sobre un sereno cielo de hermosura incomparable para calentar, para quemar con sus ardientes rayos, quién sabe cuántas almas, ¡quién sabe cuantos corazones!

Por supuesto, que en aquella vez, Andrea, arregló sus trajes con el gusto que en tan pocos, pero bien aprovechados días de mundo, había tenido con su inolvidable amiga Olivia, y le sentaban divinamente. A su abundante y rizada cabellera le hizo tal recogida, y con tanta gracia le sujetó con un lazo de cintas, que parecía aquello “Cabeza de estudio”. Ceñía su talle un cinturón de taflete carmesí, regalo de la maromerita, tan corto, que a duras penas entraba el pasador de la hebilla en el primer punto, a pesar de la vuelta que el cinturón tenía que dar.

*

Juan José Botero

¡Ay! pero le lucía tanto aquel diablo de faja, como le lucía, el sombrero de paja italiana que también vino con ella de la correría por Amalfí, y que complementaba la hermosura y la gracia de aquella cabeza que, como dijimos, podía servir muy bien de modelo, para el estudio del más delicado y exigente artista.

Si tal continente de niña no parecía que saliera del miserable cuchitril de “El Arenal”, y mucho menos para entrar de criada en una casa.

¡Qué galanura, aquélla, con tan pobre atavío!

XXVI

Es el caso que Andrea, con su inocencia, bondad, gracia y belleza, a “Guacimal” entró aquel día de fámula, presentada por Luisa.

Pero, ¡qué fué aquello!

La llegada de “la niña”, se hizo una novedad en la casa de Don Nicolás, pues quién aguardaba “tamaño rollete”, como dijo el mulato Salvador al verla.

Misiá María Ignacia la examinaba de pies a cabeza con mirada escudriñadora, buscando en ella... quién sabe qué; recogiendo el labio y meneando la cabeza, como quien dijera: “ésta tan blanquita y tan currutaca ¡ah! inútil que será”.

Carmen y Rosario la rodearon, y hacían, viéndola, el inventario de tanta gracia y de tan poco atavío.

Los chicos se le acercaban cariñosos y sin miedo, al ver aquel semblante tan angelical.

Camila, con su juicio y aplomo ni la miraba con repulsión, ni le hacía buen pasaje, aguardando a ver qué casta de pájaro era la ex-maromera, para emitir concepto.

Las obscuras sirvientas, negras libertas, e hijas de éstas, se asomaban, estrechándose unas contra otras, con aire bobalicón y de insulsa curiosidad, a conocer la clara sirvienta recién llegada.

Luisa, que todo lo cogía al vuelo, aguardaba aquella novelería, y por hacerles menos embarazosa la llegada de Andrea, con todos hablaba, moviéndole a cada cual su resorte.

*

A la señora, le decía:

—Mire, misía María Ignacia, aquí le traigo la muchachita, y no es porque usted a vea con ese aire de señora, la crea una paranada; usted verá y se persuadirá qué dócil y hacendosa es.

A Carmen y Rosario:

—Aquí vengo con Andrea, ya saben que no tiene más doliente que ustedes, a cuidármela mucho y a tratarla bien. Ahí les dejo esa compañerita.

A los niños:

—Vengan mis preciositos, acérquense a la muchachita, sin recelo y sean bien queriditos con ella, y usted Andrea, a manejarse con ellos, como lo ha hecho con los míos siempre.

Ultimamente volvió donde Camila, y así le habló:

—Misiá Camila, usted que es tan bondadosa, duélase de esta huérfana. Al amparo de ustedes viene. No descuide darle algunas leccioncitas, que Dios se lo pagará. Si viera usted lo que se afana por aprender y lo fácil que comprende todo. Yo en esto he hecho lo que he podido, pero... una pobre como yo, qué podrá enseñarle!, y ella que se me adelanta a todo lo que trato de explicarle.

—No tenga cuidado, Luisa, que la trataremos muy bien, y si ella tiene buen manejo, no le pesará el haber entrado a esta casa...

Terminadas las recomendaciones, la viuda se dirigió a la señora:

—Ahora sí, Misiá María Ignacia: ya se cumplieron mis deseos, vuelvo a recomendarle la niña... y eso que... yo no sé... parezco boba, hasta pesada me vuelvo, qué dirán que a mí qué me va ni qué me viene... pero es, señora, que la que es madre y vé rodando así una criatura... y de qué modo!... En fin, me voy complacida, perdonen tanta necedad y adiós!...

—No, María Luisa, dijo doña Ignacia, eso sí no lo consiento, sin comer no te vas.

—Señora, ¡por Dios!; y mis muchachitos, y mi madre enferma...

—Por lo mismo, hija, por lo mismo, para que les llevés algunas cositas a los muchachos y a Tomasa, y ver qué le mandamos a la pobre vieja Romana. Además, que Carmen y Rosario están con el enguando de hacer pandequeso. Ya tienen prendido el horno y me les vas a enseñar. Qué les va a suceder a tu niños. No hay remedio, quitate el pañuelón, alita, y caminá para la cocina...

A ver, muchachita, Andrea, dijo la señora, dirigiéndose a ésta, vení yo te señalo tu pieza, que por ahora será junto a mi alcoba, para que pongás allá tu ropita...

*

Juan José Botero

No hubo que hacer; a tan obsequiosa gente nada se podía contrariar y Luisa, quedándose en cuerpo siguió para el horno, y las pandequeseras tras ella dando brincos de Contento...

Misiá Ignacia cogió por su cuenta a Andrea para iniciarla en los quehaceres de la casa; Camila le dió a la costura, anudando la interrumpida labor y todo volvió seguir su habitual orden en aquel hospitalario lugar.

Por la tarde, Luisa, calculando la hora de no ser sorprendida por la noche, se despidió de “Guacimal”, dándole un cariñoso abrazo a Andrea, y con un sinnúmero “Dioselopague”, a la señora, por la buena acogida que daba a aquélla.

Y, ¡qué feliz retornaba la viuda a su casa, dejando en seguridad a la débil pajarita!

En nido ajeno, es cierto pero abrigado.

XXVII

Aprovechemos la seguridad de Andrea para dar un respiro, ya que hemos cobrado aliento, dejándola en “Guacimal”, libre de riesgos.

En el ínterin, echemos una caminadita por otros trigales, a ver que hacen algunos de los viejos conocidos en esta historia, y qué es de su vida:

Los padres de José Antonio, viejos y achacosos.

Los de Matilde, muertos.

El mayordomo Juan dando buenas cuentas, y por su buen manejo haciéndose rico a la sombra de tan buenos patrones.

Y ya que vamos por estos lados diremos, que la casa de “San Pablo” se conservaba en el mismo estado de como la conocimos al principio de esta narración, sin haberle cambiado un mueble, ni cortado un árbol del patio o llano fronterizo, ni echado por tierra la fatídica portada del camino real.

Y ¡cómo! que hasta sus consejas corrían ya sobre esta habitación. Que como la camita en donde dormía Filomena no se había tocado, encontrándose en el mismo estado de como se veía la tarde de la desgracia de “San Pablo”, las gentes supersticiosas contaban que, en las calladas horas de la noche, se interrumpía el silencio de aquellas soledades, con el dolorido llanto de un niño, llanto que salía del dormitorio en donde estaba la cama dicha.

*

Jacinta, la mandadera, andando siempre de carrera, con aquella boca “quini con canda”, pero contándolo todo; cumpliendo puntualmente toda comisión de su cargo, sin tener noticia de Castañeda ni solicitarla, ¿para qué?

La vieja Romana, retraída y arrinconada en su desvencijada cocina, semejando a un puerco espín. Sin verse ni hablar con más persona que con la comadre Luisa; pero ya más refocilada con los puntales que a su escuálido estómago le arrimaban de “Guacimal”.

Ña Tomasa, hilando sus marfilinos copos de algodón; chupando su hediondo tabaco, y dále que dále a los oficios caseros.

Los niños de Luisa, robustos, sanos, alegres y sobrados, creciendo en el trabajo, y en el santo temor de Dios, dirigidos por tan buena madre.

Y la familia de Quiramas?

A esta gente sí había que hacerle “rancho aparte”, porque ya no cabían en puesto alguno, con lo envanecidos que los tenía el casamiento de “Sidorito” con la hija del “inglés gu francés de Bogotá”.

Y váya que según lo acordado por Celedonio, con su compadre Mateo cuando éste, ya “con la escarbadera”, se encontraba en las últimas andadas que no trotes, de la vida, el casamiento de Andrea con Isidoro debía llevarse a efecto, a todo trance, tan pronto como “la muchacha estuviera mocita”, porque, decía la madre de Isidoro:

“Quisque el uno había nacido queni quisque pal otro”.

“Que Sidorito aunque podía dregodiase con la que quiescogiera, tenía que casase con la muchacha, Mano Mateo, el de junto mi compadre, pa tapále la boca a tanto converzón, que ya los tenían jaitos de quitáles su crédito, que lua vian echao a volar”.

“Que ya quisque la muchaches blanca”.

“Que ya quisque nu es hije Candelaria”.

“Que ya quisque no la merece “Sidorito”.

“!...irgen santa! que eso es icir cosas!”.

“Y sobremente de todo, que mi compadre Mateo hizo esa regalía a su ahijado, antes de morirse y quedó pautao con Ciledonio pal casamiento, y que si no se hace, el alme mi compadre se estará profundada, quién sabe cuánto tiempo, en el pulgatorio...”

Ahora, si pasamos a ver a Isidorito, “ahí sí se acabó el molde de los malucos” como decía Luisa.

Este, ni entre la camisa podía hallarse por lo engreído que andaba con aquel sombrero echado sobre los ojos, con la pedrada de atrás para adelante, empaque del matón más ruin y bajo.

Y ronda que ronda por “El Arenal”.

Y ronda que ronda por “Los Alticos”.

A “Guacimal”, ni por asomo.

A menudo se le veía asediando a la vieja Romana, para que le renovara la promesa de la mano de Andrea, incitándola a que la retirara de “Guacimal”, soltando allí aquellos terribles tacos que daban en los oídos de la vieja, como los de cartón de una escopeta sobre una roca, pues al morir, “su hombre”, se los había dejado blindados, como tapia o muro, a prueba de metralla.

No sucedía lo mismo en “Los Alticos”, pues cuando Isidoro se aventuraba a llegar por allí y comenzaba con baladronadas y reniegos, Luisa pronto le llamaba al orden por la aversión que le tenía a aquellos dicharachos, aunque en lo tocante a amenazas, poco sé le diera a la viuda...

Aquí tienen pues una noticia a la ligera de nuestros viejos conocidos.

Ahora volvamos a seguirle los pasos a la bella pajarita, a quien la suerte la tiene tan lejos del nido!

XXVIII

Ya que hemos dado este respiro, tornemos a ver lo que ha pasado en “Guacimal”, después del día en que Andrea tomó posesión del empleo de sirvienta.

Doña Ignacia y Camila miraron la llegada de Andrea con nó muy buenos ojos, pues no se podían imaginar que aquella estampa de niña, “presumiendo de linda”, con aire de señorita y porte de gente delicada, pudiera servir para otra cosa que: “para vivir prendida de un espejo, ensayando bonituras” (palabras de doña Ignacia); creyéndola insustancial, mal educada y con todos los resabios de “las zambitas metidas”, de “las blancas de medio pelo”, de las ñapangas creídas (palabras id).

Pero cuál fué la sorpesa de aquellas dos criaturas, cuando en vez de la alta-nera zamba, dieron con una inocente niña, diligente, oficiosa y comedida, sin

ser intrusa. Sobre todo inteligente, a tal grado, que siempre, como lo dijo Luisa, iba adelante al enseñarle o indicarle alguna cosa.

Así que, de día en día, Andrea se ganaba los corazones en “Guacimal”.

Iba siendo un amor para todos:

Para la señora un descanso, el brazo derecho.

Para los niños pequeños, un ídolo.

Para Carmen y Rosario, una inseparable amiga, casi una hermana, y

Para Camila, un gran talento, una clara inteligencia, de larga visión social, por adivinación, cogiendo al vuelo cuanto veía, oía o leía, pero todo con aquella modestia, aquella dulzura y aquella naturalidad que cautivaban...

—¿Quién es esta niña? ¿De dónde ha salido? ¿Por qué anda en éstas?, se preguntaba Camila, con ese gran talento que tenía, en el cual pocos reparaban por fijarse en ese conjunto de bellezas y gracias que la adornaban...

Y cómo no querer y acatar a Andrea por aquella familia.

Una niña tan bella, y por instinto tan delicada y educada, que llega por la primera vez a la hora del mediodía y ya por la tarde es dueña de todos los oficios de la casa, y todo lo sabe hacer y desempeñar, porque con todo acierta.

Una niña tan dócil, tan moderada, y tan poco entrometida. que allá se veía por la noche, cuando la familia se reunía en íntima velada, calladita y sentada en el quicio de una puerta, esperando a que la destinaran a algún oficio, aguardando el rezo o la orden de irse a dormir...

Una sirvienta tan diligente, que a los primeros cantos del gallo está en pié, barriendo la casa; sacudiendo muebles; lavado trastos; aseando a los niños y mimándolos; aseándose ella, y arreglando aquí una cosa, allá otra y otra más allá... y en solicitud de más oficios... y como anda tan de prisa y el tiempo le sobra, acercándose tímida donde Camila da lecciones a sus hermanos, oyéndolo todo y aprendiéndolo todo.

Y esto que fue del primer día, lo fue del segundo y del tercero y... de todos los que siguieron...

Y cada vez más dulce, más educada, más señora y mucha más oficiosa.

¿Quién es pues esta niña?, ¿de dónde ha salido?, ¿por qué anda en estas?, tornaba a preguntarse Camila, y lo mismo se preguntaba su madre y las niñas y hasta las sirvientas de oscuro color se hacían tales preguntas.

Dijimos que Andrea se llegaba a esa edad difícil de la mujer, tan expuesta a contingencias, dando el salto de la niñez a la adolescencia, (peligroso salto

para la que no tiene buenos pies), cuando llegó a “Guacimal” y como ya han pasado muchos días, de entonces a esta parte, Andrea va tocando a su perfecto desarrollo, aquel botón de rosa se ha desplegado a la vida.

Y ¡cómo ha variado!

En lo físico, no se diga: ella que por naturaleza ha sido bella a todo sol, a toda miseria, a todo abandono y a ningún abrigo, y hoy bajo tan hospitalario techo, en medio de la abundancia y de las comodidades; en un clima dulce y benigno, con baño, con paseos... ¡qué de morbideces! ¡qué de ondulaciones en sus andares!

Ahora en lo intelectual crecía todavía.

Y como se dice que “quien anda entre la miel, algo se le pega”, imposible que de la fina educación de Camila; sus modales, apostura, y gallardía, y sobre todo instrucción, no se contagiara quien nació señora y talentosa como Andrea...

Pero en fin, así y mucho, ella crecía en cuerpo y alma, en hermosura y gracias.

En “Guacimal”, Andrea, era el modelo, a tal punto que, cuando alguno de los hijos de doña Ignacia estaban molestando o se venía con alguna impertinencia, esta señora le decía:

¡Ave María!, niño, no sea tan empalagoso!, podía aprender moderación de Andrea, una pobre zambita, una infeliz sirvienta...

Aquí tienen, pues, el valioso tesoro que llevó Luisa a “Guacimal”, angelical niña, que por las gentes de aquel hogar, fué juzgada a primera vista como inútil, e insustancial, y luego, se tornó en algo vigoroso de mucho valor y estimación.

En una palabra, un primor de criada, a la cual, el día que allí les fué presentada le hicieron el gesto, creyéndola una zambita...

XXIX

Estamos en Noviembre.

Se acerca el mes de Noche-Buena, y en “Guacimal”, en la casa de Don Nicolás Ruiz, hay un gran bullicio, una inusitada conmoción de todos sus moradores.

Aquello parece un hormiguero: aquí que trastejan; allí que le dan de blanco a la pared; allá desyerbando solados; más allá aseando los pavimentos de la casa, y sacudiendo a ésta polvo y telaraña; acullá preparando bestias para viaje; y el cuartito que queda a la vuelta del corredor fronterizo, dejándose poner como una plata, con todos esos menesteres propios de una pieza para hombre, y para hombre joven...

Qué es? Qué hay? Qué sucede?

Pues lo que és, lo que hay, lo que sucede en “Guacimal”, es la cosa más natural del mundo:

Luciano, el hijo de Don Nicolás, a quien ya conocemos y que se educa en Medellín, terminó en este año sus estudios, y salió del Colegio, y pidió caballerías y ha de venir a la casa, y como en “Guacimal”, no se pierde el tiempo, en aquello de “si se vá, o no se vá”, pronto sigue el mulato Salvador con las caballerías para Medellín a traer al “Niño”, como por antonomasia se le llamaba a Luciano en la casa y sus vecindades.

Por supuesto que todos los de la hacienda están de plácemes, porque, “El Niño”, es muy querido, por su especial modo de ser, adornándole muchas prendas morales y físicas, por su buen porte, talento, educación e instrucción.

Joven que apenas le apunta el bozo, moreno, alto de cuerpo, bien musculado, de negros ojos, boca burlona, zumboncito, pero no pesado, buen jinete, mejor bailador, y cantor acompañado de la guitarra... en toda la extensión de la palabra, un buen mozo.

Pero lo que más le distingue es su modo de ser: lo mismo se está en Medellín sosteniendo plática con un Manuel Uribe A., un Mariano Ospina R., o que en el Colegio con un condiscípulo, o en “Guacimal”, con un peón, un arriero. Y lo mismo se vé, como si estuviera en su elemento, en una tertulia departiendo ceremoniosamente con alguna pálida y soñadora belleza medellinense, que en Rionegro, en sabrosa reunión familiar, veladas encantadoras de confianza, chichisveando las espirituales y bellas hijas de la tierra de las flores; o bien con una fresca campesinita, hija de algún colono de la hacienda, que baila guavina con él, coloradita, temblorosa y jadeante, de la pura vergüenza al patroncito...

Para Luciano es igual: a todos trata y atiende bien, porque es ingenuo, de talento, y educado...

Así, pues; terminados los estudios, volvía al seno de su familia, a poner en práctica todas las teorías que en la hermosa Villa de la Candelaria, se había engullido.

Debía llegar viernes, y en ese día, desde las cuatro de la mañana, todo fué movimiento en “Guacimal”.

Después del almuerzo, Don Nicolás hizo arreglar caballerías para Camila, Rosario y Carmen, ensillar la mula “manzanilla” para él; y vistiéndose de ruana de paño, (ya no era para pastusas o capizallos), sombrero jipe de anchas alas y angosto zamarro, tomando en la mano como cetro, su grueso manatí, afeitado, por supuesto, al centro y bien arregladas sus respetables patillas, tomó camino, con sus hijas, a encontrar a Luciano.

Por la tarde, los niños menores consiguieron permiso de doña Ignacia para ir acompañados de Andrea, hasta el “Alto de los Arrayanes”, al tope, quedando en la casa la señora, viendo que nada faltara.

Por supuesto que Luciano, con lo puntual que era, y con el deseo de volver a la vida de familia, no se hizo esperar, y como a eso de la media tarde, ya le habían dado el abrazo de bienvenida, su padre y hermanas, y, caballeros en corredores corceles, platicaban en dulce intimidad, camino de “Guacimal”.

Su padre le hacía algunas preguntas referentes a compartos, expropiaciones, recluta movimiento de tropas, etc., etc., pues a la sazón tronaba ya la revolución que se llamó del 76.

Rosario y Carmen, impacientes por llegar delanteras, y en la edad de la locura por corretear, apostando carreras, formaban una vanguardia muy avanzada.

Camila, más reposada, y muy en armonía con Luciano, por edad y genio, era la sostenedora de la plática con él.

—¿Vienes contento?

—¡Ah!, contentísimo!

—Te fastidiabas, en la Capital?

—No, Mila; por el contrario, me acomodo muy bien en esa tierra, pero con estas cosas de revoluciones está insoportable la Villa.

—Y ¿no han tocado con Ud. para nada?

—¡Diantres! casi que nos llevan. Estuvimos a punto, como quien dice en un tris, de ir todos los estudiantes a echarle fruta al prójimo.

—Y ¿cómo escaparon?

—A fuerza de jugar la caja. Sí se fueron algunos, pero por su gusto.

—Y, ¿al caballerito no le gusta la guerra?

—¡Mila, por Dios! qué poco favor me haces!

*

Lejos del nido

—¡Válgate!, si eso es tan natural en los jóvenes.

—Pero en los tontos. Yo, gracias a Dios, no creo pertenecer al gremio.

—Conque... muy despierto, el Niño?

—Pues... no tanto, pero si lo suficiente para comprender que nuestras guerras civiles son semillero de males, fuente de profundas enemistades, y sobre todo escala para encumbrar nulidades... Y ¡ay! de los que sirvieron de gradas en aquella escalera, que el día menos pensado, los afortunados que subieron, apoyados en los bobalicones de buena fé, les dan con la patita, y... a quejarse a su señora abuela. Que la guerreén otros...

—Que la guerra de mi hermanito es de otra clase: con y por las mujeres.

—Eso sí, aunque no dejo de comprender que estos bichos... mejorando lo presente...

—Gracias, dijo Camila.

—Son como nuestros caudillos, continuó Luciano, así que uno los alza a fuerza de obsequios, reverencias y aun sacrificios, ¡zas!, al otro lado; se pasan con arma y todo, dándonos con lo que nos dan los providenciales, con la puerta en los hocicos...

—¡Hurria!, qué bravo, mi jóven, parece que le hubieran jugado alguna muy pesada.

—Pues... quizá...

—Verdad, Lucio, cómo te ha ido de cateítos?

—¡Ahí, está!, llegó a donde iba, la niña.

—¡Ah!, porqué?, muy encabado por allá?

—Si aquí no me tienen algo... ¡velorio!

—Cómo nó, a ña Rufina.

—¡Pobre vieja!... nó, verdad Mila: no hay alguna vecinita de pelo?

—Y cachuca.

—¿Qué hay de las primas?

—Encantadora está Rosa.

—Y ¿quien la pretende?

—¿Quién?, pues Joaco.

—Joaquincito el de mi tío Vicente?

—El mismo que canta y baila.

—Pero ¡Mila, por Dios, cómo puede ser eso?

—Siéndolo.

*

*

Juan José Botero

- Y él no era muy rezandero, y... como...
- Sí, amujeradito... está lo mismo, pero así y todo vive el pie de ella, no le pierde...
- Y Rosa?
- Ni caso le hace.
- ¡Qué majadero!
- Y como te dije: está bella la Rosita.
- Así careado no pelea el gallo.
- ¡Ay!... lo que pregunta por el *negro*.
- ¡Sííííí?
- ¿Vál...! está loca de contenta con tu venida.
- Pues que le hagan huevos, dijo Luciano, porque conmigo no saca gastos.
- No dizque somos nosotras las de la pasada, con arma y todo?
- Por eso mismo es por lo que me adelanto, para evitar zancadillas, porque he venido más rejogado...
- ¡Cuenta, mi hijito, como se te enredan los zapatos...!
- ¡Áaaaaa mí!
- Como lo oyes.
- Nada, si me curaron las villanitas.
- ¿Muy bonitas hay ahora en Medellín?
- Lindas muchachas!
- Y lujosas?
- Por sobre toda ponderación... ¡ah!... que chorro aquel!...A la última, mi hijita...
- Y qué te parece, Lucio, que aguardábamos tu venida para que nos lleves de paseo a esa tierra prometida.
- Con mucho gusto; pero ahora no es oportuno. Dejemos que pasen estas bullas de revolución, y después haremos el paseo.
- Y que hace falta una parrandita.
- Deje Milita que nos echemos al bolsillo a Nacito y Nicolasito, y prendemos a “Guacimal”.
- Pueda que a tu venida..., porque aquí la vida es de costura, de estudio y de rezo...
- Y cómo estamos de apunte? Es decir que nada cuenta, la niña, de sus trapicheos?...Pepe?...

*

*

Lejos del nido

—Ese zambo nó. De cuando en cuando me echa una entradita, y de ahí se zafa... Es más liso que una bola de jabón.

—Y eso?

—Pues... dizque le tiene miedo a papá, por seco.

—Allá veremos. Aquí lo traigo y hemos de armar unos parrandones... de chuparse uno los dedos. Sobre todo, cuando vengan algunos de mis condiscípulos que me ofrecieron visita en las vacaciones.

—Muy buenos cuartos?

—Ferozes, pues.

— Y sí crees que venga Pepe a casa?

—¡Píííí! aunque sea con acial lo traigo.

—¡Jum!, lo dudo.

—Y no sólo a Pepe, al resto de la cola.

—Y que la tengo y larga... mi querido.

—¡Cajonero!... Si mi hermanita no es cualquier *chucha*.

—Cuando voy a Rionegro se me llena la esquina.

—No digo pues, pues...

—Y lo sabroso que es que le hagan a uno rueda, y tener harto donde regodearse.

—¡Ah! Mujercitas!, siempre con esa manía de arrastrar, de dominar...

—¡Es tan dulceciiiito!

Así poco más a menos siguió la conversación entre aquellos dos hermanos, hasta “El Alto de los Arrayanes”, a inmediaciones de la casa de “Guacimal”.

XXX

Al acercarse aquel alegre acompañamiento a “El Alto”, mencionado, Luciano distinguió a sus hermanos menores que batían palmas y le abrían los brazos, abriendo él también los suyos, desde lejos, saludándolos con chanzonetas y llamándoles con los apodos que les daba anteriormente. Mas al llegar allí, cuál fué su sorpresa al reparar en una señorita muy bella que estaba con los chicos.

Luciano, galante como era, echó pie a tierra, y quitándose el sombrero, con una fina reverencia saludó a Andrea:

*

—Buenas tardes, señorita.

Y... qué corrida la del cachaco, cuando los muchachos echaron a reír, y que uno de ellos le dijo:

—Ah! bobo!, si esa es la criada.

Pero mayor fue la de Andrea, que hecha una pieza y roja de pena y de vergüenza, se inclinó a recoger los pañolones y sombreros que habían dispersado por el llano aquellos diablitos que estaban a su cargo.

A Luciano, después que pasó aquel encuentro, y las consiguientes cuchufletas de sus hermanas, ya un tanto serenado, al fijarse en la criada, no le pesó en nada el respetuoso saludo que le dió, y antes como que, discurría en sus adentros, más atenciones merecía aquella niña; pero todo lo disimuló, y al seguir camino y adelantarse con su padre y hermanas de la comitiva pedestre, interrogó a éstas sobre *tal* sirvienta.

—Verdad, Luciano, dijo Camila, que como en estos primeros momentos de un encuentro, no es fácil tratar de todo, quién se había acordado de cuestión criadas.

—Muy bien, Camila, pero al llegar debieron haberme advertido, para saludar de otra manera, no porque crea que hice mal y que la niña no merece atenciones sino por aquellos muchachos... Me van a sacar la piel por esto. Ni para la chacota que me van a hacer.

—No ve mi doctorcito, le dijo Camila, eso le pasa a todo fidalgo andante; por milagro no se le arrodilló a su Maritornes para que le armara caballero, ciñéndole ahí mismo la tizona.

—Para eso que nada le faltaba a este nuevo tocado de la Mancha, contestó Luciano; hasta su Sancho traía, aunque de faldas.

—Se picó el niño?

—Nada, hermana, dejemos las chanzas, y dime quién es la niña.

Camila, en el trayecto de “El Alto”, a “Guacimal”, contó a su hermano lo poco que sabía de la historia de Andrea, cosa esta que Luciano oyó así... así... ni con mucho interés, pero tampoco muy desentendido que digamos...

A eso de las cinco de la tarde se avistaron con la casa, y como en el corredor de ella estuviera doña Ignacia, Luciano saltó agilmente del caballo y cayó en brazos de su madre...

A poco fueron llegando los del encuentro, y Andrea, la más retrasada fijándose en lo que pasaba, vio: un llanito con arbolado, frente a una casa de

*

Lejos del nido

campo; a la madre que en el corredor de esa casa abrazaba cariñosamente al hijo, y vio carreras de niños por aquel llanito... y Andrea, la niña perdida, tornó a sus confusos recuerdos, representándosele, así como en sueños, lo de siempre: la hermosa mujer que abría los brazos y llamaba con cariñosa voz, y los niños, como lindos ángeles, que le sonreían y le invitaban a retozar bajo los árboles...

¡Pobre huérfana!

El confuso recuerdo de su perdido hogar, volvía a bullir en su aletargada memoria, y en seguida, involuntariamente soltó a llorar; mas cuando ya sus ojos, abiertos a la razón, miraban aquella escena de familia tan cordial, tan afectuosa, donde ella estaba además, sin derecho a tomar parte en esas alegrías...

Por esta vez, fue tanta la fuerza del llanto, que no pudo contenerlo ni siquiera disimularlo, y como Luciano lo notara, le dijo a su hermana:

—Camila, mira aquella niña, de seguro que se ha mortificado con la charla de los muchachos por el saludo que le dí. Procura desenojarla que no quiero ver hoy en casa semblante triste, siendo para mi, día de tanta felicidad.

Camila, más delicada que la sensitiva, llamó a Andrea a enseñarle los regalos que por vía de anticipación les daba Luciano, tratando de desviarle sus tristes pensares; pero ésta, si pudo contener el llanto y disimular en lo exterior, en el interior le quedaba la amarga pena de quien vé gozar y no tiene derecho en el goce; de quien adivina, entre confusas nieblas, una cosa igual a la de aquella tarde, y a la cual si tiene derecho en el goce. Y últimamente de quien fue motivo de burla y sarcasmo en presencia de un desconocido joven, simpático y gallardo, pues en los oídos de la niña sonaba como continuo golpe de martillo, aquella irónica y amarga frase:

—Ah! bobo, ¡si esa es la criada!

XXXI

Hay días muy felices en nuestra vida.

Días de imperecederos recuerdos.

Después de largo tiempo de penosos estudios, separado uno de la familia y volver al seno de ella... ¡qué felicidad!

*

Y si esa vuelta se hace a un campo en donde nos aguardan nuestros padres y nuestros hermanos con los brazos abiertos y con toda clase de comodidades y cuidados; donde nos espera una vida de libertad y expansión; de dilatados horizontes para cansar la vista con bellos panoramas; de vírgenes selvas para montar; de grandes sabanas para correrlas a caballo; de frescas aguas para el baño; de escopetas, de perros de caza; de amarillos rejos de enlazar... en una palabra, una casa de campo con todas las comodidades y sobre todo, aquel monísimo retrete con hamaca, con libros y con flores, arreglado por la mano de de nuestra madre; y de nuestras hermanas... tal como lo encontró Luciano por aquella vez...

Cuando esto escribimos, el llanto acude a nuestros ojos, y los nubla, porque a nosotros, como al mimado hijo de Don Nicolás, allá en muy lejanos y dichosos días, nos sucedía otro tanto... esto...esto que pasa entonces desapercibido, y que más tarde, en forma de recuerdos, lo lloramos; cuando hemos andado largo trecho en el camino de la vida, y que volvemos nuestros ojos al pasado; cuando ya no vemos de todo aquello, sino: dos tumbas donde duermen el sueño eterno los seres que nos dieron aliento, unos hermanos dispuestos y llenos de penalidades; y una casa de campo... tan bella, tan rica y animada en otro tiempo, y hoy en ruinas, casi por tierra, y lo que es peor, en ajenas manos.

Siempre estuvo muy feliz el bardo antioqueño, G.G.G. cuando hablando de su perdido hogar, dijo:

“Hoy también de este techo se levanta,
Blanco-azulado, el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal”

Sigamos, pues, viendo cómo “el niño” llega a “Guacimal” y cae en brazos de su madre, de allí se desprende y sigue al interior de la casa como un loco, saludando a todo el mundo con su natural jovialidad y dulce cariño, desde la negra vieja liberta, ña Rufina, hasta el último negrito motilón. Entrándose por la huerta a ver el naranjo que dejó plantado por su propia mano, y el manzano, y el baño que tanto trabajo le costó arreglar en las últimas vacaciones, y la palomera, y el gatito que él llamaba “Julepe”, y la cotorra, y la mirla de Camila, que, según ésta, hacía muchos días que no cantaba, y la troje, y las pesebreras, y su potro “Canario”, y... todo, todo, como un loco, como un niño...

Y luégo al cuarto que le tenían preparado, adonde le llevaron en procesión, madre y hermanas, con puntillos de amor propio, a ver qué cara hacia el excolegial, y qué decía del arreglo de la pieza...

Cuantos fueron los elogios que hizo de ella, alabanzas que llenaron de satisfacción a Doña Ignacia y sus hijas, como también a la aseñorada doméstica que alguna participación tuvo en el asunto; recalcando, Luciano, más que todo, sobre la belleza de un ramo de flores frescas y olorosas que había en la mesa, lo mucho que le gustaban éstas, y que ojalá ningún día faltaran de ahí...

Entrando a su habitación, el recién llegado respiró a todo pulmón la atmósfera de bienestar que le rodeaba, y como su madre y las niñas le hicieran tomar la hamaca “mientras servían la comida”, allí se vino un chubasco de preguntas, de parte y parte, pero más del lado de las muchachas, para que Luciano les contara de modas en Medellín, de teatro, de muchachas de fama, de bailes, etc. etc... hasta que al fin llamaron a comer.

Y entre tanto, qué hacía Andrea?

Ella, apenadísima en el corredor de la casa, cerca al cuarto de Luciano oyéndole a éste contar “tan bueno”, de Medellín; pero eso sí, sin dejarse ver “de ese señor a quien le tenía tanta vergüenza”, por haberle pasado con él la que le pasó en “El alto de los Arrayanes”, cuando le dio el saludo como si ella fuera una señorita....

La comida estuvo animada, porque reinaba ese día la más completa felicidad en aquella familia, y del comedor fueron todos a la sala principal a seguir con sus interminables preguntas a Luciano, el que a todo contestaba con su calma habitual y con aquel modo de decir las cosas tan sazonado que daba gusto oírle: ya fuera remedando alguno de los locatos callejeros de la Villa, ya contando chistes de Cosiaca y Cabriolas, (dos andariegos de la baja esfera, y de fama proverbial en Antioquia, por lo muy oportunos en el decir), o bien refiriendo las barbaridades de Canuto Villa y Pedro Advíncula (bandoleros de nota); otras veces imitando la voz gangosa del doctor Federico Jaramillo C., cuando este genio derrochaba bellezas de lenguaje, donde quiera que alzara tribuna; otras la golpeada, contundente y en frases cortas e inimitables del doctor Camilo A. Echeverri; esto, cuando nó, contrahaciendo algún profundo sermón en alti-bajos, del ilustrado presbítero Doctor Zuleta... en fin “El niño”, los entretuvo con su charla hasta más tarde de lo acostumbrado, como hora de dormir en “Guacimal”.

Pero nos falta por decir, que como el protagonista de la velada era tañedor de vihuela, y por ende, cantó acompañado de este instrumento, aquella noche.

—Que muy cansado estarás, le decían sus hermanas, pero nos tienes que cantar algo, las *ultimitas*, porque hace tiempo que no se oye nada nuevo por aquí.

Y la complacencia de Luciano siguió y cantó algunos airecitos de nuestro malogrado amigo Juan de Dios Escobar, que fueron debidamente aplaudidos por sus hermanas y que Andrea, que estaba sentada en un rincón de la sala, sola y olvidada, (el placer es tan egoísta), le supiera a pura almendra, a vino moscatel; recordando los tanguitos cubanos que cantaba su inolvidable amiga Olivia; y también, porque la voz de ese señor de los saludos imprudentes, le daba sobre su corazoncito, como aldabazos de viejo impaciente cuando no le abren pronto la puerta...

Al fin, a eso de las once de la noche, sin el rezo acostumbrado en “Guacimal”, después de una chocolatada general, hubo desfile, y cada cual a su respectivo dormitorio, a soñar así:

Don Nicolás, viendo en Luciano a un hombrón capaz de derribar un toro de un puñetazo, y por tanto, ya en disposición de encargarse de los trabajos en la hacienda.

Doña María Ignacia, admirando en el mismo a un doctor de guantes, cubilete, leontina y bastón, solicitado y consultado por todos los altos personajes conocidos.

Las muchachas, con teatro, retretas, serenatas, paseos en coche, en Medellín, y en holgorio con los condiscípulos de Luciano, en “Guacimal”.

Camila, además, se sofocaba, entre el sueño y la vigilia, haciendo conjeturas si vendría Pepe o nó, de si Luciano lo traería o no lo traería....

Los chicos soñando con los soldados de plomo, perinolas, carritos, escopéticas, que les llegarían al día siguiente en los baúles de Luciano.

Este saludando a una niña muy esquiva y vergonzosa, la cual no podía verle la cara, porque se andaba agachadita pero adivinando en ella un mundo de gracias.

Por último, Andrea, echando también su cuarto a espadas, se vino con una engorrosa pesadilla, que nó placentero sueño, huyendo de un indio de la peor catadura, que le perseguía, barbera en mano, y sin atreverse a decirle que la

*

Lejos del nido

amparara, a un gallardo joven que en aquel momento pasaba a caballo cerca de ella, sin mirarla o esquivando mirarla, avergonzado por que de lejos gritaban:
¡Ah bobo!, si esa es la criada!

XXXII

Era el amanecer de un día sábado, al día siguiente de la llegada de Luciano a “Guacimal”.

Todos en la casa estaban en pié, cuando aclaraba; puertas y ventanas de par en par, menos las del cuarto de “El niño”, porque éste dormía a pierna suelta descansando de las duras tareas; por el afanado estudio que había tenido esos días para volver a la casa.

El sol comenzaba a repartir su tibia luz en aquel bendito hogar y la parte que de él le tocaba al excolegial, se entró por una rendija de la ventana, y lo que no hicieron sus exigentes padres con aquel durmiente para obligarle a madrugar, lo vino a hacer el impertinente rayo de sol, dándole de lleno en el rostro, y como diciéndole:

“Despierta perezoso, a ver, a oír y a palpar unas cosas que hace tiempo no las tienes: el canto de los azulejos en los naranjos del patio; el de las mirlas en los cercos del huerto; la algazara de los cucaracheros, entrando y saliendo por los huracos de un ruinoso paredón; el chíííí-chíchííí de los pinches recogiendo desperdicios de maíz en el alar de la troje; el bramido de los terneros desde el corral, llamando a las vacas madres, que, ramoneando acá y allá, bajan con paso tardío de las faldas inmediatas; el relincho de las yeguas motilonas que enjalma el mulato Simón, para llevar en ellas maíz al mercado de Rionegro, y el de los potros dando vueltas alrededor de las madres, huyendo del lazo que les mandan los chicos de la casa en lidias por cogerlos...”

En fin, todo aquel conjunto armónico de verdes paisajes: de luces, de voces, de perfumes... derivados de las montañas, del sol, de las fuentes, de las aves y de las flores... en una limpia mañana de verano, y en una casa de campo de la tierra fría, en Antioquia...

Luciano, al despertar, lo primero que creyó ver fué, una cosa así como una sirvienta que huía de él, rehuendo el saludo; pero esta impresión pasó pronto,

*

y abriendo la puerta, después de ponerse en pie, de allí pudo contemplar el conjunto que dejamos dicho; aspirar el aire fresco de la mañana, y en medio de tanto ruido, oír el canto que sobresalía y que tenían en el corral de la ordeñada, Carmen y Rosario, con la desconocida rubia; precioso trino de aquellas pizpирetas y lindas chicas que con tal tesón ayudaban a las obscuras sirvientas en el ordeñadero.

Luciano pidió agua, se bañó, y salió en dirección a las acuciosas ordeñadoras en solicitud de un vaso de leche.

¡Pobre Andrea!

Terrible fue el susto que se dio cuando en ejercicio de sus funciones, inclinada al pie de una vaca, oyó a la espalda la voz de Luciano, dando los buenos días. Casi se le cae la totuma de las manos. Allí se acabó para ella la tarea, dando pifia a la ordeñada y con disimulo mal disimulado, tomó a un niño que estaba por ahí, y fingiendo cualquier pretexto se alejó del ordeñadero.

Luciano comprendió, al momento, lo apenada de la criadita y el miedo de verse cerca de él y esto le llamó la atención, pero la impresión pasó pronto, pensando que nacía tal pena o turbación, del malhadado saludo del día anterior y de las bromas de las muchachas por él.

A poco volvió con sus hermanas al interior de la casa a seguir como unas pascuas, pues aquel sábado fué día de holgorio en “Guacimal”, sin que a nadie se le viera en oficio, habiendo subido muchos puntos la parranda casera.

A todas estas que don Nicolás, a quien se respetaba, por su natural serio, se madrugó para el mercado de Rionegro y aquí que no pecan los Ruicitos.

La señora, doña María Ignacia, “con la cabeza así”, decía ella, señalando como una gran tinaja, pero feliz envanecida con su doctorcito....

Todo era pues cantos, risas, gritos, y chascarrillos, y juegos, y... regocijo.

La única perona que en la casa de “Guacimal”, aquel día, después de la escena del ordeñadero, se encontraba callada; y más que triste, pensativa, retraída, y lacrimosa, era Andrea, la huérfana desheredada allí de todo afecto de familia. Olvidada de todos, y separada de la fiesta, porque comprendía que no tenía derecho a tomar parte en las alegrías de un hogar prestado...

Y, cuánto sería el sufrimiento de la pobre huérfana!

Porque ella con instinto de señora, con su larga penetración y talento, se daba cuenta muy bien de su situación.

Y si había momentos en que trataba de revelarse su limpia procedencia, con esa fuerza de voluntad adquirida en tan larga escuela de infortunios, volvía sobre su corazón y lo refrenaba, mostrándose en seguida resignada ante la suerte.

¡Qué luchas, Dios santo!

Y eso que Andrea se andaba, como ya dijimos, en el amanecer de una castísima adolescencia.

Para ella apenas alumbraba la luz sonrosada que precede la salida de un hermoso sol.

¡Ay!, cuando ese sol llegue al cenit!

Luciano que no las tenía todas consigo, desde la escena de la víspera en “El Alto de los Arrayanes”, cada vez que por casualidad hacía encuentro con la *dentroderita* se turbaba, dándose luego a admirar aquel porte, aquella hermosura, extrañando, eso sí, que más se turbara ella, cosa que se le iba haciendo muy notable, pues no encontraba causa para tanto miedo, o repulsión, o vergüenza, máxime cuando él procuraba hacerse el desentendido con ella y casi ni aun la miraba.

Y la curiosidad de Luciano crecía y tomaba cuerpo, de tal suerte que, estando por la tarde en su cuarto, al entrar Camila a darle conversación, aquél se adelantó, y sin más preámbulos le dijo:

—Mila, me crees que me tiene impresionado la tal niña que tienen aquí de sirvienta.

—Ahora, sí!, exclamó Camila riendo: amores tenemos con la nieta de ño Mateo Blandón...

—¡Amores!, qué amores ni qué niño muerto!, no es eso, Mila, no es eso; lo que me preocupa es otra cosa.

—Pues hombre de Dios, qué cosa puede ser?

—Yo no lo sé; pero desde ayer, cuando llegamos a “Los Arrayanes”, que le eché aquel tan comentado saludo, y que luégo me referiste lo que sabías de su historia, y aun más, después que al descuido me he fijado en ella, he comprendido que la tál sirvienta no es tál sirvienta.

—Y qué es, pues?, bobito.

—Esa niña, Camila... esa niña es... yo no sé pero es...

—Naturalmente que algo tiene que ser...

—Pues, sí... pero... ¡yo no sé!

—¡Válgame Dios!, con el hombrecito, no desata.

—Cuando te digo que ella es...

—Blandón, Grisales, Villada, Harding, Thompson, Scovil... en fin, de cualquier indio o de cualquier mistereque vendrá, y se acabó la historia. Nosotros qué tenemos que ver con eso.

—Pues, nada. Yo bien lo sé, pero... te quería decir, que en este asunto hay algo grave, volvió Luciano, preocupado, y sin hacer caso de la zumba de su hermana.

—Punto novelesco. ¡ Si que vino el niño!...

—No te burles, Camila.

—Luciano, yo no me burlo, y de Andrea menos, y mucho menos de su condición, dijo Camila, alzándose de la silla que ocupaba y tomando un aire serio, quería tergiversar las enredadas conjeturas tuyas, por no lanzar concepto en este asunto; aunque yo pienso del mismo modo que tú piensas: que en el fondo de él hay algo muy grave, como tú dices, gravísimo...

—Mira, hermano, siguió Camila, por el estudio que tengo hecho de la niña, y el que ella ha hecho conmigo, he venido a comprender que esa sirvienta que vemos en Andrea, tan callada, oficiosa, y dulce... es un gran talento; es de una alma muy bien templada; es un ser superior que no ha tenido tiempo, espacio, o teatro, mejor dicho, oportunidad para mostrarse en toda la plenitud de su hermosa y de su genio.

—Me haces dar nervios, oyéndote hablar así, Camila.

—¡Ah!, y ¿porqué?, no ha sido el niño el promotor de la cuestión?

—Yo, sí, pero no aguardaba que fuéramos tan lejos, y por eso cada vez estoy más impresionado. Tú dirás que he venido con humos de romántico... novelesco... pero... lo que se relaciona con Andrea, no es éste el nombre de la joven?

—Como no, Andrea.

—Pues, sí, que se relaciona con ella, en mi concepto, tiene mucho de misterioso... encierra sucesos fatales... desgraciados... quizá más de lo que podamos imaginar... Eso el tiempo lo dirá.

—Luciano, ahora es a mí a quien toca decir aquello de los nervios con esa tu habladería.

—Sí, ¿con mis sospechas?

—¡Sospechas!, cómo así?, piensas acaso...

—No, no, no. Yo no quiero decir que sospeche algo malo de la niña, por el contrario: todo lo que conjeturo relativo a ella, a su ser es abstracto, es bueno; pero, mira, te lo repito, y no te rías: sin saber cómo ni cuándo, nos armamos hoy en casa, con esto, a un célebre drama... lo vamos a ver...

—Miren que tontico este, dijo Camila, tratando de reír, deja la bulla mico, estamos dándole mucha importancia a una majadería que no viene al caso.

Luciano, preocupado, seguía con su matraca.

—Camila, tú no has interrogado a Andrea para que te lleve a los primeros tiempos de su vida?

—Y es porfiado, el mocito.

—De veras, Mila.

—Pero ¡hombre de Dios!, si yo no sé otra cosa que lo que tengo referido.

—Y lo del casamiento con el indio es cierto?

—Si cuando digo que este maulita... le contestó Camila, dándole un ligero golpe en los labios con el reverso de la mano, a ti qué te va ni qué te viene, don... sopitas...

—Luciano!, Luciano! gritan los chicos de la casa; ya asomó Salvador al alto, foris, cataforis!... ananáaa! ¡a abrir baúles! a abrir baúles! Hijué! no traerán nada de cosas!... ya veo esos lempos...

Y los muchachos, que han entrado al cuarto, cogen a Luciano, lo sacan en peso de la hamaca, lo llevan al corredor y allí mismo le obligan a abrir el equipaje.

Subiendo de punto la admiración de todos ellos, en vista de los regalos, como también los alegatos, y aun moquetas, porque, decían:

—A éste le tocó caballito.

—Y a vos la perinola.

—Si, querías, y a vos más soldaditos.

—Luciano, mire, este uñetas ya le sacó casi todos los confites.

—Los confites, sí ay! ay! ay!, y tu madrina cómo quedó, só conversetas...

—Este carrito: ¿quién lo cambia?, ¿quién?

—Quinito, bello, hermoso, le doy estos confites, por el gatico.

—Quinito llorando:

—No quero, no quero, no quero...

—¡Hombre!, no seás angurrioso, dejá ese berriondo que se jarte su gato... mimoso...

*

Juan José Botero

Y todo se vuelve una bulla en el corredor, con reparto de los regalos que les ha traído Luciano.

Y para todos vino algún presente, por separado, y a cada uno de su madre y hermanos y hasta las cocineras, les iba pasando “el niño”, lo que les correspondía...

Solamente hubo, aquel día en “Guacimal”, una persona que miraba de lejos aquella distribución, sin derecho a recibir un recuerdo porque no tenía quién se lo enviara ni quién viniera con él...

XXXIII

Antes de entrar de lleno en este capítulo, permítasenos hacer una aclaración, referente al anterior.

Dijimos allí que a Andrea no le había alcanzado regalo y tal cosa no es cierta; pues si por parte de Luciano no le vino, como para que se le hiciera esto más sensible y como un escarnio de la suerte, el regalo le llegó por otra parte. Que el mismo día del reparto “Guacimal”, un chico de los menores de Celedonio Quirama, se le presentó a la niña, trayéndole de parte de Isidoro, una dádiva que no se supo lo que fuera, porque ella indignada ocultó en breve, sin conocer su paradero, aunque sí se supo el de la carta que acompañaba el regalo, carta que hacemos conocer en seguida.

Señorita Andrea Blandón su mano.

Mi recordada y nunca olvidada señorita.

Mando tomar la pluma para por medio de estas mal trasadas líneas dirigirle un paqueño saludo deseándole un millón de felisidades. Yo estoi sin nobedad gracias al onipotente Soberano.

Después de saludarla paso a manifestarle lo siguiente.

no olvide aquella bentura de dicha que cuando erais niña aun busted estubo en el caneí de los limones con güestro amante cuando tu erais el incanto de güestra jobentud en aquellos trasportes de cariño.

cuando yo a tu lado contemplaba con el estásis de la inosensia infantil con que en esa infansia me premiabais con tus melancólicas miradas i me indicabais que tenías un corason noble...yo a tus plantas

*

postrado cual angel ante dios te os juraba un amor sin límites para contigo.

hoí que escribo esta corta nota solo es testiga la una ese astro iluminoso que espase su lus al universo... tenga la bondad de dispensar estos mal informados renglones i recibir el corto presente de mis manos i el corason de güestro amante que nunca la olbida asta la tumba. Isidoro.

Al fin se acabaron las novelerías por la llegada de Luciano, y en la casa de “Guacimal”, todo el mundo tornó a sus acostumbradas tareas, con aquella regularidad, aquél método y orden que decían muy alto de las buenas costumbres y honrada vida de los que formaban tan cristiano hogar.

Y como no era tiempo todavía de que Luciano, se decidiera por el trabajo, que en forma debía emprender, mientras se resolvía este punto, él pasaba los días contento en medio de los sencillos pasatiempos que le proporcionaba la nueva vida, en familia. Pero como el hábito del trabajo, particularmente el del estudio, estaba en él tan arraigado, poco a poco se fué apoderando del cargo de preceptor, arrebatado a Camila, formando así en “Guacimal”, no sólo ya escuela primeras letras, sino un verdadero colegio de enseñanza superior; donde dictaba a diario clases a las cuales asistían : Camila en calidad de simple discípula, Carmen y Rosario, como también Andrea, la cual al principio lo hacía un poco retrasada, y luego cuando fué perdiendo el miedo o vergüenza que le tomó a Luciano, desde que éste llegara a la casa, ya más de cerca, hasta que a instancias de discípulas y maestro, adquirió formalmente asiento, en los bancos de aquella campesina universidad.

Y ¡qué adelantos los que hacía Andrea!

Pero, ¡qué turbación!, qué cosa la que le sucedía, cuando el preceptor se dirigía a ella; se atragantaba, la sangre le asomaba al rostro, y sabiendo también lo que se le preguntaba, no contestaba, o lo hacía con trabalenguas y tragaderitas que todos interpreteaban por “tímidez de la muchacha”.

Y el maestro, cuando tenía que encararse con su discípula, también se turbaba, sin acertar con nada, dejándose coger “enredado en la traba”, tomando en la casa esto a pena o molestia de Luciano, por tenerle que dirigir la palabra a “una infeliz zambita”.

Por la noche, cuando Luciano se retiraba a su aposento, después de la velada de ordenanza en la sala principal, leía un rato, luégo a darse unas idas y venidas en la hamaca, y al fin a la cama, a dormir.

¡Diablos!

Acaso el sueño le iba entrando así poco más o menos a aquella cabecita acalorada. Que le daba con pensadera, y vuelta de un lado y vuelta del otro.

Y aquellos ojos cada vez, más abiertos. Y a ver en qué pensar mientras viene el sueño o para hacerlo venir.

¿En el Colegio?... nada.

¿En los amigos de estudio?... Menos.

¿En el Teatro?... remenos

¿En las muchachas de Rionegro y Medellín? Algo se entretenía con el recuerdo de ellas, pero pasaba la lista muy de prisa y se le acababa pronto el material.

Y buscaba otro tema, y otro y otro, como quien engaña a un niño.

No quería darse cuenta, dejarse conocer de sí mismo, que tenía un asunto entre manos que le daba entretenimiento por todos los demás, y quizá para todas las noches de su vida.

Que por mucho esfuerzo que hiciera por ahuyentar de la imaginación un clavado pensamiento que allí hacia nido, a él volvía... y volvía...

Porque, se decía, la historia de esta muchachita debe ser muy curiosa.

Porque, ella es blanca, rubia, de ojos azules, y... muy... bonita... mucho... y no puede ser nieta de unos indios.

¡Tiene tanto talento!

Porque... la sirvientica revela alto origen ... ella no viene de... así poco más o menos.

Siempre sería cosa de novedad, averiguar lo que hay en el fondo de este asunto...

—Y Andrea?

Ella también se iba a su camita, y le pasaba lo que a su vecino, pues no cerraba los ojos, porque el señor sueño se le apartaba, y vuelta por aquí, y vuelta por allí, y susticos repentinos, y calorcito en la cara, y los piés menos calienticos que en otro tiempo, y rezar mucho a ver si se puede dormir, y... más abiertos aquellos garzos ojos.

¡Al diablo con las cosas en “Guacimal”!

Ya hemos sorprendido a Andrea, cuando Luciano sale para lo potreros, renovando las flores en el cuarto de éste y besándolas temblorosa y coloradita.

Y hemos visto a Luciano, besando las flores a su vez, porque ya sabe quien las lleva allí.

—Muchachas, (a las hermanas), de dónde trajeron esas flores tan bellas que llevaron a mi cuarto?

—Nosotras, nó, Luciano, le contestan, sería mamá quien las llevó. Y esto lo oye Andrea.

Luciano luégo, y con disimulo, dice a su madre, por allá apartado de sus hermanas:

—Mamá, qué lindas flores las que llevó hoy a mi cuarto.

—No, mi hijo, dice la señora, serían las muchachas.

Y eso también lo oye Andrea que anda por ahí cerquita, a la chitacallando.

Entonces Luciano, volviendo hacia ella le interroga con la mirada y Andrea, se pone como una grana, tiembla y baja sus garzos ojos.

Confiesa el pecado.

Y sin más frases, sin más palabras, sin más causa ni razón, con la mirada de Luciano, y la turbación de Andrea, se descubre un nuevo mundo; se despeja una incógnita; se descorre un velo; se ve una sombra y aparece una luz, y a la linda claridad que da esta luz, Andrea y Luciano ven... el amor.

Y ya desde aquel instante, estos novicios en aquellas artes, dejaron traslucir un secreto que acababan de revelarse, sin darse cuenta, ellos mismos.

Y luégo los runrunes se fueron extendiendo en “Guacimal”, sin más fundamento que... ninguno. Porque Luciano no buscaba a Andrea, ni con ella hablaba siquiera una palabra del asunto, y Andrea esquivaba todo encuentro con Luciano.

Eran aquellos amores como un secreto, invisibles, reconcentrados y sin embargo ya los iban conociendo en “Guacimal”, hasta los motiloncitos de las cocineras.

Es esto lo que puede llamarse un secreto público!

XXXIV

Los días venían y los días se iban.

“La misma barca atravesando el río.

El mismo eterno son”.

Como dijo el poeta.

Mas al fin, Luciano se propuso ver como pensaba Andrea, conocer algo por ella misma relativo a aquel amor que muy bien sabían ellos que existía, que los tenía arropaditos, pero del cual nada se decía.

No hay situación más difícil ni cosa más embarazosa, que vivir bajo un mismo techo dos que se amen, con la clase de amor de nuestros chicos.

La condición de él como amo, y de ella como sirvienta, no les permitía tratarse con intimidad.

Querer hablar a escondidas, era algo así como...cómo que no se tratara del verdadero amor.

Escribirse ciertas cartas... ¡qué recurso tan ridículo viviendo en la misma casa!

Valerse de un tercero, peor, ¿de quién?

Al fin llegó la ocasión.

Como Andrea casi, nunca faltara del ordeñadero, y Luciano lo notara, quién dijo: el excolegial se hizo ordeñador y, amaneciendo, al baño y de allí a las faenas de la ordeñada, muy a gusto y contentamiento de los de la casa, que celebraban aquello como una gracia del “niño”.

Al principio, y para no asustar la liebrequita él ejercía su nuevo oficio un poco retirado; pero luégo fué buscando puesto cerca a la arisca ordeñadora y aun le ayudaba a ésta a manear y a hacer entrar por su deber a los terneros de más dura cerviz.

Así fué haciéndole perder el miedo, hasta contestarle Andrea algunas preguntas que sobre su vida pasada le hacía él.

Una mañana, solos en el ordeñadero, Luciano le preguntó:

—Es Ud. miedosa?

—Mucho, señor, contestó Andrea, inclinada, ordeñando la “Cachipanda”.

—Y, es de brujas, de aparecidos o de muertos de lo que a usted le da miedo?

—De los muertos nó, señor, de los vivos.

—Cómo así?

—Pues mire: cuando me encuentro con algún hombre como... Isidoro el de ño Celedonio, me da mucho miedo, me enfrío todita y me da deseo de correr de huída.

—Y, cuando se encuentra conmigo?

—....No tanto... pues... sí... no de correr... es que me asusto mucho, porque soy muy vergonzosa.

—No le inspiro confianza?

—Respetico, más bien, señor.

—No, Andrea; es necesario que deje la timidez conmigo, que vaya aprendiendo a tratarme así... con familiaridad.... como amigos

—¡Eh! don Luciano una sirvienta confianzuda? yo conozco mi puesto.

—Y si lo conoce, por qué anda retraída?

—Pues, por lo mismo, señor.

—Nó, quiero decir que si usted se conoce y sabe lo que vale, no debe mostrarse tan humilde.

—Bueno fuera el papel que hiciera metida en colada con las niñas, como igual a ellas y tratándolo a usted así poco más o menos.

—Y si yo le dijera que usted para mí vale tanto como cualquiera de mis hermanas?

—....Para usted... nada le digo, pero vaya sálgale con esas a misía Maria Ignacia o a su papá y lo ahorcan...se lo comen vivo. Haga la gracia...

—Dígame una cosa, Andrea ¿qué hay de Isidoro?

—Por qué me lo pregunta, señor?

—Pues... como he oído decir que entre usted y él hay no sé qué enredos...

Andrea se puso como una grana, se mordió los labios y le dió un halón terrible a un ternero.

Luciano al comprender lo que le mortificaba esta conversación, afectuosamente, le dijo:

—Perdone la chanza. Parece que le ha molestado esto.

—Porqué, don Luciano? si usted quiere le digo lo que hay en este asunto:

—Entre ño Celedonio y mi padrino, dizque se convino en que Isidoro se casara conmigo, así que yo estuviera más crecida. En la casa de él cuentan con que se hará el casamiento. Isidoro no desiste de esto y me ha dicho que lo llevará adelante por sobre todo, y hasta me ha amenazado con barbera si me le quito, y a mi hermana Luisa dizque la mata, si se sabe que le hace mal tercio. Y como yo le cogí mucho miedo a ese hombre, y ella, mi hermana, anda siempre en mi defensa por librarme de él, consiguió que me admitieran de sirvienta en su casa, y... aquí tiene usted el cuento.

—Bueno, Andrea, oígame otra pregunta, si no se incomoda.

—Por qué, ya no le dije? En mi pobre condición, qué derecho tengo a quejarme?

Mal le asentó a Luciano esta contestación, pero por seguir un poco más la zumba, le dijo:

—Y, porqué no quiere a Isidoro?

—¡Eh!, don Luciano! usted si que me cree... sinembargo, quién dijo que yo no lo quiera? Yo no aborrezco a Isidoro, ni aborrezco a nadie, lo que le tengo a ese hombre es miedo, como le dije. Y lo que es para marido... ni riesgo.

—Algunos amorcitos que tendrá usted tapaditos.

—No lo he pensado.

—Quién sabe: no dejará de tener sus... enredos...

—Qué enredos, don Luciano! Esas son palabras ociosas que mi Dios toma en cuenta.

—No, Andrea, ya que llevamos las cosas a este punto, le digo con toda formalidad, que deseo saber como piensa y en quién ... a ver... diga.

Andrea, toda desconcertada no sabía lo que le estaba pasando. Con nada acertaba. Dejó voltear dos veces la vasija en que ordeñaba y otras tantas derramó la leche. Y atisba que más atisba a ver si venía alguno en su auxilio, sentía llegar la avenida.

—Valiente la vaca tan necia!, dijo al fin, hágame favor don Luciano de acabarla de ordeñar, mientras voy por los niños para darles la leche.

—Le ayudaré, pero usted no se me va Andrea, porque ya que se presenta la ocasión, quiero que me diga con toda franqueza...

—Don Luciano, yo me voy...ya vuelvo...

—Nó, nó, le decía éste, atragantado, recibéndole la vasija, es preciso, es necesario que usted me confiese

—Ya no le dije, pues, lo de Isidoro, exclamó la niña con suma naturalidad, y al mismo tiempo temblorosa y coloradita, por la turbación y por el calor del sol de la mañana que le daba de frente sobre su hermoso rostro.

—No es esto de Isidoro, sino aquello que le pregunté: si tenía... o no tenía...

—Tenía, qué?

—Algún amorcito....

—Don Luciano, yo qué cosas de esas puedo tener ni con quién, si he vivido en una miserable casa, en poco trato con la gente, huérfana se puede decir, en poder de viejos trabajosos que me criaron casi a escondidas... y sobre todo, qué persona que valga algo puede fijarse en mí, en una...

—Belleza!, dijo Luciano, arrebatándole la palabra, que merece mucho; una hermosura que será disputada; una virtud que infunde respeto; una desgracia que merece compasión... nó, compasión, nó, simpatía, cariño, afecto... amor... sí, Andrea, como el que usted me ha inspirado, como el que tengo y guardo aquí...

Al fin aquella pasión del excolegial había brotado de su pecho, y salía en torrentes de delicadas frases, que Andrea, la huérfana de “El Arenal”; la tímida sirvienta no pudo contestar, conformándose sólo con inclinar la cabeza, ponerse más encarnada y temblar como una siervecilla.

—¡Mi leche!, mi leche!, gritaron en la puerta del corral los chicos de la casa, llegando en tropel al ordeñadero.

Y con esto todo se vovió barullo.

Pero ya se había iniciado el callado asunto de aquellos amores.

XXXV

Mucho hubiéramos dado porque los amigos de Luciano en Medellín y Rionegro, como las encopetadas niñas que en aquellas ciudades trató, y con las cuales había tenido sus trapicheos, vieran al elegante cachaco aquella mañana en el ordeñadero de “Guacimal”, y en oficios de rústico pastor: calzando alpargatas, vistiendo ruana, sombrero jipe, y requiriendo de amores a la sirvienta de la casa que en cuerpo, después del baño, con su cabello suelto, su pie descalzo y alzando el traje casi a la rodilla, provocaba para decirle muchas cosas dando lugar esto a escenas tan pastoriles, que asunto, y famoso, prestaba para escribir un idilio.

Una linda mañana de verano. Entrando y saliendo del corral las hermosas vacas de leche. El ruido de la acequía. El pag-pag de los patos chapoteando en ella, las alegres dianas de tantos pajaritos, las bravatas que hasta allí llegaban de las cocineras por “esa leña tan verde”. El miau miau del gato, solicitando

su ración de leche. El grito de los negritos arriba en la falda del potrero, arreando el ganado. Dos enormes toros, pitando airados, preparándose para entrar en lucha, escarbando en el suelo y formando sendas grietas con los cuernos en la pared de un barranco, haciendo caer sobre su lustrosa piel una lluvia de tierra.

Teniendo por complemento de todo aquello, un sol claro y tibio, mostrándose risueño por detrás de las altas montañas andinas, curioso intruso que viene con luz en mano, a alumbrar aquella escena de paz, de bienestar, y sobre todo, de... amor.

Ya por aquel día quedó truncada, la declaración amorosa de aquella pareja, sea porque Andrea le huyera al lance o bien porque la ocasión no llegaba, es lo cierto que menos llegaba el término de la declaración y los pobres amantes mudos, sorbiéndose en silencio tan honda pasión.

Pero ya tantos cabos cogidos, dieron base para sacar el hilo del cuento, en “Guacimal”, no fue un secreto los amores de Andrea y Luciano, y luego se enteró la señora de Ruiz, pues que informaba la vieja, chispeaba de impaciencia, aguardando a don Nicolás de un viaje, para poner punto final en aquel enredo.

—Bien lo decía yo, decía soliqueaba muy por lo bajo doña Ignacia, el día que Luisa trajo aquí a esa muchacha, que quién sabe qué casta de pájaro sería...y dizque muy buenita...y dizque muy señora... una gatita muerta que no quebraba un plato... Jum!, ya ven en las que anda, embobándome al pobre de mi hijo, y lo peor del cuento, haberla recibido ese día sin estar en la casa Nicolás. De ésta se va a pegar él, y, quién le aguanta la cantaleta. Pero no le hace, hoy ha de llegar y esta misma noche lo pongo al corriente de lo que sucede, a ver qué pasos damos, porque más vale que me coma de una vez, que no se me pierda el muchacho.

Dicho y hecho. Aquel día llegó el señor de “Guacimal”, y por la noche, sentados en el corredor de la casa, después de despachar sendas jícaras de chocolate, la señora, a la cual le bailaba la sin-hueso por chismearle a su esposo, sin muchos rodeos le contó el asunto.

Casi quiebra la silla, el señor de Ruiz, con la sacudida que dio al oír aquello.

—¡Diagirol!, no puede ser! exclamó, cuando doña Ignacia terminó la acusación.

—Pues... y lo és, que es lo peor, contestó ella.

—Y, de dónde sacó el muchacho tal enguando?

— ¡Eh!, Nicolás, eso quién lo sabe.

—A yo nunca me gustó la tal zambita, dende que la encontré en la casa, mal añaje le vide.

—Así son las cosas: ¡Criados!, el que no tiene una maña, tiene otra.

—Cuando güelva a recibir gente en la casa, consulte.

—Pero, Nicolás, quién creía?... si ella se había manejado muy bien, hasta que vino Luciano; pero... sin embargo: como digo lo uno digo lo otro, yo tampoco le he cogido nada a ella... la muchacha no deja de hacer su oficio, de verme los niños, que con ellos se está todo el día; por la noche a mi lado, rezando y yo misma la llevo a acostar junto a mi alcoba... Pero... esa es la cosa: Luciano aburrido, callado, retraído. Ya ve mijo, él que era tan alegre, ni toca guitarra, ni canta, ni... nada. No hace más que vivir como un sonámbulo. Y un cuchi-cuchi de todos en la casa, que lo que le tiene así es la muchacha.

—Pues, ahora mesmo se le notifica a ésta que se rumbe muy por la mañana. Y ese almártaga pa “Chontalito” a echar calabozo. Eso sería lo que fue a aprender a la Villa.

Dijo y se fue parando el viejo como para ir a poner en ejecución la sentencia; pero doña Ignacia le cogió del canto de la ruana, le detuvo e hizo volver a la silla.

—No, Nicolás, esas cosas no se hacen así, y mucho menos donde hay familia pequeña, no hay que armar escándalos. Yo creo, lo mejor, que usted le haga viaje a Luciano para el Cauca, a encargarse de la finca allá; pero sin mentarle nada de estas cosas, porque eso muchas veces sirve para encender más el fogón... No hay que hurgar el avispero... Y a más que con estas bullas de revolución, hay pretexto. Y ahora que hablamos, si no es pretexto sólo, ya yo lo había pensado, Nicolás. Hoy vino del pueblo Salvador y dijo que la revolución es una cosa espantosa y Luciano siempre está arriesgando mucho aquí tan a la mano.

—¡Ah!, se me olvidaba decirle “mi doña”, volvió don Nicolás, que en el Valle arriba, en el Cauca, quizque está la guerra bien prendida. Que un tal Trujillo baja las volandas pá Manizales contra Antioquia, y que los de aquí suben a gorrita quitada a trancale a los Vallunos.

—Pues, dijo doña Ignacia, esto es caer la sopa en la miel. En una vía hacemos dos mandados: enviamos a Luciano a esconderse y al mismo tiempo a que deje esos caprichos. Pero como le digo, Nicolás: con prudencia, sin alharacas, sin molestias. El es dócil y muy convenido, se le da orden de que no salga de “Chontalito”, mientras no se calme este bullicio y pueda ser que entre tanto se le olviden esas cosas.

—Aquello es muy corriente, señora.

—Yo, siguió diciendo la vieja, me encargo de poner la muchacha de paticas en “El Arenal”. Mañana mismo hago llegar a Luisa, se la entrego, ésta se la lleva y... san se acabó.

—Pues lo que disponga doña María Ignacia es bueno y se hará, dijo secamente Don Nicolás, levantándose de la silla y dirigiéndose a cerrar la puerta del cuarto de las monturas que se había quedado abierto.

—¡Pobre Andrea!, y ¡pobre Luciano! no sabían que en aquella hora un tribunal los acababa de juzgar, dictando contra ellos y sus nacientes amores, una sentencia, que se llevaría a efecto, sin remedio, que no tenía más apelación, que aquella donde se dice que se recurre de las dictadas por algún juez de garito...

XXXVI

Al siguiente día, don Nicolás entró por la mañana al cuarto de Luciano, y se sentó en actitud de entablar plática con él.

El hijo, que en aquello del padre miraba algo extraño, se preparó, poniéndose en guardia, pero no muy en sus cabales, porque tenía pecado.

—Hijo, dijo don Nicolás, ya sabrá como marchan las cosas actualmente. La revolución está en su fina. Hay una persecución y una reclusión dadas al diágiro. Semos de pensar y nos parece muy puesto en razón, a yo y a su señora madre, que busté no esté por aquí tan a la mano. No sabemos si de golpe hay algún intrigante que le haga echar guanvías, y aunque no sea para llevárselo de soldao; para sacarnos plata.

Luciano callaba.

—Por ahora, continuó el viejo, como están las cosas, no debemos pensar en lo que busté deba ponerse hacer, en buena forma, y por lo mesmo creo

conveniente, que por lo pronto se encargue de “Chontalito”, que se vaya al Cauca a cuidar la finca y a llevar algunos animales, los más que se puedan, a ver si los escapamos, que aquí barren un día de estos con lo que hay, si no son los unos, son los otros.

Luciano como una tapia.

—Ya ve, hombre, mi compadre mandó a Daniel a “Los Charcos” y bien que va el muchacho. Buen vecino y compañero va a tener.

—Se lleva al viejo Lucas y a la vieja Rufina, y como a ellos no los han de arriar de soldaos, mucho le sirven.

—Se lleva también a Salvador y a los zungos que estén de cuartel, y entre todos les hacemos una gallunga a los animales y son muchos los que se arréan. Cuando las cosas se silencén, sale a ver que se pone a hacer en forma.

Al fin habló Luciano, así:

—Y, cuando cree, padre, que debo irme?

—Mañana mismo, u a más tardar pasómañana. Eso sí mijo, a no salir de allá hasta que no se arremate todo.

—Muy bien, padre, haré lo que usted ha determinado, pero...¿no le parece que el viaje sea pasadomañana, para arreglarlo bien?

—Ello, cuanto antes, es lo mejor, pero...en fin, dijo parándose don Nicolás, será así, hijo.

Al salir su padre Luciano, se quedó de una pieza.

Aquel era lance tirado por él y quién sabe si por su madre, se dijo.

Y tomando la hamaca, mientras llamaban a almorzar, dejó ir la imaginación a la aventura, siguiendo así su disertación a solas:

—Ufúf!, demá... Estas son cosas de mi mamita. Ya no hay quien no me la raye con Andrea. Y como entre todos anda el cuento, de seguro que llegó a oídos de doña Ignacita, y ella, tan engreída con su nobleza, le da miedo que su hijo, su *nene*, se calaverée con “cualquier zambita”. Si me parece que la oigo. Aguardó a mi padre y anoche mismo se resolvió mi viaje.

Dizque a esconderme!... “Ello, si hermanito”, a esconderme, sí a alejarme de Andrea, y lo peor de todo es, que estoy loco, loco de amor por ella, loquito rematado, de no dormir ¡Si es tan bella la confiscada!... ¿cómo quedará bien vestida?... y en un buen caballo, de pavita, y con velo, y guantes, y... para pasarla por la calle donde viven aquellas que me envolataron tanto. Yo les diera a saber con mi *indiecita* bien puesta... Pero ¡hombre!, si ella no necesita de adornos,

que como va por la mañana al ordeñadero, después del baño, ... naturalmente... como es ella... ¡qué diablos es que tiene!, ¡hombre!, si ni peine usa. Yo la he visto cuando viene de la quebrada con las muchachas recogiendo el cabello a dos manos y arreglándolo con los dedos; ¡aquel peinado que se hace!... ¡y esos ojos!... ¡y esa boca!... ¡que risa!... ¡y el talle!... ¡y esos pies desnuditos que me da ganas de cortárselos... y... bueno...

No hay remedio. Tienen razón mis viejos queridos: a “Chontalito” o me reviento si sigo aquí tan enamorado, a pie de fábrica, y tragándome este amor solo, solito.

Si pudiera hablarle con todo el alma, hacerle conocer lo que siento y saber de ella que está resuelta... pero, ¿cómo si es tan arisca? Y por mano tercera... a ver... en la casa... nada, no veo el sujeto... ¡Hombre... éste, ésta... (dándose una palmada en la frente) ¡ah!, sí, sí... ya dí, ¡Eureka! al fin la he hallado:

¡Luisa!

Sí, Luisa es a no dudarle, nuestra providencia, nuestro ángel mediador. Es una buena mujer, sé que quiere mucho a Andrea y por ella se interesa. ¡Nada!, en almorzando, a caballo y a “Los Alticos”. No hay cuidado. Todo se arreglará.

(Canturriando):

Ta raré, tararé tin tan!

Tin tan, tararé tararé.

Llamaron a almorzar y Luciano, sin dejar de canturrear se dirigió al comedor más complaciente que de costumbre, lo que extrañó y al mismo tiempo gustó a sus padres, que le creían acobardado por la notificación que le hiciera don Nicolás, de aquel veredicto pronunciado contra él y la zambita Blandón, sin ser oídos y vencidos en juicio...

Después del almuerzo, Luciano hizo ensillar un caballo y con el pretexto de dar vuelta a los potreros de ayudar al rodeo de los ganados, salió de “Guacimal”, y en menos de lo que esto se cuenta se puso en “Los Alticos”.

Y todo a pedir de boca.

Luciano que llega al patio de la casa y Luisa que se presenta en él corredor.

—Buenos días, María Luisa, le dijo aquél.

—Que tal, niño Luciano, ¡qué milagro verlo por aquí!

—Y si es, porque después que vine de Medellín casi no he salido de la casa.

—Desmonte pues y entre.

Luciano se apeó, amarró el caballo a la sombra de naranjo y sin quitarse los zamarros, entró a la sala de la casita precedido de Luisa...

—Siéntese, niño, le dijo ésta, aunque sea en la banquetica. Estoy tan mal de muebles.

—Gracias, no se moleste Luisa.

—Y... de veras, don: qué era que no había venido a ver a estos pobres cristianos. Así se hace. Después que aquí le hemos tenido tanto cariño.

—Y es la verdad.

—Y de haberlo llevado tanto tiempo en mis brazos, cuando chiquito, porque fui su carguera, mi rey, aunque le pese.

—El peso era para usted.

—Y que sí, porque ¡ah necio que era! Pero queda el consuelo de que lo casqué duro, siempre le arrimé sus palmaditas

—Eso dicen en casa, que era muy necio.

—¡Virgen!... y, se compuso?

—No, Luisa, me quedé con el resabio.

(Pausa).

—Fuera de chanzas, niño Luciano, lo había extrañado. Por qué nos había dado con el pié?

—Sí, es verdad, es que... lo envolatan a una cuando menos piensa... lo *entongan*...

—Eso, por lo visto. Alguna de Medellín que me lo tiene enguaralado. Esas villanas que serán más enamoraditas y, enamoradoras.

—Nó, Luisa, si no es de esa tierra.

—Entonces, rionegrera, por allá si hay unas bien pispas y... gustadoras.

—Tampoco: la brujita, que me persigue está muy cerca de aquí.

—Pues, será, ... ¡ah! sí ya caigo en el chiste, ña Rufina. Vean cómo se ganó la rifa el diantre de la vieja, sin apuntarse. Y que no tiene mal gusto.

—Quién? ella o yo.

—No charle Luisa. No charle. Es de veras.

—De veras, qué?

—Que estoy enamorado.

—¡Válgame! Pues eso se le ve a leguas.

—Y mucho. Vea por esta...

—Sin que lo jure.

—Pero mucho!... mucho!

—¡Aúpa que se revienta!

Y Luisa, que ni por asomos veía por dónde iba a zafarse Luciano de aquel enredo siguió la zumba y le agregó:

—Y se podrá saber cual es esa venturosa de quien está prendado tan apuesto caballero?

—Cuénta, Luisa, que le puede tocar generales...

—A mí?

—A usted.

—Ahora me toca decirle que no charle.

—Porque no es charla es que le repito...

—A ver: de mi madre no puede ser, porque a ella no le gustan los viejos, dijo Luisa en tono chancero. De Rita, menos. De Tomasita, mucho menos. No me queda más parienta cercana que... la que habla. Luego yo la preferida del más bien parado cachaco que viera jamás tierra antioqueña. Declarase, pues, mi caballero.

—¡Ah! Luisa, siempre hermosa, y siempre buena. Cree usted que yo no sé lo bondadosa que es usted? que acaso ignoro todo lo que usted ha hecho por... por una persona que mucho me interesa?, cree acaso...

—¡Ah! bruta, yo si soy del gajo de abajo. No haberle entendido antes o no haber adivinado... si eso era cajonero.

—Y, me disculpa, Luisa?

—¡Válgame la Virgen!, pues demás. Lo culpara don Luciano, si usted hubiera visto, con indiferencia el tesoro que guarda hoy en su casa.

—Gracias, Luisa. No digo: siempre cachaca.

—Pero... ¡cuenta por Dios! cuenta con ese angelito!

—Luisa; me creo muy caballero, por lo menos incapaz de hacerla pasar a usted como encubridora de una mala acción, y cuando he venido en su solicitud para hablarle de lo que usted ha adivinado, de Andrea, es porque no intento nada que no sea digno. La conozco a usted, Luisa, y mal podía yo venir a desahogarme de una pasión mezquina, delante de una mujer virtuosa y buena.

—Gracias, don Luciano, gracias por Andrea y por mí. Por ella particularmente a quien he visto hasta hoy como a una hija. ¡Pobre huérfana! Estoy

segura de que al trascender en su casa lo que usted me revela ni un día más la dejarán allá.

—Por eso me he anticipado, dijo Luciano, a eso vengo precisamente, a ver cómo ayudo a usted en la obra santa que se ha impuesto de salvar a esta criatura. Luisa, cuente usted conmigo, disponga usted la batalla como jefe, que yo entraré a la pelea como soldado raso. Andrea se salvará y Andrea será...

Luciano no se atrevió a terminar la frase, pero Luisa la acabó así:

—Mía, iba a decir, cuénta por Dios! cuénta con esa niña. Que ella no trascienda su pasión. Ojalá que ese corazoncito de oro no despierte todavía al amor y mucho menos en el presente caso, para después tener quizás que llorar su desamparo, sufriendo quien sabe que clase de humillaciones.

—Luisa, creía que usted me tenía en mejor concepto; dijo Luciano; resentido.

—A usted sí que le tengo. Lo creo muy caballeroso, de sentimientos nobles, capaz de un sacrificio superior... pero... hay tanta distancia de su familia... a una sirvienta... a una nieta de...

—No siga por Dios, Luisa!... lo sé todo... Sobre el origen que le atribuyen a Andrea; sé cuál es la intransigencia de mi familia, en este caso... pero... también sé... Yo no sé nada, Luisa, yo soy un loco... No me doy cuenta de lo que digo, de lo que hago y mucho menos de lo que pueda hacer.

—Pero, siguió Luciano, en todo caso, ya estoy notificado por mi padre que debo seguir a “Chontalito”. Con seguridad que Andrea será despedida por mi madre. Donde la vieja Romana no podrá vivir, usted será su madre, su apoyo, su consuelo, su ángel guardián...

—Luisa, continuó Luciano, yo amo a Andrea con locura, con frenesí, con idolatría... Ella... aunque algo me ha dado a comprender, no sé si me amará lo mismo, con amor de sacrificio. Muy poco hemos tratado este asunto, y siempre permanece callada, cuando de esto le hablo. Pero, bien sea que se decida del todo por mí, o bien que no lo haga al fin, cuente con mi apoyo, con lo que valgo, para que la salvemos, Luisa: en cualquier caso, en cualquier situación difícil que se vean, acudan donde mí, y... ¡Adiós!...

—Don Luciano, volvió Luisa, cuánto le agradezco la visita, y sobre todo, el aviso que me da de lo que pasa en su casa, y el ofrecimiento que me hace, o nos hace, porque Andrea vivirá conmigo...

Aquí estuvo Luisa un momento pensativa y luego siguió, así:

—Algún día, niño, le retornaré esta visita, cuando sea muy feliz y esté más sereno de alma que lo que está ahora. Respecto al aviso, de él me aprovecho, y hoy o mañana iré a su casa, en son de paseo, para anticipármele a misía Ignacia, pues yo presumo que pronto seré llamada por ella, para devolverme el tesorito que le entregué.

—En cuanto al ofrecimiento, lo recojo y lo guardo, pues yo sé que de él me serviré muy pronto, quizás mucho antes de lo que usted pueda imaginarse... Hasta entonces, que mi noble soldado descanse con arma al brazo y morral terciado, para que no demore la marcha al toque de llamada...

Cuando Luisa decía esto, Luciano se preparaba para irse, y tornando la mano de la viuda, entre las suyas, le dijo:

—¡Adiós!, salvaremos a Andrea.

—La salvaremos, contestó Luisa, irguiéndose.

—Y será mía, agregó Luciano, riendo.

—O mía, exclamó ella en el mismo tono.

¡Ay!, aquellas dos nobles almas se entendían, se daban la mano como símbolo de promesa para aprestarse a la lucha, pareciendo también como que quisieran disputarse, de antemano, lo mismo que querían o pretendían disputarse otros.

Esta es la vida.

Lucha, siempre lucha!

XXXVII

Luciano, al separarse de Luisa, siguió para los potreros, y después de darse un baño en la quebrada de “Guacimalito”, se reunió a los peones para ayudar a la recogida de ganados y todo lo que pudieron atrapar, yegua motilona y matalón viejo, con lo que volvieron, por la tarde, a los corrales de la hacienda.

“El niño”, por esta vez, llegó placentero y complaciente a la casa. Estuvo “delicioso” en el comedor, (frase favorita de Camila).

Terminada la comida, invitó a los casi olvidados discípulos a una conferencia en la sala principal, pues quería ver, antes de su viaje, si habían olvidado las lecciones.

Llegada la noche se reunió el cuerpo de estudiantes con el preceptor a la cabeza, dando principio al acto de una manera formal, asistiendo a la sesión aun la misma “zambita Blandón”, pesadilla de la señora, asustadita, retraída y avergonzada.

Pasado el examen el maestro quedó satisfecho, al ver que no había perdido el tiempo. Luégo, se fue animando la tertulia, como en la noche de la llegada de Luciano y se gozó en “Guacimal”, por aquella vez, de una velada primorosa, con tal parrandón que hasta “vueltas”, (baile popular de Antioquia) les hicieron bailar a los gravísimos, estacadísimos, malencarados señores de aquel cacicazgo.

Sólo Andrea permanecía aparte de todo bullicio, animación y contento.

“Que en el cordial festín de la familia

No alcanzaba cubierto para ella”.

Luciano se devanaba los sesos buscando una coyuntura para hablar a solas a Andrea, pero no la hallaba.

Así, que por aquella noche se fué a la cama satisfecho por haber dado con Luisa para lo que más tarde ocurriera; pero desazonado por no haberse podido comunicar con la amada de su corazón, acortándose, como se acortaba, el tiempo para el viaje, y sin saber a punto fijo qué pensaba y a qué estaba resuelta ella.

Durmió poco, ¡qué iba a dormir!, y cuando ya la luz del día se le venía entrando por todo agujero que topaba, acordándose de aquellas mañanas en el ordeñadero, por sí, o por nó, saltó ligero de la cama, se vistió y abriendo un postigo de la ventana, cuál fue la sacudida que dió, al ver que la sirvienta se le había adelantado, y allá estaba en el corral, sola y en ejercicio de sus funciones.

Andrea, en aquella noche, tampoco pudo dormir.

¡Quién dijo!

Y como la niña pensara que se iba muy pronto el señor, y tal vez no le repetiría aquello que le dijo una hermosa mañana, en el ordeñadero, por eso madrugó más que el señor, y también por sí o por nó. Y allí se veía en el mismo puesto al pié de la “Cachi-panda”.

Luciano a tal vista palideció y tembló, como si se preparara para cometer un delito, mas vencido ese primer susto, se dirigió al ordeñadero a jugar el todo por el todo.

—Buenos días, señori... Andrea... dijo al llegar Luciano, atragantado.

—Buenos días, don... dí, don Luciano, contestó Andrea más turbada que él.

—Pues... madre... sí que madruga.

—Le aprecio mucho... digo mucho, replicó ella, hecha ascuas.

Ya ven ustedes: el cachaco culto, fino, locuaz y decidor, atragantado, cortado, turbado delante de la montañerita de “El Arenal”.

Esto es para poner en evidencia lo que hace un atracón de amor.

Cómo pone a deletrear al más pintado...

Y después de aquel trabalenguas, Andrea y Luciano silenciosos y como pasmados.

Pues, cátrate ahí!, que el tiempo, que es precioso, va pasando y aquel par de mudos, ordeña que ordeña, no oyéndose otra cosa que el ruido de la acequia y el chigüi chigüi de la leche, al caer en las amarillas totumas. Y si no ha sido por un incidente casual, por la llegada de Luisa en aquellos momentos se deja sin explicación el madrugón de la enamorada pareja.

No se sabe cuál se alegró más con aquel socorro.

Luisa empujó la puerta del corral, entró a éste, saludó la compañía ordeñativa y después de dar a los miembros de ella algunas chanzonetas, muy de las circunstancias y que les sirvieron de pié, siguió para el interior de la casa.

Repuesto el cachaco, aquí de su facundia:

—Y ya lo sabe todo, dijo Luciano.

—Quién?

—Luisa.

—Sabe, qué?

—Pues... esas cosas de nosotros.

—Lo del otro día aquí?

—Sí, lo que dije aquella mañana y que fue interrumpido...

—Por los gritos de los niños?

—Cómo nó, a tiempo que le iba a hacer una pregunta, para que usted contestara decisivamente.

—Y, cuál era la pregunta?

—Que... si usted sentía por mí eso que yo le dije que sentía por usted, y si estaba, como yo, resuelta a todo.

—Y... qué quería que le contestara, señor? le dijo Andrea, todavía con tragaderita, pero ya un poco envalentonada.

—Pues... sí, o... sí, como Cristo nos enseña.

—Y si le dijera que nó?

- Que no, qué?
- Que no le entiendo.
- ¡Ah! ya me volvió el alma al cuerpo.
- Y, a dónde se le había ido?
- Allá, a donde vive a toda hora, usted no siente el ruido muy cerca?
- De la acequia?
- No vuelva la hoja, Andrea.
- Y entónces, de qué, pues, es que me pregunta?
- De mi alma, de mi corazón.
- Usted como que se ha embobado después que vino, y me dispensa el atrevimiento.
- Y sin poderlo negar.
- Le dieron yerbas?
- Sólo que usted las sepa administrar.
- Yo, sí.
- De veras soy de familia de yerbateros.
- ¿Usted?
- Como lo oye.
- Y tiene alma de enyerbar a un pobre prójimo?
- Pues... yo gozo con eso.
- Cómo así?
- Por tener un gustico.
- Pero, qué gusto puede sacarle a eso?
- Cuál? el de curarlo después.
- De suerte que también sabe desenyerber?
- Demás, señor, ese es mi fuerte.
- Con qué? a ver.
- Pues... con las mismas yerbas. Con pelos del mismo perro, como dicen en casa.
- Similia, similla... Homeopatía pura.
- Eso sí no lo entiendo yo, de latines.
- Y, así se curan los males?
- Así... don Luciano.
- Es decir, que si la causa de mi enfermedad o bobera, como usted dice, fuera la de que usted me hubiera dado a tomar... por ejemplo... amor, Andrea, con qué me curaba?

—Pues... dándole más am... Mire, don Luciano, usted sí que es... me está haciendo hablar disparates.

Aquí otro largo silencio y ordeña que ordeña.

Al fin Luciano, por reanudar la conversación y por rastrear mejor la intención de la niña le dijo:

—Andrea, qué le parece que no le he contado una cosa.

—Qué cosa?

—Me voy a casar.

—¡Sííí!, con quién?

—Con una de Medellín.

Si otra vez en aquel punto y en un caso análogo se le volteó la vasija, derramando el contenido, ésta no sólo se le derramó, sino que la dejó ir al suelo.

Y pálida y temblorosa, para disimular su desfallecimiento, se sentó en un pequeño barranco que allí había.

Luégo, cuando ya se repuso, con acento de suma tristeza le dijo a Luciano suspirando:

—Qué dichosa va a ser esa señorita!

—Si yo me casara con ella, qué haría usted?

—Yo... rezar mucho por su felicidad.

—Y, qué más?

—Pues... rezar también... digo... llorar por la suerte de... de la que sería de usted y de ella tan buena amiga, si no estorbaran tantas cosas.

—Andrea!, le dijo Luciano loco de amor, yo le estoy mintiendo; yo no tengo dado mi corazón a otra persona sino a usted. Este, este, como le dije otra vez, es suyo... Y cuanto soy y cuanto tengo.

—Yo me iré mañana, siguió Luciano, y bien sea que usted quede aquí o vaya a “El Arenal”, o a donde Luisa, volveremos a estar juntos, volveremos a hablar. Hay una persona que es ya confidente de nuestro amor: Luisa. Ella que ha sido su ángel custodio, su amparo, su madre, será la mediadora de nuestro amor. Ya estamos convenidos ella y yo. Viva tranquila, Andrea, hasta el día no lejano, en que pueda llegarme a usted, no así temblando como un criminal, sino sereno y tranquilo a darle mí...

—Dizque no estaba aquí, gritaron de la puerta del corral algunas voces.

—Andrea!, Andrea!, se apresuró a decir Luciano, el tiempo se acorta, dígame si es cierto que me ama, si en el campo del verdadero amor, del puro y

honrado amor, usted se resuelve a todo conmigo, si desde hoy para siempre puedo, llamarla mía...mía.

—Don Luciano, dijo temblando o suya o de nadie!

Ya era tiempo de dar la última pincelada a aquel amoroso cuadro, porque el corral fué invadido por niños, peones, ganados, perros... la mar de vivientes, pues en aquel momento se daba principio a la encerrada de los cuadrúpedos que desde la víspera, de aquel día, eran huéspedes de la pequeña “manga delantera” o “potrero de las madrugadas”.

Aquella confusión, aquel ruido de voces humanas, de relinchos, de bramidos, de ladridos, de saltos, de carreras, ahogaron, para los que allí llegaban, la última frase que dirigió Andrea a Luciano, palabras que tuvieron tanta resonancia en el corazón del desterrado a “Chontalito”.

Y si en aquel día fueron las últimas que se cruzaron entre los dos enamorados ordeñadores, también fueron para Luciano, las primeras en la dulcísima historia de su amor.

Hermoso, por cierto, cuanto original, estuvo aquel juramento de amor al pié de la “*Cachipanda*”.

XXXVIII

Han pasado algunos días después de aquél en que Andrea y Luciano, en el ordeñadero de “Guacimal”, se hicieron el más sencillo juramento de amor que se haya conocido, y de entonces a esta parte, veamos lo que ha sucedido dentro del escenario, donde giran los principales personajes de esta historia.

Andrea, como era natural, salió con Luisa de “Guacimal” para “Los Alticos”, con el pretexto de descansar unos días, motivo éste inventado por doña Ignacia y Luisa, después que éstas tuvieron una larga conferencia en la despensa.

Luciano, al ver partir a Andrea, le dio una adiós tan triste con los ojos, que conmovía, y sólo hubo en ese momento otra cosa más triste todavía, y fue la despedida que con la mirada le devolvió Andrea.

Y, ¡qué remedio!

Era necesario someterse a los mandatos supremos. Era preciso que aquellas dos aves que andaban en el alborar de su callado amor, alzarán el vuelo a regiones

distintas, dejando el teatro de su naciente pasión. Por eso al fin, también salió de “Guacimal”, el excolegial, con todos los cuadrúpedos que pudieron recoger y a “Chontalito” fué a dar, “sin tocar orilla”, a purgar lo que sus padres creían un gran pecado, sin caer en la cuenta de que con tal castigo no hacían otra cosa que atizar la hoguera, pues bien lo dice el cantar:

“Querer atajar el paso
A dos que se quieren bien,
Es como echar leña al fuego
Y sentarse a verla arder”.

Porque la oposición no hace otra cosa que apretar más y más los lazos que pretende romper. La privación excita el deseo de la cosa prohibida.

Ya satisfechos nuestros noblísimos señores, creyendo que con lo hecho quedaba cortado el mal de raíz y que por lo tan el Dr. Ruiz no volvería a pensar en la Blandón, en “Guacimal”, se siguió otra vez la vida arreglada; en los trabajos, notándose, sí, un inmenso vacío con la ausencia de la oficiosa sirvienta, que “con dificultad se volvería a conseguir otra igual”, como a voz en cuello lo pregonaba la familia de Ruices.

Sentida en verdad, fué la niña, cuando ya pasados algunos días, viendo que no tornaba a “Guacimal”, y que por los runrunes se supo que había sido expulsada, se comprendió que su vuelta sería tarde.

Luisa la llevó a su casa, pero como, viéndolo bien, ningún derecho tenía para retenerla allí, resolvió devolverla a “El Arenal”, sacando, sí, el mejor partido con ña Romana, para no privarse de verla con frecuencia a su lado.

¡Pobre Andrea!

Después de probar las delicias de un hogar tranquilo, respetado y abastecido, volver a la miseria, quedar a la ventura de cualquier infame que quisiera irrespetarla, ya que le asediaban gentes de tan baja esfera, siendo el principal Isidoro, pues desde la vuelta de Andrea a “El Arenal”, este indio, como los miembros de su familia y compañeros de crápula y juego, no salían de allá, sitiándola y vigilándola, de tal modo que ya ni la dejaban asomar por “Los Alticos”, alejándola de allí y ocultándole a Luisa todo paso que daban en el asunto del casamiento son Sidorito, concertado con ña Romana, para “cuanto antes”.

A Andrea menos le confiaban los pasos dados, para qué?

Así pues, el indio Celedonio, poniéndose reservadamente al punto, arregló aquello del casamiento llevando la tarea tan por la posta, que en muy corto tiempo, quedó todo arreglado.

Para eso que el mismo estado de cosas, lo crudo de la revolución que se llamó del 76, se prestaba para estas maquinaciones de los Quiramas y la Grisales, sin que hubiera quién les estorbara el paso, pues todo mundo huía de miedo de la reclusión o de las contribuciones; no se sabía lo que pasaba, de una casa a otra, por cerca que estuvieran éstas; Luciano desterrado a un punto como “Chontalito”, de donde aunque quisiera, no podía salir en auxilio de Andrea, porque la revolución tronaba; las comisiones y retenes se encontraban por todos los caminos reclutando y expropiando cuanto se presentaba.

Sólo pudo saber el enamorado proscrito, por un recado de Luisa, que Andrea estaba viviendo en “El Arenal” y que de cuando en cuando iba a verla a “Los Aticos”.

Nada podía hacer la pobre viuda.

Y todavía, aunque supiera otra cosa, después de aquel recado; cómo le hacía saber a Luciano con lo que se agriaba la situación momento por momento?

Y al saber los pasos que daban los Quiramas, cómo les estorbaban sus proyectos, y, con qué derecho, cuando hasta entonces no se conocía más potestad sobre la niña que la de su titulada abuela Romana?

Las autoridades que deben dar seguridad a los asociados, protegiendo a seres desvalidos como Andrea, de que manera intervenían en esto? quién se quejaba a ellas?, y aunque lo hubiera, qué se adelantaba con esto? cuando con él, por entonces, orden de cosas, mas se atendía a la política y la guerra que a dar seguridad y protección a las gentes?

Luisa, la única persona que en aquellos momentos velaba por Andrea, con pocos recursos pecuniarios, con hijos pequeños y madre enferma, y por lo mismo, obligaciones que le demandaban tanto trabajo y cuidado, cómo entraba de lleno a luchar con la prole de Quiramas, larga como era, penderciera y rencorosa, y muy particularmente con Isidoro y compañía de rufianes que seguían a éste?

Pues, aunque era varonil y resuelta, miraba ya la lucha desigual, temiendo, no tanto por su persona, sino por su madre e hijos a quienes se debía.

Sin embargo, no desmayó del todo y sino por la fuerza, se le fué con estrategias a la vieja cuando ya supo lo adelantado que estaba el matrimonio, en el

sentido de hacerla desistir de él o por lo menos de diferirlo para más tarde, a fin de ganar tiempo; pero todo en vano, porque ésta, aferrada a su propósito, contestaba a las razones de Luisa:

—Pes nó, comadre, yo no me meto a impedir aquello, porque esa jué la última estreminación del dijuntico, mijo, y si no se hace así, se profunda más y más el alma de mi bello, allá en el Purgatorio.

No había esperanza!

Escrito estaba que Andrea se casaría con el indio Isidoro, y... no tenía remedio.

Llegó pues el momento en que ña Romana le hablara a su nieta, diciéndole que se preparara para el casamiento.

¡Qué pecao! ¡qué culpa!, qué delito estaba purgando en este valle de miserias la pobre Andrea?

Si no se fué al suelo desplomada, en aquel instante debióse esto a que con su larga escuela de infortunios, había aprendido a recibir golpes tan rudos, con heróico valor y... seguramente porque allá a lo lejos miraba una protección, una esperanza en el hombre que un día, le declaró su amor y le ofreció su apoyo.

Luégo que la vieja hizo aquella revelación, la niña corrió a “Los Alticos”, y con los ojos escaldados por el llanto y oyéndose con violencia dentro de su castísimo seno las martilladas de su apenado corazón, cayó desfallecida en los brazos de su protectora, como buscando allí la defensa, el socorro, para salir de tan terrible trance...

Desahogada un tanto, contó a Luisa lo que su madrina le acababa de decir.

Y aquellas dos almas fundidas en el crisol de la virtud y la bondad, quedaron mudas sin treverse a interrumpir el silencio que les rodeaba, descaecidas, porque presentían la inmediata y definitiva despedida.

Larga iba siendo esta situación, cuando de pronto, Luisa, radiante de alegría, encarándose con Andrea, le dijo a ésta, cerrando los puños y dándose con fuerza en la cabeza.

—¡Y don Luciano!

—¡Don Luciano!, exclamó a la vez la niña, al parecer volviendo a la vida.

—Andrea, dijo Luisa con resolución: usted tiene confianza en mí?

—Como en una madre.

—Y, en usted?

Andrea pensó lo que aquella pregunta pudiera encerrar, y como hemos dicho que aunque tierna y huérfana, iba conociendo un poco el mundo y teniendo alguna penetración, contestó en seguida, poniéndose la mano sobre el corazón:

—Le respondo por mí.

—Entonces no hay más remedio que avisar a “Chontalito”... no hay más escape... que venga sin perder tiempo el niño y se... ¡pero una huída con él!...

—No le hace, mana Luisa, me tengo confianza... que venga, sí que venga porque yo no espero a Isidoro.

—¡Ah!... sí... mire Andrea, se me ocurre una idea: mi comadre Jacinta que es tan buena y tan guapa... con ella... con ella “mi hija” se va, pues estoy segura que no se negará.

—Vea siguió Luisa, se llevan a Basilio y aquí quedará la muchachita, Trina, conmigo, mientras mi comadre vuelve. Ustedes se van... para alguna parte... Dios sabrá... como usted se salve. Ese niño es tan caballeroso, y le quiere a usted tanto. El, Andrea, él será su protector y la suerte hará lo demás.

—Y ¿qué vamos a hacer pues?... diga pero ligerito por Dios, no sé qué va a ser de mí... yo no aguardo a ese perdonavidas... ¡aaay!...

—Deje eso de mi cuenta, dijo Luisa, o... nó, juntas resolvamos... (pensando), lo primero, que venga Jacinta.

—¡Cipriano!

—¡Venga, hijo, pero vuele, vaya dígamele a mi comadre Jacinta, que la aguardo, pero que se venga a todo andar, que la necesito con mucho empeño.

—Si, señora, replicó el niño, y ya se preparaba para seguir al mandado cuando Luisa, asiéndole por un brazo, le dijo, casi al oído:

—Escuche, mi muchachito: que no lo sepan los Quiramás. Si alguno de ellos está por allí cerca, procura que no oiga la razón para mi comadre.

—Güeno, mamita, dijo Cipriano y partió como una flecha.

En seguida, las dos mujeres se ocuparon en algunos oficios caseros, mientras venía Jacinta, no sin que siguieran tratando de la fuga y del modo como se haría ésta.

En tales tareas y cavilaciones se andaban, cuando se apareció Jacinta, sudorosa y jadeante.

—Cómo les vá, tuiticos, dijo bruscamente al llegar.

—Mal, contestó Luisa.

—¡Ay! comadre!... ¡énte susto el que me dí, al oír su razón!... Pes nó, que cuasi me esplomo. ¿Hay novedad comadre?

—Pues... no mi comadrita, novedad nó de cierto modo, pero... si hay un asunto importante para nosotras y en el cual usted puede ayudarnos mucho.

—Agora sí, ente gracia!, que como pueda...

Aquí Luisa le refirió a Jacinta las pretensiones de los Quiramas, respecto a Andrea y el plan de fuga, terminando así:

—Mire, comadre, yo le escribo el niño Luciano, que se venga aunque sea extraviando; Basilio le lleva la carta, pues no hay más de quién valernos: ¿El no será capaz de ir a “Chontalito”?

—Púúú!, demás comadre.

—Bueno, continuó Luisa, arreglamos la huída para la noche. Andrea, y yo, que le ayudaré, conseguiremos licencia de su madrina para venirse a dormir aquí. Usted comadre, se viene a la oración con los muchachos expedita, y cuando creamos que sea llegada la hora, marchan y Dios los guiará. Usted puede pasar por madre de Andrea.

—¡Cúche!, yo mamá de esta niña.

—No le hace, siguió Luisa, madre, amiga o criada... en fin lo que caiga, la cuestión es que se salve Andrea.

—¡Eh! pes tanté que asina lo pronostico yo.

—Ahora, comadre, una vez fuera del alcance de estos malvados, don Luciano sabrá donde la lleva, y usted, viéndola ya en puerto de salvación, se vuelve a su casita.

—¡...álgame Dios comadre!, que cosas las de los cristianos... ¡y yo le iré, comadrita, que la cuestión es pelicrespa, porque esos Quiramas son asina calientes y friegaos, que ni que... y agora más cizañosos...

—Sí, son maluquitos pero a usted qué le han de hacer.

—Pis verdá, pis a la manue Dios... contrismás que qué vamos a hacer con busté. Nu hay redencia. Ya sabe que aunque quede en la irnopia cuente con yo.

—Dios se lo pagará.

—Y aquí le dejo a Trenidá, que po lue más...

—Dios velará por usted, comadre, y por sus muchachitos. Allá verá que él va a recompensarle tan buena acción.

—Bueno, comadre, mis cosas son asina. A ver la carta y ahora mesmo se va Basilio y busté avisará cuando es la guйда.

Luisa buscó el papel y ya se preparaba para escribir, cuando cayó en cuenta de que Andrea lo haría mejor.

—A ver, mi hija, venga escriba, a mí ya se me olvidaría...

Andrea al fin se sentó, encendida de la vergüenza, por ser a Luciano a quien se dirigía la carta, y temblando del susto, escribió esto que Luisa dictaba:

“Señor Don:

Luciano Ruiz,

“Chontalito”

Respetado Señor:

Tomo la pluma para saludarlo, deseándole se encuentre sin novedad. Como usted me ofreció un día, en casa, ayudarme a ver por Andrea, y ya lo necesito, le diré:

Está a punto de que todo se lo lleve Judas.

Los Quiramas confabulados con la vieja Romana, le arreglaron el casamiento a la muchachita con el indio Isidoro y esto se hará muy pronto, si Dios no vuelve su santa mano.

Yo no veo más salvación para ella sino, el que usted se la lleve. Así es que, si está por lo convenido, esperamos que se ponga en marcha, aunque sea por entre el monte y se venga a casa a llegar de noche, a más tardar pasado mañana.

De aquí se irán ustedes con mi comadre Jacinta y su niño que serán sus compañeros.

Andrea esta resuelta a todo y dice que no le da miedo irse con usted. Pero... desde ahora le digo niño Luciano, que cuenta con la muchachita tan huerfanita. En usted está todo, y mire que usted y yo tenemos que responder de ella en el Tribunal de Dios.

Usted vaya pensando el modo de llevarla a casa de personas honradas, mientras pasa todo esto, y... usted verá, en usted consiste la salud de la pobre.

En fin, aquí hablamos lo demás.

Su servidora,

María Luisa Villada de Jurado”.

La firma si la puso Luisa, por tener la satisfacción de agregarle el “de jurado”. Andrea, cerrando la carta, decía:

—¡Por Dios, mana Luisa!, esta letra tan patoja y quién sabe cuantos disparates... ni para la risa de don Luciano.

—¡Ay!, niña, dijo suspirando Luisa, está buena la cosa para andar ahora con reparos.

Al fin Jacinta salió con la carta y a la media hora caminaba con ella Basilio para “Chontalito”.

XXXIX

No bien hubo recibido Luciano tan apremiante misiva besándola, una y mil veces, al conocer la letra de Andrea, cuando comenzó los preparativos de marcha; pero como ya la noche entraba, dejó el viaje para el siguiente día.

Eso sí, cuando se oyeron los primeros cantos del gallo, ya estaba en pié dando órdenes y dejando todo arreglado, para seguir a “Los Charcos”, a poner al corriente de la aventura a Daniel, y de allí continuar la marcha a “Los Alticos”.

Daniel era el joven de quien le había hablado su padre el día que le notificó la fatal sentencia.

En camino, y cuando ya llegaba a la casa de éste, de lejos le dió el saludo:

—Daniel! Daniel!, buenos días.

—Qué hay?, preguntó alarmado, conociendo la impaciencia de su amigo.

—Casi nada, hermano, míra lo que me pasa.

Y llegando Luciano, todo se lo comunicó.

—Estoy a tus órdenes, ofrecimiento sin limitación, le dijo Daniel con sumo desparpajo pues era tan cachaco como el otro.

—Así lo comprendo, amigo mío; y por eso vengo a tu casa a implorar tu brazo, antes de seguir en mi arriesgada aventura.

—Pues, viejito, a la brecha. A ver, qué hacemos? y por dónde comenzamos? tornó Daniel.

—Precisamente, esto es lo que yo deseo saber y quiero consultarte.

—Entonces, sea lo primero, no perder tiempo, seguirte o seguirnos ahora mismo, “el que despabila pierde”, ¿crees que debo acompañarte?

—Gracias, Daniel, quizás será mejor solo, cuanto menos sea el persona más fácil se mueve la caravana. Está tan embochinchado esto.

—Como quieras y... de fondos, ¿cómo vas?, esta es la llavecita que todo lo abre.

—Los llevo.

—Peones, bestias, ropa... en fin, ve en qué te puedo servir.

—Nada más que en esto, por ahora; hoy precisamente, suceda lo que suceda, voy a los "Los Alticos" en todo el día de mañana concertaremos el plan de fuga y por la noche nos vendremos. Tú te vas pasado mañana con un caballo ensillado. Hombre!, ¿aquí hay montura?

—Todo lo que quieras.

—De mujer?

—Debe estar el galápago de la señora del mayordomo, y si no está lo consigo prestado, o lo compro, o le robo, o lo hago.

—¡Ah! Daniel! siempre tan generoso y bueno.

—Vicios que se cogen, dijo riendo.

—Pero al asunto, volvió Daniel, quieres tomar algo?

—¡Hombre!, con el madrugón y con lo aturdido que estoy, ni recuerdo si desayuné o no.

—Preparen desayuno, gritó Daniel, mirando al interior de la casa, y dirigiéndose a Luciano le dijo:

—Llevas armas?

—¡Armas!, y, para qué?

—¡Qué candidez por Dios!, cuando dinero, armas y valor, son las tres cosas esenciales en estos casos.

—Pues, don regaños, todo va, menos las armas.

Daniel entró a su pieza y volviendo con un revólver, dijo a Luciano entregándoselo:

—Es de pelo. Ahora, qué más?

—Una buena comida o cena para ese día, pues aquí nos vendremos, porque he considerado que la niña quedará bien en compañía de la esposa de tu mayordomo, que es una buena señora...mientras...

—Entregas esos cinco?

—Y lo peor es que no hay de otra.

—De suerte que la cosa es seria?

—Y muy seria. Conque Daniel, una recepción regia y todo lo más poética posible.

—Convenido: aquí tiene el caballero Romeo esta humilde estancia, este desaliñado alcázar, para que se hospede con su linda Julieta.

—Y que es linda.

—Ya lo creo.

—Pero linda por sobre toda ponderación.

—¡Mchi!, eso es de todo enamorado: Deja tus chinchadas maula y vamos a correr un vidrio a la salud de esa hechicera hada.

—Y que lo pide el cuerpo.

—A tomar el café, gritaron de la puerta del comedor.

—Vámos.

Los dos amigos, después de saborearse una totumadita rebosada del buen “prueba al aire”, legítimo cabecero, pasaron al comedor y en acabando el trancado desayuno se despidieron, renovando Daniel la promesa de ir al encuentro de los fugitivos amantes.

Luciano, con el alma que le retozaba por todo el cuerpo de alegría, pensando que tan pronto iba a ver Andrea, en parte donde podía hablarle con toda libertad a la adorada de su corazón, caminaba satisfecho, caballero ecuestre, hasta llegar a “Alto Bonito”, punto de donde ya en adelante era peligroso aventurarse a caballo.

Allí dejó la bestia al cuidado de un hombre que había sido colono en “Guacimal”, y siguió a pié, extraviando a veces por el monte y un poco tarde de la noche entró sigilosamente a la casa de “Los Alticos”.

—Luisa!

—Don Luciano!

—¡Salud!

—¡Qué puntual!

—Como siempre.

—Resuelto?

—A todo, y ella?

—Lo mismo.

—Está aquí?

—Vendrá mañana.

—Y si me muero de impaciencia?

—Y si se muere, quién la pelea?

—Y... qué cree usted Luisa, saldremos bien?

—Con la ayuda de Dios.

—Pues... disponga mi general, que este sumiso soldado, con morral a la espalda y arma al brazo, viene dispuesto a cumplir sus órdenes.

—A mi vez, le pregunto, dijo Luisa puesta en jarras: cómo la pone?

—Como quiera.

—Pero, qué piensa usted de todo esto?

—Llevarme a Andrea.

—Eso por supuesto, pero, a qué punto?

—Esto es lo que no sé; allá a donde nos arrastre el destino.

—A su casa?

—No, Luisa, por lo pronto he pensado llevarla a la finca de un amigo mío, Daniel a quien usted debe conocer y allí dejarla en compañía de la esposa de su mayordomo que es una señora inmejorable.

—Pero... niño...vea.

—Sí, Luisa, ya sé en qué piensa y qué me quiere decir y no se atreve. Pues yo sí me atrevo a decirle lo que pienso.

—Luisa: Juro por el Dios que nos oye, que Andrea será mi esposa por sobre toda consideración social y de familia; y mientras esto suceda, la respetaré, la veneraré, la honraré. Mi nombre y mi mano serán de ella desde hoy mismo.

—Basta, don Luciano me confío en su palabra, y en nombre de Andrea y alguna o algunas otras personas que quizás la lloran como perdida para siempre, le doy las gracias. La niña vendrá mañana y aquí acabaremos de arreglar todo con ella; pero no se irán sino por la noche, pues de día rondan los Quiramas por todo esto, y es preciso que ellos no se enteren del modo como va a desaparecer Andrea. Así pues, le recomiendo encierro en este cuarto, hasta que... San Juan agache el dado. Y, adiós: muy por la mañana le llamaré.

—Con ella?

—Natural. Por ahora a dormir y que Dios lo acompañe.

A dormir?, ¡dianches!, que Luciano pasó la noche en desvelo, con la cabeza hecha un volcán y el alma llena de impaciencia, por el deseo de ver a Andrea. Así fue que muy de mañana ya estaba en pie, aguardando con ansiedad, a ver si, por fin al santo aquél se le doblaba el índice.

Entretenido se hallaba, el encerrado, leyendo en una citolegia en que daba sus lecciones Luisa a sus hijos, a falta de otra cosa en qué distraerse, cuando él lee.

“Los bueyes mugen, tiran de los carros y aran la tierra”.

Y oye una voz como del cielo que grita:

—Buenos días, mana Luisa!

La citolegia se fué al suelo, con bueyes, mugidos, carros y todo el lector se quedó de una pieza.

—Entre, mi hija, dijo la interpelada.

—Qué hay por esta casa?, volvió Andrea, quien era la del saludo.

—Todo lo mismo, le contestó Luisa.

—Basilio volvió?

—Vino anoche.

—Y, qué dijo?, buenas o malas noticias?

—Sí viene?

—No demora.

—¡Santa María!, y yo de esta figura!

—Qué le hace, Andrea, entre. Vamos a la sala que tengo muchas cositas qué contarle.

Andrea entró a aquel aposento siguiendo a Luisa, y al llevar la vista al cuarto donde estaba el pájaro encerrado, dió un ligero grito, volviendo unos pasos hacia atrás, turbadísima y tratando de esconderse tras la viuda.

Luciano, poco menos desconcertado que ella, se dirigió a darle la mano, diciéndole:

—Buenos días, Andrea.

—¡Don Luciano! ¡por Dios!... buenos días... dispense... yo no, sabía que usted había llegado.

—No me aguardaban, pues?

—Aguardarlo... sí... cómo nó, señor... pero... ya ve... yo, así, tan mechuda... me acababa de levantar y no tuve tiempo de nada, con la impaciencia... con el deseo... pues, no, con la prisa de... ver si aquí se habían levantado.

Luciano, ya recobrado, le dijo:

—Andrea, le suplico que deje sus penas y sus cortedades conmigo. Hoy no estamos para ceremonias. Vea como me le presento en este pelaje de peón

campesino. La cuestión que nos debe preocupar es su salvación, a eso vine y aquí estoy dispuesto a todo lo que esté a mi alcance, para conseguirla.

—A ver, Luisa, siguió éste, qué es lo que vamos a hacer y por donde comenzamos?

—Pues... por ahora... nada. Estarse en su prisión quietecito. Yo voy a arreglar el almuerzo y que Andrea le dé palique, entre tanto, para que no se aburra.

Luisa iba a salir, pero Luciano, viendo lo embarazosa de la situación en que quedaban, como hasta allí no tenían acordado nada en forma, le atajó el paso y tomándola de una mano le dijo:

—Luisa, amiga mía. Ya que vamos andando los tres por una resbaladiza pendiente y que no sabemos si al pasar por ella y vernos del otro lado, daremos con un peñascal o saldremos a un ameno valle, es preciso que usted, que hoy, si ante la sociedad nó, sí ante Dios, representa aquí la madre de esta angelical criatura, presencie lo que yo, Luciano Ruiz, poniendo a Dios por testigo y con la mano sobre este altar voy a decir:

Luisa conmovida, se fijó en Luciano que en aquel momento estaba magnífico, así como transfigurado, y en Andrea que casi ni respiraba y a la cual tuvo que dar la mano porque desfallecía en visible deliquio.

—Hoy se decide nuestra suerte y por lo pronto debemos hablar con toda franqueza, con la verdad en los labios, trayendo el corazón a la mano.

—Andrea: ya que usted sabe cuanto la amo, porque le he dicho y jurado ese amor, quiero que ahora y sin rodeos, aquí delante de Dios cuya imagen se ve en el altar y a nuestro lado y en presencia de la madre de usted, representada en Luisa, me conteste esta pregunta:

—Usted me ama?

Inmutada la niña, exhaló un hondo suspiro, y llevándose las manos al pecho, para atajarlo, pues sentía como que quisiera escapársele el corazón, le contestó:

—Señor: no tengo que agregar otra cosa a aquello que le dije en su casa y en el ordeñadero, lo quiero tanto, señor, que por usted hiciera cuanto me ordenara... por supuesto que usted no me ordenaría lo indebido...

—Yo, siguió la niña cobrando ánimo, pienso tanto en usted y es para mi tan dulce este pensamiento, que me hace olvidar mi desgracia, y... sabe que más?, hasta mi Santica la olvido por... eso. Ella me perdonará.

—No se necesita más, dijo Luciano, después de esta declaración tan franca y sencilla no queda que agregar.

—Andrea, si yo pidiera su mano para hacerla mi esposa... la compañera de mi vida, usted...

—Yo, esto haría, dijo Andrea, y alargó la mano a Luciano, mano que fué recibida por éste con locura, y asidos así, cayeron de rodillas ante el altar que ya conocemos, y reanudando la promesa, recibieron la santa bendición nupcial enviada por Dios desde el cielo y un abrazo de Luisa, que sirvió de lazo de unión entre dos seres que, desde ese momento quedaban desposados para siempre.

XXXX

Después de aquellos esponsales celebrados tan solemnemente, en los cuales ofició como ministro, en tan pobre y sencillo altar, el mismo Dios, y como único testigo Luisa, ésta salió a preparar el almuerzo y Andrea y Luciano quedaron solos, emprendiendo una conversación que... no queremos ni debemos dar a la publicidad para que sea conocida, porque rodó tan íntima, tan inocente y hasta pueril, que por esto debe quedar callada, para ellos nada más, que gozosos se entretuvieron con aquel palique hasta ya tarde de ese día feliz, en el cual Luisa y Andrea estuvieron en “El Arenal”, y consiguieron el permiso de la vieja Romana, para que Andrea pasara la noche en “Los Alticos”.

Tornaron a la casa sin contratiempo, y cuando a ella entraron, hallaron allí a Jacinta llamada para el viaje por la noche.

Todo marchaba a pedir de boca y por el prólogo era de presumirse que la correría que iban a emprender sería de perlas.

Faltaban unos pocos días para el penilunio. La reina de la noche se paseaba por el azulino cielo, clara, sin pantalla, porque ni una nube cruzaba por el espacio. Risueña y complaciente se mostraba la casta diva, al ver que tan linda pareja se aprestaba a huir, confiada en su claridad.

El cielo estaba sereno y estrellado.

Era noche de verano, y... ni más que decir.

Luisa con su acuciosidad acostumbrada a todo atendía, sin dejar olvidado ninguno de los oficios menudos de la casa.

En estas pasaron las primeras horas de la noche, hasta que ya, creyendo sin riesgos el camino se dió por la generala la órden de marcha.

Luciano, impaciente, se despidió y salió el primero al patio de la casa.

Andrea, cuando vió que la cosa era de veras, conmovida, echándose a los brazos de Luisa, lloró.

Esta, haciendo las veces de madre, la bendijo, diciéndole al oído.

—Hijita, Dios la lleve con bien. Le encargo mucho fundamento. Ya le tengo dicho lo que debe hacer: respetar a don Luciano y confiar en él. Este niño es muy caballeroso; pero, eso sí, en usted está que él la respete; de su manejo depende todo... y por nada, ya sabe, por nada se le aparta a Jacinta hasta que ya sea para entrar en la compañía de alguna persona de respeto:

—Señora, dijo Andrea, Dios le pague lo que usted ha hecho por mí, sus consejos los recibo como si fueran dados por mi propia madre, y cuente que me manejaré tan bien como si fuera su propia hija.

A la niña le daba trabajo dar el primer paso, con razón, de la puerta de la casa para afuera; pero como el recuerdo de Isidoro se le presentara a la imaginación, venció el miedo, y en dos salticos se puso en el patio al lado de Luciano.

Jacinta, después de recomendarle la niña Trina a su comadre, prendió un grueso cigarro que puso en la boca con el fuego por dentro, y siguió los pasos de la venturosa pareja.

Basilio cerraba la marcha con los equipajes.

Guardaban los viajeros el mayor silencio.

A poco andar, la niña que caminaba a alguna distancia de Luciano tropezó, dando una ligera caída.

—¡Cuenta!, dijo éste a media voz, ofreciéndole el brazo.

Tímida pero sin remilgos, lo aceptó ella, y así enlazados siguieron el más dichoso camino que en su vida tuviera la desventurada niña.

El verdadero amor de Luciano y la condición de su protegida, le llevaban a aquel el alma en tal embolismo, que no sabía que hacer con su confiada compañera, a tal punto que si Jacinta se retrasaba, Luciano, con cualquier pretexto, paraba la marcha, alarmado, y temblando como si anduviera en la comisión de un grave delito.

No así Andrea, que si al principio estuvo un poco cohibida y corta, luego fué desapareciendo aquel apocamiento y con esa dulce ignorancia en que había vivido y el candor de los primeros años, se dió a enredar y travesear, apoyándose y recostándose en Luciano a toda fuerza, como si lo hiciera con su propia madre.

Así que, perdiéndole aquel respeto, que desde “Guacimal”, le tuviera, entabló una conversación tan cándida y franca, que muchas veces, por esto mismo; puso al galante escudero en buenos aprietos.

Cuando sentía temblar a Luciano, se reía, y una vez, por este motivo le dijo:

—Don Luciano, ahora me toca preguntarle lo que usted me preguntó una vez, cuando eramos ordeñadores.

—A ver, ¿qué será? le dijo el hijo de don Nicolás, muy distraidamente, preocupado como iba por la huída, y más, porque en aquel momento pasaba cerca a la casa de “Guacimal”, la que de allí bien se distinguía a la luz de la luna.

—Que si usted es miedoso?

—Y ¿porqué la pregunta?

—Como va temblando.

—Es por el frío de la noche.

—Tiene frío?

—Y mucho.

—Pues arrótese con la capa de su tío, y tírese al río, le dijo Andrea, riendo con el mayor candor.

¡Qué bella es la inocencia!

Andrea, después de reírse iba a hacerle otra pregunta, comenzando así:

—Oiga, don Luciano...

Aquí Luciano le interrumpió diciéndole:

—Alto ahí, la señorita, o niña, o mejor Andrea, como la he venido llamando; voy a exigirle una cosa: déjese de ese don que me suena tan mal: Luciano, a secas, y tú o vos, o usted, como quiera; pero que se acabe aquello de don.

—¡Hombre!, ¿y cómo le digo?: “mi hijito”, como casados!, eso si que nó lo verá usted, hasta que no gane a pura muñeca a esta Blandoncito...

—Pues... no tanto... pero... titubeaba Luciano, luchando por contener la risa.

—Pero...¿qué?

—Que ya le dije lo que hay... le suplico que suprima el don...

—¡Ah! y ahora caigo en una cosa, siguió Andrea, no me ha dicho a que punto vamos. Yo sólo sé que voy de huída de Isidoro Quirama, y del brazo con don... nó, con mi hijí, ¡huy!...

Andrea hizo un movimiento de hombros, tratando de sacar la lengua que apenas asomó rosada y húmeda a los labios, y se apoyó con tanta fuerza en Luciano, que éste casi se va al suelo, sin poder por esta vez disimular la risa.

—De veras, volvió Andrea, a dónde vamos?

—Por ahora, a casa de Daniel, un amigo mío.

—De un amigo?

—Sí, de un joven estimable, con el cual vivo en mucha intimidad. No a la de él precisamente, sino a la del mayordomo, donde quedará bien acompañada de su esposa, que es buena señora.

—Y, esa casa no queda lejos de “Chontalito”?

—No, muy inmediata, en medio de Daniel y la mía.

—No, don... señor... Luciano pues: yo no quiero ir a casa ajena... porque no nos vamos directamente a “Chontalito”?

—Y esa no es casa ajena, le dijo Luciano, riendo.

—Sí... ajena, sí, porque no es mía... pero...

—Pero, qué?

—Pues yo no sé tampoco, contestó Andrea un tanto picada.

—No Andrea, es por el asunto de vivir yo, sólo en ella.

—Y, qué le hace?

—Cómo no le ha de hacer, vamos a vivir juntos?

—Y qué, ¿no vivíamos juntos en “Guacimal”?

—Pero... allá era diferente.

—Más grande la casa?

—No, eso no, porque vivíamos con toda la familia.

—Mejor. Solos quedamos más holgados.

—Si...pero... y... el qué dirán?

—Y... qué han de decir?

—Habladurías, enredos que no faltan.

—¡Hombre de Dios!, qué habladurías ni qué nada, a ver, diga, explíqueme, qué es eso que dicen porque un hombre y una mujer vivan...

Aquí iban de tan embrollada conversación, sin poderse zafar de ella Luciano, cuando, entrando en una honda estrechura del camino, toldada por el rastrojo, llamada “El canalón del drago”, se oyó a un tiempo esto:

Un garrotazo, la voz de un hombre que colérico gritaba: ¡Ah! pícaro, la de otro que decía ¡me han matado! y la de una mujer que exclamaba ¡Virgen Santa! Volviendo a quedar todo en silencio.

Adivinado estará que el garrotazo fué descargado por Isidoro Quirama sobre la cabeza de Luciano, con aquel apóstrofe insultante, la queja dada por éste y la exclamación por Andrea.

Jacinta y Basilio que iban a retaguardia, viéndose perdidos volvieron grupas poniendo pies en polvorosa y a su casa tornaron a eso de la media noche. Andrea fué rodeada por tres hombres: Isidoro y dos matones sus amigos, cogiendo cada uno de estos a la niña por un brazo, como con tenazas mientras Isidoro, abriendo una navaja de barba, la blandía cerca de su angelical semblante, diciéndole:

—Ah! perra guyidora!, no intentés movete gu gritar, porque te chambéo ese rostro hipócrita de güestra cara.

Y sin preocuparse por el hombre que dejaban en “El Arenal”, a donde llegaron con ella cerca del amanecer, casi desmayada, sin oírsele en todo aquel amargo camino más expresión que ésta:

—¡Por Dios señores!, no me aprieten tan duro que me quiebran los brazos!

A la hora de la llegada hicieron levantar a la vieja Romana, quien despertó furiosa, con Andrea y su comadre Luisa, por la que le habían jugado.

El indio Isidoro, llegó mal de la cabeza por los tragos, armándola con la Grisáles y ordenándole que recogiera cuanto chisme se encontrara, para seguir todos a la casa de los Quiramas, de donde no pudiera salir Andrea y menos verse con Luisa, antes del casamiento.

Y así sucedió que allá fueron a dar.

Y aquí tenemos a la niña viviendo con los Quiramas, mal mirada por aquellos indios; con centinela de vista a toda hora; mal alimentada y habitando, en un desmantelado y desaseado cuchitril...

Por esta vez el hado adverso de Andrea iba encadenando los acontecimientos, de tal manera, que ya se veía venir irremediabilmente, sin estorbo alguno, el

*

Lejos del nido

fin de aquella trama infernal, favorable a las pretensiones de Isidoro, porque el casamiento sería un hecho.

—¿Quién lo impedía?

¿Quién podría salvar a la huérfana avecilla tan lejos de su nido?...

XXXXI

Así sucedió.

Y aunque sea todo lo repugnante que se quiera; aunque lo aguardemos de otro modo, la lógica de los sucesos allí nos lleva y en obsequio a la verdad histórica, tenemos que narrar los hechos como pasaron, aunque para esto trate de resistir la pluma, que la sentimos bajo la presión de los dedos no ligera y suelta como en otras ocasiones, cuando hablámos de aquel pasado hermoso en “Guacimal”, de aquel naciente amor en Andrea, y en medio del concierto de la naturaleza, sino pesada, embotada y esquiva, corre ahora sobre papel.

Resignación pues y sigamos.

Mucho es el empeño de los Quiramas y de ña Romana en el asunto de abreviar el casamiento, y por tal motivo, todo anda al vuelo, de tal modo que, dentro de pocos días, Filomena Gómez de Mejía se firmará Andrea Blandón Quirama.

Mas, dejemos por un corto espacio a estos señores Quiramas, en sus atareos de casorio, que pronto volveremos donde ellos, para ir en su compañía al templo y al altar; a ver consumarse el sacrificio.

Retrocedamos un poco:

Estamos en noche de la huída, es como la media de ésta, y los que formaban la retaguardia en la expedición “Chontalito”, en su casa, es cierto, pero sin haber vuelto del susto.

Ya casi amanece.

Basilio, al fin, como muchacho, se duerme, pero ¿Jacinta?

Nequaquam.

Sentada está la estantigua en la cama, abriendo unos ojazos... y con el corazón... que se oye desde fuera: *putucun! putucun!*

*

A cada instante le parece que los Quiramas empujan la puerta y cree oír garrotazos como el de “El canalón del drago”... y piensa en su suerte y en la de sus hijos... y está ya a punto de cambiar de oficio... no ser más la mandadera.

Pero oigámosla en las reflexiones que a solas se hace, sin quitar eso sí, la vista de la puerta:

“...Ría Santísima, mi madre!... de güena me escapo... que tal si no güigo!... y tutito puese maldingo vicio de cabestriale el macho a cuanto cristiano se le antoja!... Por uesto sí, con esta pasativa voy a quedar tan escarmentada que agora sí... y que güelvan, con Jacinta puaquí, Jacinta paullí... y, ¿qué miba a suplir conirme con esos?... ¡jucú!... ello irá! ¡Ah! mi comadre pa embelequera!... puella... luhice... poro lo que es güelveme a meter en otra... híí! ¡púúú!...en el untualito, de alcagüetona no rebajaban los dichos puel tal viaje... Y agora, viendo a ver, qué ganaba? ¡María madre!, pis molestas y disponer la meri lache vida... ya dije: no güelvo... y no güelvo a ser boba... que se briegue caduno, como pueda... pa ser probe nuay afán...ay ta Dios...”

¡Pobre Jacinta!

Como no ha dormido, clareando el día deja la cama, se va para la cocina, y estando allí oye bulla de gente y tiembla, y se asoma a escondidas al altico frontero a la casa, y ve que van para la de los Quiramas estos, con Andrea y ña Romana, y que los que la llevan gritan, dirigiéndose a Jacinta y Luisa:

—¡Ah.! perras alcagüetonas!... piensababan burlarse de los Quiramas, equivocadas las tiene el diablo, porque los gallos les salieron espuelones.... Miren la dotora, y la quisque sabe tanto de la Villada... mestiza vias de ser, condenada!... Y la payasa de esta la bolluda de la Jacinta, india lambona... que güenas estan las dos pa jartalas a rejo... y vengan... vengan a quitánola, pa que gocen... pa hincales la trompa a sopapos... pa que vean que no queda ni el pelero... ¡Hurria cusiacos del desierto!... y... párese alguno!... ¡ayayaay!... quionde los Quiramas ponen su lapez, que pocos borran su letra... ¡Eeeprial... ¡Abajo chamisa que va leña rajada!...

Y luego, al retirarse un poco aquella infernal escolta, entonces canto bravo con este estribillo:

“Si el palo grande se cae,
Cuenta con la ramazón”.

Jacinta, viendo que se alejaban con Andrea, y no pudiendo prescindir de su genio comedido, corrió a la casa de Luisa y como ésta nada sabía de lo

ocurrido, le faltó poco para dar en tierra, al ver a su comadre. Luégo al ser interrogada ésta del suceso, la viuda del Villada se dejó caer en un banco de la cocina y desde aquel instante se vió flaquear a la mujer fuerte, a la valerosa hermana de la caridad, sin que volviera a levantar el ánimo, porque muy bien comprendía que Andrea estaba perdida, que ya si no había a dónde volver los ojos.

Pensó dirigirse al punto del siniestro, para informarse dé la situación de Luciano, pero se vió agotada de fuerzas, sin el ánimo que antes le acompañaba, teniendo que renunciar por esto a tan caritativo proyecto.

Asi pues no quedaba otra cosa por hacer que, conformarse con la idea de que Andrea, sería la esposa de Isidoro y rogar a Dios por su suerte.

Pero, sigamos con la niña.

Es martes.

En la casa de los Quiramas se ve mucha gente preparándose a seguir el acompañamiento de los novios a San Antonio, caserío que ya conocemos, en el cual al siguiente día antes de amanecer, debe celebrarse el matrimonio.

Todos andaban endomingados. Hasta ña Romana se ha recogido las greñas, que a fuerza de tirones le han podido desenredar, porque su revuelta caballera hacía muchos años gozaba de completo divorcio con el peine.

Los Quiramitas, felices, carilavados, remendadamente limpios en el vestido y correteando por casa y patio, por estar declarados este día y el siguiente, de holgorio.

Ño Celedonio se estrenaba capisayo, sombrero de palmera, calzón de manta del reino y camisa de liencillo, y su esposa, camisón de fula y pañolón colorado jamaiqueño.

A Andrea le hicieron cambiar de vestido, sin oponer resistencia, para que?, con qué objeto?, cuando por camino que iban siguiendo las cosas, lo veía todo perdido. A Luciano le lloraba por muerto y a Luisa poco menos, pues consideraba cuál sería el desaliento de su protectora, al ver fracasado el plan de fuga.

Y aquél pánico a la barbera de Isidoro que traía a la niña triste, lánguida y marchita, a tal extremo que en ese día, casi no se conocía por lo pálida, demacrada y muda, pues no soltaba palabra, andando sola, retraída, separada de toda la indiana reunión.

Con la que sí no dejaba sus coloquios era con la compañerita, la amada de su corazón, su santica, como ella la llamaba, aquella pequeña imagen de la

Inmaculada Concepción, que a cada momento apostrofaba con dulces palabras y besaba y mojaba con sus inocentes y amargas lágrimas.

Isidoro andaba por el quinto cielo, lo más currutaco que indio alguno se viera en muchas leguas por aquellos mundos: Vestía camisa de género blanco, aplanchada, habiéndole cargado a ésta tanto el azul, que muy bien podía decirse, que usaba camisa color de firmamento: pantalón de pañete, asomándole del bolsillo la mitad de un gran pañuelo, alpargatas a listas coroladas, “el nutria”, (como dicen los campesinos de Antioquia), o lo que es lo mismo, un enorme guarniel de piel de este cuadrúpedo que le golpeaba el cuadril, repleta esta buxaca no se sabe de que, semejando el fuelle de un enorme acordeón, ruana doblada y colgada al hombro, un sombrero puesto a lo matón, unas veces caído sobre la nuca y otras tirado sobre los ojos, pero nunca en mitad de la cabeza. Y para complementar la estampa de este tipo, el tiple de siempre en la mano, con aquel eterno rasgueo, capaz de cansarle el oído a un artillero.

Eran los padrinos del casamiento Romana y Celedonio, y la que debía vestir a la novia y cambiarle el traje, una vecina, india también, y la versada en aquellos oficios, al decir de sus admiradores.

Del medio día en adelante se movió el acompañamiento para “San Antonio”, no sin que Andrea le flaquearan los pies a poco de seguir camino, cuando divisó desde una colina la querida casa de los Alticos, y una sombra que se movía detrás de la cocina.

Esa sombra era Luisa que iba desalentada, de una parte a otra, viendo llevar al sacrificio a su niña y sin poderla salvar.

Aquel camino lo hizo Andrea sin dirigirle la palabra a nadie, callada y triste. Ya se vé, que no fué solo ella, sino todos los del acompañamiento, que así marchaban en silencio, pareciendo aquello más que boda, un cortejo fúnebre; que sí lo era, llevando en el virgen corazón de Andrea, que representaba la caja mortuoria, los despojos de un amor, a darle sepultura al pié del altar de Dios, en el templo que la piedad cristiana tiene levantado, para venerar la memoria del virtuoso Antonio, el hijo mimado de la ciudad de Padua...

¡Ay! que por toda aquella vía dolorosa, no se oyó otra cosa que, el empalagoso tañido que arrancaba a su inseparable tiple, el indio Isidoro.

Por la oración llegaron a la casa de nuestros viejos conocidos, Asunción Quinchía y Juan Colorado, y como la situación no les permitía el baile, entre la charla de un grotezco bullaje, pasaron casi toda la noche, puede decirse

pues cuando cantó el primer gallo, ya todos se hallaban en el atrio de la Iglesia, aguardando al Señor Cura, quien había quedado comprometido a madrugar mucho.

Y no se hizo esperar el sacerdote, porque en compañía del sacristán llegó antes de amanecer.

Luégo que el sacristán encendió velas, preparó libros, árras, agua bendita, lazos, etc. etc., y tocó a misa, entró la novia a la iglesia por llamado del cura, para confesarla y darle los últimos consejos.

Los demás del acompañamiento permanecieron en el atrio, aguardando que se diera principio a la ceremonia: los hombres de pie fumando, y las mujeres sentadas en las gradas del andén recostadas unas a otras, buscando calor, y aun algunas buscando su puntica de sueño.

Como la confesión de Andrea se demora, entre tanto, volvamos atrás a ver que ha sido de Luciano, porque a todas partes podremos seguir a la niña, pero al templo del Señor y en el acto de hacer la confesión de sus culpas si nó. Aquí no necesita de nuestra compañía; aquí no queda *sola*, está con Dios, en la Casa de Dios, y entendiéndose con Dios, por boca de su Ministro.

XXXXVII

¡Valiente garrotazo!

Así debiera titularse este capítulo pues hay que admitir aquella descarga del indio Isidoro, tan certera, que de un sólo golpe llevara a tierra a Luciano.

¡Valiente garrotazo!, repetimos.

Sí, que de admirar es, el de ver que cuando amanecía en la noche de la huída, Luciano apenas se movía e iba dejando la rigidez de cuerpo y aquella incomoda posición en la cual pasó la noche casi difunto, encontrándole afortunadamente, en aquel amanecer dos peones que por allí pasaban a su labranza, los cuales al entrar en “El Canalón”, y ver a un hombre en el suelo y bañado en sangre, retrocedieron, sobresaltados; pero luégo al reponerse se acercaron al herido y cuál fué la sorpresa, cuando reconocieron en él a Luciano.

En el acto, uno de los peones, puesto en cuclillas y tomándole con sumo cuidado, le enderezó el cuerpo, que, lívido y bañado en sangre, más que de ser

viviente semejaba el de un cadáver, acomodándole la cabeza sobre una de sus rodillas, mientras que el otro ocurrió a una quebradita que a inmediaciones sonaba y en el ala del sombrero trajo agua y le dió.

Como con la mano.

Luciano, que con la desangrada estaba loco de sed, a los primeros sorbos del agua, fué volviendo a la vida, abriendo los ojos con trabajo, por la sangre que sobre ellos había caído y se hallaba coagulada. Y sin conocer en dónde y con quiénes estaba preguntó con voz débil:

—A ella la mataron?

—A quién, niño, preguntaron a su vez los peones, un tanto alarmados.

—A esa pobre...

Los labriegos se miraron sorprendidos, creyendo que Luciano se moría, y que por esto se hallaba con el delirio de los agonizantes.

—¡Niño!, ¡Niño!, se volvió a decirle uno de ellos, ¿qué ha sido esto, por Dios?

—Yo no sé, repuso Luciano con la angustiosa voz del moribundo, un sueño que he tenido... pero... ¡qué sueño!... ha sido muy pesado... mucho... Al principio nó, porque andaba con ella... ¿no la vieron? ¿tan linda?... ¿qué se hizo?... ustedes la escondieron? ¡Ah!... nó,... verdad que estaba soñando... Sí...al principio muy bien... iba... íbamos andando como por un jardín... felices... muy felices... pero luégo... ¿sería mal acostado?... ¡Ay! que horrible sueño, Dios mío... Me caí en un zanjón muy oscuro y sin salida... por eso me la dejé quitar... yo nada veía... nada... nada más que luces, luces por todas partes, pero luces pequeñas... pequeñas... ¡Señor!, qué dice usted?, ¿quién me llama?... muchos cocuyos que ya se fueron... sí, se fueron, porque el sueño pasó, quedándome, eso sí, tanto dolor en la cabeza... yo me muero!... ¡me muero!... ¡Rufina!... ¡Rufina!... llamen a Rufina para que traiga agua!... ¡agua fresca!... mucha agua!... Estoy con sed,... tengo fiebre... ¿Qué hay de Daniel?... entra, hombre, entra no te quedes ahí como... como... sí, por no darme agua... ¿me hace daño?, porqué me la niegan? Ya ves no viene mi Julieta y su Romeo se muere!...

Esto último lo dijo el herido con voz desfallecida y cerró de nuevo los ojos como muerto.

El peón trajo agua, le dió y con el resto le roció la cara.

Por esta vez surtió mejor efecto y el joven recobrando el conocimiento por completo explicó a los labradores lo sucedido, conveniendo con ellos en que le llevaran a “Alto Bonito”, donde tenía la caballería.

A estas y como era él hombre de brios, trató de incorporarse, más al esfuerzo que hizo volvió a desatarle en sangre la herida, siendo esta una fuerte contusión con honda rasgadura sobre el parietal y al lado derecho de la cabeza, herida que al ser vista por los peones les hizo exclamar.

¡Valiente garrotazo!

Al fin, sentando a Luciano en una improvisada silla, con todo cuidado tomaron camino de “Alto Bonito”, interesados en llegar pronto, temiendo el encuentro de alguna comisión reclutadora.

La silla, por disposición de Luciano; iba cubierta con su propia ruana, arreglada lo mejor posible para evitar el maltrato del herido, cosa que no se logró, debido a los encuentros contra los árboles en el monte, porque la mayor parte del viaje lo hicieron por trochas a medio picar.

Al llegar estos a “Alto Bonito”, Daniel, que impaciente aguardaba al gallardo raptor, con su bella dama, no dudó que en la silla viniera ella y se adelantó a recibirla preparando el discurso de ordenanza.

Pero cuál fué el susto del receptor, cuando en vez de la tapada belleza, encontró a su amigo vuelto un Jesús Nazareno, casi muerto, porque exánime, cadavérico y sin poder hablar llegaba Luciano.

En el acto, Daniel se hizo cargo del herido y sus cuidados estuvieron a la altura de los de una madre.

Y aquí de la dura alternativa del improvisado enfermero: si seguía con el herido a “Chontalito”, se quedaba allí, o tornaba a “Guacimal”, teniendo para él que la herida era grave.

¡Valiente garrotazo!

Mientras no hubiera fractura del cráneo y contragolpe, no tan mal, pero si esto había sucedido... pensaba Daniel.

Y como Luciano se quejara de dolor en el cerebro, la alarma de su amigo subía de punto.

¿Qué hacer allí? sin recursos, expuestos a ser sorprendidos por algún piquete reclutador, más aún sin poder atrás, porque Luciano por nada admitía la idea de seguir a “Guacimal”.

No hubo remedio.

Daniel siguió con Luciano a “Chontalito”.

Daniel era todo un buen amigo y un valiente.

Así fue que, debido a sus disposiciones y auxilio prestado a los peones, un poco avanzada la noche hicieron la entrada a la casa del mal ferido caballero.

Que diferencia de como ellos se habían forjado la vuelta con la niña, que ya tanto le interesaba a Daniel, según la historia que había contado su amigo.

Eso sí, desde la hora en que llegaron, aquel se declaró en enfermero de éste y no volvió a separarse de la cama.

—Pero... descansa Daniel, que me da pena.

—Nada, hombre, si tengo gusto en hacer esto.

—Duerme un poco.

—No hay sueño. Después dormimos.

—Bien, y qué opinas de esto?, le decía Luciano.

—Que no puedo dar opinión hasta...

—Sí, saber cómo pasó la cosa?

—Claro.

—Pues mira...

—Eso, si nó, después me cuentas.

—Ahora mismo, tengo necesidad de desahogarme... de hablar de ella.

—Yo lo creo. Pero no te dejes. No te oigo. Vienen las emociones y te hacen daño....Después hacemos los comentarios del suceso, cuando te encuentres restablecido.

—Y si después ya es tarde?, dijo Luciano suspirando.

—Resignación, mi amigo.

—Pero, hombre, no se pudiera estorbar?

—Qué cosa?

—Las pretensiones del indio.

—Pero cómo?

—Daniel, ¡por Dios!, de algún modo.

—Y, ese modo?, afuera con él.

—Pues...

—Pues ¿qué? ¿Te parece que me vaya?... ¿y con quién te dejes?... Que vaya otro... pero... ¿quién?, y ¿a qué?, cuando hoy pasaron unos desertores por “Los Charcos”, me dice José, y le contaron que la revolución está en su mayor calor;

que los caminos se cruzan de comisiones, reclutando y expropiando... No es difícil que de un momento a otro nos visite alguna... Qué te parece Lucio, si no nos venimos tan prono de “Alto Bonito”, esa misma noche rodearon la casa y allí se plantó un retén a no dejar pasar ni una pulga.

—Pues, amigo, si no me mató el garrotazo, la impaciencia si me va a matar.

—De buena te has escapado, porque:

—¡Valiente garrotazo!.

—El condenado tiene la mano pesada.

—Y el revólver qué te di?

—¡Quééé! si no dió tiempo... Figúrate que veníamos...

—Silencio!... Ahora sí, mocito, a cerrar esa boca, dijo Daniel, con aire de gravedad fingida, no le permito hablar más al nene...

Este diálogo, así, más o menos, se entablaba cada rato entre aquellos desparpajados amigos, y cada vez que esto ocurría, cortaba Daniel la conversación, con un regaño a Luciano.

Más al fin fue cediendo la herida, y un tanto repuesto, contó Luciano a Daniel lo sucedido, sintiendo inmensamente, el no saber que fin había tenido Andrea, golpe mayor que el de la cabeza, porque la herida moral lo atormentaba más que la material... Y al referirle la historia de sus amores, la comentaba de tal modo y se la pintaba con tan bellos colores, que a veces el enfermero envidiaba a aquel convaleciente París, robarador de Elenas...

Pero dejemos a los dos amigos en “Chontalito”, y volvamos a “San Antonio”.

XXXXIII

La confesión de Andrea duró poco y siguió la de Isidoro que fue más larga, por tantas cuentas pendientes que éste tenía en aquel Tribunal, y que al terminar, volvió al atrio, en tanto que el sacerdote entraba a la sacristía a vestir los sagrados ornamentos con que se oficiaba en estos casos.

—¿Qué horas son?, preguntó Isidoro al salir del templo.

—En el untualito va a amanecer contestó uno de los de la comitiva.

—A según que por allí veo gente, dijo otro.

—Vendrán a misa.

—A sopeñar, gruñó la madre de Isidoro.

—Pur eso ajualá ses pachara esto pruntico, volvió ña Romana.

—Barajo con su confesión, exclamó uno de los matónes, dirigiéndose al novio.

—Y es bobón, mano Sodoro, pestas cosas, siguió otro, está en cuclillas pa batise con curas.

—Es medra, saltó un tercero, canteándose la ruana.

—Jué que tuve que hacele unas consultas al, padre, de güestras cosas, cuestión de concencias....

—Agora sí, muchachos, dijo Celedonio mirando al interior de la iglesia, se van preparando que ya el curita baja.

A estas, efectivamente, se acercaban por uno de los ángulos de la plaza unas cuatro personas y en su seguimiento otro grupo más retrasado, aunque por la oscuridad no se distinguía qué clase de gente era, tomádoslos por curiosos que venían a misa.

De pronto y de los que más se avecinaban, se desprendieron dos como una flecha, sin dar tiempo a nada, y plantándose en la puerta de la iglesia, de machete en mano, gritaron a los de aquel séquito:

—Nadie dá un paso adelante!

—¡Ni atrás!, dijeron los otros dos, que empuñando las mismas armas, llegaban en pos de sus compañeros y rodeaban el grupo del atrio.

Los indios se quedaron de una sóla pieza y antes de que hubieran vuelto de la sorpresa, el plotón retrasado que allí llegara con armas de fuego y que no era otra que una comisión o piquete reclutador, estaba formado en dos alas, y novio, y padrino y comparsa masculina en el centro de aquellos que, sin aguardar conveniencias de nadie marcharon camino de “El Carmen”, la órden que diera un señorón de luenga barba y voz chillona, que llegó a caballo recibir la presa de tan suculenta cacería; seguramente el jefe de la escolta.

Por supuesto que en el atrio se volvió una vocería de mujeres y muchachos, y lloriqueos y ruego de aquellas a la comisión, y el sacristán que sale de vela en mano a alumbrar aquel tremendo desbarajuste, y luégo el señor Cura con bonete, estola, y casulla, que asoma por la nave del medio a casar... ¿a quiénes?, si cuando llegó al andén no encontró sino mujeres y niños, pues todo lo reclutable iba llegando a “Pereira”, según el afán y paso que llevaba aquella gente que, con tan odiosa comisión, acababa de salvar, inconscientemente, la pobre víctima.

¿Y qué fue de Andrea?

Sentada en las gradas del atrio, sóla, aislada, tiembla de frío y de miedo. Empuña entre sus manos el pequeño cuadro de la Inmaculada, que siempre ha llevado consigo y reza a su virgencita, besándola, unas oraciones sin hilación.

Oigámosla, trémula y asustadita:

“Padre nuestro que estas en los Cielos, y bendito es el fruto de nuestra vida perdurable, amén. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, del poder de Bonifacio Pilato, concebido sin mancha de pecado original. Amén”.

El señor Cura, viendo que no había remedio en tan terrible conflicto, cuando ya fué informado de lo ocurrido, invitó a los destrozados tercios de aquél ejército, a oír la misa que se tenía preparada, y ya que no para celebrar el matrimonio, tan en buen hora estorbado, para aplicarla, dijo él, por la paz de los cristianos y por terminación de una guerra que a cada paso regalaba con escenas como la presente.

El mismo sacerdote dijo a la novia que, en ningún caso se fuera sin la comunión, pues no debía perder aquella tan arreglada confesión. Además, para que la ofreciera a Dios por la pronta vuelta del novio. (!)

Y, ¡Qué cosa más bella!, ¡qué acto tan solemne aquel cuando llegó el momento de la comunión para Andrea. Ver destacarse de en medio de aquellas fachas patibularias y socarronas de los indios, la graciosa esbelta figura de la niña, radiante de hermosura y de felicidad, a hospedar en el castísimo santuario de su pecho a tan majestuoso huesped.

Terminada la misa, el alicaído acompañamiento se dirigió a la casa de Juan Colorado, a tomar un ligero desayuno, alzando cada cual su lío de ropa, sin más noticias de los reclutados.

A tiempo de pasar por “El Arenal”, y como nada se dijera a Romana, de volver a casa de los Quiramas, esta siguió para la suya, con gran contentamiento de Andrea, que caminaba en silencio, pero feliz, felicísima, presa de la impaciencia por llegar donde Luisa a referirle lo sucedido

Las dos mujeres, Andrea y Romana, con pensares muy diferentes, llegaron a “El Arenal”, bien adelantado el día, sin haber pasado mas bocado que el pequeño desayuno donde la Quinchía, y sin hallar en aquella desmantelada casa, nada absolutamente nada, que pudiera servirles de alimento.

Era aquel momento para ella, un estado verdaderamente miserable, infeliz, desgraciado...

Y sin embargo, Andrea radiante de felicidad y de hermosura; Andrea en el colmo de la dicha!

La vieja Romana que bufaba de coraje, quejándose de dolor en la cabeza, y de hormiguelo en las sienes, llegó directamente a la cama, convirtiéndose tal zozobra en fiebre gravísima, que no le dejó ya levantar el ánimo.

Andrea, sola, abandonada, y más que huérfana, se sentó en el banco de la cocina a pensar, ¡pobrecita!, en lo que había sucedido, sacando esto en limpio:

Que había estado al borde de un precipicio, es decir, al ser la esposa de Isidoro.

Que no había caído en el abismo, por un milagro de su virgencita.

Que a Isidoro se lo habían llevado para el cuartel, reclutado, y que como estaba de apurada la guerra, y por consiguiente la necesidad de soldados que había, a un hombre de las condiciones de Isidoro, no lo soltarían así poco más o menos, considerándose por entonces libre de aquel hombre.

A estas y en su terrible abandono y soledad, le asaltó con más vehemencia el recuerdo de Luciano, del hombre a quien ella había dado su amor y prometido la mano de esposa; del hombre que tan generosamente se había sacrificado por ella, por salvarla, y así a oscuras de lo que pudiera haber sucedido a su amado, acongojada por la incertidumbre, rompió a llorar con toda la fuerza de su alma...

Y cuando ya se desahogara, después de enjugar el llanto con aquel pañuelo histórico que tantas lágrimas guardara en sus pliegues, se dirigió al interior de la casa y presentándosele a Romana:

—¿Cómo sigue, señora, le dijo.

—Yo, muy enferma, hijita.

—Y, ¿qué hacemos sin nadita que darle de comer?

—Yo no lo sé, ya no veo forma de nada.

—Pues si a usted le parece voy a prestar algo a la vecindad, cómo le dejo morir de ham...

Un sollozo no dejó acabar la frase a la abandonada flor de “San Pablo”.

—Haga lo que quiera, peso que ya se llevó el enemigo malo esta casa.

—Pues... yo fuera a “Los Alticos”, pero... como usted ha estado tan brava con mana Luisa... , ella que ha sido tan buena con nosotros...

—Yo, con mi comadre? ¡Dios me libre!, yo no tengo nada que sentir de la pobre mi comadre. Antes ajualá me la salude si va allá.

Esto que te dicen y... pies, para que os quiero.

Nunca había ido Andrea en tan corto espacio de tiempo, de “El Arenal” a “Los Alticos”, como aquella vez, y si Luisa no se fué a tierra cuando vió llegar a “su muchachita”, no debemos volver a creer en desmayos de nadie.

Pintar la sorpresa, la conmoción nerviosa que le produjo a Luisa aquella llegada, es difícil.

Pero lo que más cuesta arriba se le hacía, era el ver como se le presentaba Andrea radiante de alegría y de hermosura: en el colmo de la felicidad.

¡Qué saludo!, ¡qué abrazo aquél!

Luisa se devanaba las entendederas por adivinar la causa de la aparición de Andrea, y hubo un momento en que tuvo miedo, creyendo asunto de magia lo que veía; pero estos pensares se sucedieron muy de prisa, pues pronto se enteró de todo dando ellas por evidente que aquello era un milagro de la Reina de los Cielos, de aquella Inmaculada Concepción del pequeño cuadro, que siempre llevaba consigo y tanto veneraba Andrea.

Lo primero que hizo ésta, después del saludo fué preguntar por Luciano, a lo cual contestó Luisa:

—Bendito sea Dios!, hijita. Parece que todo se reúne para volver la alegría a esta casa. Hoy supe del niño. Me dijeron que aunque la herida fué grave, sigue mejor. Que lo cuida Don Daniel, un joven amigo y vecino, y que allá están a oscuras de lo que aquí pasa. Esta averiguación la hice con más trabajo que... no diga. Usted no puede figurarse cómo dizque está de enredado ese mundo.

—Mejor señora, que él nada sepa de estas cosas, para qué? no le parece?

—Así es mi hija. Ahora: antes de seguir adelante, vamos a dar gracias a Dios por tantos beneficios recibidos.

Y tomando de la mano a Andrea, juntas entraron a la sala y arrodilladas allí, elevaron una plegaria al Cielo en acción de gracias.

Después de orar se alzaron, y sentándose en una banca, quedaron pensativas y así como que no pudieran darse cuenta de lo que les pasaba.

—¡Andrea!; exclamó de pronto Luisa, llevándose las manos a la cabeza, ustedes nada habrán comido hoy, pues dónde?

—Verdad, mana Luisa, y qué le parece que no me había acordado, por mí no tanto, por aquella pobre viejita que la dejé en cama.

—En cama?

—Si, señora, llegó y al tomó y está lo más enferma.

—Vamos, vamos hijita, a ver qué le doy a usted primero, y luégo veremos que le lleva o le llevamos a mi comadre.

—Como le digo: por mí no se afane, pues... si yo le contara: estoy más bien alimentada.

—¿Cómo así?

—Comulgadita! comulgadita!

—¡Ah! cosa querida, esa es mucha dicha.

—Tanta, señora, que me siento livianita... casi vuelo... Vea: con tanto retoño que tuviera así de alas, era capaz de encumbrase ahora mismo y caer en... “Chontalito”, o por allá bien lejos.

Luisa se rió de aquella sencilla e inocente salida y en seguida siguieron para la cocina, donde fueron los cariñosos saludos de Andrea a ña Tomasa y los abrazos y los besos a los niños.

Y ahora, para dar cuenta a Luciano.

¿De quién se valían?

—¡Qué cosas!, decía Luisa; ¡cómo se ha puesto este mundo! No podemos comunicar con don Luciano. Y como las noticias, cuando son malas vuelan quién sabe si ha sabido su viaje a “San Antonio”, y la cree a usted ya, en poder del indio, lo que unido a la herida puede serle fatal.

—¡Cómo sufrirá!, dijo Andrea.

—Más de lo que usted ha debido sufrir?, exclamó Luisa, a ver, de veras, cuénteme sus tragedias con esa gente. Si no he hecho otra cosa que pensarla. Quién sabe cuántas canas me han salido, conque...¿muy mala vida?...

—Señora ¡tanto!, como usted no puede figurárselo. Supóngase, yo en poder de ellos, sin saber de usted ni de don Luciano, después que lo vi caer como muerto... Y mire, como me llevaba de la mano, casi me tumba cuando cayó... ¡Y el grito que dio!... ¡Ave María! Señora! yo me vine en la persuasión de que lo habían matado y... he llorado tanto por él!

—¡Pobre niño! tan generoso, dijo Luisa.

—¿Usted lloró mucho por su marido cuando murió?, le pregunto Andrea.

—Mucho, y grité, y me desesperé... yo no sé cómo no perdí el juicio.

—Así me sucedió a mí... y ya vé, sin ser don Luciano nada conmigo.

—Yo, continuó Adrea, cuando me dejaban solas esas gentes, vea, mana Luisa me parecía que estaba viendo a ... pues... a él... así tan patente y bañado

en sangre, y me ponía a llorar, y me daba una opresión en el pecho, una cosa que parecía... así, como si me fuera a ahogar... y con unas ganas de gritar bien recio, muy recio, a ver si me oían ustedes.

—Será pecado llorar por un hombre... llorar tanto por un señor que... pues así de otra casa?... Y ya vé, yo confesada.

—No crea que esto es malo, hijita. Qué pecado va a ser llorar por uno de nuestros semejantes. Basta saber que todos somos hermanos en la tierra. Y ahora que por este menos, tan generoso y atento. Ya vé como se expuso por salvarla a usted... Además, que si ante los hombres nó, ante Dios, puede decirse, que él es su esposo. Recuerde aquel juramento tan sagrado que hizo antes de emprender la huída.

La candorosa virgen se encendió, ruborizándose; al decirle esto Luisa y bajando los ojos y fijando la mirada en el suelo, murmuró, paso y aspirando la frase:

—Y yo que no le dije esto al señor Cura!

Tan pronto como Andrea tomó algún alimento, siguió para “El Arenal”, hallando a la vieja mucho peor de lo que la dejara y ardida de fiebre.

Sin embargo: la Grisales se recobró un poco, cuando aquel ángel de bondad, practicando las obras de misericordia, la visitó, dándole de comer y de beber, tratando de consolarla en su terrible situación, haciéndolo con la dulzura y delicadeza de una verdadera hija.

Los males que la vieja causaba a la niña ésta se los devolvía con bondades.

XXXXIV

Después de ser herido Luciano, en su permanencia en “Chontalito”, ninguna noticia de Andrea se había procurado y como él sabía que fuera de la viuda de Villada, la niña no tenía mas doliente, alguna persona capaz de impedir el matrimonio con el indio, el joven temía, con toda razón, se hubiese realizado éste, y tal temor, unido al estado de debilidad causada por la herida, le tenían de tal modo, que estaba a cantos de perder el juicio, la poca razón que le quedaba; si bien, es cierto, ya fuera del riesgo, como lo declaró el médico y lo consideró su amigo Daniel que no lo abandonó un momento.

Horrible era el sufrimiento de Luciano.

Por una parte que nadie se atrevía a salir de “Chontalito”, por el miedo de comisiones reclutadoras y expropiadoras, y de retenes en los caminos y trochas, y por otra, que él no se atrevía a enviar donde Luisa a averiguar la verdad, temiendo que al saberla, caso, de que, a Andrea le hubieran obligado a casarse con Isidoro, le costara algo así como la vida, mientras que en aquella engañosa ignorancia de lo ocurrido, alcanzaba alguna esperanza, para fortalecerse en su convalecencia y ayudar al estado de alivio de que ya gozaba.

Es decir que quería saber y no saber.

Lo peor de todo, para el caso, repetimos, era el recrudecimiento de la guerra, lo extremado de las persecuciones, que por esto ya nadie se aventuraba a moverse, no dirémos de la casa, de los escondidos ranchos en montes y rastrojos, en donde pasaban las gentes días y días huyendo del cuartel.

Al fin Luciano, una vez que amaneció en el colmo del despecho, por la incertidumbre en que se hallaba resolvió jugar la partida, y al conferenciar con Daniel, se convino en que éste tomara a su cargo el arriesgado viaje, en solicitud de la suerte que hubiera corrido Andrea. Así, que, al siguiente día, cuando ya comenzaron a alegrar con sus trinos los pájaros a “Chontalito”, despidiéndose de Luciano, y tomando por su casa en “Los Charcos”, allí se armó de un cuchillo de monte y dejando la finca atrás, por atajos, unas veces, y otras trochando por el monte es lo cierto, que a “Los Alticos” fue a dar, a entenderse con Luisa de lo ocurrido.

Entretanto, Luciano, se fastidiaba a más y mejor aunque es cierto que había dejado la cama y podía dar sus paseos, la impaciencia y el tedio le tuvieron loco en ausencia de su amigo.

Y así, las horas se le iban asomándose por aquellos puntos de donde se divisaba el camino por el cual debía tornar el emisario, y enviando vigías a todas partes, a ver si por alguna se mostraba éste.

En tal expectativa y con las idas y venidas, se agotó de fuerzas y cayó en la hamaca, fatigado, algo así como fuera de sentido, sin darse cuenta de lo que por aquellas momentos acontecía.

Ya hemos dicho que Luciano cantaba acompañado de la guitarra; como por la noche, atacado de aquella displicencia, hallara este instrumento a la mano, lo tomó inconscientemente dando principio a una nerviosa tocata, que, ni él sabía lo que era ni nadie que lo oyera pudiera saberlo.

De pronto, fijando la vista extraviada en un rincón del cuarto, rompió a cantar a media voz.

¡Ay! como cruza allá en mi pensamiento
Triste el recuerdo de mi loco amor,
las dulces horas del pasado tiempo
Con lánguida esperanza y con dolor.

La voz iba debilitándose a medida que cantaba y al terminar la segunda estrofa, hubo de suspender la canción a tiempo que oyó en el corredor de la casa ruido como de alguien que llegara a caballo.

Por un rato estuvo poniendo el oído y visto que no entraban o empujaban la puerta, un poco recobrado con la tregua, tornó a seguir su interrumpido canto, pero con voz tan débil, apagada y lúgubre, que más parecía de alma del otro mundo que de algún mortal.

Qué martirio, ¡ay! Dios, y hasta cuando!
No más tormentos para mí, Señor,
Quiero morir, pero morir amando;
.....
.....

Al terminar este verso, Daniel, quien efectivamente era el que había llegado al corredor, sin querer interrumpir aquella especie de lamento, mientras se reponía de la agitación del camino y pensaba el medio mejor medio de iniciarse con Luciano, en el sentido de no causarle una fuerte emoción con su llegada, y por otra parte, en el de hacerle rabiarse con reticencias y chocarrerías, para sazonar el buen rato que pensaba tener aquella noche con su amigo, Daniel, decíamos empujó suavemente la puerta y entre festivo y burlón le dijo, *hospite insalutato*:

—Y, es la última determinación?, Luciano.

—¡Daniel!, gritó el interpelado, poniéndose en pié, sorprendido, qué dicha verte de vuelta, y mayor fuera si llegaras con buenas noticias.

—¡Noticias, dices, y ¿de qué?, y ¿para qué darlas a un hombre que va morir, y a descansar del mundo?

—No te burles, Daniel, considera la situación en que me hallo.

—Sí, bien la veo, pero, ¿qué puedo hacer por ti?

—Mucho Daniel, mucho. Sacarme de esta incertidumbre.

—Pero, ¡hombre!, sólo que forjando un cuento. Yo nada he sabido de tus cosas.

—Las sabes, de seguro, y quieres divertirte a mi costa con chanzonetas, o temes darme una mala noticia...

—Mira, continuó Luciano, antes no hubiera querido que me hablaran de Andrea, pues temía que al saber la verdad de los hechos cumplidos, siendo estos adversos, no resistiría; pero, aunque no conforme, sí resignado. Ya estoy resuelto a todo.

—Hasta a morir y descansar del mundo?

—No te burles, ya te lo he dicho hombre, he sufrido tanto en estos días de tu ausencia, son tantas las penas que me aquejan, que se chocan y enredan unas con otras y quizá por eso no me ha matado el dolor, neutralizada así su acción, como sucede con los venenos cuando se toman varios de una vez o mayor cantidad de la señalada para dar la muerte.

Esta disgresión era intencionada, por alargar el tiempo, temiendo que le saliera su amigo con una mala embajada; pero viendo el disimulo de éste, exasperado le gritó:

—¡Daniel!, amigo mío!... habla... habla por Dios!... tu silencio...

Más el recién llegado, siguiendo en la zumba, que por cierto iba siendo pesada, aprovechándose del largo párrafo del impaciente enamorado, dijo a éste:

—¡Hombre!, a propósito de penas enredadas, quieres que te recite un verso?

—Bendiga Dios, tanta cachaza!... sin embargo: por lo que juzgo, nada sabes y me quieres entretener con niñerías.

Esto diciendo, Luciano se sentó cerca a una mesa, apoyó los codos sobre ella, dejando caer la cabeza entre las manos.

Daniel recitó:

“Las penas que me maltratan
Son tantas que me atropellan,
Unas con otras se mellan
Y por eso no me matan”

—Y es la verdad, dijo Luciano, levantándose malhumorado y poniéndose a pasear por la pieza.

—Pero bien, dijo éste, al fin en tono un poco airado, ¿sábes o nó sabes algo?

—¡Hombre!, así te quería ver, calientico. Algo sé, pero cómo puede uno entenderse con un loco?

—¿Qué dices?, gritó Luciano temblando y plantándose con los brazos cruzados delante de Daniel.

—Que algo sé, sin que a esto se le pueda dar crédito... conversaciones... decires quizá sin fundamento.

—¿Favorables o adversos?

—Pues... de cierto modo, favorables.

—¡Dios Santo!, exclamó Luciano fuera de sí, lo que sea... lo que sea.... dímelo Daniel, y se dejó caer en la hamaca.

—Pues, oye con calma, dejando los arrebatos, y vamos por partes, siendo lo primero decirte que yo me he retirado mucho de tu casa en estos días.

—Bien, y qué?

—Que nó pude seguir de “Los Charcos”, de allí he estado averiguando con emisarios por todas partes, y nada, hasta esta tarde que llegó una mujer desconocida a casa, una india de por ahí de esos lados de “El Chuscal”, y hablando con Gertrudis, la cocinera le dijo algo referente a un “Isidoro Quirama” y a una “Andrea Blandón”. Me picó la curiosidad y preguntándole qué era la cosa, me dijo que el casamiento de estos se había frustrado.

Luciano, como movido por un resorte, saltó de la hamaca y abrazando a Daniel, le dijo:

—Amigo, mi mejor amigo, tú sabes lo que hay, y quizás por delicadeza me has querido engañar como a un niño, temiendo... qué sé yo... Esa cara placentera con que entraste, bien lo decía, que eras portador de buenas noticias... ¡Habla por Dios!...

Aquí, Daniel, no pudiendo disimular más, estrechando a su amigo, le dijo:

—Sí, sí, lo sé: Andrea está libre de todo peligro... será tuya... la he visto....

No necesitó de más, Luciano.

No se acordaba ya de la herida.

Y alborotó la casa.

Llamó al sirviente a desensillar el caballo de Daniel, pues, ¿quién se había acordado?

Y razón a la cocinera a preparar buena cena.

Y a los anaqueles del armario por brandy y por cigarros de lo puro.

Y a la guitarra, otra vez, pero no para cantar el “quiero morir”.

—¡Qué loco éste?, le decía Daniel, mira que puede hacerte daño toda esa bulla que estás metiendo.

Por eso me alargaba para darte la noticia.

Y Luciano, dejando la guitarra, sin atender a reflexiones, recorría la pieza saltando y cantando:

“Viva la patria!
Viva el amor,
Vivan las banderas
De mi batallón.

Tan tararan tararan tan tan....

Tin tiririn tiririn tin tin...

Y el sombrero a las vigas.

Y el saco a la quinta porra.

Y las chinelas a la requinta.

Y Daniel aturdido con aquel loquear.

Y el sirviente que vuelve de quitar la silla al caballo, perplejo.

Y los demás de la casa alarmados porque el “niño” se había enloquecido.

—Mi amitui señor, decía Rufina la vieja, santiguándose, este pobre niño ta too chizao... licieron malegicio... ta nergúmen!, ¡nergúmen!

—¡... ente alma!, tienen algunos cristianos, es que prejudicar asina sin más ni más a la gente!, exclamaba el abuelo Lucas, rebuyendo con la aguja de arriero la picadura de tabaco con que llevaba cargada la pipa.

—Y lo pior de tuitas estas cosas, volvió Rufina, es que con sostilergios y sosperticios, asina quini como lo dice el padrecito Metancur. Y nu hay más regencia que echale hizopazos y latines de curas, y dale de seguido pa que no se le asiente el maldito, hasta que lo abalance...

Y harto caso que hacía Luciano de lo que se decía por aquellos desaciertos con que alborotaba la casa en tan feliz noche.

Andrea estaba libre, sería de él, y eso le bastaba para ser dichoso, muy dichoso, y para no atender a nada ni a nadie y correr, y gritar, y reír, y cantar como un loco:

Tin tararan tararan tin tan.

Ton tororón tororón tron tron.

—Ahora, sí, le decía a Daniel, poniéndose de frente, con el puño de la mano cerrado. Andrea será mía por sobre toda consideración, por sobre todo obstáculo.

—¡Pobre mi monita!, continuó Luciano ¡cuánto habrá sufrido! Es preciso, es necesario que acabe tanto tormento para ella...

¡Tener a Andrea en la condición de india!

—¿Qué dices Daniel a esto?

—Pues... hombre yo creo...

—¿Que no es noble Andrea? ¡Hombre por Dios!... Están cieguitos, cieguitos todos...

¿En dónde se ha visto más distinción, más gracia, más buenas maneras, más belleza, mejor porte, más talento, más señorío, más candor, más inocencia?

—Ora pro nobis, ora pro nobis... le decía Daniel acompañando aquella retahíla, saboreando una copa de brandy y encendiendo el cigarro de ordenanza.

Pero aquel *nergumen*, de Luciano, ni caso hacía a su amigo, siguiendo en su paseo, vociferando:

—Y más tímida... ¡pobrecita!... Mira, Daniel: la noche de nuestra fuga, cuando salimos de la casa de Luisa, nos vinimos un rato separados; pero como de pronto tropezara, dando una ligera caída, yo le ofrecí el brazo y temblando como una venadita, haciéndome unas preguntas tan candorosas y tan inocentemente maliciosas, que me dejaban temblando a mí también, y se apoyaba en mí con tanta confianza como si lo hiciera con su propia madre!...

Daniel fumando, dejaba desahogar a su amigo que recorría el cuarto, a zancadas, unas veces, y otras despacio, y haciendo paradas, y gesticulando y tornando a aquel canto:

“Viva la patria
Viva el amor...”

Al fin, después de los esparcimientos concernientes, y de charlar los dos amigos un buen rato, llamaron a cenar, y pasaron cogidos del brazo, al comedor.

El nergúmen cenó con buena disposición, cosa que no le acontecía desde que fue herido, y calmado un poco con el refrigerio, arriscando el mantel y encendiendo cada cual un cigarro, entre sorbo y sorbo de café.

Luciano pidió excusas a su amigo por aquel tanto disparatar, y le suplicó le contara detalladamente, cómo había inquirido lo de Andrea, y si ya ésta sabía su situación, es decir, cómo se encontraba Luciano de la herida, y de su amor.

Y Daniel, aspirando el humo de un puro de Ambalema y tomando un sorbo de café, se expresó así:

—Mira Luciano, cuando yo me separé de ti, fui a “Los Charcos”, y estuve en casa, pensando si aventurarme en el viaje o no, pues me dijeron que se habían duplicado los riesgos; que las comisiones se cruzaban y los caminos estaban llenos de retenes.

Al fin resolví ir a pie, tomando por la trocha de “Las Perdices”, un trecho y después por todo el monte, dejando a un lado a “Alto Bonito” y así salí a “El Arenal”, dirigiéndome luego a “Los Alticos”, a casa de Luisa, temeroso de hallar malas noticias...

—Sí, hombre, ¡eres un valiente!

—Al llegar salté el vallado de la huerta, y atisba que atisba, me acerqué por detrás de la cocina y a media voz llamé a Luisa. Esta salió un poco sorprendida, me saludó e invitó a que entrara. Me negué a esto, y en dos palabras nos entendimos...

Cuando le pregunté por Andrea, me dijo, señalándome para el interior de la cocina:

—Mírela, niño Daniel, allí está.

Evidentemente, por una especie de claraboya o hueco, me asomé, y ví... ¡mi hijito!... ¡yo te digo!... ¡caramba!... por esa nadita, me dejaba dar, no un garrotazo: dos, tres... y los que quisieran...

—Sí, hombre, sí, decía Luciano, frotándose las manos con aire de satisfacción, así es, Daniel, bellísima... Y me alegro que la hayas conocido para que me apruebes mis calaveradas.

—Al efecto, prosiguió Daniel, Andrea se encontraba dentro de la cocina, contando algo a otras personas que le rodeaban, y como le oyera decir:

“.....esta virgencita que me quiere tanto. Yo le pedía que no me dejara casar con Isidoro, y de seguro que por esto se lo llevaron para el cuartel, pero yo no

le deseaba ese mal, yo lo que quería era que él no fuera mi marido! Gracias a Dios que ya esto no sucedió...”

No necesité más, Luisa me complementó lo ocurrido, enterándola yo, a mi vez de todas tus peripecias, enviándole por su conducto, todos los recuerdos a la niña.

—¡Oh! nuncio sublime! exclamó Luciano con gravedad cómica, cuando yo sea Presidente de Colombia, te enviaré de embajador a la nación más potente del globo. Y cambiando de tono, siguió:

Así es como un plenipotenciario cumple con la misión que se le confía. Pueda ser que más tarde me necesites para algún asunto de estos, y entonces, el yerno de Mateo Blandón, a tus órdenes, (y se golpeaba el pecho).

—Y, ¿no le hablaste?, Daniel.

—¡Cómo, hombre!, si yo casi era la primera vez que la veía, al menos así ya mujerona como está hoy. Y luégo que, pensando en tu impaciencia, yo no quería perder tiempo.

—Y... ¿muy linda?

—¡Ah! eso si, preciosa no te dije ya?

—Mira: cuéntame cómo estaba vestida; cómo llevaba el cabello; si la encontraste pálida... si me nombró para algo... todo, todo... decía Luciano, acercando más el asiento al de Daniel, como para no perderle palabra.

—Si yo nada más puedo decirte, hombre, no seas geringón, pues con el deseo de darte tan buenas nuevas, todo lo hice a la carrera volviéndome por el mismo camino.

—Pero...volvió Luciano, apretando los labios, sacudiendo la cabeza como un epiléptico, tomando a Daniel de la muñeca y estrujándole, ¿muy linda?... muy linda?

—Suéltame, no seas niño, camína a dormir que te puede hacer daño, y mañana sigues en la tarea de indagatoriarme a tu gusto, primero está tu salud que todo, por ahora.

—¡Ay! Daniel!, qué buen amigo eres!... deja que te apachurre a abrazos...

Luégo se acostaron, quedando a oscuras, haciéndose el embajador el dormido; pero no le valieron sus maturrangas, porque el convaleciente le hacia oír, quieras que nó, la historia de su amor, repetida tantas veces, que cuando menos pensaron, narrador y oyente, vieron la luz del día por las rendijas de las puertas, y oyeron el canto de los pajaritos, saludando la mañana.

XXXXV

Algunos días habían pasado después de aquel en que Andrea volviera a “Los Alticos”. Ya vimos cómo en esa fecha llegó a “El Arenal” Romana, con dolor de cabeza y hormigueo en las sienes.

La revolución va tocando a su fin, con esperanza de que pronto vuelva a Antioquia a la vida de paz y de trabajo.

Daniel, como plenipotenciario de Luciano, ha podido entenderse con Luisa, sólo de paso ha tratado a Andrea, lo suficiente para darle cuenta del estado de Luciano y llevarle a éste algunas noticias de su novia.

El herido mejoraba notablemente.

En casa de los Quiramas había calmado el rencor para con los vecinos y ya poco caso hacían de ellos, porque malogrado el matrimonio, no estaba la cosa para echarse a cuestras a Romana, reducida como estaba a la cama desde el día del desbarajuste en San Antonio; de mal en peor todos los días y viviendo de la caridad pública particularmente de lo que por conducto de Andrea, le enviaba Luisa.

En estas y las otras corría el tiempo, cuando llegó el 5 de abril de 1877 y con esa fecha el término de la revolución, de modo que cada cual pudo entregarse de nuevo a sus ocupaciones, para resarcir tantos daños como traen consigo estas miserables luchas fratricidas, que nos diezman, nos empobrecen y nos llevan al salvajismo.

La enfermedad de Romana se tornó cosa seria, nada menos que en fiebre lenta, que de día en día se agravaba dejando comprender que la vida de esta india sería ya corta.

Entre los vecinos se propusieron ver por ella, especialmente Luisa, y luego de “Guacimal”, y aunque tan pobres, no se quedaban atrás los Quiramas, pues cuando menos, le servían, yendo algunos de ellos a hacerle compañía por la noche, prestándole ayuda a Luisa y a Andrea que se hablan declarado sus enfermeras.

Y Romana empeorando, y su fin acercándose a cada sol que pasaba.

Un día, ya muy postrada, pidió que le llevaran el viático y en seguida el sacerdote estuvo en “El Arenal”, teniendo la vieja muy larga conferencia con él. Y sea que la hora era llegada, de pronto y en aquel momento se agravó de

tal modo, que el clérigo salió del cuchitril de la moribunda, a hacer saber esto a los presentes, y a manifestarles que la penitente quería hacer una revelación, deseaba confesar un gran pecado públicamente, delante de todos los que allí hubiera.

Era pasado mediodía.

En “El Arenal” se encontraban multitud de vecinos, y todos entraron al llamamiento del cura.

Tan solemne fué el acto, que al llegar éstos al tabuco de la moribunda y arrodillarse, reinaba tal silencio, que muy bien pudiera oírse los pasos de una hormiga.

Luisa y Andrea eran las más inmediatas a la enferma, y por eso ésta, en uno de los momentos lúcidos que tiene todo agonizante, al abrir los enjutos y empañados ojos, lo primero que vió fué a aquellas dos mujeres, de rodillas en oración.

Romana trató de incorporarse, pero no pudo y con voz desfallecida volvió donde Andrea y le dijo:

—Mire... mijita... ya yo en el untualito voy a compadecer en el Tribunal de Dios, y el señor curita y busté, y mi comadre, y tuiticos, pongan atención con su güena voluntá... y que sepan que busté, Andreita es hija de güenos padres, que son... blancos y ricos... y... nues de Candelaria que el enemigo malo nos tenía infuscaos a yui Mateo,... y nos tentó esa ira mala, y la trujimos de tan lejos... y busté comadre Luisa, vea por la muchachita... ¡cital! la niña... y se la entriego pescargo de mi concencia, pa que por mi Dios comadre la... de.... güel... va... a... a... su...

Aquí iba la agonizante, cuando le dió un paroxismo del cual pareció quedarse muerta; pero luégo volviendo un poco del síncope, y ya agotada de fuerzas, apenas articuló esto:

—...don... an... Pablo...

—Y expiró.

El cura, al grito de: ¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡Jesús!, absolvió a aquella pecadora que moría arrepentida del mal tan grande que le había causado a una familia, y especialmente a una inocente niña.

Todo el mundo quedó impresionado con aquella confesión, y aun el mismo sacerdote, apesar de estar habituado a aquellas escenas de muerte, no podía salir del estupor que había sobrevenido en su ánimo por tan extraño

suceso: unas veces llevando la mirada sobre el rígido cadáver de la que acababa de dejar casi en descubierto un gran secreto, y otras sobre la niña que pocos días antes se había confesado en la iglesia de “San Antonio”.

A la muerte de Romana se siguió en la casa de “El Arenal” el rezo de ordenanza y el velorio por la noche, al cual asistieron muchos vecinos, los que, al llegar y saber de la confesión de la difunta, se llenaban de pánico y de admiración al mismo tiempo, acercándose a Andrea y mirándola con tal respeto, que a excepción de Luisa, ninguna otra persona se atrevió a dirigirle la palabra en aquella noche.

Andrea, sentada en un rincón de la casucha, ensimismada y absorta en sus pensamientos, repasaba en la memoria la historia de su vida, y unas veces lloraba de dolor, pensando en lo que por ella habrían sufrido sus padres, y otras de felicidad, sabiendo ya a punto fijo que su origen no era el que se le había atribuido hasta entonces, sino otro: el que ella había presentido como bueno, y que por eso, de ahí en adelante no tendría por qué avergonzarse delante de la familia de Luciano.

Ahora sí que había crecido el amor en aquella criatura; sí que conocía que aumentaba el interés por Luciano; el deseo de verle de nuevo. Ya que le podía mirar cara a cara, de frente, hablándole como a su igual.

Ahora sí podía dejar de darle aquel Don que tanto molestaba al amado de su corazón y decirle a secas: ¡Luciano, Luciano mío!...

Exclamaba Andrea para sí, y volviendo a otros pensamientos:

¿Tendré hogar?...padres?...hermanos?...

¿Quiénes son?... dónde están?...

¿No me habrán olvidado?...

Y lo peor, sin un amigo, sin un confidente de sus ansias, de sus martirios, de sus dolores, de sus dudas, de sus alegrías, de sus sueños, de sus esperanzas... en fin, de tanto, tanto como le bullía aquella noche en su acalorada cabecita.

Al amanecer, rendida Andrea por el sueño, sentada, que no recostada siquiera en aquella camita de gruesos palos que ya conocemos, se dormitó, y en medio del castísimo sueño de la inocencia, vió a Luciano a su lado; pero no huyendo de ella, como en otra ocasión, por no darle el saludo. Y vió a la hermosa mujer de siempre que le abría los brazos, y a los blancos y rubios niños que le llamaban con aquel nombre tan lindo. ¡Ay!

¡Pobre paloma candorosa, adivinando, presintiendo tantas cosas, y sin saber de donde había llegado ella por aquellos parajes, y de qué árbol pendía su nido.

XXXVI

El día que siguió al de la muerte de Romana, después que los vecinos sacaron el cadáver de aquella mortuoria estancia, todos los acompañantes fueron desfilando, excepto Luisa, Andrea y Jacinta, que permanecieron en ella, en tanto que ponían algún arreglo en la destartalada habitación, recogiendo el reducido ajuar de la niña y lo poco que pudiera utilizarse de lo que dejaran los difuntos indios, que a la verdad no era otra cosa que el baúl ya conocido, y que hizo, *in illo tempore* la desesperación de Andrea, por la prenda que encerraba.

Así pues, cuando ya no les quedaba por hacer otra cosa, rezando las tres mujeres una oración por el alma de los finados esposos, cargando Jacinta con el baúl, dejaron “El Arenal” y se dirigieron a “Los Alticos”, en donde los aguardaban con impaciencia Tomasa y los hijos de Luisa.

Al salir del patio, mientras le cruzaban unos palos al portillo que servía de entrada, para que aquello no quedara a merced de los ganados, Andrea se sentó en un pequeño barranco, emocionada, y mirando para la desvencijada habitación que dejaban, exclamó:

—¡Ay! Dios mío!, qué horrible es la miseria!...

—Nada hay más aterrador, contestó Luisa.

—Me cree, señora, que siento un profundo dolor al dejar estos lugares?

—¡Cómo, Andrea, yo no comprendo!...

—Sí, señora, un dolor mezclado con alegría. Yo no sé cómo es esto, pero...

—¡Con tristezas, hoy, primer día de su libertad?... no hija, eso no puede ser y más sabiendo lo que sabemos.

—Por lo mismo, porque pienso en esa madre que debo tener y que no conozco, y en que tal vez ella vivirá así como he vivido yo en el desamparo. ¡Pobre madre mía!, cuánto habrá sufrido por mí!

—Algún día acabará ese sufrimiento. Para Dios nada hay imposible. Así, deje estos tristes pensamientos y vamos a gozar de su libertad.

—Vamos, señora, dijo Andrea levantándose; rodaron algunas lágrimas por sus mejillas, volvió los ojos atrás y dijo adiós para siempre a aquella aterradora mansión, en donde habían corrido para ella, tan amargos, tan desgraciados, los enlutecidos años de su niñez.

Al llegar a “Las Alticos” encontraron un peón de “Chontalito”, enviado por Luciano, con esta misiva:

“Andrea y Luisa:

Les doy mi saludo. ¿Qué hay de nuevo? Ardo en deseos de saber lo que pasa por esa tierra, de verlas y hablar con ustedes muy largo, de tantas cosas que nos han ocurrido después de la noche de la huída.

Con motivo de hallarme casi sano de la herida, iré pronto a “Gua-cimal” y en llegando a casa, pasaré donde ustedes, para tener el placer de darles un cariñoso saludo.

Aguardo contestación con el peón.

Luciano”.

Luisa y Andrea contestaron:

“Don Luciano:

Recibimos su boletica y al leerla nos alegramos de saber que se encuentra mejorado y que viene pronto.

Ojalá que, sin perjuicio de salud, acorte el tiempo para la venida, lo más que pueda, pues tenemos que comunicarle la mar de cosas, y de mucha importancia.

Mi comadre Romana murió y Andrea vive conmigo.

Su atenta servidora,

Ma. Luisa Villada de Jurado”.

El peón partió con esta carta, y Luisa y Andrea se dieron a los oficios caseros, descuidados hacía algunos días por atender a Romana.

Y con qué gusto iba poniendo orden Andrea en todo lo de la casa y haciéndose a ella. Andrea que ni siquiera pensaba en lo ocurrido, en aquella importante revelación, pues todo era llegar a “Los Alticos”... y encontrarse al lado de Luisa, para olvidar penas y afanes, viéndose allí como en su propia casa.

Y con aquel cariño de la niña a la viuda y de la viuda a la niña, por lo ocurrido, andaban de caras tan regocijadas, por esto, ña Tomasa, interrogó a Luisa, así:

—Hija: qué inguandos traen entre manos que las veo en tales placenterías. Si es por la muerte de la Grisales, aunque fué tan artilosa, que mi Dios la perdone, uno no debe alegrarse por pasativas ajenas.

—¡Madre!, por María Santísima!, dijo Luisa, cómo cree de nosotras esas cosas ¡sumercé! ¡Pobre de mi madre!, ya dió cuenta a Dios de su vida y por eso nosotras no tenemos hoy que ver con ella y más cuando murió tan arrepentida. Recuerda, madre, lo que yo le decía, que Andrea no era nieta de ellos?, pues así mismo resultó. Ya vé como mi comadre, a la hora de la muerte confesó delante de todos que esta niña era robada; pero como ya estaba en las últimas, cuando resolvió revelar el secreto, apenas se le oyó decir una cosa así como... Don... Juan... Pablo...

En éstas, Andrea, que oyó desde el patio aquella conversación, entró a la cocina y tomó parte en ella.

—Verdad, mana Luisa, que no habíamos vuelto a hablar de eso. Valiente susto me dió, y valiente temblor, cuando se dirigió a mí, con los ojos tan abiertos y vidriados, retorciéndose... y, yo, qué sé, tan horrible!

—Pauto, pauto con el enemistre, gruñó ña Tomasa, atizando el fogón.

—Es que el trance no es para menos, dijo Luisa.

—¡Ave María!, señora, volvió Andrea, y mire usted qué lástima no haber alcanzado a decirnos dónde están mis padres, y de dónde me trajeron.

—Sí, mi hija, mucha lástima, pero siquiera lo que confesó fue dicho delante del señor Cura, y el principal de los Quíramas, para que esas gentes no vuelvan a molestar. Por una parte se persuaden que mis difuntos compadres no tenían derecho sobre usted, y por otra, ven que por ahora estando usted a mi cargo, no es fácil llevar adelante sus pretensiones.

—Gracias a Dios, señora! Cómo ha cambiado mi suerte, después de la vida tan triste que he llevado. Me alegro de saber lo que sabemos, por el deseo de conocer a mis padres, si los tengo, y porque ya don Luciano, o mejor dicho su familia, no me verán en la baja condición que antes, pero...yo no sé...¿Sabe? yo viviría feliz en esta casa, al lado de ustedes, compartiendo el trabajo, y no ambicionaría otra cosa, después de saber cuál es mi propia familia, que...(decía la niña bajando los ojos ruborizada), que don Luciano no se casara con otra...

—Don...Juan... Pablo... repetía Luisa, como hablando a solas, pero... ¿sí será esto lo que quiso decir mi comadre?, ¿cuál será este hombre?, ¿cómo damos con él?

—¡Qué dicha! ¡Señora!

—Tal vez con el niño Luciano sacaremos algo en limpio, pues lo que soy yo no doy...

—Eso es predicar en desierto, dijo ña Tomasa, encendiendo el cigarro y llevándolo a la boca con el fuego por dentro.

—Escuche, Andrea, tornó Luisa, siempre en su preocupación, usted no recuerda nada de pequeñita? Eso que me ha contado tantas veces, de ver a una señora y como que le abre los brazos y como que le llama con otro nombre que no es el de Andrea, y a unos niños...vea... si puede, haga un esfuerzo por acordarse de alguna cosa pasada, de algo que usted viera antes de ser traída a “El Arenal”... Ese nombre de don Juan Pablo no le, dice a usted nada?, no le trae algún recuerdo?... piense... piense, mi hija, repita en su memoria.

Andrea que se hallaba sentada en el banco de la cocina, dejó caer la cabeza entre las manos, apretándose las sienes como para exprimir el pensamiento y sacar alguna luz de aquel caos; pero nada. El mismo vago recuerdo de siempre, la misma hermosa mujer de sus sueños, allá de pie en el ancho corredor de una casa... unos niños correteando en un llano muy limpio bajo unos árboles, que parece que le llaman con aquel nombre que no es el de... sí, no és, no lo és, dice ella; pero de allí no pasa; hasta allí llegan sus confusos recuerdos, para volver a la realidad de la vida presente, y sollozando se lleva a los labios su pequeñita imagen de la Inmaculada y así le habla.

—Madre!, ¡madre querida!... Mi hermosa María!, dádme un poco de tu luz divina para alumbrar esta terrible noche de mis recuerdos... Eres tú madre mía? eres tú la que acabo de ver, cerrando los ojos, o es otra madre, mi verdadera madre, la que me dió el ser que me llama...

Y Andrea seguía estrechando el cuadro contra su corazón...

Después del almuerzo, y cuando le habían dado el mejor arreglo a la casa, Andrea, a quien hacía tanto tiempo perseguía el recuerdo de aquella pequeña bata, que dormía en el asiento del baúl de Romana, entre si se resolvía o nó a decírselo a Luisa, anduvo un rato, pensando, que esa extraña prenda de vestido allí podía implicar mucho, conexionado con la revelación de la difunta.

Al fin se resolvió, y temblando como si intentara cometer alguna mala acción, llamó con mucho sigilo a Luisa para la sala de la casa y en voz baja le dijo:

—Vea, mana Luisa...

—¡Andrea!, le interrumpió la viuda, ahora que nos hallamos solas, y antes que entre en explicaciones de lo que piensa decirme, oiga: ¿por qué no deja ese tratamiento de mana, que usted me dá? Yo bien veo que es por seguir la costumbre de las gentes que nos rodean, y que diariamente se rozan con nosotras, tratamiento por cierto muy simpático, porque es el de hermana y todos somos hermanos en Jesucristo, pero... la sociedad es muy exigente. Ya ve usted, las pretensiones del niño Luciano, la revelación de mi comadre, usted, Andrea, usted misma, su porte, su modo de ser tan aseñorado... todo, todo esto exige...

—No, señora, dijo Andrea, será como usted dice; pero para mí, de no darle el dulce nombre de madre (que así lo quisiera), por lo menos el que le doy.

—Bien, pero entonces que sea, en lugar de mana, hermana, así se disimula un tanto, ya que por lo que dije no me llamará Luisa a secas como debía hacerlo.

—Bueno mana... no le digo, si es que estoy tan acostumbrada, bueno hermana, le voy a contar un secreto lo más bobo.

—Qué le parece que un día abrí el baúl que trajimos de “El Arenal”, y encontré en él una batica o camisa pequeña de género fino, aunque un poco mareada, marcada con unas letras que no conocí entonces. Y mire ma... hermana: me impresionó eso tanto, y allí la dejé.

—Pues curioso está el cuento, dijo Luisa y abrió el baúl, rebujándolo sin dar con la tal prenda.

Andrea, en el colmo de la ansiedad, al ver aquello, le dijo a Luisa:

—¡Qué tal que ya no estuviera!

Más ella que termina la exclamación y Luisa que de en medio de una porción de harapos saca la bata.

La niña, al verla, dió un grito y casi se va a tierra, sintiendo de nuevo aquello que sintió la víspera del viaje al Cauca, algo así como el perfume de su perdido hogar, y nerviosa se apoderó de ella, la llevó a los labios y la besó, y la acercó a los ojos y con llanto la humedeció, y contra su inmaculado seno la estrechó.

Luisa, sin saber por qué, sintió un rudo estremecimiento a la vista de tan curioso objeto y dejó que Andrea se calmara para entrar a reconocerlo. Ya sosegada ésta, Luisa le dijo:

—A ver, mi hija, hagamos un examen de la batica por si aquí encontramos algo que nos dé indicios y... piense... haga por recordar lo pasado,... vea, no pudo haber usado usted este vestido en alguna época lejana, allá de niña, de pequeña. Haga un viaje largo con la memoria y busque a una persona que le haya querido a usted mucho, que le alzara en sus brazos, que le acariciara, que le besara, que le arrullara, que le cantara para hacerla dormir, que alguna vez le enseñara esta batica así...así...acercándosele con ella para ponerla sobre su pequeño cuerpo...¡Andrea!...¡Andrea!... un esfuerzo!...

—Señora, dijo la huérfana, desfallecida, dejando caer los párpados superiores y entreabriendo la boca... sí... sí... sí los veo... son unos... unos muchachitos, son... rubios... son blancos... con los ojos azules... azulitos... y están vestidos así, así con baticas de esas.... ellos, ellas... y, como que me hablan... oiga, oiga usted, porque yo no alcanzo a escuchar lo que me dicen.... los veo tan lejos... tan lejos... y tan chirriquiticos... ¡Ah!, dijo abriendo los ojos asustada: son los ángeles que rodean a mi Virgencita.

Luisa extendió la camisa sobre una mesa y al examinarla, así mejor, le hallaron casi borradas, las iniciales, en forma de marca que le viera Andrea: F. G. M., hechas con seda de color, desteñida por los años.

La bata era de un tupido linón blanco, ya por entonces amarilloso, color de todo lo que envejece; cerraba el cuello un cordón que también era de seda, como la marca, lo que hizo decir a Luisa, en tono chancero:

—Andrea, consuéllese, porque esto no viene de casa pobre.

El examen siguió, conviniendo las dos mujeres en que, por el tamaño se daba a comprender que la había usado un niño, sin entrar bien a la razón, y por su forma, que quién la vistió fué mujer y no hombre...

Mucho hallazgo era este, mas, ¿para qué?

¿Quién podría reconocerlo para saber su dueño?

Andrea, desde aquel día, no dejó de su lado las tres prendas que le fueron inseparables.

La pequeña imagen de la Concepción, regalo de su desinteresada y oficiosa protectora.

La misteriosa batica, y

El pañuelo que guardaba las lágrimas de su madre, sin ella saberlo las de Olivia y las suyas propias...

*

Lejos del nido

Terminado aquel examen, Luisa recomendó a Andrea el cuidado de la túnica, por si en algún tiempo necesitaban de ella, como comprobante.

Y desde aquel día, primero de libertad para Andrea, en “Los Alticos” sus moradores, se entregaron a una pobre, pero sosegada vida, de afectos, de contemplaciones y de trabajo, mientras el desterrado a “Chontalito” tornaba, para ponerlo al corriente de lo que pasaba.

¡Qué felicidad para Luisa!

¡Qué dicha para Andrea!

Que cuando nó, ayudándole a aquélla en sus tareas, éstas se entregaba a los juegos mas inocentes, corriendo, revoloteando con los niños de su hermana por rastrojos, llanos y huertos, como un pajarito, al cual le abrieran las puertas de la jaula, o bien:

Como el corderillo
Que en tardes hermosas,
Brinca, juega y corre
Del monte a la sombra.

Pero no se crea que, por lo dicho, Andrea dejaba la formalidad de señora y de “señora grande”, como lo decía Luisa, nó, señor, ella siempre estaba al cuidado de la casa, particularmte en las ausencias de la viuda a sus quehaceres, viendo entonces por ña Tomasa, cuanto se le ocurriera a la vieja, y por los chicos, lidiándolos con el cariño y la solicitud de una madre; pagando así el amor que a aquel ángel de bondad le prodigaban en la apasible vivienda de “Los Alticos”.

XXXXVII

Cuando el peón llegó a “Chontalito” con la contestación de Luisa; Daniel se encontraba allí con Luciano, y cual fué la curiosidad que les entrara al ver que le decían al niño, que tenían que comunicarle “un mundo de cosas”.

¿Qué podrían ser tales cosas?, se decían.

¿La vuelta de Isidoro?, lo dijeran claro.

¿Que Andrea se había arrepentido de la promesa a Luciano?, menos. Y si esto fuera, a qué llamarlo con empeño?

*

¿Que ya tenían noticia de su verdadera familia?, esto sí era razonable...

En fin, es lo cierto, que despejada la situación política y ya el herido mejorado notablemente se resolvió abreviar el viaje, quedando Daniel encargado de ambas fincas.

Y Luciano siguió para “Guacimal”.

Y como no falta quién sea el portador de malas noticias, en su casa sabían lo de la herida y lo ocurrido entre él y Andrea. Por eso, a su llegada, madre y hermanas le recibieron con aire de suma curiosidad, preguntándole por su salud, aunque un poco rostrituertas por aquello con la zambita Blandón.

—No le hace, se decía Luciano para sí, cuando esto notaba, me importa poco que no les guste Andrea, ellos no son los que se van a casar con “mi mona”, sino yó. Le ofrecí mi mano y lo cumplo, aunque se desplome el universo. Se la daré por sobre todo el mundo. Algún día se persuadirán de los méritos y cualidades de esta criatura.

Don Nicolás, o no sabía lo que pasaba, o no quería ya tomar cartas en el asunto, y esto último sería lo probable, viendo, con lo machucho y práctico que era, que si su hijo insistía, después del extrañamiento a “Chontalito”, era peor contrariarle aquel capricho; más aún, cuando por los runrunes que a él llegaban, según lo confesado por la vieja Romana, la “tal zambita de mal añaje”, como que era blanca y de buena familia.... lo que unido a su crianza en los rústicos oficios del montañés, le hacía propia para acompañar a Luciano en sus rudas tareas... ¿qué sabemos?

Es lo cierto, que a la mañana siguiente de su vuelta a “Guacimal”, con el pretexto del baño, el niño, en dos por tres se puso en “Los Alticos”.

Desde que Andrea divisó a Luciano que se llegaba, el corazón apréciale con sus movimientos que iba a estallar, y así a Luciano.

Este llegó con su porte caballeroso, saludando afectuosamente a las dos amigas, que contestaron la salutación con el cariño de siempre: pasando Andrea de la palidez del susto, al encendido rojo de la amapola, muda es cierto, pero hablándole con los ojos en ese amoroso lenguaje que más dice con miradas que con palabras; manifestación callada, pero elocuente a la cual Luciano, cohibido, por el respeto que ya le hemos conocido para con Andrea, sólo contestó estrechándole la mano en dulce arrebato de amor.

Le hicieron entrar a la sala de la casa y allí, después de mutuas preguntas y repreguntas, sobre tantas cosas que tenían para interrogarse de lo sucedido a

cada uno, a contar del siniestro de “El Canelón del Drago” en adelante, Luciano en tono dulce pero con alguna impaciencia, viendo que nada nuevo le decían:

—Ahora sí, habló, ¿qué es ese mundo de cosas que tienen para contarme.

—Pues.... don Luciano, dijo Luisa, esas son cuentas de la niña; ella le explicará todo a usted.

—No, señora, contestó Andrea, colorada esta vez como una flor de curubo, a usted le toca.

Esquivando aquello, sin duda, por temor de que Luciano lo tomara a jactancia en ella.

—¡Hombre!, exclamó éste; y, es la cosa tan grave que no se atreven a tratarla, después de las confidencias que nos acabamos de hacer?, miedo me da.

—Pues.... no deja de serlo, volvió Luisa un tanto picada, y ya que Andrea no lo dice, oiga usted mi don caballero:

—Por supuesto que ya sabrá la muerte de mi comadre Romana, cómo tuvo lugar ésta y lo que hubo en ella.

—Qué murió, sé, pero nada más.

—Y ¿no le han dicho algo de lo que declaró al morir?

—Nó, nada, contestó Luciano poniéndose en pié interesado ya en esta conversación.

—Pues... don Luciano, ahora si puede usted llegarse a Andrea sin recelo ni cuidado, tratarla de igual a igual, y sin ningún escrúpulo cumplir la promesa hecha al pié de este altar.

—¡Ah! y ¿qué fué pues?

—Que ella tiene sus padres.

—¿Vivos?

—No se sabe, pero blancos sí, y... ricos.

—A ver cuenten, cuenten ligero.

Luisa le refirió todo lo ocurrido en la confesión de Romana y cuando concluyó, Luciano, que escuchaba con suma atención lo relatado, volvió donde Andrea y le dijo:

—Celebro esto amiga mía y si cuando a usted se tenía por la nieta de unos indios, le ofrecí mi amor y mi mano de esposo, no viendo en usted más nobleza que la de su alma; y si entonces le prometí ver por usted en todo lo que estuviese de mi parte, hoy le repito el mismo ofrecimiento, para lo cual tengo aquí en Luisa un aliado, como creo que ella lo tiene en mí.

—Gracias, don Luciano...

—Permítame...

—¡Ah!, si, dijo Andrea con viveza, gracias Luciano, yo siempre lo presentía que era digna de usted.

—Gracias, siguió ésta, irguiéndose orgullosa, pero sin petulancia, dando a conocer en esta contestación su origen alto y claro, y aquel temple anunciado un día por Camila a su hermano, creciéndose cada vez más, y sacando un juego desconocido hasta entonces, prosiguiendo así:

—El hombre que con tanto valor y desinterés expone la vida y juega su posición, por salvar a una ignorada y huérfana niña, sin esperar, al fin de la jornada, más recompensa quizás que la satisfacción de haber practicado una buena obra, o bien la de recibir en pago la mano de aquella niña, rompiendo, con esto, los sagrados lazos de familia, ese hombre merece un premio mayor que la mano de... de la ignorada huérfana.... más aún, de la noble y vanidosa señorita, si así queda al fin este juguete de la suerte, que hasta hoy ha caminado a oscuras, de precipicio en precipicio, de despeñadero en despeñadero, andando por un tortuoso camino, sin conocido rumbo, a riesgo de haber caído una y mil veces...

—Luciano, mi prometido, mi protector, siguió la niña, jadeante y emocionada; Luisa, hermana mía, madre mía, mi ángel de la guarda: admiración les causará a ustedes, oírme hablar así de un modo tan ajeno a mi condición de huérfana y desamparada campesina, cuando hasta a mí misma me la causa... Pero algo me anima; algo siento aquí.... aquí dentro de este pecho... algo que me inspira tan inusitada expresión y me infunde valor, diciéndome que ha terminado mi martirio; que ya puedo alzar la voz sin recelo de un daño futuro; porque la niña perdida se ha salvado; porque la extraviada viajera, que por una oscura senda caminaba, no ha tropezado; porque la infortunada avecita que tan lejos del nido andaba, aun conserva puros sus amorosos arrullos, ni estas mejillas han sido encendidas siquiera, una sola vez, por el bochorno de una mala acción; porque para ella, sí, para el ave errante, quizás no esté lejos el día de retornar a su amoroso nido; ¿hay algo imposible para Dios? ¡Ah! qué grabadas han quedado en mi memoria estas palabras que un día, el día que dejaba para siempre la triste morada de mi niñez, le oí pronunciar a usted hermana mía, como una venturosa profecía...

Cuando así hablaban Andrea, Luisa y Luciano callaban sorprendidos; apenas sí podían creer en lo que oían, enternecidos y llenos de admiración porque acababan de desubrir en aquel ser tan querido para ellos, algo muy admirable, que no conocían.

Entonces vinieron claras a los oídos del último, las palabras de Camila, en otro tiempo, refiriéndose a Andrea:

“Por el estudio que yo he hecho de ella y el que ella ha tenido bajo mi dirección, he venido a comprender que esa sirvienta que vemos aquí, es un gran talento, de una alma muy bien templada, al mismo tiempo que muy delicada, es un ser superior que no ha tenido espacio ni teatro, para mostrarse en toda la plenitud de su hermosura y de su genio”.

“¡Ay!, cuando ese sol llegue al cenit”, dijimos nosotros, a nuestra vez.

Y era la verdad todo aquello.

Pero, ¿de dónde sacaba Andrea, tal palabrería?, aquel modo de expresarse tan ajeno, como ella decía, a su condición de huérfana india, de saltimbanqui, de sirvienta, de prometida y casi esposa de un indio degradado e infame?

La que nació para la degradación, la bajeza, las acciones indignas, termina su carrera vilmente, y la que como Andrea, nació pundonorosa y para la honestidad, aunque más miserias, infortunios y esclavitudes lleve, sale ilesa, y al fin se da conocer, como se daba en aquellos momentos a Luisa y Luciano, la primorosa perla de “San Pablo”....

Ella que antes trataba a su prometido con timidez y dándole el nombre de “don Luciano” ahora le hablaba, como quien dice, de igual a igual.

El ser que se hace notable por sus méritos, dondequiera que se presente y en la forma que sea, infunde veneración y respeto...

Luciano, aunque ya lo tenía previsto, acababa de comprender mejor, la superioridad de su prometida, de su futura compañera...

Así las cosas, desde el día en que Andrea reveló o acabó de revelar, de dar a conocer quién era, para sus dos amigos creció de una manera inconmensurable, sin medida, a tal punto que, hasta para Luisa se acabaron aquellas dulces confianzas con las cuales trataba a “su muchachita” y ya le daba pena de “la señorita”, viéndola a su lado, viviendo así tan pobremente, en aquella sencilla habitación, y no como ella se merecía.....

XXXVIII

Y el tiempo sigue su carrera. Y como Andrea le confiara a Luisa su deseo de estudiar, de instruírse y educarse, la viuda dió en pensar de qué manera, atendidas las circunstancias que allí mediaban, podía colocar a su protegida, si no en un Colegio de alta enseñanza, que así lo quisiera ella, al menos en una escuela inferior o casa privada, de estudios.

Consultando el punto con Luciano, éste lo aprobó y aun indicó de qué manera se hiciera aquello, para que a Luisa no le fuera gravoso y a su adorado amor humillante.

A la sazón existía en el Retiro una enseñanza privada, regentada por una instruída señora, en su propia casa y tan privada era, que no todos los vecinos de aquel pueblo la conocieron ni supieron de ella siquiera, pues la modesta matrona que la dirigía, poco alarde hizo de sus trabajos y solía decir, que si ella daba enseñanza así tan en privado a algunas niñas extrañas, lo hacía con el fin de que éstas le acompañasen en el estudio a sus hijas, a quienes quería formar familiarmente.

Luciano sabía de esta enseñanza, porque sus padres tenían colocadas en ella a sus hermanas Carmen y Rosario, y había, algo así, como un parentesco entre ellos y la señora Directora.

Y allí resolvieron colocarla.

Por supuesto que Luciano haría los gastos de estudio, sin hacerle saber esto a Andrea, para evitarle mortificaciones.

Comunicado el plan, ella lo aceptó gustosa y entre los tres convinieron en las bases de asunto tan al colmo para todos:

Para Andrea porque se le cumplían sus deseos.

Para Luisa porque veía que ella no alcanzaba, con el solo trabajo de sus brazos, a ver por su madre e hijos, dándole al mismo tiempo a Andrea, el trato que quisiera darle y que merecía.

Para Luciano, porque colocada su prometida en casa de tanto respeto, quedaría resguardada de todo mal trato por gentes que ya conocemos, y porque así vería él con gusto pasar el tiempo, hasta entrar a su mayor edad, y poder, caso que entonces se opusieran sus padres, casarse con Andrea sin que nadie se lo estorbara...

Y sucedió lo que era de rigor: que a poco tiempo de su entrada, la flor de “San Pablo”, la niña perdida; la nieta del Blandón y de la Grisales; la volatinera de Albertini; la sirvienta en “Guacimal”; la que fué casi esposa de un diablo; y en fin, la que con tanta gallardía se les revelaba a Luisa y a Luciano, como un ser superior, fué, en aquel exquisito y aristocrático centro de estudio, la mejor alumna, la más estimada y hasta la más hermosa de todas.

Y era de ver los progresos que hacía en todo ramo, y lo complacida que se mostraba la señora Directora con aquel modelo, aquella su mejor discípula, tanto que a poco tiempo, Andrea era la segunda persona en la escuela, pasando ya como Subdirectora, a cuyo cargo estaba, casi por completo la enseñanza, tal que ya nada exigía la superiora, como pensión por la estudiosa niña, y antes bien, pensaba en asignarle una justa remuneración por su trabajo, lo que al fin ocurrió.

Aquí el contraste:

A tiempo en que Andrea hacía estos adelantos en una tan poco pretenciosa escuela, pagada por ella misma, puesto que con su trabajo costeaba la enseñanza que recibía, en Bogotá hacían sus hermanos, Rosa y Jaime, los mismos adelantos, y quizás menos, en Colegios de primera categoría, pagados a todo lujo por sus padres.

Y cuando Andrea, apenas comenzaba sus estudios, aquellos hermanos los terminaban, motivo este sin duda, para haberse alzado en casa de Antonio, cierto runrún, de que al fin de aquel año o en el entrante, volvería con su familia para Antioquia, porque en Bogotá, a demás de fastidiarse la siempre dolorida Matilde, a ésta le era nocivo el clima para la salud; más aún, cuando ya la educación de sus hijos estaba tan adelantada, habiendo sido éste, el motivo especial de la permanencia en la Capital...

XXXXIX

La última vez que nos vimos con Andrea fué en el Retiro, y en la privada enseñanza, donde tan notables adelantos hacía, y desde entonces acá, es decir, al punto de reanudar esta relación, llevamos corridos muchos días, pues que sin darnos cuenta, nos vamos acercando al fin de la octava década del siglo diez

y nueve; el siglo de las luces, como se dice, o la luz de los siglos, como se nos antoja decirlo.

Como a los runrunes aquellos en casa de Antonio, en Bogotá, se les dió forma de verdad; ya este caballero, con su familia, se encontraba viviendo en Antioquia y en su pueblo natal, pues aunque él poseía riquezas con que llevar en la Capital una vida de comodidades y de lujo, su esposa, que cuantas más conveniencias tenía para vivir vida de ricos, más sufría, haciendo memorias a cada paso de su inolvidable hija perdida, Matilde, decíamos, se ahogaba con aquella vida, se asfixiaba en medio del lujo y quería volver a su pueblo, a su casita hermosa, testigo en otro tiempo de su perdida felicidad, a entregarse allí al dolor y a los recuerdos y porque, además, ella como madre no perdía la esperanza de volver a ver a su Filomena; pensaba, y muy bien pensado, que por allá tan retirados de su tierra, qué noticia podía conseguir del paradero de su hija?, y, qué diligencias podrían practicarse con el fin de hallarla?

Qué hermoso es el sentimiento materno: cuando los demás de aquella familia, si no habían olvidado a Filomena, al menos no pensaban ya en que pudiera encontrarse algún día, Matilde cada vez que amanecía aguardaba la vuelta de su niña; cada mañana creía verla entrar a la casa, hermosa, fresca y regocijada, saludando con voz de cielo:

—Buenos días, mamá...

Dijimos que la familia de Antonio estaba ya de vuelta y por consiguiente constituido el hogar de nuevo: aquel hogar que tanto cariño y respeto inspiraba a todo el vecindario; aquel santuario de la caridad cristiana, a donde no entraba algún necesitado, que no saliera harto y al cual jamás llegara alma dolorida que no se despidiera consolada.

En los primeros días del regreso, y así como en otro tiempo le sucediera a Antonio, Rosa y Jaime no dejaron de extrañar el cambio; sus relaciones de colegio; sus preceptores a quienes quisieron tanto y de los cuales recibieron pruebas de deferencia; el teatro, a donde asistían con su padre, porque Matilde nunca los acompañó a pasatiempo alguno; los paseos a la Sabana, al Tequendama... y sobre todo, aquellas veladas de las familias que formaban por entonces la Colonia antioqueña, veladas encantadoras en donde se bailaba, se cantaba, se agotaban juegos de prendas, improvisaban teatros caseros... en fin, tantos halagos que tiene nuestra Capital de la República, para cuantos la visitan y más aún

para dos jóvenes de buena posición, buenas entendederas, ricos y con facilidad de satisfacer hasta el más costoso capricho.

Por lo dicho, Rosa y Jaime extrañaron al principio, pero luego fueron habituándose a su nueva vida, llevándola apacible, de estudio y contemplaciones mutuas.

Así encarrilados ya, un día entró Antonio a la pieza que ocupaba Matilde para costuras, se sentó cerca a ella, callado y pensativo y por largo rato nada se dijeron.

De pronto, Matilde, aprovechando la ocasión rompió así:

—Antonio, ya hemos visto cómo se fastidian los muchachos, extrañando la vida bogotana, cosa muy natural, pues aquí no se les presenta pasatiempo alguno. Mira, hijo: ¿por qué no los sacas a pasear? Arréglales viaje al centro de Antioquia: a Medellín, a Rionegro, a Marinilla, Retiro... en fin que salgan, que conozcan, que se diviertan.

—Matilde, contestó el esposo, tus anhelos serán cumplidos. Por una parte que no hay inconveniente y por otra que yo abundo en los mismos deseos.

—Gracias, Toño, siempre complaciente y bondadoso.

—¿Qué se puede negar a quien se ama? Ahora, para que el paseo sea completo debes ir con nosotros.

—No, Antonio, ¡imposible!, articuló la señora, de un modo tan terminante, que Antonio no insistió en la exigencia, quedando pensativo, embelesado y en silencio por largo rato, hasta que de pronto y como saliendo de un punto que lo preocupara, llegándose a la puerta llamó:

—¡Rosa!... ¡Jaime!...

—¿Qué nos quiere papacito, dijo Rosa entrando.

—Aquí estoy papá, expuso Jaime casi al mismo tiempo.

—Cuanto celebro verlos, sobre todo a mamacita, de semblante tan alegre que parece nos fueran a dar alguna buena noticia.

—Y, cómo nó, mis hijos, buena y muy buena, Matilde que se desvela por ustedes, ha tenido la feliz ocurrencia de inventarles un paseo, ¿adivinan para dónde?

—¡A Bogotá!, exclamaron a un tiempo Rosa y Jaime.

—No, eso nó, algo así parecido, dijo Antonio.

—No acierto, expuso Rosa.

—Yo menos, acentuó Jaime.

—Sólo que a “San Pablo”, volvió Rosa.

Matilde, como tocada por una pila voltaica, al oír este nombre, estremecióse y el llanto asomó a aquellos ojos en otro tiempo tan lindos, y entonces ya marchitos y casi sin luz.

—Nó, nó, dijo Antonio, allá quizás no volverémos nunca. El viaje en proyecto es otro: a Medellín y Rionegro, a los pueblos de Oriente, conociendo allí a sus parientes por parte mía y luégo a los de Matilde en el Retiro.

—¿Les agrada?

—¡Vaya!, ¡si nos gusta!, primorosa idea, replicaron, pero que nos acompañe mamacita para que sea más agradable el viaje.

Y como Matilde, pensativa, callara, Antonio se anticipó a contestarles:

—No, hijos, Matilde no nos acompañará; tiene sus inconvenientes.

—Entonces, dijo Rosa con mimo, no quedará completo el paseo.

—Sí queda, hija, pues aunque en persona no vaya, con ustedes, los seguiré con el alma, le dijo Matilde abrazándola.

—Y, ¿qué inconveniente hay, para vencerlo?

—A la vista, ninguno, Jaime, pero... les suplico que no me insten y vayan con Toño, como si los acompañara yo.

Punto final en el asunto viaje de Matilde y pasaron a otra cosa.

—Si me acomoda tanto la idea, dijo Jaime. Yo he soñado con un viaje al centro de Antioquia. Se debe gozar de muy buenas impresiones: el paso por el “Cañón de Arma” (hoya del río “Arma”) tan imponente como dicen que es. El avistarse con el valle de La Ceja, remedo de la “Sabana” de Bogotá, según cuentan. Llegar a Rionegro, a Marinilla, pueblos de las hermosas mujeres, de los lindos jardines y de los recuerdos heroicos.

—Papá, siguió Jaime, ¿podrémos conocer en Rionegro la corona de oro, que el General Córdoba trajo del Perú y regaló a esa ciudad?

—Por qué nó, perfectamente, dijo Antonio.

—Papacito, yo he leído aquel cuaderno que usted me regaló y que se titula, “Biografía del Prócer Americano JOSÉ MARÍA CORDOBA”.... ¡Qué guapo era ese hombre!

—Sí, hijo, muy valiente. Antioquia debe enorgullecerse por haber dado hijos de la talla de éste, de Atanasio Girardot, de Liborio Mejía, de Francisco A. Zea, José Manuel Restrepo, José María Salazar... y muchos más que tantos servicios prestaron a la emancipación de nuestra Patria.

—¡Qué bello es el heroísmo!, qué grandes los sacrificios que se hacen por una causa santa.

—Así es, hijo, así es. Y ya que eres tan entusiasta por las glorias patrias y lo que las conmemora, será de tu gusto conocer en Rionegro el monumento erigido al héroe de Ayacucho y Tenerife, para guardar sus cenizas.

—¿Muy hermoso, papá?

—Soberbio, hijo, soberbio. Es de mármol, de gran tamaño, y está colocado sobre una colina que domina la ciudad. Semeja una garza de pie al borde del nido, abriendo las alas para cobijar y proteger con ellas a sus hijos, cuando ruja la tormenta!

—Oigan a este viejecito querido echando chorro, dijo Rosa, abrazando a su padre. —Y... de Rionegro, a dónde seguimos, interrogó Jaime, entusiasmado con el paseo.

—Eso lo veremos allá.

—No, papá, de una vez, hagamos el programa hoy mismo, volvió Jaime sacando del bolsillo una cartera y un lápiz.

—Entonces, continuó Antonio, quizás será bueno ir primero a Rionegro en donde hay hermosas mujeres, lindas flores y una famosa historia marcial. En seguida a Marinilla donde conservan con orgullo la memoria de sus héroes, en la Magna guerra, contando entre ellos a la valerosa matrona doña Simona Duque, que presentó sus siete hijos para aquella lucha.

—¡Lindo, papacito!, ¡lindo!, dijo Rosa palmoteando.

—Irémos después al Santuario, reanudó el padre, y ya que tanto se interesan por lo tocante a Córdoba, allí podrán llorar, hijos míos, al ver la casa en donde murió el héroe, la caja de madera sobre la cual se recostó aquel grande hombre en sus postrimerías.

—Asesinado, dijo Jaime, por un aventurero irlandés llamado... Ruperto Hand.

Por largo rato siguieron aquella íntima conversación de familia, terminando por fijar la fecha del viaje.

Al fin Rosa y Jaime se retiraron, quedando solos Matilde y Antonio, otra vez, preocupados con aquella idea que tanto los atormentaba y sin atreverse a romper el silencio ninguno de los dos.

Aquí se vieron los esposos en una de esas situaciones tirantes y difíciles, en las cuales algunas veces se encontraban, y las que Antonio trataba de

esquivar, porque todo se reducía a dar y cavar sobre una misma cosa, sobre un mismo punto, sin sacar nada en limpio, concluyendo siempre con el triste llanto de Matilde.

Por último, ella, rompió el silencio, entre sollozos.

—¡Ay!, cómo se va la vida Antonio: pasan y pasan los días, pasan y pasan los años y Filomena no vuelve.

—Y ¿qué se hace, vida mía?

—Dime, Antonio, ¿no te parece que debe estar muy linda mi muchachita?

—Sí, era tan bella!

—Pero... ¡tánton!, ¡tánton!, Toño, ¿la recuerdas?

—Como si la estuviera viendo.

—Podrías reconocerla si la encontráramos?

—Pues... Matilde... no sé qué decirte, una persona varía tanto después que crece.

—Yo, sí, mi hijo, donde quiera que la hallara, al punto le abrazaría, pues estoy segura de no equivocarme.

—Lo dices, porque tú al pensar en ella, te la figuras como estaba cuando la perdimos.

—Eso no, pues bien comprendo que ella debe encontrarte hoy hecha una mujer...

—Matilde, amiga mía, le decía Antonio, no te martirices con esos recuerdos...

Pero como Matilde no quisiera ocuparse sino de aquel su eterno martirio, sacó nuevas fuerzas y manifestándose serena volvió a su esposo:

—Antonio: veo que te hago daño con mis quejas; pero no puedo ocuparme de otra cosa. Ya ves cuantos y cuantos años hace que salió de la casa mi Filomena, sin que yo pueda sosegar mi tormento, habituarme a vivir sin ella, y cada día que pasa más y más se aviva su recuerdo. Tienes, pues, amigo mío, que soportar el que ya recalque sobre esto, dejándome saborear mi dolor. Sigamos hablando de ella, lleguemos a la cuestión, de frente y en serio, es decir, con calma y sin disimularnos nada de lo que sentimos.

Ya estoy tranquila, resignada: seco mis lágrimas y va el interrogatorio.

—Toño, con toda franqueza, dime: crees que ya no veremos más a Filomena?

—Pues...yo...

—Nada, sin reticencias, volvió Matilde.

—Creo... que no la veremos más. Han pasado tantos años y tanto es lo que se ha inquirido por ella, que al fin no veo resorte que mover.

¿Yo mismo no he recorrido tanto, averiguando por nuestra hija?... ¿qué nos resta por hacer?...

Matilde oía a su esposo, pensativa y con la vista fija en el suelo; pero de pronto, animándose, paróse de la silla, que ocupaba y con la gravedad de la sacerdotiza de Apolo, dando los oráculos en Delfos, gravedad que aterraba, le dijo a aquél:

—Filomena volverá a la casa; se sentará a la mesa con nosotros; tendremos con ella unas veladas encantadoras en “San Pablo”, oyendo a la amada de mi corazón, contar una historia tan larga... tan larga.... tan triste... tan mise....!

No pudo concluir la exclamación, le flaquearon los pies y se dejó caer en la silla, aunque por esta vez el malestar fué pasajero. Luégo, como animada por algún presentimiento, siguió haciendo a su esposo unas preguntas tan atropelladas que ni tiempo le daba para contestarlas:

—¿Como está la casa de “San Pablo”?... ¿está muy arruinada?... es necesario arreglarla mucho, pero mucho... Quiero tanto esa casa... La camita de Filomena no la quiten de donde estaba cuando ella se fué... nó, no la quiten... La portada que da al camino, no la derriben Antonio, deben arreglarla con lujo, quiero verla... Y hagan asear el patio... Aquel llanito frente a la casa, bien barrido, bien aseado, porque a Filomena le gusta mucho, corretear allí bajó los árboles... El jardín muy enmalezado? Yo que traje de Bogotá tantas semillas de flores tan hermosas... le gustaban las flores a Filomena?... ¡pobre hija mía!...

Antonio, alarmado, no sabía qué hacer, creyendo que Matilde iba perdiendo el juicio y por esto llamó a sus hijos, que acudieron con presteza, pues como ya otras veces se había visto a la adolorida madre en aquella situación, vivían sobre aviso:

—¡Mamá!, gritaron Rosa y Jaime, entrando...

—¿Qué tiene mamacita?

—¿Qué sucede, papá?

—Nada, nada hijos, dijo Matilde, sonriendo de la manera más dulcemente triste, nada me sucede.

*

Juan José Botero

No pudo resistir más, soltó a llorar, y el llanto la alivió.

Todos quedaron en el mayor silencio, comprimiendo los sollozos y ocultando las lágrimas.

¿Quién le hablaba?

¿Qué se le decía?

¿Qué dique se le oponía a aquel desborde de dolor?

Qué palabras de consuelo podría dársele a la apenada madre, gastada por los sufrimientos y próxima quizás a la locura, cuando deliraba y se quejaba del alma con tanta razón?

Al fin, por sí, Matilde se calmó y todo en aquella casa tornó a seguir su curso natural, aguardando tiempo del gran paseo, ofrecido por los buenos padres a los inmejorables hijos.

L

Corrían los días y Andrea adelantando en hermosura y en educación se instruía y se crecía de cuerpo, porque siendo como fué, criada en el campo a toda libertad, al aire libre y en los ejercicios corporales propios de los campesinos, su desarrollo había sido notable, resultando como se la figuraban sus padres: una mujerona.

Luciano cada vez le hallaba nuevos méritos a su futura y por lo tanto más y más aumentaba el amor por ella.

Con orgullo la presentaba a sus amigos, y esta presentación se hacía con trabajo, pues Andrea, con el ansia de educarse, se había consagrado de tal suerte a la escuela, que fuera de ella no se la veía sino por algún suceso o caso especial.

Y como ya para entonces Luciano había relacionado a su futura con Daniel, en los viajes a “Los Alticos”, eso sí, estos dos desparpajados mozos, con ella y Luisa, que buenas parejas corrían, se desquitaban charlando de lo lindo, haciendo reminiscencias de lo pasado, comentando todo lo ocurrido, especialmente aquellos preparativos de Daniel en “Los Charcos” y “Chontalito”, para recibir la bella Julieta, resultando al descubrir la silla donde debía ser conducida ésta, un acardenalado y contuso Romeo; y la huída, y el garrotazo,

*

y el casamiento de Andrea con el indio y la revelación de Romana, esto era lo que más les preocupaba y la convalecencia de Luciano, y el “quiero morir y descansar del mundo”, por lo cual le daba Daniel a este tales zumbas, y el “nergúmen, nergúmen” de la vieja Rufina, y... tantas cosas que tenían para glosar y a las cuales les sacaban mucho jugo.

Fuera de estas visitas a “Los Alticos”, para Andrea corría la vida casi uniforme, sin ocuparse en otra cosa que en el estudio y sin que accidente alguno alterara aquel vivir, hasta que un día saliendo ella de la iglesia con la señora Directora, a poco de haber andado, divisaron a unos viajeros: un hombre de buen porte, algo entrado en edad y dos jóvenes, una señorita y un imberbe mozo, muy bien trajeados, cabalgando en buenas caballerías y que a paso de camino venían subiendo la calle en dirección opuesta a las nombradas y dos condiscípulas de Andrea, Carmen y Rosario Ruiz que las acompañaban.

Como siempre inspira curiosidad un forastero que va de viaje, con mayor razón aquellos tan bien puestos y que iban a hacer encuentro con Andrea. Así que, ésta, de natural vivo y además curiosa, desde lejos les clavó la vista, fijándose en ellos con ahinco y más a medida que se le acercaban.

De pronto, y cuando ya próximos pudieron mirarse bien, hubo un choque tan extraño entre los viajeros y la niña, que aquéllos inconscientemente pararon las caballerías y ella retrocedió algo, palideciendo y temblando, en una especie de agitación nerviosa que le hizo recostar a una de sus compañeras.

Este encuentro fué corto, pero lo suficiente para que los que llegaban se fijaran bien en Andrea y ésta, la Directora y sus compañeras en aquéllos, particularmente en la joven, que siguiendo calle arriba, volvía la mirada a cada momento sobre el grupo formado por la maestra y sus tres discípulas.

Andrea, notablemente emocionada, prosiguió con sus compañeras, apoyada en Carmen Ruiz, las tres en silencio y pensativas; puesto que en aquel choque habían encontrado un caso curioso: la suprema semejanza de la viajera con Andrea.

Al entrar a la casa, ésta, impresionada y descaecida, se dejó caer en una silla, dándose a pensar sobre lo ocurrido, tratando de poner algo en limpio, de penetrar un enigma, una cosa extraña, un algo que ella presentía en lo que acababa de pasar.

—¿Por qué se ha impresionado tanto, niña?, le dijo la Directora acercándosele.

—No sé, señora, contestó Andrea, con aire de preocupación.

—Usted conocía al señor y a los jóvenes que nos encontramos?

—No, señora.

—Pero, ¿qué niña tan parecida a usted?, le articuló a su vez Rosario.

—Es el retrato, dijo Carmen, yo que la encontrara sin andar con usted, la saludaría dándole su nombre.

—Pues, sí, manifestó la Directora, a mí también me ha llamado la atención la semejanza entre usted y la niña.

—Y a mí, profirió Andrea, a la verdad que me ha impresionado mucho. Si me parece haber visto a esas personas antes de ahora, pero, ¿dónde?... ¿en dónde sería?... ¡ah!... memoria la mía!...

—Y ellos sí que se sorprendieron, ¿no lo notaron? dijo Carmen.

—Hasta contuvieron las bestias, del susto, dijo Rosario.

—Pero... ¿quienes pueden ser?, volvió Andrea, como absorta y ligada a un pensamiento, a un vaguísimo y lejano recuerdo, al cual por más que lo rebujaba en su interior, no le podía dar forma...

Y este suceso no se olvidó por muchos días en la escuela, especialmente por Andrea, la cual de vivaz y decidora que era, tornóse en apática, cayendo en suma dejadez, hasta el punto de alarmar seriamente y de ser llamada Luisa, para que la llevara consigo al campo, a buscar la distracción y el olvido de tan curioso lance.

Mas, Andrea, permaneció por esta vez poco en “Los Alticos”, sucediendo, sí, que en este corto espacio de tiempo, al lado de Luisa, con las visitas de Luciano, el ejercicio, el baño y los aires campesinos, se animó un poco; pero un poco nada más, pues al tornar al estudio, siempre dejaba conocer algo enfermizo, y preocupado; del ave que alejada de sus bosques, se encuentra huérfana en tierra extranjera, tratando de adivinar algo de aquel blando y tibio nido, en donde recibió calor y besos de unos seres queridos, allá en los lejanos días de su primera edad.

LI

Después de la tierna escena en el cuarto de costuras de la casa de Antonio, cuando tuvo lugar el concierto del paseo de Rosa y Jaime a los pueblos del

centro de Antioquia, nada volvió a ocurrir de notable en aquella familia, hasta que llegó la fecha señalada para entrar en la correría. Y como ningún obstáculo se presentó, Antonio con sus dos hijos, con todo lo necesario para un viaje por esta nuestra áspera y escabrosa comarca, un lunes, por la mañana, se dieron la vela, es decir, navegando en barro, ¡qué mataderos entonces!, plan! plan! plan! a paso de camino, tomaron el que de antemano tenían preparado.

Y no salieron fallidas las ilusiones que Rosa y Jaime se habían forjado de tan soñado paseo; andando por un camino que, si bien lleno de precipicios infunde pavor, también produce nuevas y desconocidas sensaciones, agradables a gentes de viva imaginación y gusto artístico como nuestros viajeros, toda vez que se extiende la vía en caprichosas curvas, vistosas alturas y profundas cañadas, por en medio de la selva virgen, teniendo a la vista la exuberante vegetación de nuestra montuosa tierra, que encierra tan variados boscajes, oscuras y frescas umbrías, incitador todo esto, al pincel, a la pluma, y al descanso del viajero.

Magnífico fué para ellos el espectáculo que se les presentó ante los ojos, cuando al llegar al “Alto de Pore”, avistaron la hoya de “Arma”.

La concavidad que este río forma por donde lo corta el camino nacional, que del centro de Antioquia parte para el Departamento del Cauca, es de lo más imponente.

Del alto mencionado, al de “Purima”, de este lado del “Cañón” se compone el camino de dos largas cuestas: bajando sin descanso medio día, y subiendo poco menos el otro medio.

Las grandes faldas que forman la hondonada, son muy pendientes, pero en toda la extensión de ellas se ve el trabajo del hombre en la lucha por la vida:

Aquí una gran roza de maíz con sus hojas esmeraldinas en su primer tiempo, y el color del crisoberilo en su madurez; con movimientos de culebra, estas hojas, o como airosos gallardetes agitados por el viento; allá limpias lomas de grama natural, acullá potreros de pasto artificial, cuya verdura les hace resaltar más, lo blanco de los ganados de que están vestidos; por allí, como jugando al escondite, pequeños ingenios humeantes, despidiendo aquel olor característico que viene de los peroles en donde se elabora el azúcar y la panela en las estancias de tierra caliente y rodeando los ingenios, cañamelares y plataneras, haciendo con el aire los mismos hermosos culebreos y eses de las hojas de maíz. Después un vistoso tabacal, con el alto caney de vara en tierra, plantado en todo lo más pendiente de la falda e inmediato al río, pareciendo

que ya... ya se rueda. Luégo unas rosáceas grietas en la tierra, trabajaderos de minas, que bien figuran las decarnadas úlceras de un leproso, y más abajo, en las estrechas vegas del río, los rizados guaduales, semejando penachos de plumas que le adornan el casco a algún guerrero, y bosques de ceibas, cámburos, suribios y guayacanes; y sitios poblados de arbustos graciosos, en los cuales se enredan lianas o bejucos con vistosos ramilletes de flores, y yedras caprichosas: y por en medio de estos bosques y setos, corriendo majestuoso al atronador “Arma”, en cuyas riberas se alza la algarabía más infernalmente cadenciosa de los guacamayos, loros, pericos, yátaros, gulungos, gurrías, paugiles... el grito del guacó, que pregona su nombre, el de los monos en tono tan bajo y profundo, que así se nos figura el hervor de las calderas del diablo. Y esto, los huracanes y ventiscas de las sierras altas, el ruido de miles de cascadas y vertiginosas ráudas, formadas: unas por el mismo “Arma”, otras por el “Aures”, aquel despeñado río tan poéticamente cantado por nuestro bardo Gutiérrez González, y otras y muchas otras, por tanto riachuelo, tanto arroyo, tanta fuente, que no corren sino que se descuelgan en saltos de la cordillera al río... todo esto, decimos, forma el más grandioso panorama, el más bello paisaje que pueda abarcar en un solo golpe la mirada humana, y eso sin contar el encanto que le da al cuadro el ser visto, particularmente al medio día, como al través de un cristal azulino y en continua titilación, debido a las capas de aire, heridas por el sol, que se interponen entre aquella espléndida, cuanto escabrosa naturaleza, y nuestra mirada.

La cuenca del río “Arma”, en la parte que venimos describiendo, es más allá de imponente, sintiendo, muy de veras, la estrechez de nuestras ideas y escasez de dicción, para describir fielmente tan hermosa y dilatada hondonada.

Pero si tanta magnitud y belleza ostentó a la vista de Rosa y Jaime el “Cañón de Arma”, y para ellos quedó esto de inolvidable recuerdo, deliciosa fue su llegada a “Alto Pelado”, cuando llevando la mirada al valle de La Ceja y Rionegro, en nada desmintió el buen concepto que de este panorama se había formado.

—Sí, señor, exclamó Jaime alborozado, un remedo de la Sabana de Bogotá es esto, papá, siendo más hermoso, superior en belleza, el que remeda que el remedado.

—Esta Ceja, vista de aquí, decía el joven desmontando de la mula, loco de entusiasmo y sin apartar los ojos del valle, semeja un jardín primoroso; un tablero de ajedrez; el galano y extendido manto de alguna orgullosa Sultana, taraceado con cuadros multicolores de terciopelo.

Inspira esto, papá, inspira. Con razón fue tan poeta el vate de los tres géés que nació en este amenísimo huerto.

Y como Jaime, al decir esto se quitara el sombrero, su padre riendo le observó así:

—Míra que si pasa alguno te toma por loco.

—Loco y tonto que me lo diga, sí llegando aquí no se detiene a admirar esta belleza de paisaje y no saluda la patria del poeta con sombrero en mano.

—Si es de estos contornos, el que llega, no lo esperes, pues todo el que se habitúa a ver una cosa, por buena que ella sea, acaba por no admirarla y ni siquiera por fijarse en ella.

Saciados, ya, de contemplar tan agradable perspectiva, siguieron andando y al dejar el camino que habían traído hasta allí, por serranías y entrar al del valle, Rosa y Jaime marcharon complacidos y en una sola sorpresa: ya elogiando el pintoresco pueblo de La Ceja del Tambo, ciudad notable por su sano clima, su aspecto lujuriente, y fundada sobre un plano ligeramente inclinado, con sus calles aseadas y rectas, toda esta ciudad figurando un jarrón de flores cuidado por hábil jardinero. Luego admirando los alegres camellones con florestas y casitas de campo a lado y lado, asomando detrás de las colgantes enredaderas que cobijan al naranjo, el árbol cosmopolita, al copado chirimoyo y al desparramado guamo amén de los huertos en donde campean los manzanares y enanos cafetos, bajo los cuales vegetan calladitos, el orégano, la yerbabuena y el poleo, perfumadores de aquellas campiñas. Las casitas campesinas a la orilla del camino invitando con su aspecto alegre y de confianza a entrar en ellas al pasajero, allá retiradas sobre alguna colina, como divisando tan risueño valle.

Y más y más complacidos Rosa y Jaime, a medida que avanzaban en el viaje, encontrando a cada paso gentes de aspecto franco y risueño, expeditas, fáciles en el hablar; despejadas y frescas muchachas campesinas.

El camino de La Ceja a Rionegro se extiende por el valle del riachuelo “Pereira”, trayecto al cual, y con razón, le dimos en alguna ocasión el nombre de “valle de los lirios”, cuando tratando de cierto asunto matrimonial decíamos:

*

Juan José Botero

Vivían Juana y Juan en su casita,
A la orilla del río,
Que riega y fecundiza con sus aguas
El valle de los lirios.

Después de admirar aquel conjunto de pequeños oteros, bosques, huertos, jardines y caserías, que forman como un solo parque de La Ceja a Rionegro, los viajeros llegaron a esta última ciudad, en donde saciaron su curiosidad; Rosa conociendo y tratando a las bellas rionegreras y visitando los floridos jardines que son proverbiales en este pueblo, y Jaime admirando todo lo que en él se roza con las heroicas leyendas de nuestra independencia: El monumento de mármol sobre el cual reposa la urna cineraria que guarda las cenizas del héroe de Ayacucho; la corona del triunfo que aquel guerrero envió del Perú de regalo a Rionegro, “el pueblo amado de su alma”, como él le llamó; la casa en donde vivió de niño, el mismo, con su hermano Salvador; la en donde nació el heroico general Liborio Mejía, en cuyos brazos murió la primera República, cayendo él también sin vida en la misma tumba que sepultaba a su Patria; tumba que más tarde se abrió para ella, renaciendo de sus cenizas como el fénix de la fábula, quedando cerrada del todo para el bravo guerrero.

También estuvo a visitar el edificio en donde, un caudillo vencedor, en contiendas caseras, reunió la Convención que dictara la libérrima y célebre constitución de 1863, tan aplaudida y defendida por unos, cuanto vituperada y atacada por otros, como todo acto político que se origina de nuestras guerras intestinas.

Y visitaron también a Marinilla, floreciente ciudad en otro tiempo, como Rionegro, y hoy, a semejanza de su vecino, enlutecida y triste, llorando la ausencia de tanto hijo querido que ha ofrendado la vida en los campos de batalla, defendiendo con toda fe y valor, el ideal del credo político al cual están afiliados y en sentido opuesto, estos dos heroicos pueblos.

Y conocieron todo lo que de glorias patrias guarda Marinilla, y sus lindas flores y sus hermosas mujeres, visitando la parentela que allí tenían por parte de su padre.

Y siguieron el paseo a otros pueblos de Oriente, tornando a la capital de Antioquia, donde Rosa y Jaime, al conocer a Medellín, confesaron a Antonio, que en nada era inferior esta ciudad a Bogotá.

*

Y habiendo durado la permanencia allí por algunos días, todo fue para nuestros viajeros, sorpresas agradables: diversiones; entretenimientos; paseos; teatro; baños en el poético Bermejál; correrías por carreteras, quintas y aldeas circunvecinas; invitaciones a casas particulares, tertulias, etc., hasta que satisfechos de la estancia en la privilegiada Villa, tomaron la vuelta para el Sur, por Envigado, y luégo al pueblo del Retiro, de donde, después de visitar algunos miembros de familia, se pusieron en marcha, caballeros en sus hermosas mulas, aquella mañana que accidentalmente hicieron encuentro con Andrea, su Directora y condiscípulas, encuentro en el cual hubo el violento choque que a los de caballería hizo sofrenar las mulas, y a Andrea dar aquel desfallecimiento que casi le lleva al suelo...

Ahora, bien, si Andrea estuvo tan preocupada en los días que se sucedieron al casual encuentro, hasta el punto de tenerle que llevar al campo en busca de distracción y de aire libre, no menos preocupados siguieron el viaje Antonio y sus hijos.

Todo por el camino fué recalcar sobre lo ocurrido en el Retiro, tal que hasta los demás comentarios y recuerdos que venían haciendo del paseo, los pusieron a un lado.

—Papá, decía Jaime, a poco que se alejaron de aquel grupo de devotas que salían del templo, ¿qué le pareció a usted esa señorita más alta y rubia y de los claros ojos?

Antonio que marchaba embelesado con una idea, bajo la misma impresión de sus hijos, hizo un ligero movimiento sobre la montura, y fingiéndose, el indiferente, le contestó:

—Célebre, hijo.

—Pues... no, papá, no le quiero hablar en ese sentido... quiero explicarle... el aire de ella... es decir que... si usted no le encuentra alguna semejanza...

—A mí?, dijo cándidamente Rosa.

—Esto es, contestó Jaime, yo me sorprendí con tu parecido a ella tanto, que maquinalmente contuve la mula.

—Pues... yo hice lo mismo, volvió Rosa.

Antonio callaba aferrándose más y más en sus pensares, con la conversación que oía.

—Y ¿notaste Rosa, siguió Jaime, cómo esa señorita se desconcertó tanto, que hasta trataba de esconderse tras las otras?

—Cómo nó, y muy pálida que se puso, ¡qué susto se dió!

—¡Pobre mamacita!, continuó ésta, qué tal hubiera sido para ella este encuentro, cuando no hay niña que vea que se dé con nosotros algún parecido de familia, con la edad más o menos de la niña que vimos, que no la interrogue preguntándole quién es... Verdad: ¡Pobre de mamá!, llevádo fresca siempre aquella idea de volver a ver a Filomena!

Al pronundar este nombre, Antonio volvió a dar la misma sacudida que antes y dejando el ensimismamiento que llevaba, se dirigió a los hijos diciéndoles:

—Pues verdad que el caso es curioso: una niña tan semejante a ustedes, darse tal sorpresa al encuentro con nosotros y a nosotros sucedernos lo mismo.

—Si anduviera en el paseo mamacita no hubiera salido hoy del Retiro, hasta persuadirse quién es la niña, créalo papá.

—¿Por qué no preguntamos quien era?, dijo Jaime

—Para qué, mi hijo, ni vio que allí iba con otras que de seguro eran madre y hermanas?

—¡Quién sabe!, prorrumpió Rosa, suspirando y moviendo la cabeza con aire un tanto receloso. Y siguió dando en su cavilosa porfía.

—Y, cómo decimos a mamacita, volvió ésta, que vimos a una niña parecida a... los de casa, que ella se sorprendió mucho al vernos y nosotros lo mismo al mirarla y que ni por curiosidad siquiera, preguntamos quién era?

—Pues, sí, dijo Jaime, y que es bien parecida a Rosa. Un poco más alta y más...

—Sí, bonita. Pero no dicen que un feo se parece a un bonito?...Y sobre todo, siguió Rosa, yo cuando he dicho que soy un pozo de hermosura? De raro nada tiene que se me parezca...

El tono de Rosa daba a comprender que se había mortificado por aquello.

Antonio ya no siguió tomando parte en la conversación de sus hijos y continuó más ensimismado y callado que antes.

Los muchachos, sí, hasta llegar a la casa, no trataron de otra cosa que de la señorita del Retiro, aunque su padre, si dejaba el aire de embelesamiento que llevaba, lo hacía con el fin de encaminarlos a otros puntos para que no se hablase más de aquel encuentro.

Mas todo fué en vano y el asunto tomaba cuerpo y se volvía al mismo cuento, a golpear sobre la misma cosa.

Y ya daban por hecho, que la niña era alguna señorita muy cercana en parentesco a su mamá: aventurándose a lanzar la ó disyuntiva, con un, ¡quién sabe!, seguido de puntos suspensivos, con palabras de enigma, de cosa oscura, de misterio... pero sin decirse, sin atreverse a confesar o a comunicar unos a otros lo que en realidad conjeturaban, pensaban y aun creían de la hermosa y asustadiza desconocida.

Hay sucesos que se nos antojan ciertos; pero muy difíciles de creer como trabajosos de explicar.

Esto parecerá un contrasentido, pero no hallamos a la mano otro modo de exponer la idea, que con tan descabellada paradoja.

Antonio, que sí andaba bien ofuscado, con lo ocurrido, viendo el empeño de los hijos, y aquel recalcar sobre lo del Retiro, entraba de pronto en serios cuidados, mirando allá, en lejanías dudosas, alguna remota esperanza, vislumbre aquel que luégo echaba por tierra emprendiendo este mudo soliloquio:

“Una niña bien tratada: que va con su madre, porque esta debe de ser la señora que la acompañaba; en un pueblo, o mejor, ciudad de consideración: públicamente por la calle... ¿sería?... ¿podría ser?... nó, de ninguna manera. De seguro que a *ella* se la llevaron muy lejos... muy lejos de nosotros, y hoy: ¿en dónde estará, si aun vive, sustraída a todo riesgo, fuera del alcance de pesquisas y solicitudes? Además, que ¿con quién se averigua?... ¿con ella?... y ¿qué se le dice?, ¿cómo se le habla?, ¿qué se le pregunta?, ¿cómo se interroga a una niña que está con su madre sobre... Y ¿a la madre?, ¿a la señora que está con la niña... nó, señor”.

Bien, muy bien está por este lado la cosa, para Antonio, más la vuelve por el reverso y sigue así:

“Pero... ¿el extremado parecido de la desconocida con mi hija?, aquellos accidentes e impresiones tan fuera de lo natural, que sobrevinieron en el ánimo de todos cuando el encuentro: inmutando los semblantes, alterando el orden regular que cada cual llevaba y produciendo un pasmo general? Y la edad que ella manifiesta tan en armonía con los años que debe tener Filomena?”

Y Antonio seguía haciéndose reflexiones, sin que de la imaginación pudiera borrar el recuerdo de la escena que nos ocupa, como no se borraba de la de los hijos.

Y así llegaron a la casa los tres viajeros: alicaídos, cabizbajos y absortos en un punto del cual no podían separarse.

En el camino se convino en no darle cuenta a Matilde de lo sucedido, mas ésta viendo que no llegaban del todo complacidos, como ella lo aguardaba, con la penetración de tierna madre y de amante esposa, comprendió que algo grave preocupaba a los recién llegados y se dió en averiguarlo.

Al principio pudieron tergiversar la cosa, valiéndose de razones muy ajenas al asunto; pero al andar los días, visto que la enajenación de su esposo y de sus hijos seguía, Matilde insistió en saber la causa y como aquéllos no pudieran disimular más, una noche, después de refrescar, como se quedaran a la mesa en íntima conversación, Matilde volvió ótra vez a interrogarlos sobre lo que ella comprendía que le ocultaban.

—Bien, Matilde, dijo Antonio, habíamos convenido en no decirte nada respecto a un incidente de nuestro viaje y que tuvo lugar en el Retiro, por no lastimar de nuevo la herida que de tu pecho ha manado tanta sangre; pero ya que te empeñas en saberlo, y que tú me has dicho que no te disgusta tratar de aquello que se roce con nuestra perdida hija, prepárate a oír y perdona: primero, que lo hubiéramos callado, y después, si con esto te causamos algún nuevo sufrimiento, haciéndote saber aquel incidente.

En seguida, Antonio refirió a su esposa todo lo ocurrido con relación a aquel casual encuentro, en las calles del Retiro, ayudado por Rosa y Jaime, que le daban tal colorido al asunto y tal significación, que Matilde, durante esta narración, inmutándose, dejaba oír una respiración trabajosa, señal del estado de agitación en que se hallaba su ánimo.

Y oyó hasta lo último sin interrumpir a los narradores y sin duda porque la emoción no la dejaba hablar, y cuando éstos terminaban, lanzando un hondo suspiro, para aliviar el pecho del gran peso que le oprimía, volvió a Antonio y le dijo:

—Y... ¿qué piensas Toño de todo esto?

—Pues... yo... nada. Que me parece aquello una coincidencia rara y que bien puede ser la niña, alguna parienta tuya, y por ese lado venga la semejanza con Rosa.

Matilde que hasta allí había podido conservar su serenidad, parecía agitarse cada vez más en una terrible lucha interior, y llevando las manos al pecho exclamó:

—Nó, Antonio, no es eso... aquí... aquí hay algo misterioso; aquí pasa, aquí sucede una cosa que está fuera de lo natural. A mí también me impresiona

como ha impresionado a ustedes lo que oigo, lo que me cuentan... Aquí dentro de este ulcerado pecho, un eco desconocido me grita, me avisa, que ya pronto nos vamos a reunir con mi hija... sí... sí... el día se acerca, el día no está lejos... la miro... la siento... la oigo llegar... Pero no se impresionen, no se... no... no son delirios de un ser desviado de la razón, no son alucinaciones de mis sentidos, me siento en toda la plenitud de ellos...

Nada teman que no es la borrasca que viene.

No es la luz del relámpago producido por el rayo devastador, lo que en este momento ilumina mi alma, en esa claridad serena y tranquila de la esperanza, de la fé cristiana, que en suaves oleadas se derrama dulcemente por todo mi ser.

He sido fuerte y aún lo soy todavía. Mucho es lo que sufrido, muy grandes mis dolores; pero más grande es la resistencia que a ellos les he opuesto, para no morir o perder la razón.

Al fin salí triunfante en la lucha.

Así, amigo mío, hijos de mi corazón, que en toda calma, sin arrebatos tratemos el asunto y veámos qué es lo qué pasa. Hagamos la prueba, que yo la resisto: ¿por qué no entrar en averiguaciones?... Buscar lo que se pierde, ¿es acaso un delito?... ¿quién, quién puede tomar a mal que un padre solicite al hijo?, y ande y corra y busque y grite y pregunte de pueblo en pueblo, de casa en casa, de puerta en puerta, llamando en todas partes para ver, para saber si alguno ha visto al amado de su alma, y que a todo ser que en su camino se presente, dando algún indicio de ser él, le diga:

—¿Usted es ese hijo que perdí, que tanto he llorado y que con la fé del que cree y espera, ando buscando?

Ya ven, estoy tranquila y en la mejor calma les he hablado...

—Ahora, Antonio, amado mío, mi amigo: hagamos la prueba, ¿qué se pierde?, por qué no vuelves allá donde está esa hermosa niña, por qué?... Te lo suplica la que más te quiere...

—Matilde, vida mía, habló Antonio, por eso tratamos de ocultarle lo sucedido, porque temíamos que te desesperaras así.

—Nó, nó, si no estoy desesperada, por el contrario, te lo repito, pocas veces me he visto como ahora, con el ánimo tan tranquilo. Ya no sufro como sufría, porque una voz secreta me anuncia que pronto terminará este martirio.

—Mira, Antonio, ya que tan bueno has sido con tu Matilde, hoy, en el día de la prueba, no le niegues nada... haz por la desventurada madre, lo que en otro tiempo hacías por la feliz esposa... un esfuerzo, un pequeño esfuerzo,

este último sacrificio, ya que tantos y tan grandes tienes hechos en solicitud de nuestra hija...

—Matilde: ya otra vez te lo he dicho, que nada se puede negar a un ángel de bondad y de dulzura como tú, así pues, ¿cómo excusarme?

—Hay más, siguió Antonio, ¿me creerán ustedes, ya que han llegado las cosas a este punto, que yo participo de los mismos presentimientos, y que desde el día del encuentro con esa niña, algo extraño me sucede?... Matilde!, iré.

—Sí, sí, papacito, dijeron alborozados Rosa y Jaime, sí papacito querido, qué bueno es usted, sí, sí! ¡vaya, ¡por Dios! vaya!

Rosa abrazó a Antonio, colmándole de caricias, mientras Jaime seguía así:

—Nosotros no nos habíamos artevido a proponerle esto, pero ya que de ello tratamos, creo como mamacita, muy bueno el viaje.

—Y yo lo mismo, agregó Rosa.

—No hay más que hablar, siguió Antonio, quizás más entusiasmado que su esposa e hijos, mañana sigo para el Retiro; pero... todo hay que preverlo; es un caso de muchas probabilidades en contrario y de una en favor, y ésta, remotísima; no se ilusionen mucho; la empresa es muy aventurada y de suyo difícil; sí, difícil y dudosa. Sepan esto, pues no quiero que más tarde el desengaño sea motivo de un nuevo sufrimiento.

—Entonces, dijo Matilde, vamos a orar por el buen éxito del viaje, a arreglar éste y luego a descansar, a dormir... ¡nadie sabe qué traerá el mañana!

La cocinera que oía esto, levantando manteles metió su parrafito, así:

—Sí, mi señora, algo habrá porque hoy ha estado el jogón confiscao, con una bulla y un jumero que, nó diga!... Y ya saben que no la erra. Esperen un güen visitón...

LII

No hubo remedio: el viaje de Antonio quedó resuelto.

Los preparativos se siguieron por la posta, rompiendo éste la marcha al siguiente día, conviniendo que para todo lo que ocurriera se entenderían por telégrafo...

Andando, andando, Antonio se puso en el Retiro y para no dar a comprender el asunto que allí le llevaba, fingió compra de ganados.

Y ronda que te ronda las calles, y atisba que atisba, llevando la vista por los rincones del pueblo, hasta que una mañana, estando cerca a la puerta de la iglesia, vió salir el grupo de marras, resultando del examen que a hurtadillas hizo de Andrea, que el aire de familia o semejanza a la de Antonio, era mucho más marcado de como lo notaron en el primer encuentro, sin que Andrea reparara en él por aquella vez.

El grupo tomó la misma dirección que antes y Antonio siguió detrás a distancia conveniente como si tal cosa pasara, haciendo el desentendido.

Y sucedió que a ese tiempo cruzara por allí, una de esas criadas pizpiretas, de las que en los pueblos corren las calles como mandaderas, que conocen a todo el mundo y que con todos tienen que ver.

Antonio, aprovechando el lance, volvió hacia ella y señalando el grupo le dijo:

—Oiga, niña, hágame el favor de decirme, ¿quiénes son estas señoras?

—Sí, señor, con mucho gusto, contestó la interpelada: la señora Directora de una Escuela privada, es la de más edad y las otras señoritas, alumnas de la Escuela.

—Y, ¿dónde viven?

—Siguiendo esta calle abajo a las dos cuerdas y a la derecha.

—Y, ¿conoce las niñas?

—Cómo nó, señor: las dos más bajas son campesinas, hijas de un señor Ruiz, y esa mona alta y zarca, he oído decir que es de esos lados de donde son las otras, pero no la conozco bien...

—¿Sabe su nombre?

—Andrea la he oído llamar, cuando he ido a casa de esa señora a algún mandado.

—Gracias, le dijo Antonio.

—No hay por qué, señor, contestó la despabilada zamba y volteando de revuelo siguió su camino.

Andrea... Andrea, siguió Antonio, el nombre no hace al caso; pero lo que si hace es el saber que esa señora que vá con ella no es su madre, sino maestra... ¡vaya!, la primera entrada no ha estado mala.

Así iba soliloquiando, cabizbajo y abstraído, entregado a la consideración de lo que llevaba en el pensamiento, siguiendo calle abajo y en la misma dirección del grupo.

Y cavilando sobre el modo de iniciarse en tan arduo trabajo, de pronto recordó viejas relaciones con el respetable sacerdote Doctor José Vicente Cálad, cura entonces de aquella Parroquia, y enderezando en seguida los pasos a la casa cural, a ella entró.

Después de un cordial saludo y de un atento recibimiento por parte del Presbítero, Antonio, pronto se fué al caso:

—Doctor y amigo, le dijo: Ando en un asunto delicadísimo. Cosas de familia. Yo, trayendo en mi auxilio nuestras viejas relaciones y contando con la bondad de usted, he resuelto consultárselo, para que se digne ayudarme con sus consejos que me serán muy útiles.

—Estoy a sus órdenes, contestó el noble sacerdote.

Antonio, a grandes rasgos le contó lo de la pérdida de la niña y luégo el primer encuentro con la desconocida y aquello que a sus hijos y a él les había sucedido, cuando tal encuentro, y por último lo que le acababa de pasar y le dijera la marisabidilla mulata, concluyendo así:

—Doctor: a mi me da pena el venir aquí a molestar su atención; pero siendo la misión de usted el prestar a los necesitados su brazo y aliviar las dolencias de la humanidad, me llevo a usted para que, con toda reserva y no herir susceptibilidades, quedando entre nosotros esto, por ahora, se digne decirme si usted sabe quién es la niña desconocida que tanto me interesa, o averiguarlo para ver si al fin descubro... Señor, usted comprende muy bien el afán de un padre y puede apreciar mi situación.

—No tenga usted cuidado, contestó el Párroco, para mí no es esto trabajo, tengo gusto en servirle, y ojalá le sea útil.... En cuanto a la reserva... soy Sacerdote de Cristo...

—¿Conoce usted la niña, Doctor?

—Pues... le replicó el Ministro, llevándose el índice a la sien, como para atar recuerdos... sí...sí... ya caigo en cuenta de una cosa que quizás le sea a usted favorable.

—¡Favorable?, Doctor!

—No hay que atropellarnos, vamos despacio. Yo he dado clase de religión en esa Escuela y por cierto que es privada la enseñanza. Sé cuál es la niña de quien usted me habla. Ella es del campo...

—De padres conocidos?

—Oiga con calma: parece que nó.

—Y... ¿cómo está aquí?, perdone la impaciencia.

—Quien la trajo a la Escuela es una mujer llamada... María Luisa Jurado de Villada, un apellido así...

—Y, ¿esa mujer?

—No es la madre.

—Es decir que... de... esa señorita... articuló Antonio con voz anhelosa...

—Sólo se sabe el nombre: Andrea, y que ella, en sí, revela talento, cultura e instrucción y mejor origen del que se le atribuía antes...

—¡Doctor!...

—Pues hoy se dice, creo que referente a la persona que la crió...

—¡Acabe por Dios, padre!

—Que esta niña es huérfana y quizás mal habida por los que se consideraron de ella padres o abuelos.

—¿Qué más?, qué más, señor?, decía el atribulado Antonio, pálido, tembloroso y en el colmo de la angustia.

—Pues hasta aquí sé yo, parece que nada más ha llegado a mi conocimiento, y si más supiere acaso por lo pronto no lo recuerdo.

—¡Doctor!, ¡Doctor! ¡Por Dios!, hágale fuerza a la memoria, que ya veo alguna luz en esta oscura noche de martirio; ya presiento que llega el día de la felicidad a mi casa... ¡Vea, Doctor, vea si recuerda algo más!...

—Pues... nó... nada más... Pero si a usted le parece, amigo don Antonio, ahora mismo enviamos por la señora de quien le hablo, que bien nos puede aclarar el punto, para ponernos en buen camino. Sí le advierto, que tenga paciencia. No desespere, “el que aguanta lo más, aguanta lo menos”, dice el adagio.

—Ahora mismo, señor, yo voy, le interrumpió Antonio, y ya se disponía para salir, cuando el sacerdote le contuvo diciéndole:

—Nada, esto queda de mi cuenta. Yo llamo a la señora, y de tal manera que nadie se entere de lo que pase.

Así sucedió: el señor Cura envió a llamar a Luisa muy en reserva y al siguiente día, en casa del ilustrado sacerdote, hubo la conferencia en la cual ésta refirió a Antonio, punto por punto, todo lo que sabía de la historia de Andrea, por lo cual quedó él casi persuadido de que aquella señorita de la sorpresa era su hija.

El pobre hombre estaba fuera de sí y en una continua agitación nerviosa, se paseaba por el cuarto de la casa cural a largas andadas. Y palidecía a ratos. Y temblaba otras veces. Y volvía, y tornaba con preguntas a Luisa, que admirada de aquella extraña aventura, se había quedado como clavada a la silla que le servía de asiento. Encontrando Antonio a cada momento y a cada nueva noticia que le diera la viuda, más y más fundamentos para creer que había hallado, lo que hacia tantos años perdieran y buscaran con tanto anhelo...

Antonio, al pensar en Matilde, lloraba de tristeza, de alegría, de miedo, de temor, de felicidad.... ni él mismo pudiera explicar lo que en aquellos momentos sentía.

Y recordaba a Rosa y a Jaime.

Y volvía sus pensamientos a Andrea, encontrándola entonces más semejante, muchísimo más a aquéllos y en particular a Rosa. Y viéndola con la imaginación hermosa, sumamente hermosa.

Aquél hombre estaba loco de dicha.

Al señor Cura le dio varios abrazos, y abrazó a Luisa, y por largo rato se vió en una especie de perturbación mental, hasta que al fin cayó de rodillas ante el pequeño altar donde el Sacerdote hacía oración, y mudo, inmutado y trémulo, alzó a Dios una plegaria que alivió aquel cansado ánimo, porque de allí se levantó recobrado, el desgraciado y al mismo tiempo venturoso padre.

Sin embargo, faltaba lo principal: la prueba con Andrea y comunicarle a la familia lo ocurrido, del modo más atinado posible.

Para lo primero se convino en que Luisa, con toda prudencia y reserva, se llevara a Andrea a "Los Alticos", en son de paseo. Que estando allí la previniera sobre el motivo del viaje. Que en seguida iría Antonio para que tratando el asunto de lleno, quedara persuadido de una u otra cosa:

Si esa era su hija para correr con aquel tesoro a devolverlo a su inconsolable madre, o de nó, tornar a la casa con una nueva y más honda espina en el alma.

Terminada la conferencia, se despidieron amistosamente Luisa y Antonio: aquélla para ir a prevenir a Andrea, y éste, después de besar respetuosamente la mano del venerable Sacerdote, y darle los agradecimientos, por el interés tomado en el asunto, a hacer llegar a su esposa estos dos telegramas:

"Matilde:

Nuevo encuentro señorita salida iglesia. Sorpréndeme más y más aire familia. Entraré averiguaciones.

Antonio"

Este fue el primero, preparando a su esposa, y a tiempo de salir para “Los Alticos”, dirigió este otro:

“Matilde:

Informes adquiridos coinciden esperanzas forjadas. Falta última prueba. Sigo al campo hacerla. Aconséjoles paciencia, confianza en Dios.

Antonio”

La respuesta no se hizo aguardar:

“Antonio:

Corazón avísame hallaremos hija. Lucha será premiada. Agota recursos averiguación. Resignados aguardamos prueba, orando.

Matilde”.

LIII

Cuando Antonio se presentó en “Los Alticos”, ya Andrea estaba al corriente del motivo por el cual había sido llevada allí. Así es que después de hacer la oración de costumbre en el altarcito histórico, aguardaba con impaciencia, y muy perturbada de ánimo, aquella terrible prueba que iba a decidir de su suerte: hallando al fin su hogar, a sus padres y hermanos, si los tenía, para volver donde ellos y vivir tranquila, sin pena, acatada y sonreída como un miembro de familia, o no encontrando aquello, para seguir la vida que hasta allí, de orfandad, de dudas, de riesgos... y sobre todo: acogida a la protección de un extraño...

Antonio se apeó del caballo y entró a la sala, en donde lo aguardaban Luisa y Andrea, pudiendo, apenas articular un saludo que casi no fué contestado siguiendo callados por largo rato, pues al cual de los tres se hallaba más emocionado y en mayor dificultad para romper el silencio, lo más por el temor de que al hacer esta decisiva prueba, se saliera mal de ella, desvaneciéndose tantas y tan risueñas esperanzas concebidas ya.

Andrea, miraba al suelo, y Antonio, que por esto podía verla con toda libertad y tan de cerca, cada momento hallaba más motivos para esperar un éxito completo en la prueba.

Esta muda escena se prolongaba, hasta que al fin Luisa, rompió el silencio y dirigiéndose a Antonio:

—Aquí tiene usted, señor, a la niña huérfana, a la joven desamparada que un día hallé en mi camino, en una vida de abandono y que la traje a mi lado para salvarla de la miseria, de la degradación quizás... Y esto, señor... esto que he hecho con ella, no ha sido dictado por otro interés que por el de hacer una buena obra, devolviéndola algún día a su dueño, a sus padres, libre de toda culpa, de toda mancha, pura y hermosa como usted la ve aquí...

—Señor, siguió la viuda, ojalá se vean cumplidos mis deseos y haya encontrado en usted a la persona que le corresponda tan valioso tesoro...

—Señora... dijo Antonio a Luisa, yo creo que... en esta señorita, en esta niña... he venido al fin a hallar lo que hace tiempo perdimos, dejando enlutado nuestro hogar.

—Ojalá... siguió él mismo, ella... ella... hablara...

—Señor... balbuceó Andrea con voz ahogada, y tornó, al silencio, en una agitación tal que inspiraba compasión.

—A usted, le interrogó Antonio, ¿no le dice nada el encuentro conmigo?... reconoce en mí algo así que haya visto u oído allá en un lejano tiempo?... ¿En mi voz?...

—Señor, dijo Andrea, sacando ánimo de tanto desfallecimiento, desde que por primera vez vi a usted en compañía de dos jóvenes, pasó por mí algo desconocido... Una voz secreta me habla... me grita... me empuja a usted, señor... Pero... yo no sé... yo no puedo saber qué es...

—Recuerde usted, tornó Antonio, vuelva con la memoria atrás... allá.... allá lejos... lejos, sí, muy lejos... fuércela usted... ¿no recuerda?... ¿no ve usted a una madre cariñosa que la mimaba, que la besa, que la arrulla para hacerla dormir, en una pequeña cama?... ¿no distingue a unos niños rubios, blancos y risueños, que corren con usted en un llanito limpio bajo el arbolado, frente a una casa de campo?

—¡Ay!, ¡Dios mío!, exclamó Andrea comprimiéndose el pecho con las manos.

—¿Vé algo en el corredor de esa espaciosa casa?, no alcanza a divisar a una hermosa mujer a quien usted en otro tiempo, en tiempo bien remoto, muy pequeña aún, balbuciente, le daba el dulce nombre de madre?

Andrea, a medida que así hablaba Antonio, se animaba por grados y como que veía, como que oía alguna cosa desconocida.

—Señor, habló ésta, turbada, yo me desespero, yo me confundo, yo me ahogo, yo me pierdo en un mundo de recuerdos, que usted con su voz va despertando en mi memoria y a los cuales no puedo darles forma.

—Sí, sí, dijo Antonio, animándose cada vez más, vuelva atrás, haga otro viaje, yo la acompaño con el alma... vuelva y recuerde, y ponga en limpio ese recuerdo... Un esfuerzo... uno solo que ya veo luz.

Andrea, presa de una emoción desconocida, prorrumpió retorciéndose:

—Yo no sé lo que me pasa, porque este dolor en el alma es nuevo para mí... No sé que me sucede!...

Y enseñándole el cuadrito de la Inmaculada que siempre iba con ella exclamó:

—Sí, no sé, no lo sé... mire usted señor, esto es lo que me confunde, el no poderme dar razón de lo que aquí veo; si el eterno sueño de mi vida ha sido esta imagen, que vive en mi grabada tan hondamente, o es una mujer... sí, otra que yo he conocido antes, muy lejos de aquí... sí, muy lejos... quizás mi madre... mi verdadera madre... y esos niños...

En aquel momento, Antonio, que contemplaba el cuadro que Andrea tenía en la mano, como notara en la hermosa madona tanto parecido a su esposa, llevando las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Matilde!

—Sí! sí! dijo Andrea, ese nombre! ese!... esa voz de usted, señor!... y esos... e... esos niños... yo los conozco... sí... yo... cómo nó... los niños... ellos...

—Ellos, sí, los que rodean a la hermosa mujer que les mira desde el corredor de una casa...

—Que juegan en un llanito bajo los árboles... y que me llaman... que me llaman... Oígalos, usted, señor!...

—Sí, sí recuérdelos, ¡Filomena!, ¡Jaime!

—¡Rosa!, dijo Andrea, como despertando de un sueño.

—¡Hija!...

—¡Mi padre!...

.....

Lo que sobrevino a esta escena, durante el tiempo transcurrido, en tanto que volvían aquellos tres venturosos seres de la sorpresa, sólo puede pintarse... pasándolo en silencio, dejándolo a la consideración del lector.

Mas, ya repuestos, y al José Antonio haber llamado a la niña con su verdadero nombre, Filomena, ésta volvió risueña donde Luisa y le dijo:

—Ese... con ese nombre era como me llamaba la Virgen, esta Virgencita (besándola), que no era otra sino la que yo veía en sueños... mi madre.

—Y, ¿vive ella?, preguntó Filomena.

—Vive y la aguarda.

—¡Dios sea bendito!, y mis hermanos?

—Lo mismo.

—Muy lejos de aquí?

—Allá en “San Pablo”...

—¡San Pablo!, dijeron a un tiempo Luisa y Filomena.

—¡Ah!, y ¿por qué tal exclamación?, dijo Antonio.

—Eso... eso... tornó a decir Filomena jadeante y atragantada, fué lo último que dijo aquella mujer al morir y que nosotras no pudimos descifrar...

El contento de padre e hija crecía por momentos y lo mismo el de Luisa que, orgullosa, pero con el santo orgullo de quien ve terminada la sagrada misión que se ha impuesto, descansa, como descansa el peón carguero que ha terminado el viaje y deja en seguro puesto y sin avería, el pesado y frágil bulto de cristalinas bellezas, que desde muy lejos, y por un escabroso camino, traía a espaldas.

Los cariños, agasajos y mimos se cruzaban por todo, en un solo alborozo.

Pero cuando Filomena trajo la pequeña bata, que hizo su desesperación en otro tiempo, y la presentó a su padre; indicándole las iniciales F. G. M., el alborozo se cambió en llanto; así como al enseñarle el pañuelo que enjugó las lágrimas de una madre y de dos ángeles, aquel que Olivia envió a su amiga como un recuerdo de despedida, que también mostraba una marca borrosa M. M. de G. Aquí sí que se renovó el llanto, pensando en la angustiada situación de Matilde y en la dicha grande que se le aguardaba al saber lo sucedido.

Y entraron los afanes buscando el medio de comunicarle esto; pero, cómo se le avisaba?, en qué términos se le decía lo que pasaba para que no muriera de felicidad?

Por lo pronto y a exigencias de Filomena, fué enviado Cipriano en volandas a “Guacimal”, a llamar a Luciano.

—Pero, cómo le digo, preguntaba el muchacho, ¿por qué no me dan boleta?...

—¡Qué boleta!, corra, vuele, mi hijo y así como pueda le llama.

Y cual fué el susto que se dió Luciano, que recostado en la hamaca leía, cuando el veloz mensajero sudoroso, con la cara como un tomate y acezando llegó y le dijo:

—Don... Don Lucia... Don Luciano... que Andre... que Andrea... que... que vaya... que corra... que vuele... pero que es yá...

—¿Qué sucede?, preguntó Luciano sorprendido y saltando de la hamaca.

—Pues que... que... que vino un señor... un blanco... y allá... allá... allá está abrazado con Andrea... y, él, él, él, la quiere mucho, y... ella también...

—¡Cómo!, ¿qué es la cosa?, dijo Luciano más sorprendido y encolerizado, ¿quién está abrazando a Andrea?, y ¿ella lo permite?

—Ella, ella sí... si, ella también lo abraza y se ríe con él... y... me parece que es Salomé, o... Salomena, ella...

—Pero... ¡Diablo de muchacho! Yo no entiendo, ¿quién es pues ese hombre?... y... Andrea por qué me llama?, dijo Luciano, sacando de un armario un arma y atándola a la cintura.

—Pues... ese hombre... ese blanco es... es el papáaaa... el papá de ella, señor, que ya vino a lléársela para donde la mamá, y... no es Andrea, mi verdá... como le dije, es así como Salomena...

A Luciano le volvió el alma al cuerpo y llevando el arma a su puesto, salió, hizo ensillar a las volandas un caballo y enseguida y a todo correr se puso en marcha para “Los Alticos”, dejando alarmada la casa de “Guacimal” con la noticia.

Al llegar, Filomena se adelantó dándole cuenta de lo ocurrido, en pocas palabras, y éstas muy enredadas, porque el júbilo no le dejaba hilar bien su razonamiento. Luégo tomándole ella de la mano y llamando a Luisa a quien asíó de modo igual, entró al aposento, radiante de belleza y de felicidad y dirigiéndose a José Antonio le dijo:

—Padre: tengo el inmenso placer de presentar a usted, a las dos personas que, generosamente, han salvado la honra y quizás la vida de su perdida hija:

—La mujer, (señalando a Luisa) que pobre, viuda y desvalida, consagró la vida al bien, a la caridad, declarándose de una niña abandonada, su ángel guardián, su amiga, su hermana, su madre.

—Y el hombre, (mirando a Luciano), que cuando esa niña desvalida, era sirvienta en su casa y pasaba por nieta de unos... desgraciados indios, le ofreció su apoyo y su mano, exponiendo la vida por esta su hija, dispuesto a romper los lazos de familia para llevar a cabo el propósito de...

—Ser su esposo, concluyó Luciano, arrodillándose ante José Antonio, y que hoy, repitiendo la misma promesa, se llega al padre de su prometida, solicitando de él la bendición y el dulce nombre de hijo...

Antonio que venía de sorpresa en sorpresa, a tal demanda no pudo menos de tomar a Luciano de la mano, alzarle y estrecharle en sus brazos, lo mismo que hiciera con la noble protectora de su hija...

Calmados los ánimos, después de tantas emociones, aquietados los primeros arrebatos de un venturoso encuentro, y ya Luciano iniciado como miembro de la familia, éste se ofreció para dar todos los pasos conducentes al viaje para el Sur, y en duros aprietos se vieron para redactar el telegrama que, a esa hora y reventando caballerías, debía llevar el niño de “Guacimal” a la oficina más próxima.

Decía así el despacho:

Matilde:

Dios vió por nosotros. Esfuerzos premiados. Filomena conmigo.

Seguimos pronto para esa. Saludámoslos.

José Antonio.

A tiempo de partir Luciano, con el anterior aviso, Filomena le detuvo y tomando una cuartilla de papel, escribió:

Matilde de Gómez:

Madre: abrázola, unión hermanos. Aguarda bendición, hija.

Filomena

El gallardo mensajero, al emprender aquella simpática misión, llevó instrucciones de su futuro suegro, a fin de conseguir todo lo preciso para el equipo del viaje, sin que faltara “*nada, nada*”, le decía éste, para que su hija, ya que de la casa de “San Pablo” había salido con sólo la pequeña y ligera bata que él tenía

en la mano, volviera con todo y más de lo necesario, de que hacía tanto tiempo había carecido su niña, teniéndolo ellos.

Luisa, que al principio se había negado a acompañarlos a la correría al fin cedió, a instancias de Filomena, y para ella debía venir también lo preciso para el viaje...

Y siguieron las confidencias entre la hija y el padre y las atenciones de Luisa con todos.

Al fin tornó Luciano, orgulloso de su encargo, trayendo esta contestación:

Antonio, Filomena:

¡Bendito, Dios, hallazgo! Mátanos impaciencia verlos. Aceleren viaje.

Aguardámoslos "San Pablo". Abrazo, bendigo hija.

Matilde.

No hay para que decir que con la lectura de este despacho, negó a su colmo la felicidad de padre e hija, y al mismo tiempo la impaciencia por seguir a "San Pablo".

Luciano estuvo fino y atento.

Luisa, por consiguiente, sin saber como complacer a padre de "su muchachita", cómo a ésta, por ser tan corto el tiempo de tenerle a su lado.

Y entretanto que llegara la hora del viaje, Luciano les invitó a visitar a "Guacimal", donde fueron recibidos con muestras de la mayor atención, si bien un tanto apenados por la pasada historia de la sirvienta, pena que Filomena echó por tierra, tomando a charla todo, tratando a los viejos y a Camila con el mismo respeto que enantes y a los niños con el mismo cariño, sin notarse en ella envanecimiento por su nueva posición.

La casa, con departamentos, huertos, corrales, etc., etc., le fué enseñada a Antonio quien estuvo complacido en la visita, quedando desde aquel día relacionado con tan estimable familia. Aquella vez, si no se trató de palabra sobre el casamiento de Filomena y Luciano, tácitamente quedó convenido, pues en "Guacimal" se manifestaron todos complacidos con lo del "niño" y aun le fomentaron el viaje para el Sur a acompañar a su prometida.

Cuando por la tarde se despidieron Filomena y su padre para volver a "Los Alticos", Luciano, con toda fineza, presentó a su amada, como regalo de novio, su potro "Canario", que con tanto esmero cuidaba, suplicándole hiciera el viaje para "San Pablo" en él.

¡Que diferencia!

Cómo volvía ahora hechicera, a todo lujo, el ave perdida, a buscar sus bosques nativos.

¡Cómo había salido de ellos, implume y desválida, a vivir por largo tiempo, vida de miseria!

¡Tan lejos de su nido!

LIV

Ya todo lo del viaje arreglado, en una hermosa mañana campesina, de susurros, de trinos, de frescas y aromosas auras, emprendieron aquella deseada jornada los cuatro, tan bien puestos, cuanto lo permiten los usos antioqueños en las personas de mayores comodidades, cuando transitan por nuestros riscosos, y malos caminos de herradura.

Filomena, especialmente, con su bien cortado traje de montar, sombrero de jipijapa, sin más adorno que una ancha cinta negra y un ligero y transparente velo azul que le caía sobre el rostro, para defenderlo de los rayos solares; su sedoso cabello a medio atar, ciñendo el talle con estrecho cinturón, dándole más realce a esta gentil amazona su alto cuerpo, oprimiendo los lomos del hermoso “Canario”, que tan envanecido marchaba, porque tenía conciencia de la valiosa joya que llevaba a cuestas.

A poco andar Antonio llamó la atención, así:

—Ya que han sido tan bondadosos conmigo, deseo me acompañen a ver los lugares donde pasó mi hija los enlutecidos años de su niñez.

Aceptado el convite, siguieron en dirección a “El Arenal”, pudiendo llegar a caballo hasta el cerco que encerraba el patio y huerto de la casa. Allí echaron pié a tierra y como quien escala los muros de un abandonado y tétrico cementerio, entraron, uno a uno, cabizbajos y mudos, hallando todo inundado por la maleza.

La antigua morada de Filomena, vencida y mostrando grandes horados en el empajado; la cabaña convertida en albergue de sabandijas; una calabacera arrojaba los techos, despidiéndose de toda aquella desapacible morada, ese olor especial de casa abandonada, por gente pobre, que ha tenido poco aseo, olor acre a la mugre, a polvo...

Sombrío, por cierto, era el aspecto de aquellos lugares, en donde se sentía un frío glacial, viéndose acá y allá las flores amarillas de ruda con su penetrante olor, y oyéndose una ligera brisa que azotaba con rumor melancólico, algunas canastillas de “ramo bendito” prendidas en el alero de la casa, balanceándose como cadáveres disecados, asidos todavía del lazo que les sirviera para ser ahorcados...

De pronto, Filomena, agitando su airoso cuerpo, se dirigió a la parte posterior de la casa, trayendo de por allá un tiesto de barro en donde se veía un rosalito anémico, casi seco, al cual besaba y regaba con lágrimas, tratando con esto de volverle a la vida a aquel su compañero en los aciagos días de su orfandad.

Antonio, conmovido al ver aquellos sitios tan miserables, dio rienda suelta al llanto, figurando allí a su hija tan pequeña, tan delicada, tan inocente... con su carita a todo sol y sus pies desnudos, y... ese tosco vestido, así,... así,... tan ajeno a llevarlo aquel botón de azucena, que tan lindo y risueño asomaba, unas veces, y otras, lloroso, por ahí, por entre esos matorrales, llegando con un enorme peso sobre la cabecita! ángel bendito, que no hizo por qué se le castigara tan cruelmente!

Y allí, del otro lado, también creía ver arrebuados, hurraños y grasientos, a unos... pecadores, de almas dañadas, a unos infelices que hicieron, sin saber quiza, sin conciencia de saberlo, por su ignorancia, tanto mal.

Antonio, satisfecho por haber lastimado así el alma, al fin cayó de rodillas, exclamando:

—Ahora, sí, estoy conforme; me siento aliviado con la visita a estos lugares, donde he venido a conocer el potro de tormento de mi desgraciada hija.

¡Gracias, ¡oh! Padre de las Misericordias por tantos beñeficios que me dispensáis! Por haber hallado a mi hija, y luégo, llegar a estos sitios para acompañarla, siquiera sea con el pensamiento, en aquella larga y ennegrecida noche de su vida...

Y como los demás de la comitiva se habian arrodillado, a ejemplo de Antonio, a ellos se dirigió éste, diciéndoles:

—Por Matilde y por mí. Yo les suplico, en nombre de María, por los dolores que ella sufrió, presenciando el martirio de su hijo, que así, de rodillas y de todo corazón, imploramos el perdón de los que atormentaron a mi hija, de los dos pecadores que hoy se encuentran fuera del alcance de la justicia

humana, y elevemos una oración a ese Dios bendito, por la paz y el descanso de los que tanto mal nos hicieron...

¡Qué sublime es la caridad cristiana!

¡Qué dulces son los consuelos que esta poderosa virtud lleva a las almas que verdaderamente creen y esperan!... y lo que es más, ¡que perdonan!

Y continuaron la marcha los viajeros felizmente.

Y a medida que se acercaban a “San Pablo”, crecía más y más en Filomena el ansia de estrechar entre sus brazos a su madre y hermanos, sintiendo a la vez algo especial de miedo y desasosiego, mezclado con alegría e impaciencia; una especie de calofrío en el alma.

Pero no porque esto hiciera perder en algo la presencia de ánimo de ésta, ni amenguar en lo mínimo el júbilo que les acompañaba:

Al padre, porque volvía al hogar con la hija perdida;

A la hija por haber hallado a su familia;

A Luisa por la satisfacción de haber hecho tanto bien, y

A Luciano por acompañar a su prometida...

Y avanzando, avanzando, de pronto recibieron noticia de que dos jóvenes se aproximaban.

Y llegaron éstos.

Y echando pie a tierra, entre sollozos y lágrimas, Filomena fué recibida en brazos de sus hermanos, conmovidos los tres permaneciendo en silencio por largo rato; primero, por lo emocionados, y luego, asombrados y en recíproca admiración, pues al volver de aquella turbación de ánimo, Filomena no podía persuadirse que aquellos fueran sus hermanos, los traviosos chiquitines que dejara en “San Pablo”, en la lejana tarde de su niñez, y mucho menos Rosa y Jaime, de que aquella hermosa y gentil señora, fuera la niña perdida, la hermana que un día de juegos infantiles, en limpio llano y bajo hermoso arbolado, pequeña, débil y a medio abrigo, desapareciera para ser llevada al abandono, a la miseria...

Nó, nó; ni ellos creían en lo que estaban viendo ni lo podían creer aquellas personas que llegaban a darle la bienvenida, a la que tantas lágrimas costara.

Aquello fue de quedarse todo mundo pasmado, cuando en lugar de ver llegar, como lo imaginaban, una niña enclenque, desaliñada y vergonzosa, se encuentran con una culta señorita, llena de gracia, y gentil; un primor de amazona que manejaba con tal destreza su brioso “Canario”.

Y ahora, ¡qué comentarios aquellos al mirar que llega al lado de Filomena, Luciano, el apuesto cachaco, su prometido!

Francamente: de admirar era el porte de esta encantadora pareja, de estos dos séres como creados exprofeso el uno para el otro.

Y al tenerse detalles de la vida de Filomena, conociendo la de Rosa, el establecer comparación entre las dos hermanas:

Filomena en la pobreza, en los oficios más duros, bajo los golpes de unos indios brutales, a la intemperie, sin un pedazo de pan que llevar a la boca, muchas veces, ni una rasgada estera para dormir, ni roída manta para abrigarse por la noche, y lo que es más terrible aún, ni pobres harapos para cubrir sus ateridas carnes.

Y Rosa, en la holgura, con todas las comodidas para vivir, sin oficios vulgares, gozando las caricias de padres afectuosos, en ricas habitaciones, durmiendo en blandos colchones, al abrigo de suaves y blancas sábanas, con todas las prendas de vestir, imaginables, al alcance de la mano.

Filomena, en la primera edad, oyendo sólo reniegos de dos bestias humanas y luégo unos pocos días de escuela.

Rosa, al lado de sus padres, escuchando de ellos las santas oraciones del cristiano y palabras de caridad y amor, educada en los primeros colegios de la Capital.

Y sin embargo:

No era Rosa más hermosa que Filomena.

Ni más educada.

Ni más graciosa.

Ni más inocente.

Ni más pura...

En una palabra no era Filomena menos digna hija de Matilde y Antonio, que Rosa.

¿Qué había en esto?

La ley de las compensaciones.

La mano del Omnipotente Dios, visible.

Dios para dar a conocer su poder y hacernos ver que a nadie abandona.

Que los ruegos de una mujer piadosa y santa, llegaron al Señor, y *El*, ya que había separado de la madre a la hija, le dió a ésta un buen instinto y una madre

en Luisa, para que como su ángel guardián, le llevara de la mano, encaminando sus pasos por la senda del deber y de la virtud.

Luisa, la verdadera e ignorada hermana de la caridad.

Porque no es sólo profesando, entrando en una orden como se ejerce la caridad cristiana; también es aliviando la desgracia en donde quiera que se presente; es llevando los consuelos de esta Santa Virtud, a escondidas, sin ostentación aparatosa, a las ocultas y miserables cabañas de los pobres y de los desvalidos, destituídos de todo socorro, como lo estuvo Filomena, que no sólo necesitaba del pan del cuerpo, sino también del pan del alma.

Y así llena de gracias, y así llena de hermosura, y así llena de virtudes, aguarda a la hija una madre, hermosa también, pero gastada por el sufrimiento: aquella mujer que vemos sentada en el corredor de una casa de campo, después de pasar la histórica portada y el verde y limpio llano con arbolado allá... allá en "San Pablo", de donde un lejano día, manos criminales y despiadadas, le arrebataron a su más preciada perla.

Y ya Matilde palidece, porque hay ciertos movimientos interiores en su ánimo; porque el corazón de madre le hace antever la proximidad de la hija...

Y ya llegan muchos de los que fueron al encuentro de los viajeros.

Y la madre palidece más, y tiembla...

Y llegan otros y otros, y anuncian que se avecina el ave viajera.

Y la madre se acongoja...

Y... al fin llega el supremo momento, asomando a la portada una especie de hechizo arrebatador, un algo de hada, un colmo de hermosura, una... que se fué en botón y vuelve en flor...

Y desde el mismo punto, de allá de donde Filomena vió por última vez a su madre y la siguió viendo en confusos sueños, la ha vuelto a ver en toda realidad; pero no pudiendo resistir, viene el vértigo y con el vértigo, la oscuridad... Que así debía suceder, para que al tornar a la luz de los sentidos y a la claridad del día, se encontrara en los brazos de su madre....

Y, cuán cerca estuvo Filomena de un serio accidente, porque:

De dicha también se sufre,

La alegría a veces mata.

Que cuando agobiada por tantas emociones, no pudo resistir, flaqueó, perdió el conocimiento. Afortunadamente Luciano iba a su lado y cuando ella

soltó la rienda y se dobló para ir al suelo, como al soplo del viento altivo roble, él recibió en los brazos aquella amorosa carga, que en vilo fue llevada hasta la casa, donde Matilde, presa de la misma emoción, era sostenida en brazos de sus amigas que le rodeaban...

Ambas fueron conducidas a la sala y allí, a poco y casi al mismo tiempo, volvieron en sí, para darse el abrazo más tierno, más conmovedor y delicado que darse pueda; pero eso sí, sin hablar palabra, lívidas, enajenadas, mudas, quedando por largo rato la casa en tal silencio, que aturdiría con su acompasado golpe el tic-tac de un pequeño reloj de mesa, al cual sólo le acompañaba algún mal comprimido sollozo...

Cuando ya madre e hija pudieron hablar, se dijeron tantas cosas, tan dulces, tan tiernas y tan cariñosas, que... pálida sería nuestra expresión al querer repetir las.

Para mostrar, sí, todo lo que allí se dijeron aquellos dos seres, que después de tantos años de ausencia, de tantas y tan crueles peripecias, mudanzas, alteraciones y riesgos, se encontraban, el día de la felicidad, en el mismo punto de donde partió la desgracia...

Viéndose Filomena, repuesta de aquella agitación de ánimo y pudiendo coordinar mejor sus ideas, le dijo a su madre:

—Y, ¿Mamá linda?, como llamaba a la Virgen María, de niña; y, ¿mi camita?...

—Estan en su mismo puesto hija mía, contestó Matilde, donde las dejaste, mi vida.

—Vamos, vamos, ¡madre!, dijo Filomena, ya voy recordando dónde nos enseñaba usted, ¡madre mía!, a pronunciar el dulce nombre de María, y dónde me arrullaba con sus cantares. Todo me está volviendo a la memoria, como si despertara de un sueño. Así es que, si por acaso se dudara de que yo fuera su Filomena perdida, lo probaría con lo que expongo, y con esto, dijo, dando a su madre la histórica pequeña bata del baúl de Romana, prenda que Matilde reconoció y besó y empapó con lágrimas.

—Ahora, siguió Filomena, mire usted mamacita, mire usted, (señalando) esta es la puerta por donde se entraba a nuestro dormitorio... venga... vengan todos...

Filomena, esbelta y hermosa, tomando a su madre de la mano, siguió adelante, sin vacilación, entrando a un salón que servía de cuarto de costura y allí parándose y dirigiéndose a Matilde, le señaló a un punto, diciéndole:

—Allí, mamacita querida, allí mismo parece que la vuelvo a ver a usted como entonces, dulce y cariñosa, en sus oficios de costura... y, yo pequeñita y traviesa, enredando hilo que sacaba de un pequeño cofre: ¿es verdad, señora?...

Esto que decía Filomena, causaba la admiración general de todo el gentío que la rodeaba.

Y aquí no terminó la perla de “San Pablo”, que tomando otra vez adelante, entró al dormitorio y sin vacilar se dirigió al punto donde pendía el cuadro de la Dolorosa, ante el cual cayó de rodillas hablándole así, a la que es la salud y el consuelo:

—¡Mamá, linda!... ¡Bendita una y mil veces, madre mía por que al fin has traído a su casa, a ésta en otro tiempo desdichada criatura, y hoy tan feliz y venturosa.

De allí se alzó y siguió a la camita que se hallaba en el mismo puesto y tal como la había dejado en el lejano día de su partida, asiéndose con fuerza a ella y de la manera más tierna...

¡Ay!, el ave que implume y tan pequeña, había dejado aquellos sitios en donde se le oyó piar por primera vez, volvía a ellos, y no hallando dispersas las pajas que en otro tiempo le dieran calor y abrigo, abrió las alas y con ellas cobijó cariñosamente el nido.

FIN



Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA

Lleva el conocimiento
por siempre



Editorial
Universidad de Antioquia





*Este libro se terminó de imprimir en
Editorial Artes y letras Ltda.,
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,
en el mes de septiembre de 2009.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.



